

*El Marqués
y la
Ladrona*

Serie
LAS LADIES

SERENDIPIA
STARK

EL MARQUÉS Y LA LADRONA

SERIE «Las ladies» I

La serie «Las ladies» está compuesta por **6 novelas autoconclusivas**, ambientadas en el Londres de la **Regencia**.

Si adoraste los Bridgerton, si disfrutas el romance histórico y el mundo de Jane Austen, no puedes perdértela: espero que te haga disfrutar.

Sobre todo, GRACIAS por leer.

Te espero a diario en

INSTAGRAM: @serendipia Stark escritora

FACEBOOK: Serendipia Escritora

©SerendipiaStark2022

Código ASIN: B0CK8FZ8DY

Todos los derechos reservados©

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, actual o futuro; el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear cualquier fragmento de esta obra.

INDICE de capítulos

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)
[26](#)
[27](#)
[28](#)
[29](#)
[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[43](#)

[44](#)

[45](#)

[46](#)

[47](#)

[48](#)

[49](#)

[50](#)

[51](#)

[**Prólogo**](#)

[**1**](#)

LONDRES,
1820

1

De la noche al día

11 años antes.

—Hijo, te lo ruego. No insistas, no lo hagas todo más difícil. Límitate a obedecer.

Hugo miró a su madre con ojos como hogueras y los puños apretados. Hacía meses que no escuchaba otra cosa, tenía sus palabras, sus órdenes grabadas a fuego en la mente.

—¿Obedecer? ¿Es lo único que se espera de mí? He cambiado mi destino, mi vida, por obedecer y no frustrar vuestras expectativas. —Sus pupilas demandantes buscaron apoyo en el caballero que permanecía de pie junto a la fastuosa chimenea—. ¿Tío?

—Sobrino yo... —se escabulló esquivando su inquisitiva mirada—, en mi opinión deberías escuchar a tu madre, atender sus consejos bienintencionados.

El joven dio un par de vueltas frenéticas por toda la habitación notando la presión y el peso de la atención ajena sobre sus hombros. No dudaba que los consejos de su madre siempre buscaran su beneficio, lo que no siempre implicaba que fuesen sensatos.

—He aceptado ser marqués. No es algo que deseara, pero lo he aceptado, madre, porque era lo que tú anhelabas. Ya no seré libre de decidir mi futuro ni mis actos, mis días estarán plagados de obligaciones y la alta sociedad que tanto detesto me convertirá en su nuevo juguete. De acuerdo, transijo. Sin embargo, no cederé en lo relativo a Marguerite, no estoy dispuesto a perder también a la mujer a la que amo.

—Marguerite ya no es adecuada para ti —expuso la dama retorciéndose nerviosa los dedos de las manos.

—¿Porque carece de la categoría precisa para convertirse en marquesa? ¿Y qué me dices de mí? ¿Quién soy yo? ¿Soy merecedor de tan alto rango? A veces el sino es caprichoso y si no nos queda más remedio, lo aceptamos.

—Buscaremos otra jovencita adorable para que se convierta en tu esposa —dejó caer su tío con cautela.

Hugo le dedicó una mirada veloz y tan cortante como una guillotina bien afilada.

—Será ella o no será ninguna. ¿Y si me niego a aceptar el título? —Extendió las palmas de las manos abiertas y se encogió de hombros—. No haré mal a nadie, tenemos fortuna suficiente para vivir muchos años con todas las comodidades.

—Nunca sería lo mismo. Tienes un deber para con tu linaje, ese título, esas propiedades y esas tierras pertenecen a mi familia desde hace generaciones y por fin han vuelto a nuestras manos. Se ha hecho justicia.

—A costa de mi libertad.

—Santo cielo, querido, no seas dramático.

La dama se removió inquieta en su asiento, aunque trató de serenarse tomando un sorbito de té. Cuando dejó la taza de nuevo en el plato, la mirada de su hijo la repasaba con ansiedad tratando de adivinar qué se guardaba.

—No estoy pidiendo la luna. Ya que acepto convertirme en marqués podríamos ser más flexibles con el asunto de mi casamiento. Admito que no es inmensamente rica ni de familia ilustre, pero es una mujer decente, llena de virtudes.

La reacción de la dama fue tal que ni lo hubiera oído.

—Tienes que olvidarte cuanto antes de esa muchacha, ella no puede ser, Hugo, no puede ser.

Por primera vez desde que el enfado y la furia lo cegaran, Hugo se percató de que lo que turbaba a su madre no era contrariedad ni fastidio. Era algo más serio, más profundo. Estaba a punto de llorar y respiraba y hablaba entrecortadamente.

—Madre, hay algo más. ¿Qué es lo que me escondes?

—Ahora que perteneces a la aristocracia, ella no es lo que te mereces —resumió la dama con tono poco convincente.

—Precisamente ahora que dispongo de un título debería poder elegir a la mujer con la que quiero compartir mi vida. ¿Quién va a cuestionar mis decisiones? Insisto: será Marguerite o...

—¡No!

La desesperación que teñía la voz de la mujer atascó sus palabras. Hugo se mordió la lengua y le dirigió una mirada implorante. Su tío, el hermano de su madre, parecía más deseoso de abandonar corriendo aquella estancia que de conversar o despejar sus dudas.

—No puedes casarte con Marguerite, hijo. Porque ella... ella...

—Dígame qué sucede, madre, dígamelo o le juro...

La dama alzó los ojos súbitamente pálida. Hugo comprobó que temblaba y tragaba saliva con dificultad. Y estuvo a punto de pedirle que no siguiera hablando, por temor a que sufriera un vahído.

—Marguerite es tu hermana.

Pasaron siete días completos sin que Hugo Shelby reaccionase. Una larga semana interminable en la que se llevó a cabo la mudanza de todas sus pertenencias y las de la familia a Grovenor House sin que él fuera consciente de nada. Las cosas se movían y giraban a su alrededor, gente que iba y venía, y el nuevo marqués no se separaba de la ventana mirando con angustia la pradera exterior, esperando ver aparecer un carruaje que trajera a su Marguerite y que ella le explicara, con un dulce beso, que todo había sido un lamentable error, una pesadilla a olvidar.

Eso no ocurriría.

Marguerite había partido hacia las colonias incluso antes de que a él le fuese revelada la espantosa verdad. ¿Lo sabría también ella? ¿Le habrían concedido, al menos, esa explicación

antes de arrebatárselo todo, de arrancarla por la fuerza de sus raíces, de su mundo conocido? Apretó los puños hasta hacerse daño y paladeó el sabor de la peor amargura.

Su hermana. Le había entregado el corazón a la sangre de su sangre. Y lo había entregado de veras, desde lo más profundo de todo lo que era capaz de sentir. Si no podía ser ella, se repitió, no sería ninguna. Destrozaría sin compasión a todo interés romántico que se le acercara.

Porque... Jamás volvería a amar a nadie.

Inglaterra, 1820.

La travesía en barco desde España estaba siendo una verdadera catástrofe. Y la culpa no la tenían las inclemencias del tiempo. Ni las tormentas y tempestades. Ni las altas olas de muchos metros que amenazaban con hundir el navío. Esperanza no le temía a casi nada en esta vida. Eran los demás pasajeros, mareados y descompuestos, corriendo por cubierta desesperados por dar con algún rincón en el que poder vomitar la cena.

—Por favor, por favor... ¡Un médico!

El caballero que gemía pidiendo ayuda le pasó rozando a toda velocidad y arrastró con él su labor de bordado. Esperanza vio volar su bastidor, aguja incluida, y sus expectativas de pasar un rato a solas disfrutando de la brisa marina se hicieron añicos. El desconocido, perseguido a la carrera por un marinero atribulado, no llegó a tiempo a la barandilla de cubierta y escupió el producto de su mareo a pocos metros de distancia. La joven dama arrugó la naricilla, recogió sus faldas y se apresuró a cambiar de sitio.

Por no poder costearse un pasaje en primera, se había pasado el viaje encerrada en un sombrío camarote escaso de ventilación, huyendo de alaridos y enfermedades, tan reales como figuradas, y no había conseguido trabar amistad absolutamente con nadie.

La miraban raro.

Y es que, con solo verla, no era difícil adivinar que Esperanza de Montesinos no pertenecía a la segunda clase. Sus ademanes elegantes, su exquisita educación, sus finos rasgos y

su lujosa vestimenta, aunque algo ajada por el uso, la colocaban incluso por encima de la primera; lo que provocaba que el resto de pasajeros con los que compartía espacio, e incluso la tripulación, mantuvieran las distancias.

Retirarse de la zona de tránsito no le sirvió de mucho. Enseguida se cruzó en su camino la adorable niñita de bucles rubios a la que había estado entreteniendo tres días atrás, mientras su madre se recuperaba de un síncope. No tendría más de seis años y ahora era ella la que parecía enferma y desencajada, doblada en dos por las arcadas. La madre trataba en vano de sujetarla, cuando un vaivén del barco las lanzó a las dos directamente al regazo de Esperanza.

La española nunca sabría cómo consiguió quitarse el sombrero con aquella endiablada rapidez, lo bastante como para colarlo bajo la carita de la pequeña y que le sirviera de escupidera cuando vomitó.

—Oh, señorita, cuánto lo siento —se lamentó la joven madre mirando horrorizada el interior del sombrero.

—No se preocupe, creo que no me sentaba del todo bien. —Sonrió y tomó la barbilla de la niña con dos dedos— ¿Te encuentras mejor?

La chiquilla asintió y sufrió otra violenta nausea. Esperanza entregó el sombrero a la muchacha.

—Puede quedárselo. Cuando lo vea inutilizable, tírelo por la borda.

—Pe..., pero...

—Es solo un sombrero.

Acarició el pelo de la niña y caminó despacio a lo largo de la cubierta. En aquel trayecto interminable, todos parecían haber enfermado menos ella. No es que se sintiera en la plenitud de sus fuerzas, pero se había preparado mental y emocionalmente muy a fondo para lo que le esperaba. Debía ser fuerte. Más que fuerte. Irrompible. Se lo había repetido mil veces cada mañana al abrir los ojos y cada noche antes de cerrarlos. El perverso revés que el destino le había deparado lo encararía con bravura y la barbilla bien alta.

«Una Montesinos jamás agacha la cabeza» solía decirle su padre.

Del bolsillo del abrigo sacó una carta fechada seis meses atrás que ya había releído hasta el agotamiento. Arrugada y firmada por su tía, Lucy Picker, hermana menor de su difunta madre. En ella le expresaba su complacencia porque Esperanza se mudase a Londres a vivir con ella, la jubilosa compañía que se harían la una a la otra y la lamentable aunque fatal circunstancia de que ambas fuesen unas solteronas.

Bueno. Esperanza acababa de cumplir los veintidós años. Y habría estado prometida e incluso casada de no ser por...

—¡Tierraaa! ¡A la vista la hermosa Inglaterraaaa!

Un grito del vigía y el estridente sonido de una campana golpeada con frenesí pusieron fin a sus cavilaciones y la hicieron estremecer de impaciencia. No llegaría a Mayfair hasta bien avanzada la tarde, cerca del anochecer, una hora muy inconveniente para recibir huéspedes. Sentía en el alma no poder evitarles incomodidades a su tía y al servicio y ser probablemente considerada como molestia nada más llegar.

—Bajaremos su equipaje al muelle, señorita —le indicó un marinero joven y bien parecido—. Segunda clase se apila allí, donde la marquesina. —Le señaló con el dedo. Lo cierto es que el punto era visible pese a estar aún bastante lejos—. ¿Dispone ya de alguien que la ayude con los baúles?

—No. Alquilaré un coche.

—¿A dónde va?

Parecía honrado y su oferta de ayuda, sincera. Así y todo, Esperanza se preguntó si haría bien aportándole tantos datos.

—A Mayfair —respondió bajito y con los labios apretados.

El marino frunció el ceño.

—Si le dice al cochero que va a ese barrio le cobrará el doble. Negocie el precio del viaje por adelantado y no acepte más de lo que indique el cartel del interior del coche, son tarifas fijas. Elija un cupé, si puede. Solo tiene dos plazas y es más barato. Puede llevar sus bultos en el asiento del otro pasajero.

Esperanza se lo quedó mirando, gratamente sorprendida.

—Es usted muy amable, señor, gracias.

El rostro del tripulante enrojeció un poco mientras se tocaba la visera de la gorra con la punta de los dedos.

—No hay de qué, señorita. Advierto que viaja usted sola. Debo añadir que es muy valiente.

A Esperanza le habría gustado gozar de libertad para admitir que «no tenía más remedio». Pero tal familiaridad habría sido muy improcedente con un absoluto desconocido. De modo que se limitó a inclinar la cabeza a modo de saludo y se alineó para desembarcar en cuanto se lo permitieran.

Los consejos del marinero le fueron útiles. Al menos para aparentar no ser una extranjera confusa y perdida, sino una mujer de mundo que sabía moverse en Londres y negociar con firmeza el precio de una carrera. Cuando se bajó con un gemido ante el número 53 de Mayfair y sus baúles estuvieron en el suelo junto a ella, Esperanza suspiró sobrecogida.

Golpeó la aldaba y la actitud de los criados que abrieron, se apresuraron a hacerla entrar y recogieron su equipaje, le dijo a las claras que pese a lo avanzado de la hora, la esperaban.

—¡La señorita! ¡Ha llegado la señorita!

—Avisen a la señora.

—Milady —alguien alto y enjuto, vestido de lujoso negro, que debía de ser el mayordomo, se dirigió a ella—, permítame su abrigo y su manguito. ¿Los guantes? Observo que no lleva usted sombrero, no se confíe, aunque estemos en primavera todavía hace frío cuando anochece. Tenga la bondad de pasar al saloncito. La señora bajará en un momento y la cena estará servida enseguida.

Lo soltó todo de un tirón, como si lo tuviese aprendido y Esperanza no dispuso de la menor oportunidad para meter baza. Sonrió, claudicó como se esperaba de una joven educada y

se acomodó en la estancia frente al fuego, que le devolvió la vida.

—¡Por fin, sobrina!

La española se puso en pie y giró sobre sus talones. Lo que descubrió no era, desde luego, lo que esperaba encontrarse.

3

Un segundo para perder un pedazo de ti

Su tía no se parecía a su madre ni en el blanco de los ojos. Dos extrañas habrían guardado más similitudes físicas que ellas dos, era muy probable. Mientras que la difunta condesa era rubia e insoportablemente hermosa, con ojos verdes deslumbrantes como luceros, espigada y alta, de maneras delicadas, Lucy Picker parecía una fregona de rasgos vulgares, ojos diminutos y pelo oscuro y opaco. Siendo Esperanza como todos decían al verla el vivo retrato de su madre, la diferencia de altura entre ambas también era notable.

Pero a Esperanza de Montesinos, Lucy le pareció adorable. Y si tenía que doblar la espalda para saludarla, lo haría gustosa. Se besaron en ambas mejillas.

—Querida tía, lamento muchísimo que se haya visto obligada a esperarme despierta hasta tan tarde.

Los ojillos oscuros de la mujer relucieron entusiasmados.

—Bah, tonterías, estoy encantada de que por fin hayas llegado, te aguardaba con tanta impaciencia... Te confesaré que llevo toda una semana sin dormir. ¿Qué tal el viaje? No sé para qué te pregunto, espantoso y largo, ¿verdad? Ahora entenderás por qué siempre decliné las amables invitaciones de mi pobre hermana para visitaros en España.

Esperanza supo sin dudar de quién había aprendido el mayordomo sus largas peroratas sin interrupciones ni para respirar. Se contentó con sacudir la cabeza. Su tía la tomó del brazo.

—Vamos al comedor, nos servirán una cena ligera y luego te irás derechita a la cama. Tendremos mucho tiempo para ponernos al día, debes de estar agotada.

—Quería agradecerle...

Lucy la empujó fuera del salón y la condujo pasillo adelante hasta el coqueto comedor. La casa no era ningún palacio, pero sí acogedora y bonita, con todas las comodidades. Mucho más de lo que cabía esperar de una dama solterona y sola.

—No se te ocurra agradecerme nada, jovencita, somos familia.

—Pero quería agradecerle el que me haya acogido con tanta generosidad...

Un lacayo se colocó tras ella y apartó la silla para que pudiera sentarse.

—Milady.

El gesto contrariado de la señora de la casa le pasó desapercibido a Esperanza, muy concentrada en sentarse sin derrumbarse como un fardo debido al cansancio. Por su gusto se habría acostado directamente y sin cenar, pero no despreciaría un ofrecimiento tan considerado a su llegada al país.

—Creo que podemos olvidarnos del tratamiento —irrumpió Lucy con una sonrisa, colocándose la servilleta en el regazo.

—¿Cómo dice?

—Tu tratamiento, querida. —Miró al mayordomo que vigilaba el servicio de la mesa—. Ya lo han oído, pueden prescindir del «milady». Al fin y al cabo, mi sobrina es medio española y que mi adorada hermana se casara con un conde significa bien poco desde el punto y hora que el título lo ostenta un desconocido que morirá más pronto que tarde.

—Como guste, señora —acató el servicio a coro.

—Por no mencionar que tú eres pobre como una rata de los muelles —añadió en un susurro jovial, casi una risa, cuando se quedaron solas.

La expresión de Esperanza se congeló en aquel instante. No sabía qué decir ni cómo reaccionar a algo tan grosero. Desde luego, en un estricto sentido, ella no era una lady porque el título de su difunto padre no era inglés, pero aquella desagradable agresión resultaba tan innecesaria...

—¿Te parece, querida? Creo que es lo mejor —agregó su tía con el entusiasmo de quien te promete un regalo.

—Como le parezca a usted —se rindió Esperanza, enloquecida por el delicioso aroma de la sopa.

—Deberías contarme los pormenores alrededor de ese heredero vuestro tan peculiar. Las descripciones en tus cartas eran tan escuetas...

—Apenas quedan detalles que mencionar —se resistió Esperanza. Como incentivo, Lucy le alargó un plato de filetitos finos aderezados con alguna salsa que olía intensamente a especias.

—Los españoles y sus costumbres me suscitan tanta curiosidad. Cuenta, cuenta.

—Pues el heredero del título de mi padre —explicó Esperanza casi sin fuerzas— resultó ser un encantador nonagenario solterón que vive con su hermana, también soltera. Ni que decir tiene que está usted en lo cierto, es probable que muera pronto y desde luego, sin descendencia. De modo que todo lo que fue nuestro revertirá a la corona, hasta el título. Nos quedaremos sin nada.

Lucy arqueó con exageración sus finas cejas.

—¿Acaso no te ofrecieron una asignación?

—Lo hicieron. Mermada y cicatera, no crea. El nuevo conde y su hermana son una pareja excéntrica que vive en el siglo pasado, convencida de que los precios de las cosas siguen al nivel que ellos recuerdan.

—Y supongo que las perspectivas de vivir en su compañía tampoco te resultaban muy atractivas, puedo entenderlo.

—El conde apenas hablaba, pero se le veía amable. Su hermana es una auténtica bruja.

—¡Esperanza! —se escandalizó Lucy, haciendo un grandísimo esfuerzo por pronunciar en español.

Esperanza aguantó la risa.

—Qué raro suena mi nombre con su acento, tía.

—Resulta harto complicado —refunfuñó la dama—. Es una palabra larga y fastidiosa.

«No es una simple palabra, es el nombre con el que me bautizaron mis padres» estuvo a punto de decir. No obstante, se mordió la lengua y simuló estar de acuerdo. ¿Qué podía hacer?

Apenas conseguía mantener abiertos los ojos, verdaderamente era pobre de solemnidad y su única pariente la había acogido en su casa sin poner inconvenientes. Debía ser sensata y agradecida y domar aquel indómito carácter suyo, del modo que fuera.

—Quiero que esta noche duermas cuanto puedas, no te preocupes por la hora, ordenaré que te suban el desayuno a tu dormitorio.

—Tía, no...

Lucy agitó una manita de porcelana en el aire.

—Bah, no tiene importancia, es solo por hoy, mereces algo de mimo después de ese viaje espantoso que destroza a cualquiera. Pero no te acostumbres.

La joven aprovechó que Lucy Picker cerraba los ojos para alabar su porción de tarta, y la sometió a un intenso estudio. Era una mujer extraña, tan lejana en personalidad y carácter a su madre, como en la apariencia. Con franqueza, no sabía a qué atenerse con ella, tan pronto era considerada y afable como cortante e hiriente. Puede que solo fuera la fatiga, que le jugaba una mala pasada distorsionando la realidad.

—Para mañana te tengo reservada una agradable sorpresa. —La voz algo chillona de Lucy la trajo a empujones de vuelta a la realidad.

—¿Una sorpresa?

La hermana de su madre batió las pestañas en un claro gesto de coquetería. Hasta sus mejillas se ruborizaron. Esperanza se preguntó de qué podría tratarse.

—Ya verás, ten paciencia.

Una criada y su tía la condujeron al dormitorio asignado y tras un breve intercambio de buenos deseos para el sueño, la española por fin se quedó sola.

Echó un vistazo alrededor: amplio y confortable pero tan diferente de su preciosa habitación en el palacio de Lirios... Allí no había flores.

Un pellizco de nostalgia le apretó el estómago. No solo se tenía por una mujer fuerte. A

Esperanza le importaban las personas, no las cosas. Las frases de consuelo, una carcajada bajo el sol, eran para ella la más preciada joya. De hecho, gran parte de las que su padre le regaló estaban invertidas en un nuevo vestuario menos suntuoso, más acorde con su actual situación, y en el pasaje para el barco. Conservó unas pocas por su valor sentimental y por si las cosas se ponían feas, aunque confiaba en no tener que venderlas.

Se dejó caer de espaldas sobre la cama. Era mullida y hospitalaria, una suerte de nube que la abrazó de inmediato. Cuando la doncella se ofreció a ayudarla a desvestirse, en su afán por lograr intimidad cuanto antes, la rechazó con cortesía. Ahora se arrepentía.

El sueño la venció en cuestión de minutos y Esperanza pasó su primera noche en la poderosa Inglaterra vestida de viaje.

4

Esto no es España

—Señorita, señorita, son las siete.

Esperanza se escondió bajo las sábanas. Hasta entonces no había sido consciente de que le dolían todos los rincones del cuerpo.

—¡No, por favor! ¡No! ¡No descorra las cortinas...!

—Ya están abiertas, milad... señorita.

—¿Eh?

Sacó media cabeza de entre el revoltijo de mantas. Abrió un ojo, luego el otro. En efecto, todas las cortinas de los tres largos ventanales aparecían abiertas de par en par.

—¿Es esa toda la luz que entra?

—Esto no es España, señorita —sonrió la doncella—, estamos en Inglaterra.

—¡Oh, Dios! —Se dejó caer de golpe sobre la almohada y se volvió a cubrir hasta las cejas.

—Le subiré el desayuno en un momentito.

—Mi tía prometió que me dejaría dormir todo lo que quisiera —refunfuñó con la lengua espesa.

La doncella iba y venía por toda la habitación recogiendo objetos que no necesitaban ser recogidos y cambiando de lugar cosas que Esperanza luego no encontraría. La española apretó los dientes para no soltar ninguna inconveniencia.

—Bueno, puede seguir descansando después de desayunar si lo desea.

Menuda estupidez. Ya estaría desvelada y lo suficientemente despierta como para no poder cerrar los ojos. Eso sí, igualmente cansada.

—¿Y si dejamos la comida para dentro de un buen rato?

—Las ordenes de la señora han sido que se lo sirva a las siete en punto. Ya voy retrasada.

—Pues dígle a mi tía que estaba dormida como una piedra, que no le ha sido posible despertarme.

Como la muchacha no respondía, Esperanza despegó los párpados y la miró curiosa. Parecía haber empequeñecido, vigilándola desde lejos con los ojos muy abiertos, asustada, afligida, confusa. Y lo último que ella pretendía era meter a nadie en problemas. Suspiró hondo, se desperezó y se sentó en la cama. El colchón era blando y amigable. Después del tormento de las muchas semanas en barco, dormir a pierna suelta había resultado ser una bendición.

—De acuerdo. Me tomaré ese mald..., succulento desayuno. Gracias.

—¡Oh, señorita! Se lo agradezco muchísimo.

—Está bien, está bien. ¿Puedo tomarlo en la cama? No me sostienen las piernas.

Con el estómago lleno y felizmente sola de nuevo, Esperanza se acurrucó contra los almohadones y perdió la noción de la realidad por más de tres horas. Su espalda vapuleada por el camastro del camarote de segunda y su mente atormentada por tanta desgracia junta, agradecieron la ración extra de descanso. Cuando por fin se levantó y se vistió sola, sin avisar a la doncella, se encontraba mucho más despejada y hasta feliz.

Arrancaba su vida en Londres. No es que tuviera muchas expectativas de diversión viviendo con una tía solterona, pero... Alguien golpeó la puerta con los nudillos y entró nada más dar ella permiso. Era la misma chica de la mañana.

—Señorita Espre... Esp... Espza. El almuerzo se servirá en cuarenta minutos. Puede

bajar al comedor cuando guste.

—¿Mi tía...?

—La señorita Picker está en la biblioteca. ¿Bajará a acompañarla? ¿Quiere que le sirva un té?

«¿Té antes de comer? Señor, qué raro, esta gente bebe té a todas horas».

Se recompuso, sonrió cuanto pudo y entrelazó los dedos de sus finas manos delante de su regazo en una postura que era toda una oda al recato.

—Será..., estupendo. Sí.

En diez minutos atravesaba la puerta de la pequeña biblioteca, tímida como un polluelo. La señorita Picker cerró el libro que estaba ojeando y la recibió con una afable sonrisa.

—Querida, por fin te veo. ¿Has descansado? Ya veo que sí, mírate, tus mejillas, han recuperado el color.

—¿Puedo...? —Esperanza señaló el butacón gemelo al que ocupaba su tía, junto al ventanal.

—Claro, claro. Estamos aquí para hacernos mutuamente compañía, ¿no es cierto?

—He dormido muy bien, tía, muchas gracias. Son todos muy amables. Habló de una sorpresa...

Los ojillos rasgados de Lucy centellearon ilusionados.

—Tenemos un invitado especial al almuerzo. Me muero de ganas de presentártelo.

La aguda intuición de Esperanza se puso de patas y la sacudió como un zarandeo.

—¿Un..., invitado?

—Un caballero apuesto y encantador.

—¿Soltero, por casualidad?

Lucy soltó una risilla nerviosa que era más bien un cacareo y se encogió de hombros con un temblor.

—Esperemos que por poco tiempo.

«¡Oh, Dios! ¡No!»

—¿Es que piensa..., piensa casarse?

—Está decidido a hacerlo cuanto antes. Tiene título nobiliario, sobrina, es barón.

—Ah, qué buena noticia. —Esperanza se esforzó por parecer impresionada.

—Es un gran hombre.

—Sí, tía, estoy segura de ello, pero... yo...

—Me hace muchísima ilusión que lo conozcas, y te pediría que te comportases del modo más cortés posible, puedes considerarlo un ruego personal.

—Desde luego que lo haré, siempre lo...

—No espero que congeniéis el primer día, no soy tan optimista. Sin embargo, no me cabe duda de que con el tiempo te resultará mucho más que grato.

¡Cielos! No estaba equivocada, pensó Esperanza. Su tía Lucy trataba de emparejarla con algún conocido soporífero nada más poner un pie en la isla. No podía ser, acababa de llegar, no había asistido a ningún baile, no había visitado Almack's, ni siquiera conocía la Torre de Londres.

—Yo... —empezó a decir después de pensárselo mucho. Si algo no debía apartar de la mente cada vez que abría su impetuosa boca, era su condición de recogida por caridad y el hecho de que le debía mucho a la hermana de su madre.

—Señorita, el almuerzo está servido.

Bendita interrupción la de la criada, antes de soltar alguna muestra de disconformidad que ofendiera a la señorita Picker. Podía comportarse como toda una dama, se dijo, sabía hacerlo, era digna hija de un conde.

Al cruzar el vestíbulo camino del comedor, se toparon con el que a todas luces debía de ser el invitado de gala. Más bajo que ella, hacía, sin embargo, buena pareja con su recortada tía. Corriente en el físico, cabello oscuro y ademanes un poco forzados. Justo en aquel momento entregaba el sombrero y el abrigo al mayordomo y se giró a mirarla con destellos en las pupilas y sonrisa tirante.

—¡Mi querida Lucy!

Extendió ambas manos, tomó las de ella y besó por orden los nudillos, primero los derechos, a continuación los izquierdos. Pero durante el proceso, sus ojos de halcón no se separaron del rostro de Esperanza.

—Y esta encantadora damita debo suponer que es...

—Mi sobrina. Esperanza de Montesinos.

—¿Espenza? ¿Espe... qué? —El caballero arrugó el entrecejo mientras cavilaba.

—Esperanza, señor —lo auxilió la interesada.

—Oh, qué difícil pronunciación.

—Y qué mal suena —apuntó Lucy sin perder las buenas formas—. Sobrina, te presento al barón Cronwell.

—Gilbert Bodler a su servicio —repuso él con una sentida reverencia que Esperanza recibió como correspondía a su rango: erguida y sin molestarse en responder más que con una levísima inclinación de cabeza.

Lucy Picker se colgó de su brazo y lo empujó con disimulo en dirección al comedor. Esperanza los siguió sumisa y callada. Por alguna razón que de momento no acertaba a entender, aquel individuo le causaba risa.

5

Nuestro invitado, el barón

—¿Y puedo preguntar...? Su nombre, señorita, ¿qué significa? —Volvió a la carga cuando ya estaban acomodados ante la mesa.

Esperanza fue a responder, sin embargo, su entusiasmada tía se le adelantó.

—Hope.

—¡Oh, Hope! Un nombre precioso. Entonces, ¿qué problema tenemos? Señorita Hope, little Hope, bienvenida a Inglaterra.

—Yo... —La joven quiso mostrar su descontento, pero no se lo permitieron. Su tía palmoteaba como una niña pequeña.

—¡Qué ingenioso, barón! ¿Cómo no lo hemos pensado antes? Su inteligencia me asombra. ¡Hope, querida! Mucho más llevadero que ese terrible... Esp..., lo que sea. ¿Por qué no te bautizó tu madre con un nombre inglés?

Esperanza apretó la mandíbula a punto de quebrarse los dientes.

—Probablemente porque mi padre era español. Y sí tengo un segundo nombre, tía, Elisabeth.

La señorita Picker arqueó las cejas, complacida.

—Muy bonito. También podríamos llamarla Elisabeth.

El barón negó con la cabeza y la boca llena.

—Hope es mejor. Corto, conciso, contundente.

—¡Todo con «C»! —cacareó Lucy encantada—. Perspicaz, barón, usted siempre tan

perspicaz.

—¿Qué tal la travesía desde España? Terrible, imagino.

—Lo bastante como para recordarlo mucho tiempo, señor.

—Por fortuna ya no tendrá que repetirla. Deseamos de corazón que encuentre su hogar en Londres y toda la felicidad que se merece después de tanto infortunio.

O sea, que aquel perfecto desconocido estaba bien al tanto de sus miserias personales y familiares. Vaya. Esperanza, que debía acostumbrarse cuanto antes a que la llamaran Hope, detestaba los chismes, la ponían de mal humor. Especialmente si giraban en torno a su vida privada.

—Es muy amable de su parte sostener tan buenos deseos en mi favor —replicó con un elegante susurro.

—Su sobrina es una jovencita educada, llena de virtudes, según veo —comentó el barón con un tono que le puso los pelos de punta.

—Ya se lo anticipé.

—No será difícil encontrarle un marido bien dispuesto.

—No estoy... demasiado interesada en casarme.

Dos pares de ojos subieron de los platos a su rostro con la velocidad del rayo.

—Bobadas, no puedes estar hablando en serio —se acongojó su tía.

—Todas las mujeres desean casarse —agregó el barón muy convencido.

—Supongo que por fortuna no soy todas las mujeres. —Hope era consciente de estar siendo áspera y maleducada, no obstante, estaba decidida a levantar un dique infranqueable entre aquel aspirante a pretendiente y ella—. Quiero decir, que no estoy interesada de momento. Antes debo conocer la ciudad, el país, trabar amistades...

—De eso tendrá oportunidad de sobra —se relajó el barón, lanzando una pícara mirada a Lucy—, podrá acompañarnos a todas partes y le serviremos de carabina en sus, digamos, devaneos amorosos. Cuando su tía y yo nos desposemos... —Estudió su expresión descolocada — ¡Ah! ¿No lo sabía?

No. Evidentemente no lo sabía y cualquiera podría haberlo adivinado al observar el desconcierto en su expresión, aunque no la conociese. Por un lado, a punto de dejar caer el tenedor, Hope sintió un inconmensurable alivio. Por otro, un escalofrío que le recorrió el cuerpo de cabeza a pies.

—¡Esa era la sorpresa que te guardaba, sobrina! El barón Cronwell ha pedido mi mano y he aceptado. ¿No te parece maravilloso?

—Sí, maravilloso, desde luego —balbuceó, a sabiendas de que no estaba siendo nada categórica.

—Deberíamos brindar por este inesperado, aunque entrañable aumento de la familia —propuso Gilbert—. ¿Le gusta el vino, Hope?

Ella estiró la mano con un delicado cáliz de cristal en ella.

—Soy española. Llene la copa.

—Oh, qué osada... —rio Lucy cubriéndose la boca con la servilleta.

—Y qué divertida. Va usted a suponer toda una revolución de aire fresco y renovado en los rancios salones de nuestro Londres, querida Hope. —Alzó el brindis en el aire—. Le auguro la mejor de las temporadas.

Tras el almuerzo, Hope se retiró a su dormitorio alegando estar exhausta. Dejó a la feliz pareja en solitario para que pudieran hacerse confesiones y arrumacos de los que no quería ser testigo. En un par de horas, quizá tres, Lucy Picker apareció por fin, envuelta en una nube de emoción. Ordenó té con bizcochos y lo tomaron frente a la chimenea de la habitación de la joven.

—Has estado muy prudente en la conversación durante el almuerzo —observó la señorita Picker—. Espero que conocer al barón haya sido un entretenimiento de tu agrado.

—No me dijo que pensara usted casarse, tía —comentó Hope con cautela.

—Simplemente ha ocurrido. El barón es como un milagro caído del cielo.

—En su carta usted me dijo... Parecía resuelta a vivir sin esposo, en mi compañía.

—¡Ah! ¿Te sientes rechazada? ¿Es eso? —Soltó una risita histérica—. Querida mía, no seas tan arrogante. Eres mi sobrina, hija de mi única hermana, estás sola en el mundo, te he abierto las puertas de esta casa y eres bien recibida en la familia. Pero la última vez que te escribí hace más de seis meses. En ese tiempo, las cosas han variado un poco.

—Ya lo veo. ¿Y para cuándo es la boda?

—Aún no hemos fijado la fecha. Un mes, dos a lo sumo. Antes quería recibirte como Dios manda y dedicarte tiempo y atenciones.

—¿Piensa mudarse?

—Oh, nada de eso. El barón se mudará a esta casa. Es cómoda, confortable y no muy cara de mantener. Él tuvo algunos problemas que afectaron a su propiedad.

Haciendo gala de una increíble discreción, Hope no hurgó en detalles acerca de las pérdidas del barón, si bien no pudo evitar que una nube de sospecha flotara por encima de su cabeza.

—Gilbert ha sido como un bálsamo para mis muchas heridas —confesó la dama con un hipido—. Antes de él no tenía razones para seguir viva. Es apuesto, inteligente y buen conversador. Una grata compañía para la vejez.

—Usted está todavía muy lejos de la vejez, tía.

Lucy sonrió apocada.

—Bueno, es una manera de verlo. Envejecer en soledad no es un destino muy halagüeño, sobrina, por eso debes quitarte de la cabeza esa absurda idea de mantenerte soltera. Esta sociedad nuestra no es demasiado compasiva con las mujeres que no se casan.

Por un instante, Hope se permitió fantasear.

—Supongo que si encuentro a alguien especial que me roba el corazón...

—Déjate de sandeces, querida, no hace falta que te robe el corazón. De hecho, mientras menos te atraiga, más tranquila vivirás.

—Pero usted ama al barón, no hace falta más que ver cómo lo mira.

—El caso es que Gilbert es extraordinario, no pude evitar caer en sus redes. Así que admito que me ha arrebatado un poco; pero confío en que se pase con los años.

—Creo que prefiero trabajar y ganar mi propio sueldo antes que casarme con alguien por quien no me mueva un sentimiento auténtico y poderoso.

Lucy la repasó con horror y los ojos desorbitados.

—La hija de todo un conde... ¿trabajando?

Hope tomó la tacita de té y se la llevó a los labios con una distinción envidiable.

—Me temo que aquí en Inglaterra no soy más que la señorita Montesinos. Eso si no le da a alguien por traducir también mi apellido y acabo perdiéndolo.

6

Un barón a todas horas

Pronto quedó claro que la presentación oficial a la sobrina huérfana recién llegada de la lejana España, había sido el pistoletazo de salida para permitir la presencia del barón de continuo y a todas horas en aquella casa. Daba órdenes a diestro y siniestro, mareaba a las criadas con sus extravagantes caprichos y enfurecía al sufrido mayordomo. La señorita Picker, no obstante, se lo celebraba todo, se lo perdonaba todo, y calificaba sus exigencias de convenientes, sagaces y prácticas. Una auténtica pesadilla tratándose de alguien que no necesitaba de mucho para conducirse como el amo de la casona.

—Su puré de puerros..., señor —presentó el lacayo con acritud, colocando el plato sobre la mesa, delante de lord Cronwell.

—Me he permitido hacer unas ligeras variaciones en los menús, querida —anunció el barón, sin remordimientos. La señorita Picker asintió complacida—. He suprimido el puré de calabaza por su sabor extremadamente dulce.

—La señora Parker lo adereza a las mil maravillas, con pimienta y otras especias. —Hope defendió con afán a la cocinera, algo que le causó a lord Cronwell mucha sorpresa.

—El puré de puerros es más saludable.

—Desde luego que sí, no te quepa la menor duda —lo sustentó Lucy, sobreexcitada.

Hope hundió la cabeza contra el pecho y se ocupó de la comida. Ya tenía la suficiente experiencia como para saber que a lord Cronwell no se le podía contradecir, siempre se salía con

la suya. Pero su carácter rebelde la empujaba a intentarlo.

—Mañana iremos a cenar a casa de los vizcondes Linley —retomó el barón, apartando su atención de los puerros—. Tienen no uno, sino dos hijos en edad casadera que la señorita Hope debería conocer.

—¡Qué buena idea! ¿Verdad, querida?

Hope sonrió con modestia, decidiendo en aquel mismo instante que al día siguiente, rondando la hora de la cena, se encontraría indispuesta al punto de no poder abandonar el lecho.

Tras el almuerzo, la señorita Picker se retiró a descansar y Hope se refugió en la biblioteca con su libro favorito. El tictac del carrillón no tardó en incrustarse en su mente como un mal veneno, erizó sus nervios por culpa de la ansiedad que la perseguía desde que Gilbert Bodler frecuentaba aquella casa, ausentándose tras la cena, únicamente para dormir. Un movimiento tras su sillón la hizo sobresaltar. Y una mano sinuosa deslizándose por su hombro como un tentáculo aceitoso, la tensó.

—Mi querida sobrina...

—No soy su sobrina, milord, siento recordárselo.

—Pronto lo serás, por línea política. —Gilbert retiró la mano, rodeó el asiento y la miró de frente—. Vengo a buscar un buen libro con el que entretenerme.

—Hace usted muy bien. —Volvió los ojos a la página abierta—. ¿Podría pedirle un favor?

—Desde luego que sí —accedió él con tono empalagoso—. Cualquier cosa que quieras o precises.

—Le ruego que no se precipite buscándome un prometido que claramente no necesito.

—Considero que eres la menos indicada para valorar dicha carencia —espetó él, sin perder aquella sonrisa acuosa y desagradable.

—No me equivoco al pensar que ahora, todos nuestros esfuerzos deberían ir orientados a preparar su boda con la tía Lucy; asegurarnos de que sea un evento memorable en el que, ¿por qué no? también podría conocer a muchos caballeros interesantes —añadió a última hora para

contentarlo.

Gilbert ladeó la cabeza como si lo considerase.

—Es una buena ocasión, no deja de serlo. Créeme si te digo, sobrina, que yo soy el menos ansioso por casarte. Perderte de vista, dejar de gozar de tu preciada compañía aquí en la casa, no será plato de gusto. Pero tu tía se empeña en que ya tienes una edad...

Lo manifestó con lentitud, insinuante, sin apartar ni un segundo las pupilas clavadas en ella. Hope se sintió muy incómoda por lo que consideraba un exceso. No le gustaba el modo en que el barón la miraba, ni el tono con el que se dirigía a ella. Tampoco que se pasara el día en la casa sin ser aún el esposo de la señorita Picker. Ni que la buscara con cualquier excusa cuando su tía se retiraba a descansar. Si las circunstancias no variaban una vez unidos en matrimonio, quizá ella se viera forzada a buscar marido con el solo objetivo de marcharse de allí. La placentera y calmada vida de solteronas que Lucy Picker le había prometido en sus cartas, la principal razón por la que había huido de España se había ido al garete por culpa de aquel entrometido poco decoroso.

—¿No iba a buscar un libro, milord?

Gilbert pestañeó sorprendido por la pregunta. Dio un paso atrás y recuperó la inquietante sonrisa que lo caracterizaba.

—Oh, sí, desde luego.

Pasadas unas dos horas, harta de que los pensamientos recurrentes no le permitieran concentrarse en lo que leía, Hope abandonó el abrigo de la pequeña biblioteca con el libro bajo el brazo. Se escondería en su dormitorio hasta la hora de la cena y evitaría cruzarse de nuevo con el barón. Lo haría siempre que pudiera, cada vez encontraba menos calma en su compañía. Pero para su sorpresa, lord Cronwell se encontraba en el vestíbulo charlando amigablemente con otro caballero que le sacaba más de cuatro palmos de altura. Elegante y atractivo.

—Hope, querida, ven que te presente al marqués de Heallford, un buen amigo de la

familia. Es la sobrina de mi querida Lucy, la señorita Montesinos.

El desconocido la observó por un espacio de tiempo excesivo como para considerarlo decoroso, y besó y retuvo su mano demasiado tiempo también. Era insultantemente varonil y seductor, de profundos ojos color ámbar y cabello oscuro. La levita y los pantalones ceñidos le sentaban como a la estatua de un dios, una ofrenda.

—Esperanza de Montesinos —corrigió ella.

El barón interrumpió el mutuo escrutinio con una risita de roedor.

—Un nombre imposible de pronunciar. Para nosotros es y será la querida Hope.

—Es un placer, señorita.

Una voz estremecedora. Grave y algo ronca. Pecaminosa, acariciadora. Un sonido ondulante que erizó los vellos de su nuca.

—¿Podría pedirte un favor, querida sobrina?

La pregunta de Gilbert la sacó del ensimismamiento en que la había sumido la presencia del marqués. Sacudió la cabeza y con un gesto firme pero sutil, recuperó su mano.

—Lo que necesite, milord.

—En el saloncito tenemos a nuestra ruidosa vecina, la señora March. Ha venido para tomar el té, pero tu tía se encuentra indispuesta, con una terrible jaqueca que la incapacita para soportar el inagotable torrente de palabras que supone una conversación con esa dama. ¿Serías tan amable de atenderla en su lugar?

La perspectiva de poder charlar con alguien que no fuera la servidumbre, su tía o el remilgado barón, la puso de inmejorable humor. Hasta sonrió sin poderse contener.

—Claro que sí, milord. Iré ahora mismo. Marqués... —inclinó levemente la cabeza y él hizo otro tanto.

Conforme se alejaba del recibidor camino del saloncito, podía sentir clavada en la espalda la presión de la mirada de lord Heallford. Algo sugerente, pero nada tranquilizador.

—No imaginas las ganas que tenía de conocerte, querida niña. ¿Cuánto llevas ya aquí? ¿Tres? ¿Cuatro semanas?

—Solo tres, señora March, tres.

—Demasiadas para ser vecinas tan cercanas y no habernos presentado debidamente. Tengo que decir que antes de que ese mequetrefe apareciera yo era la principal fuente de entretenimiento de tu pobre tía. Siempre aquí encerrada, tan triste y sola. Lucy nunca ha sido demasiado dada al jubileo social.

—¿Mequetrefe? —repitió Hope con los ojos muy abiertos, solo para darle oportunidad de que se expplayara.

Con la señora March no hacían falta sutilezas. Era la típica cotilla enterada de todo, que habla y opina sin ningún pudor. Debía rondar los ochenta años y lucía fresca y lozana como una rosa Tudor. Con una vitalidad envidiable que ya quisiera para sí la lánguida señorita Picker.

—El barón. Cuando Lucy me informó de que vendrías a vivir con ella, me alegré una barbaridad. Compañía joven y extranjera, savia nueva y algo de cariño, era todo lo que necesitaba para florecer. Pero entonces apareció ese cazafortunas y la envolvió en su tela de araña antes de poder evitarlo.

—¿Cree que va tras la asignación de mi tía? —indagó Hope completamente atónita. Y esta vez, su interés era sincero.

—Tu abuelo, el padre de la señorita Picker, le dejó un buen dinero para que pudiese vivir sin estrecheces el resto de su vida. Por lo que tengo entendido, tu señora madre renunció también a su parte de la herencia en favor de su hermana, lo que convirtió a la pequeña Lucy en una dama bien situada económicamente. Cronwell está arruinado, no le queda más que el título del que presume a todas horas. Es insufrible. ¿Me sirves un poco más de té?

Hope se apresuró a satisfacerla. La entrevista con la señora March estaba resultando mucho más entretenida y útil de lo que se hubiera podido figurar.

—No tiene una guinea en el bolsillo. Bien sabe el cielo con todos sus arcángeles que he intentado advertir a la señorita Picker pero no me escucha, se muere por ser baronesa aunque su esposo no tenga fortuna. Más bien, ni donde caerse muerto.

—Vaya —exclamó Hope, solo por cortesía. Lo único que deseaba era que aquella fuente inagotable de succulenta información siguiera hablando.

—En cuanto a su amigo el marqués, ese que ha llegado pisándome los talones y ahora se encuentra encerrado con lord Cronwell en la biblioteca... —Puso los ojos en blanco— ¡Menudo peligro! Un vividor libertino consciente de su poder de seducción que le arrebató la virtud a una dama con solo besarle la mano.

Hope se cubrió el escote con los dedos y una buena dosis de cómico dramatismo.

—¡Cielos! Me temo que llega tarde, señora March, acaba de besármela hace un rato.

La venerable dama soltó una alegre carcajada.

—Me encanta tu sentido del humor, jovencita. Aliméntalo, te hará falta en una ciudad tan gris como la nuestra. Ese hombre... Jamás te fíes de alguien con los ojos del color del oro. No se puede ser insoportablemente guapo, inmensamente rico y además listo. No es justo para el resto de los hombres. ¡Qué sabrosos están estos bizcochitos!

En la biblioteca, al calor del hogar, con una copa de brandy en la mano y esponjosos butacones en los que arrellanarse a voluntad, los dos caballeros conversaban de todo y de nada

en particular.

—En cuanto me despose entraré en posesión de la fortuna de mi mujer —expuso Gilbert con brío y pasión. A su lado, el marqués disimulaba el aburrimiento que le provocaba la visita—. Ardo en deseos de embarcarme con usted en esos negocios tan prósperos que podrían ayudarme a recuperar mi estatus de siempre...

Heallford no le siguió la cháchara: parecía perdido en otros pensamientos mucho más placenteros.

—Esa muchachita que acaba de presentarme...

—Mi sobrina.

Sonrió de medio lado. De haber sido el barón una dama, habría caído a sus botas deslumbrada, rendida.

—Aún no es su sobrina, Cronwell, sea paciente.

—Es una manera de hablar, ya me entiende. Esa muchacha es la guinda perfecta de un pastel recién hecho.

En la mirada de lord Heallford brilló la severidad y una chispa de advertencia.

—Espero que sepa comportarse y controle sus instintos al menos mientras no esté formalmente casado.

—Desde luego que sí. ¿Cree que sería tan necio como para tirar por la borda la administración de los caudales Picker? Haré grandes cosas con ellos, téngalo por seguro, marqués. Y usted será el principal testigo de mi recuperación y crecimiento.

Las tertulias que se desarrollaban en las diferentes estancias llegaron a su fin y los cuatro conversadores volvieron a coincidir en el vestíbulo. El barón para despedir a su amigo, la señorita Montesinos dispuesta a acompañar a su locuaz vecina, todo un descubrimiento, hasta la puerta. El marqués avanzó un paso hacia ellas y de inmediato, Hope se sintió amenazada.

—Señora March, de nuevo me alegro de verla. —El seductor aristócrata se inclinó ante la

anciana y le tomó la mano para besársela. La dama soportó la cortesía con la boca fruncida como una col y postura de hielo—. Espero volver a coincidir muy pronto.

—No me adule, marqués —refunfuñó ella observándolo con desconfianza—, hace mucho que dejé de ser una de esas jovencitas ingenuas que se dejan embaucar por su brillo, su sonrisa irresistible y sus ojos.

Para no dejarse encandilar por los atributos físicos de lord Heallford, había tomado buena nota de todos ellos, pensó Hope aguantándose la risa.

—Señorita Montesinos.

—Encantada, milord. —Desvió aprisa la mirada—. Vuelva siempre que quiera, señora March, ha sido un placer.

—Lo mismo digo, querida, es usted una criatura deliciosa.

Desaparecieron y Hope se quedó a solas con el barón que volvió a mirarla con aquella sonrisa libidinosa entre los labios que la desquiciaba con tanta facilidad.

—¿Me acompañarías con una copita de licor en la biblioteca? Lord Heallford ha tenido a bien regalarme...

—Se lo agradezco, muchas gracias. Me duele una barbaridad la cabeza. Creo que iré a recostarme un rato, hasta la hora de la cena.

Gilbert hizo un gesto de afable comprensión.

—La tediosa conversación de la señora March, sin duda. No haga caso de nada de lo que le cuente esa pérfida mujer, el aburrimiento que la rodea la lleva a sacarse chismes y figuraciones de la manga, cosas que al parecer, solo ella es capaz de ver. Una anciana cotilla y entrometida que solo tu tía soporta porque es un verdadero ángel.

—¿Quién es un ángel, querido?

Lucy Picker bajaba lentamente por la escalera y hasta entonces no se había hecho notar. Hope tuvo la sospecha de que su sigilo había sido intencionado, como si pretendiera cazarlos en una conversación inapropiada o en un secreto.

—Tú, amor mío, tienes el corazón de un ser celestial de los que viven entre las nubes.

—Oh, Gilbert...

Mientras la hermana de su madre se derretía con el cumplido, Hope aprovechó para escapar a su dormitorio, un lugar donde poder sentirse a salvo, al menos hasta la inevitable reunión en el comedor, a la hora de la cena.

Y en la retina, en contra de su voluntad, llevaba adherida la imagen del seductor marqués y su sonrisa peligrosa.

¿Por qué motivo? Ella no era una joven que se impresionara con facilidad.

8

Venturosos paseos por el parque

—¿Necesita que la acompañe a la modista, tía?

—No es necesario, Hope, gracias.

—¿A elegir los arreglos florales?

—Eso ya está hecho.

—¿A revisar el largo del pasillo de la abadía? ¿A elegir la música?

—El barón viene conmigo.

Hope se había ofrecido a todo aquella mañana. Y parece ser que no la necesitaban para ninguna tarea. Sonrió para sus adentros.

—Entonces no tendrá inconveniente en que salga un rato a pasear.

Los ojos de su tía giraron con brusquedad hasta posarse en ella.

—¿A dónde piensas ir?

—¿Qué tal a Hyde Park? —planteó con inocencia—. Todavía hay muchos rincones hermosos que desconozco.

—Llévate a la doncella. Y que no se separe de ti. Recuerda que eres una dama joven y soltera y que no estamos en España.

Estuvo a punto de replicar que en su país de nacimiento también sabían velar por la virtud de las muchachas casaderas, pero ¿para qué? No iba a servir de nada. Lucy Picker rumiaba una mezcla de envidia y animadversión respecto a todo lo que le recordara el alto escalafón social

que alcanzó su hermana mayor, y España y lo español se incluían en el lote.

—Sí, tía, como guste.

—¡Y no te entretengas! ¡No vuelvas tarde! Recuerda que cenamos a las seis y media y que el barón no admite retrasos.

—No, tía, no lo olvido —repitió con irónica resignación.

A pesar de todo, el día era espléndido y pasear por el parque supuso un placer inigualable. El aire fresco, el trino de los pajarillos, el penetrante olor de las rosas. Y ver gente. Poder observar a aquellos ingleses emperifollados que le llamaban tanto la atención. Ninguno le causaba la impresión que le había causado el marqués de Heallford, algo casi violento, como un latigazo agradable al centro mismo de las entrañas.

¿Podía ser grato un latigazo? Pues algo así.

Sucedió como si lo convocara con el pensamiento. Magia, especuló ella cuando lo vio atravesarse en el camino y saludarla con una reverencia y una sonrisa devastadora.

—Pero si es nuestra castiza señorita Montesinos.

—¿Castiza? —preguntó desconcertada, al tiempo que correspondía el saludo.

Él sonrió de un modo encantador.

—Uno ha viajado por el mapa y España siempre merece la pena. Soy un trotamundos curioso que atrapa palabras ahí donde va. Castiza me resultó..., sonora, estafalaria, peculiar. Una bella palabra. ¿Le molestaría si la acompaño un tramo?

—Eso más bien debería preguntárselo a mi tía. Ve peligro inminente en cada pantalón que se me acerca.

—Vaya. ¿Y se le acercan muchos?

—En absoluto. —Disimuló una risita—. En realidad, debería haber dicho «en cada pantalón que hipotéticamente pudiera acercárseme».

—Oh, hipotético. Otra palabra exuberante.

—¿Exuberante? ¿Acaso una palabra puede tener tal cualidad?

—Créame que sí, estimada señorita. Esas letras, cuando se juntan, están vivas y me

causan un enorme goce.

Ella retiró la mirada y se centró en el camino flanqueado de increíbles rosaledas. Era hasta cierto punto insólito que no conociendo de nada a lord Heallford caminasen y departieran como amigos de toda la vida. Con él no se sentía incómoda y las cosas simplemente fluían sencillas.

—¿Qué le trae por el parque, milord? Si me está permitido preguntar. ¿Toma el sol?

—Es agradable y de lo más inteligente disfrutar de estos pocos días. Tiempo habrá para nieblas, nubes y diluvios. Podría decirle que vengo de la oficina de mi administrador de firmar una montaña de papeles aburridos, pero saldría usted corriendo. Así que mejor finjo no haberlo mencionado siquiera.

Hope volvió a reír. Esta vez con mayor libertad y descaro, un sonido musical y adorable. Cuando volvió a atenderlo, el marqués la admiraba con la boca abierta.

—Es usted... Asombrosa —susurró ronco.

—¿Por tener sentido del humor?

—Por tener la osadía de exteriorizarlo. La gente aquí, no me lo tome a mal, tengo entendido que su madre era inglesa...

—Mi madre era un dechado de virtudes con una risa contagiosa capaz de enamorar a un... —Se detuvo a tiempo de no pronunciar la palabra «conde». La mención de su origen noble quizá disgustara a su tía, muy interesada por algún motivo, en que se la conociera como simple señorita—, culto y respetable caballero español.

—Algo que no me atrevería a poner en duda. No obstante, con honrosas excepciones, como su sublime progenitora, la gente aquí es bastante gris. Opaca. Otra palabra que adoro.

No estaba tratando de impresionarla, se conducía así porque él era así. Y Hope decidió que lo estaba pasando bien y que pese a las prevenciones de su vecina, la compañía del marqués estaba resultando ser muy entretenida. En cuanto a él... Se sorprendió a sí mismo persiguiendo sus delicados movimientos, espiando la manera deliciosa en que hacía girar la varilla de su parasol, distraída, al hablar. Y la naturalidad y falta de afectación con que le reía las bromas. Era

todo un alivio que la señorita Montesinos no rehuyera su compañía, que no huyese despavorida alertada por su escandalosa reputación. Ventajas que otorga la ignorancia.

—El otro día cuando nos presentaron —retomó él—, he de confesar que me causó usted una grata impresión. Me gustan los españoles, su brío, su carácter, esa pasión desenfadada con la que nacen los hace especiales.

—Gracias por la parte que me toca —agradeció ella, gentil.

—Le recomiendo que escape cuanto pueda de esa casa o se morirá de un bostezo.

—No es tan sencillo cuando se está bajo las órdenes de una pariente poco dada a la verbena.

—Podría decir que estaría encantado de encargarme de usted y asegurarle un poco de divertimento, pero ignoro hasta qué punto su tía me considera persona de confianza.

Lucy Picker, no sabía; pero en lo que atañía a la señora March... El simple ofrecimiento de «encargarse de ella» ya constituía un atrevimiento imperdonable.

—Temo que mi tía no tenga un círculo demasiado amplio de personas confiables. Sus ojos no ven más virtudes que las de su futuro esposo.

—Como debe ser —apuntaló el marqués con una risita—. ¿Y a qué dedica su tiempo?

—Leo, bordo, entretengo a nuestra vecina..., sobre todo me encierro en la biblioteca y salgo volando por la ventana en cuanto tengo oportunidad.

—Déjeme que lo adivine: coleccionando palabras exóticas y apasionantes, ¿a que sí?

—Más bien historias fantasiosas, amor y aventuras que me permitan evadirme de esta realidad que me ha tocado vivir.

—Lo dice como si acabara de resignarse a un destino horrible.

—Si le soy franca, preferiría que mis padres no hubiesen muerto, que mi hermano no hubiera desaparecido, haberme quedado en España, en mi casa de siempre.

Omitió detallar que su casa había sido un palacio. De los mejores y más suntuosos. El marqués la escuchaba concentrado.

—Disculpe, ¿su hermano desapareció?

Hope entendió en aquel preciso instante, que había ido demasiado lejos en sus confesiones. Se había dejado llevar por la amable charla, la camaradería de lord Heallford y una familiaridad que no existía salvo en su mente enferma de soledad, necesitada de calor humano.

Y si el calor humano era además tan tentador e irresistiblemente atractivo...

—Bueno, sí, es una larga historia que no merece la pena contar en un día tan agradable. Lo empañaríamos.

—Confío en que en otra ocasión tenga a bien hacerme partícipe de tan vitales confidencias.

Ella lo miró con un brillo de desafío en las pupilas.

—¿Acaso le interesan?

—Todo lo que tenga que ver con usted me interesa, estimada señorita. Me parece una criatura fascinante. Me gustaría invitarla a usted y a sus tíos —prosiguió antes de que ella replicara— a tomar el té o a un almuerzo informal, un día de estos, en Grovenor House. El resto de mi insufrible familia sale de viaje por Europa y eso me proporciona unas semanas de paz y tranquilidad —le cuchicheó cerca de la oreja, en plan confidente.

El roce juguetón de su aliento hizo estragos sobre la piel femenina. Con un estremecimiento, Hope se apartó de su costado.

—Será un placer, milord. Informaré a mi tía.

Aristocráticamente hablando, había llegado la hora de despedirse. Las tertulias surgidas por casualidad como aquella, por muy satisfactorias que resultasen, no debían alargarse. Y dada la discutible reputación del marqués de Heallford, Hope sentía demasiados ojos pendientes de sus movimientos y sus pasos.

—¡Estimado marqués! Pero qué agradable e inesperado encuentro...

Tres damas. Encopetadas hasta la asfixia. Lazos, estampados estridentes en la tela de sus vestidos, perfumes intensos y mareantes. Muchas plumas en sus sombreros. Y Hope añadiría que demasiado color en sus mejillas. No obstante, eran nobles, de eso no cabía la menor duda y por si la había, las tres sumisas doncellas que las seguían daban fe del fervor con que se protegían sus

virtudes y su honor. Lo que más la enfureció, sin embargo, y no podía entender por qué, fue lo contento que parecía el marqués con el encontronazo.

Mientras besaba sus nudillos, su mirada ámbar recorrió a las damas de pies a cabezas como si pensara devorarlas allí mismo, entre los setos bajo el sol. Independientemente de quien mirase.

—La otra tarde consiguió que mi hermana quedara atrapada en sus encantos, milord. Tiene usted que honrarnos con una nueva visita cuanto antes —suplicó la más alta de las tres, con una sonrisa almibarada.

—Hasta mi madre sigue hechizada por su sonrisa y su conversación —manifestó otra con un gorjeo.

A nadie se le ocurrió cumplimentar a Hope. Ni una miradita de reojo. Cero curiosidad por parte de las damas y cero dedicación por parte del caballero. Algo a lo que como aristócrata española no estaba acostumbrada, pero a lo que como simple señorita desconocida en Inglaterra, debía aclimatarse cuanto antes. Hasta que aquel distinguido ramillete de florecillas inglesas desapareció dejando un rastro de babas, lord Heallford no volvió a prestarle atención.

Tarde.

Hope echaba chispas de indignación por los ojos. Ni siquiera la había presentado. ¿Acaso no la consideraba digna?

—Disculpe. Unas conocidas muy ruidosas, me temo —fue toda su explicación.

Ella se mordió la punta de la lengua. Mientras las seducía casi sin esfuerzo, no daba la impresión de estar demasiado fastidiado con la presencia de ninguna de las tres. Ni con sus recargadas alabanzas.

—Disculpado, milord, ahora soy yo quien debe marcharse. Se hizo un poco tarde.

Él inclinó la cabeza en una profunda venia. La doncella de la señorita, que hasta entonces los había seguido a varios metros de distancia, se aproximó con prudencia.

Heallford alzó de nuevo la cabeza y sus ojos se encontraron con los de ella, en una suerte de enredo desconcertante. Hope sintió el corazón acelerándose sin ningún motivo. Aspiró aire en

cantidad, lentamente, para tranquilizarlo. Aquellos ojos como dos monedas bruñidas parecían poder colarse sin dificultad hasta las más profundas fibras de su ser.

—Gracias a su simpatía he disfrutado del paseo y de este parque como nunca en mi vida. Espero de corazón que este milagro vuelva a repetirse —se despidió Heallford con una irresistible sonrisa.

Ya...

9

Grovenor House

—¡Qué excitante! —graznó Lucy histérica, vapuleada por el traqueteo del carruaje— ¡Conocer la mansión de todo un marqués! Grovenor House es famosa por su opulencia. Y una invitación personal, nada menos.

—El marqués es amigo y en un futuro próximo, también socio de negocios —recapituló Gilbert Bodler ajustándose los guantes—, no veo qué hay de extraño en que nos reciba en su hogar.

—Bueno, hasta el momento era tu amigo y nunca nos había invitado.

Hope se apresuró a esconder los ojos en la ventanilla, aprovechando que la extensa y verde campiña resultaba mucho más agradable que las miradas atravesadas del barón.

—Verás cuando se lo deje caer a la señora March. Va a necesitar sales. —Lucy Picker seguía dándole vueltas a su pequeña ilusión.

Hope suspiró bajito para que nadie salvo ella misma lo escuchara. La insistencia del barón, que no apartó la vista de ella ni un solo segundo durante el trayecto, la tenía desquiciada y de lógico mal humor. Lo peor era tener que disimularlo.

—Ya hemos llegado. ¡Hemos llegado! —aulló su tía, fuera de sí.

—Controla ese entusiasmo, querida, a ojos de todo el mundo te hace quedar como una provinciana que jamás ha visitado una gran mansión.

La hermana de su madre enrojeció con violencia al tiempo que enmudecía. Y pese a que

sus aspavientos también le habían parecido exagerados y habían estado a punto de provocarle dolor de cabeza, Hope sintió lástima por la evidente humillación.

Cada hora que pasaba soportando a aquel barón Cronwell, todo lo que hacía o decía, incluso el aire que respiraba, le resultaba más y más irritante. No obstante, nada más poner un pie fuera del carruaje, la señorita Lucy olvidó todas las advertencias.

—Mira cuántos lacayos, Gilbert. Y los bordados de las libreas... ¡Cielos! Son exquisitos.

—Bienvenidos a Grovenor House —los recibió el mayordomo—. Tengan la bondad de seguirme.

—¡Cronwell! ¡Señorita Picker, señorita Montesinos!

Aquella voz varonil y vibrante no pertenecía al mayordomo ni a ningún lacayo. Su propietario descendió con agilidad del caballo antes incluso de haberlo detenido y entregó las riendas al mozo que se acercó corriendo. Caminó hacia ellos con la fusta bajo el brazo, desprendiéndose de los guantes con los irresistibles aires de un hombre de mundo.

—¡Marqués! —se alborotó Lucy, haciendo una ridícula reverencia que estuvo a punto de dejarla clavada de rodillas en el suelo.

—Heallford... —fue la breve intervención del barón.

Los ojos dorados del marqués estaban fijos en la joven dama rubia que se empeñaba en esquivarlos. Tomó galante su mano y la llevó a los labios para besar sus nudillos.

—Qué felicidad que haya decidido usted acompañarlos, señorita Montesinos.

—Tiene usted una casa preciosa, milord —alabó Lucy Picker tomando el brazo de su prometido.

—Me alegro de que les guste. Es tan anciana y vetusta como los árboles de ese bosque. —Señaló a la lejanía—. La comida se servirá dentro, pero he ordenado que nos preparen un refrigerio en la terraza y luego podemos practicar un poco de tiro al arco para abrir el apetito, ¿qué les parece? ¿Lo ha practicado alguna vez, señorita Picker?

—¿Eh? ¿Arco? No, milord, nunca, jamás en toda mi vida. Me temo que las flechas y sus puntiagudos extremos me producen pavor.

—¿Y usted, señorita Montesinos? ¿Me permite? —le ofreció el brazo.

—No soy ninguna experta —repuso ella con modestia.

Llegaron a una extensa terraza rodeada por una exquisita balaustrada de piedra que se abría, por la zona norte a la casa y por el sur a una escalinata que conducía a los jardines. Era un escenario tan poéticamente hermoso que Hope no pudo reprimir preguntarse cómo se sentiría uno viviendo en aquel mágico lugar. Había una mesa redonda, decorada y dispuesta con limonadas frías, diferentes vinos y un surtido de fuentes repletas de canapés salados.

—Sírvanse a discreción —ofreció lord Heallford—. Si me disculpan un segundo, debo cambiarme después de la cabalgada.

—Vaya, vaya —consintió Gilbert Bodler como si la mansión le perteneciera y su autorización fuera necesaria para algo.

Con un suspiro interminable de complacencia, Lucy Picker se acomodó junto a la mesa y tomó un canapé con la punta de los dedos. Una criada se apresuró a llenarle el vaso de limonada. Gilbert apuntó a una copa con un gesto altanero de su mentón y enseguida estuvo llena de vino.

—Qué delicia de sitio. —Lucy se agitó como un pollito que sacude las plumas—. ¿El marqués vive solo en esta mansión tan enorme?

—Por descontado que no, querida. Vive con su madre viuda, un tío soltero y además tiene otros dos hermanos menores que están de viaje por el extranjero. Uno de ellos piensa instalarse definitivamente en la India, según tengo entendido.

—No entiendo esa obsesión de la gente por abandonar Inglaterra para ir a parar a sitios lejanos y medio salvajes donde la vida humana vale menos de un penique.

Hope, que admiraba los jardines apoyada en la balaustrada, se preguntó si entre las tierras indeseables por bárbaras e indómitas a las que hacía referencia su tía, se contaría también España.

—Te noto muy callada, querida sobrina.

La voz del barón la sobresaltó. No era de extrañar, lo tenía pegado al flanco, muy cerca, y ni siquiera lo había escuchado llegar. La joven hizo el intento de alejarse, pero el brazo de

Gilbert era una barrera infranqueable que la encarcelaba contra el pasamanos.

—Espero que no se te ocurra hacerte ningún tipo de ilusiones con lord Heallford — susurró con tono venenoso.

Hope lo miró con los ojos muy abiertos.

—De qué... ¿a qué se refiere?

—El marqués. Es amable con todas las jóvenes hermosas, siempre, lo lleva por bandera como parte de su temperamento. Pero no significa nada, nada en absoluto, espero que lo tengas claro.

La insinuación la ofendió tanto que no llegó a reaccionar.

—Es un hombre rico y poderoso, consciente de su atractivo, sería un necio si no se aprovechara. Sin embargo, si estamos aquí hoy es desde luego gracias a vuestro feliz encuentro del otro día, en el parque.

—¿Me hace responsable y me lo premia o me está..., culpando?

Una sonrisa de oreja a oreja sustituyó la expresión, hasta entonces agria, del barón.

—¡En absoluto! ¡Lo celebro! Gracias a tus encantos pasaremos una jornada inolvidable, mi prometida es inmensamente feliz, mírala. Pero que no se entere de que la causa es tu arrebatador embrujo. Podría no ser capaz de perdonarte.

—¡Gilbert, querido!

—El deber me llama, adorable Hope. Disfruta del día.

La joven Montesinos consideró seriamente la posibilidad de asesinar al barón si pudiera. Pero no podía. ¿Cómo osaba... cómo se atrevía a insinuar todo aquello? Desde luego que se había sentido halagada por el interés de lord Heallford, como cualquier dama en su situación. Pero de ahí a suponer que esperase algo más o que construyera castillos en el aire como una absoluta majadera, iba un mundo.

—Disculpen la tardanza. Ya estoy de vuelta. —Era el marqués. Vestimenta impecable, tentador perfume, deliciosamente mal peinado. Un dios del pecado directamente bajado de los cielos para alborotar mortales. Las criadas que se cruzaron lo miraron sonriendo socarronas—.

Pero cómo, ¿no han comido?

10

Competición con arco

A todos les extrañó que Hope no despegara los labios durante el refrigerio y sin embargo, nadie comentó nada al respecto. El tema de conversación, capitaneado por Lucy Picker y su prometido, daba tumbos en direcciones opuestas y tan pronto hacía referencia al valor del mobiliario y las tierras en Grovenor House como viajaba hacia las inversiones más novedosas y lucrativas o las nuevas ideas de negocio recién llegadas de América. Y Esperanza de Montesinos, Hope, tenía mucho en qué pensar.

Las palabras malintencionadas del barón habían soliviantado su ánimo. La desquiciaba que alguien como aquel hombrecillo engreído y detestable hiciera conjeturas acerca de lo que sentía o dejaba de sentir, cuando ni ella misma lo tenía claro.

—¿Unos tiros con arco, Cronwell? Nos estimularán y harán el almuerzo más sabroso, las dianas están ya colocadas.

—Buena idea, marqués. Reconozco que estoy un tanto oxidado pero el pasatiempo es de mi agrado, lo cuento entre mis favoritos.

—Entonces seguro que nos sorprende con su habilidad. Señorita Picker, ¿nos acompaña?
—invitó cortés lord Heallford, cuando ya bajaba las escaleras.

La dama negó con la cabeza al tiempo que agitaba una mano en el aire, todo en perfecta consonancia con su expresión aterrorizada. Pese a ello, abandonó la mesa y caminó hasta el extremo donde arrancaba la escalinata. A sus pies, en la pradera, se había dispuesto una larga

mesa con dos grandes arcos y una especie de tonel bajo lleno de flechas listas para ser disparadas. A los lejos se distinguía la diana, con sus brillantes círculos multicolores. Estudiándola, Gilbert arrugó la nariz.

—No es muy grande. ¿Y a qué distancia se encuentra?

El marqués tomó un arco y se dedicó a palparlo y tensarlo.

—Son menos de sesenta metros. Normalmente la colocamos a unos ochenta...

—¡Hope! Sube aquí conmigo, ¡ahora mismo!

La llamada chillona de Lucy hizo que los dos caballeros se giraran intrigados a mirar. En lugar de usar un asiento convencional, la joven sobrina estaba acurrucada en el último escalón de la escalera de piedra, con los pies sobre la fresca hierba de la pradera, lo suficientemente cerca de la competición como para no perder puntada.

—Si no estorbo a milord, preferiría quedarme aquí mismo —exclamó sin volver la cabeza—. Soy algo corta de vista, tía.

—No molestas, en absoluto —aseguró lord Cronwell— ¿Preparada para emocionarte y aplaudir?

—Eso dependerá de la categoría de sus proezas, barón —lo cortó ella muy seria, provocando la risa en el marqués.

A partir de ahí, los dos nobles se concentraron en sus tareas: a saber, acertar con sus flechas lo más cerca posible del centro de la diana e impresionar a las damas, cuanto más mejor. Lord Heallford concedió a su invitado la gracia de tirar en primer lugar. El barón carraspeó, se sacudió de cuerpo entero, levantó el arco, apuntó, volvió a toser nervioso y apuntó resoplando por segunda vez. El anfitrión se movió ligeramente a un lado para darle más espacio.

¿Que se sentía impresionada por el marqués? se preguntó Hope, mirándolo de espaldas en toda su garbosa altura, sus piernas largas y su ancha espalda. Por supuesto; era irresistiblemente atractivo, cualquier mujer que tuviera ojos y sano el cerebro lo vería. Y se turbaría de igual modo. No en vano eran inexpertas jóvenes casaderas.

¿Que había algo más allá? ¡No! Desde luego que no.

La flecha de Gilbert por fin salió disparada y cayó pobremente al suelo, bastante lejos de la diana de madera. Desde lo alto de la balaustrada, su prometida aplaudió y vitoreó con entusiasmo.

—Bueno —se disculpó—, ya le dije que ando bastante escaso de práctica.

Era el turno de lord Heallford. Se colocó frente a la diana, en línea recta, con su arco en la mano. Tomó una flecha del barril y la colocó en su lugar. Apuntó y la saeta voló silbando en el aire para clavarse en el tercer círculo del madero contando desde el centro.

—¡Magnífico tiro, marqués! —alabó el barón, boquiabierto.

—En absoluto. Es muy mejorable —farfulló el dueño de la casa, insatisfecho consigo mismo.

Los ojos de Hope lo persiguieron mientras se movía con una gracia incomparable. Qué retorcida había que tener la mente para sacar conclusiones como las del barón. ¿Acaso era pecado sentirse a gusto en presencia de un noble educado y cortés? ¿Cómo podría suponer aquello un atisbo de mancha en la reputación de nadie? Ciertamente era también, siguió pensando la joven, que cuando él saludó a aquellas mujeres en Hyde Park, ella se había sentido rechazada. No obstante, solo por haberse incumplido las normas más básicas de etiqueta, las que recomiendan presentar a tu acompañante al grupo recién llegado. O quizás porque la actitud de aquellas tres arpías para con ella, había sido displicente y descortés, sin un solo parpadeo de amabilidad.

Sí. Eso la había ofendido. En realidad, no tenía nada que ver con lord Heallford.

¿Verdad?

—Su turno, milord —oyó decir de nuevo al barón.

Se sobresaltó. Significaba que se había abstraído hasta el punto de perderse el tiro de Gilbert, el pretendiente insoportable. Miró a la diana y tuvo que contener una carcajada cuando distinguió una tercera flecha clavada en la hierba, a unos cuatro metros a la izquierda.

—Vamos allá —musitó el marqués entre dientes, mientras posicionaba la flecha.

Apuntó, disparó y la saeta se clavó muy cerca del centro. El barón y su prometida

aplaudieron jubilosos. Hope se vio en la obligación de imitarlos, aunque las mejillas le ardían de rabia sin saber exactamente el porqué.

La estridente vocecilla de Lucy destrozó con dolorosa facilidad el ambiente de concentración deportiva que acababa de crearse.

—¡Querido! ¡Querido, me aburro aquí sola!

—Estoy acompañando a lord Heallford, Lucy —masculló el caballero, molesto por tener que indicar algo tan obvio—. Tómame una limonada.

—Pero el marqués me prometió que me enseñaría la casa antes del almuerzo... —insistió ella.

Hope estuvo a punto de llevarse las manos a la cabeza por lo improcedente de sus exigencias. ¿Cómo podía ser tan grosera e interrumpirlos de aquel modo?

Lord Heallford, sin embargo, se comportó de un modo distinguido.

—Vaya con su prometida, vaya si lo desea —animó al barón.

Este, lejos de hacerle caso, tomó otra flecha y la ajustó en el arco.

—Un último tiro. Aunque solo sea por recuperar el honor...

Lo cierto es que lo recuperó. Dentro de sus limitadas posibilidades, rio Hope, pero lo hizo, ya que en lugar de clavar su tercer intento entre la hierba, consiguió incrustarlo en el círculo más externo de la diana.

—Algo es algo —silabeó con furioso conformismo.

—¡Queridooo!

—Vaya con la señorita Picker —insistió el marqués, deseoso de eliminar por fin del aire el eco de aquella voz aguda que se le clavaba en el cerebro—. Mi mayordomo les mostrará las estancias más hermosas de Grovenor House. Estoy seguro de que quedará encantada.

El barón soltó de mala gana el arco sobre la mesa y antes de subir la escalera, lanzó una rápida ojeada a Hope que continuaba en el escalón, sujetándose las rodillas con los brazos doblados.

—Deberías venir —le susurró al pasar.

—¿Y dejar abandonado y solo a nuestro anfitrión? Qué desatención tan impropia de gente de bien, barón —replicó la joven, encantada de poder sacar a relucir su vena subversiva.

En cuanto se supo sola, se puso en pie. Se acercó a la mesa donde el marqués empezaba a recoger, dando por terminado el juego.

—No lo guarde, milord. Si me lo permite, tiraré en nombre de lord Cronwell.

Aquellos increíbles ojos ámbar la miraron con sorpresa.

—¿Lo hará?

—Al menos deje que lo intente.

Sin poder disimular lo mucho que la idea lo divertía, él le entregó su propio arco.

—Todo suyo.

—Veamos...

La dama colocó la flecha y la proyectó con tanta eficacia y rapidez, que el movimiento lo pilló desprevenido. La saeta se clavó en diana, a unos dos milímetros del centro. Lord Heallford abrió con desmesura los ojos.

Acortó distancias entre ellos y nada más sentir el calor de su cercanía, Hope se encargó de recuperarla. En su cabeza seguían girando sin orden ni concierto las ideas y suposiciones de su «relación de amistad incipiente» con el marqués Heallford, y los motivos por los que se preocupaba tanto. El estúpido barón no iba a ridiculizarla comparándola con una damisela que sufre vahídos en presencia de un caballero apuesto. Ella no era así, nunca lo había sido. Si alguien pensaba por un solo instante que podía perder el aliento, el juicio y el control bajo el peso de unos ojos dorados..., se equivocaba.

Su segunda flecha se clavó a solo tres centímetros del centro.

—¡Señorita Hope! —exclamó admirado el marqués.

—¿Qué? —espetó ella, brusca y sumamente áspera.

—¡Menuda puntería!

—Ha ido peor que el primer tiro —refunfuñó.

—¿La pongo nerviosa?

Ella lo miró con tempestades en las pupilas.

—Si se coloca tan cerca, no se queje cuando le golpee con el codo.

Él reculó respetuoso un paso, con las palmas de las manos extendidas en gesto de rendición. No obstante, al hablar, su tono era desenfadado y lobuno.

—¿Las va a lanzar usted todas? ¿No piensa respetar mis turnos?

Hope bajó el arco que ya tenía levantado y le hizo una seña con las cejas.

—Adelante. Tire.

—¿Por qué está enfurruñada? —quiso saber él mientras afinaba el disparo.

—No estoy enfurruñada.

—Pues me recuerda escasamente a la dulce jovencita con la que me crucé en Hyde Park.

—Ustedes los ingleses no aspiran a ver más que doncellas medio tontas, dóciles y virginales.

—¿Es una crítica? —preguntó sin mirarla, mientras dejaba ir la tensión de la cuerda.

—Desde luego que sí. Las mujeres tenemos derecho a ser algo más que jarrones chinos.

El tercer y último tiro de Hope acertó exactamente en diana, madera con madera en apretada oposición con la flecha del marqués. Bajó el arco con una sonrisa ufana y, ¿por qué no decirlo? Orgullosa.

—Debió advertirme que era usted tan diestra en el tiro. Me siento un poco ridículo.

—Entonces todo habría perdido la gracia.

Lord Heallford hizo un gesto con la cabeza ladeada que Hope encontró tentador.

—Pues reciba mi más sincera enhorabuena, algún día tendrá que satisfacer mi curiosidad en cuanto a su aprendizaje. Por cierto, no sé si llegué a decírselo: me llamo Hugo.

—A veces desearía un poder sobre mi destino que no sé si tengo, señora March.

—Créeme, querida, y perdona que te sea tan brutalmente sincera: no lo tienes. —La anciana comprobó entristecida cómo Hope hundía la cabeza y deseó tener algo valioso y útil con lo que consolarla—. Harás lo que se te mande sin rechistar, te casarás con quien tu tía..., oh, disculpa, con quien el lechuguino del barón Cronwell decida, y parirás tantos hijos como puedas. Fin. Esa es la función de una dama bien educada y de buena familia en esta sociedad nuestra. ¿En España es distinto?

—No le miento, casi igual. Solo que nadie que creciera y se criara junto a mi padre se dejaría doblegar de ese modo infame a una existencia carente de emoción. Él se esforzó mucho en que yo reconociera mis capacidades y las pusiera en valor.

—Circunstancia que le honra, a tu padre, me refiero, pero que de poco o nada sirve si no está respaldada por una fortuna abundante y saneada. En ese aspecto, querida, las mujeres pobres, las que se ven obligadas a trabajar, gozan de mayor libertad que las pudientes.

—Qué afortunadas aún sin saberlo... —susurró Hope con un hilo de voz.

—No crea que abundan. Por alguna extraña razón el deseo de todas es refugiarse bajo el ala de un buen apellido para vivir anónimas y cautivas, pero seguras. Hay que tener muchas agallas para salir ahí fuera, al mundo, y ganarse la vida con las manos.

—O con el cerebro.

—O con el buen carácter. Y son oficios necesarios, querida niña, más de lo que suponemos. Por poner un ejemplo, sé de una distinguida familia en Kensington que busca con desesperación una institutriz para sus hijos, sin encontrarla. Son tres, en edades difíciles, y la madre está muy enferma. Pobre mujer, casi todo el tiempo en cama desde que nació el segundo bebé. —Suspiró y tomó una galletita—. ¡Y aun así tuvo el valor de traer al mundo un tercero!

—Las mujeres parecemos bolsitas de té: nadie imagina lo fuertes que podemos llegar a ser hasta que nos sumergen en agua caliente.

Hope había soltado la frase para ella misma, casi en trance, aunque la anciana señora March la escuchó con las cejas arqueadas soltando una exclamación de asombro y complacencia. Escapar a casa de su vecina con la excusa de hacerle compañía se había convertido, para la joven, en una anhelada vía de escape con la que huir del ambiente enrarecido previo a la boda de su familia de adopción, de la indiferencia de su tía a la que más bien parecía estorbar.

—¿Y qué tal se porta el barón?

El tono de la pregunta la tomó por sorpresa.

—¿A qué se refiere?

—¿Es respetuoso... contigo? ¿Guarda las distancias?

Todo el rostro de Hope, incluidas las orejas, adquirió el color de las amapolas mientras asentía frenética. La vecina torció el cuello para observarla mejor.

—¿Estás segura?

—Sí. Bueno, él... Supongo que desea trabar lazos de confianza conmigo cuanto antes, dado que soy la única sobrina de su futura esposa. A fin de cuentas, dentro de poco, todos perteneceremos a la misma familia —expuso, hablando a trompicones.

—¿Y eso te agrada?

—No sabría decirlo.

—No hará falta que te recuerde que aquí tienes tu casa, chiquilla. Que la puerta está abierta y puedes hospedarte bajo mi techo si alguna vez lo necesitas.

Hope levantó hacia ella unos ojos llenos de agradecimiento.

—No es ningún secreto que ese hombre me parece aborrecible.

—Es... peculiar —calificó la joven con prudencia.

—¿Peculiar? Qué benevolente, querida. Es un cazadotes interesado. Y solo el cielo sabe qué tendrá pensado para ti una vez que se convierta en tu tío a ojos de la ley.

Aquello logró avivar la parte rebelde adormecida de Hope. La que mantenía a buen recaudo para no ponerse en evidencia.

—¿A qué se refiere, señora March?

—A que puede que ese malandrín esté ya fraguando un compromiso, incluso un matrimonio, con el que él y tu tía salgan bien parados.

—Beneficiar a tía Lucy y pagarle así su generosidad al recogerme, no es algo que me molestaría en exceso.

—Siempre y cuando alguien tome en cuenta tu felicidad, siquiera por un momento, y no te entreguen a cualquiera con tal de que sea una transacción provechosa. Te digo por experiencia que esos matrimonios después se te hacen eternos. Creo que el día más feliz de mi existencia fue el día que enviudé, que Dios me perdone.

La señora March soltó una risita traviesa y se dedicó a su té en cuerpo y alma.

—Ignoraba que hubiera estado usted casada, no sé por qué motivo siempre pensé que era soltera... Quizá transmita una sensación de independencia a la que no estamos acostumbrados.

—Es lo que todos piensan y es lo que quiero que sigan pensando. Por algo me mudé desde las tierras del norte aquí, a Londres, donde el bullicio, el gentío y un sinfín de chismes sabrosos, facilitan que personas como yo pasen un poquito más desapercibidas. Algo de lo que tú, dados tu belleza y esplendor, dudo que disfrutes.

—¿Podría ser que el barón estuviese planeando...? ¿Con el marqués?

—¿Casarte con el marqués? No lo creo. Por mucho que lord Cronwell porfíe, esa pieza es imposible de cazar. Heallford es un crápula independiente y mucho peor que tu tío.

Pero mucho más apuesto y amable, se recordó Hope con un suave estremecimiento de placer.

—Hasta ahora conmigo ha sido siempre considerado y atento.

La anciana puso los ojos en blanco, como si no pudiera dar crédito a la ingenuidad de su «pupila».

—Querida, eres joven y hermosa. La codiciada presa perfecta.

—Me cuesta expresar con palabras el modo como...

—No te dejes embaucar —insistió la señora March—. Como dicen los que viajan a la India, ese caballero es un encantador de serpientes.

—Pero me trata con deferencia y respeto, señora March, se lo aseguro —volvió a defenderlo la joven con una pasión que la sorprendió hasta a ella.

La anciana frunció los labios pensativa.

—*Hum*. Piensas en él, eso te pone en peligro.

—No, no es que piense en él..., al menos no de ese modo.

—¿Os habéis encontrado?

Hope se removió inquieta en su silla. ¿Cómo confesar la placentera calma que la hacía sentir el marqués? ¿Que la trataba como a una igual y que era la única persona, de las incorporadas a su recién estrenada vida, con la que se comportaba sin máscaras, tal cual, en esencia?

—Una vez, en el parque. Pero no es que se tratara de una cita, ni nada parecido, fue casual.

—¿El libertino más reconocido de la ciudad, una joven encantadora y la palabra casual dentro de la misma frase? Disculpa, querida, pero no me lo creo.

12

La boda

—Eres el vivo reflejo de tu madre —tarareó Lucy, con una chispa de inesperada ternura brillando en sus ojos. Destello que desapareció enseguida, en cuanto retomó la frase—. Madre a la que, por cierto, acabo de demostrarle que no fue la única capaz de cazar a un aristócrata.

Hope fijó la atención en la luna del enorme espejo donde las dos se reflejaban. Su tía vestida de blanco, más guapa de lo que la había visto nunca, y ella de color salmón dorado, con un ramito de florecillas albas entre las manos enguantadas. Por un instante fugaz, en lugar de sentirse insultada con el comentario dirigido a su madre que ya no podía defenderse, se preguntó cómo se sentiría vestida de novia, aguardando para desposarse con un hombre que la hiciera vibrar.

Alguien como Hugo Shelby, por ejemplo.

—Espero que sea realmente feliz, tía —deseó en un murmullo apagado.

—¿Por qué no habría de serlo? Gilbert me adora.

—¿Está por completo convencida del paso que va a dar? ¿De sus sentimientos?

Nada más hacer la pregunta se arrepintió de haber abierto la boca. La novia dio un respingo y se la quedó mirando como si deseara verla arder entre llamas.

—No es un momento demasiado adecuado para ese tipo de preguntas, ¿no te parece? Son de mal agüero. Por supuesto que estoy segura de lo que siente por mí. Y de que a partir de hoy todos se inclinarán ante su nueva baronesa. Ya no más señorita Picker, ahora soy lady Cronwell.

Así que se trataba de eso. Después de todo, la señora March tenía razón, Lucy Picker se

moría por ascender en los escalafones sociales y cargar un título en sus espaldas. De acuerdo: eso anhelaba, eso tendría.

Y probablemente alguna que otra cosa más que puede que no esperase.

—Salgamos. Ya es la hora.

Se limitó a inclinar humildemente la cabeza y a seguir a su tía por el largo pasillo hasta la calle, donde las esperaba el carruaje engalanado para la ocasión.

Hugo se pensó durante más de una semana si acudir a la boda del barón o inventar algún viaje inesperado al continente que lo librara de la penosa obligación. Y la causa principal no era que le disgustaran los escaparates sociales y que la novia no le cayese especialmente bien, sino la presencia confirmada de la joven damita que alteraba sus nervios.

Esperanza de Montesinos, como quiera que su nombre se pronunciara, no solo era bonita como una joya reluciente. Tenía arrojo. Y su imagen blandiendo el arco, apuntando y haciendo diana una y otra vez, lo excitaba y lo desvelaba por las noches. Encontrarse con ella y disfrutar de sus singularidades, iba convirtiéndose en una necesidad que pedía ser saciada y que él cada vez controlaba peor. Había hecho cosas imposibles con tal de mantenerse distraído pero lo cierto era que pensara lo que pensara, su cerebro irreverente escogía su camino y terminaba sorprendiéndolo, pensando en ella.

Cuando la vio aparecer en la boda, acompañando a la futura baronesa, todo alrededor se opacó y dejó de importar. De una forma bastante estúpida a su juicio, verla desfilar como dama de honor precediendo a la novia por la alfombra que conducía al altar, lo llevó a fantasear con su propia boda y ella como protagonista.

«¡Hugo Shelby! ¡Por todos los santos! ¿Acaso estás perdiendo el juicio?»

Más tarde, concluida la ceremonia, convertidos Gilbert y Lucy en esposo y esposa ante Dios y los hombres, sus ojos la persiguieron ansiosos esperando el momento en que se quedara

sola para ir a saludarla. La vio cumplimentar a varios invitados, caballeros a los que él conocía, demasiado apuestos y vistosos para su gusto, que revoloteaban alrededor de Hope como moscas en torno a un tarro de miel. La vio sonreír y deseó, con un mordisco de contrariedad, que esas sonrisas deliciosas le pertenecieran por entero. Y cuando se apartó un mechón de cabello rubio que le acariciaba la frente, quiso que fueran sus dedos los encargados de hacerlo.

Sintió un ansia irrefrenable por abandonar la sala de celebraciones, o un instinto tan absurdo como incontrolable lo llevaría hasta ella para arrojarle a sus pies, para a continuación cercarla, impidiendo que ningún otro hombre se le acercara.

—Felicidades, señorita Montesinos. —Se deslizó a su costado con la intención de acompañarla a la mesa de las bebidas—. Está usted radiante con ese vestido. Diría que hasta eclipsa a la protagonista del día.

Ella levantó una mano en un gesto enérgico.

—¡No! No lo diga. Ni se le ocurra insinuar algo tan desconsiderado. Menos en donde mi tía pueda escucharlo.

—Entiendo que para ella pueda resultar espinoso compartir techo con una joven de sus características —dejó caer con tinte malévolo.

—¿Se puede saber cuáles son mis características? —preguntó Hope a la defensiva.

El marqués había tomado dos copas de champán y le estaba ofreciendo una. La aceptó sin suavizar el rictus.

—Juventud divino tesoro, insoportable belleza, genio español, lengua afilada, cerebro ágil y mucho ingenio. ¿Le parece poco?

—Me parece que conseguirá usted que me sonroje.

Él negó juguetón con la cabeza, apreciando la altivez de su cuello erguido y su aristocrática barbilla.

—No lo hará. Está usted acostumbrada a despertar la admiración en los que la rodean. ¿De dónde viene exactamente, Hope?

Ella ignoró el verdadero sentido de la pregunta.

—De España.

—¿Exactamente?

Se alejó risueña unos pasos.

—Es usted muy curioso, milord. Y la curiosidad mató al gato o al menos, eso dicen en mi tierra.

—¿Me concederá este baile y todos los que le sigan?

—Le concederé este —repuso tajante. Apuró de un trago la copa ante la mirada atónita de lord Heallford—. Los demás ya se verá.

No era ninguna promesa excitante, pero era todo lo que ella estaba dispuesta a concederle, así que lo tomó de buen grado. Hope se entregó a sus brazos con una delicadeza casi etérea y pronto, sus acompasados giros y perfecta sincronía al bailar, atrajeron la atención, despertando las envidias de todos los presentes. Incluidos los novios.

—No hay un solo alma en esta sala que no tenga sus ojos clavados en sus caderas, señorita Hope —le susurró él, tentador e hipnótico junto al cuello.

—¿Está seguro de que son mis caderas y no mi escote, milord?

—Su escote es todo mío. Al menos desde la posición que ocupo.

Ella echó atrás la cabeza y soltó una cristalina carcajada.

—¡Qué más quisiera!

—¿Sabe lo que me llama la atención al punto de robarme el sueño?

—No puedo imaginar nada que provoque en usted tal efecto.

—La habilidad con la que esconde su descaro delante de sus tíos.

—No tengo tíos, marqués, solo una tía. Parece que su memoria falla con demasiada facilidad cuando beneficia a su amigo.

—No sé qué interés podría tener lord Cronwell es ser o dejar de ser su pariente.

—Coincido con usted. Pero él se empeña en serlo, algo debe de haber.

—Y su habilidad para hacer girar una conversación a su antojo y llevarla por otros derroteros menos comprometidos. Eso también me admira.

—No pretenderá que le dé cuerda a una charla en la que me ha llamado descarada.

—Porque lo es.

—Mejor diga que es lo que le parece a usted.

—Lo es, aunque se las arregla a las mil maravillas para parecer sumisa y tímida a ojos de quien le interesa.

—No sé si sentirme insultada. No tengo nada claro si debo tomarlo como un halago.

—Si es así, somos tal para cual, querida Hope.

Ella volvió a reír. Relajada y casi feliz.

Sería una ridiculez negar lo serena que se sentía cerca de aquel hombre magnífico. Sabía manejarlo. Bromas entre líneas. Tranquilidad, naturalidad y calma. Una extraña conexión, como un vínculo que facilitaba el entendimiento tendiendo puentes a la amistad más cordial. Algo que, con la única excepción de la anciana viuda March, apenas sentía con nadie desde que llegó a Inglaterra.

13

La confesión

—¿Desea seguir bailando o prefiere salir un rato a la terraza? La temperatura hoy es formidable.

—Entonces optaré por lo segundo —decidió ella, de inmejorable humor.

El marqués levantó un dedo en el aire.

—Permítame asegurarme de que nos acompañan un par de copas.

Aguardó unos minutos hasta verlo regresar con las manos ocupadas con cristal tallado y una irresistible sonrisa prendida en los labios.

—Señorita Montesinos, la tarde es nuestra.

En la terraza no había muchos invitados. La mayoría estaba dentro, en la sala, dando buena cuenta de las viandas y el champán. Aunque la condición social de los asistentes no era muy elevada, el barón había decidido tirar la casa por la ventana y con un buen pellizco de la fortuna de su esposa, montar una celebración por todo lo alto, acorde con el nuevo título de lady Cronwell. Hope y lord Heallford se acomodaron en una esquina algo retirada, bañada por los últimos rayos de sol. Hugo colocó las copas llenas sobre la mesa y de la oscuridad de su lujosa levita sacó una botella sin abrir que colocó en el suelo con disimulo.

—Para que no nos falten goce y burbujas.

—Piensa usted en todo —alabó ella con un espontáneo gesto de coquetería.

—Ni más ni menos que lo que se requiere de un caballero.

—Pero usted no es un caballero. —Él la miro inquisitivo—. Quiero decir, que no es un caballero al uso, de los que se preocupan por quedar bien y mantener su reputación intachable y

limpia.

El marqués resopló aliviado.

—Ha debido de llegar ya a sus oídos mi fama canalla. No me importa en absoluto, la considero un adorno. ¿Brindamos por una hermosa y próspera amistad?

Hicieron chocar el cristal, apuraron las copas y lord Heallford abrió la botella y las colmó de nuevo. No era, ni mucho menos el mejor champán que Hope había bebido, pero la presencia de su acompañante lograba que todo supiera mejor.

—Será usted un sinvergüenza, no le digo que no —cuchicheó bajito—, pero me resulta más agradable que la mayoría de personas que me han presentado hasta ahora.

Cuando ella se inclinó hacia delante, por una vez, no fue la pecaminosa vista de su escote lo que embriagó los sentidos de Hugo, sino su perfume. La miró directamente a los ojos.

—No se siente dichosa en Londres. —Y no era una pregunta, sino una afirmación.

—¿Cómo lo sabe?

—Es muy fácil percibirlo. ¿Por qué abandonó España?

—No me quedaba nadie allí, mi familia desapareció poco a poco hasta dejarme completamente sola.

—Ah, sí, la misteriosa historia de su hermano que algún día me contará.

Hope le colocó la copa vacía delante de la cara para que la llenase. Ante el estupefacto marqués, consumió de nuevo la mitad en un solo trago.

—Mi hermano vino a Inglaterra hace casi cuatro años en busca de fortuna y probar su valía, tras una terrible discusión con padre. Recibimos dos cartas, solo dos, dirigidas a madre, donde aseguraba estar bien, ilusionado por emprender una nueva vida con la que seguramente demostrarle a nuestro padre que podía ser independiente y triunfar sin su ayuda. Después no volvimos a saber nada más de Diego. Madre enfermó de tristeza, jamás se recuperó del golpe de perder a su hijo, y padre... Creo que se lo llevaron los remordimientos. Aunque era yo y no Diego su ojito derecho, amaba mucho a madre.

—¿Y no le quedaba nadie más? ¿Ningún pariente, aunque fuese lejano?

Hope lo observó con un mohín cómico en su bonito rostro. Era evidente que ya había bebido mucho más de la cuenta.

—Sí. Algo quedaba. Un anciano venerable de casi noventa años y su hermana solterona, la encarnación de la mismísima Morgana.

—¿Y no le ofrecieron asilo?

—Me ofrecieron mucho más que eso. Si usted supiera...

—Disculpe, señorita Hope, no sé si la entiendo.

Ella se estiró hasta que sus rostros quedaron a un palmo de distancia. Una pareja que conversaba relativamente cerca huyó escandalizada por aquella cordialidad tan impropia.

—Verá usted, marqués... La bruja me propuso casamiento con su hermano.

—¿El anciano?

—El mismo.

—¿Pero no tenía casi noventa años?

—No queda ahí la cosa. La intención de la buena señora era que yo quedase encinta y le diera un hijo que perpetuara el apellido.

—¡Qué aberración! —Hugo Shelby contrajo el ceño con disgusto.

—Lo más gracioso de todo es que cuando por fin me presentaron al abuelo, el caballero estaba en silla de ruedas.

—Eso quiere decir...

—Eso quiere decir que, aunque hubiese tenido su edad, milord, no habría podido concebir un heredero ni en sueños.

—¿Entonces? ¿Qué pretendía Morgana?

El marqués sonaba de lo más interesado en la truculenta historia. Hope suspiró un poco mareada y se reclinó contra el respaldo del asiento. Le estaba sentando bien soltar todo aquel veneno que la corroía por dentro y que en su día pensó en confiar a su tía, si bien, una vez en Londres, careció tanto de la ocasión como de la suficiente cordialidad como para atreverse.

—¿Está preparado para oír la peor abominación que pueda imaginar?

—Albergo mis temores, señorita Montesinos.

—Pretendía que me acostase con cualquiera, cualquier hombre valía con tal de que fuese joven y estuviera sano. Luego le colocaría al niño los apellidos del pobre anciano y tendríamos al heredero perfecto y el legado asegurado.

Lord Heallford tardó en reaccionar. A Hope le hizo mucha gracia ver sus ojos desorbitados y su expresión de horror absoluto.

—Entiendo que escapara usted de allí, lo entiendo perfectamente —musitó sombrío.

—Aunque haya sido para caer en un foso aún peor.

—¡No diga eso! ¿Por qué lo dice? Sus tíos la adoran.

—Perdone si le digo que dudo de las verdaderas motivaciones de su gran amigo el barón. —Se llevó la mano a la boca y sus finos dedos enguantados cubrieron sus labios — ¡Upps! Creo que he hablado demasiado, confío en que será usted discreto con todo esto.

—De eso puede estar convencida. Aun no siendo un ejemplo de modestia y respetabilidad, dé por sentado que soy una tumba para las confidencias ajenas.

La joven se lo quedó mirando un rato con total descaro antes de vaciar una nueva copa. No entendía por qué aquel hombre la sonsacaba con tanta facilidad, por qué su mera presencia la empujaba a abrirse en canal como si fuese la única persona en la tierra con la que poder desahogarse. ¿Quizá su porte, sus modales y maneras, su forma de ver la vida le resultaban conocidas y mucho más familiares que las de su tía? ¿Quizá su mente lo confundía con una especie de primo lejano o vecino del palacio de Lirios? Ver al marqués actuar y moverse era como ver a su padre, a su hermano, a cualquiera de los nobles que conocía de España. Era un poco como sentirse en casa.

Una lágrima resbaló por su mejilla hasta chocar con el dorso de su mano. Se apresuró a secarla antes de que Hugo cometiera en público una inconveniencia, ya que notó que su brazo se movía involuntariamente hacia ella, puede que con intención de enjuagarla.

—Lamento ver lo mucho que ha sufrido usted, señorita Montesinos. Nadie tan joven debería haber pasado por tanto —señaló conmovido.

Y por Dios y todos los santos que sonó sincero. Hope lo miró con ganas de abrazarse a su cuello y llorar hasta vaciarse. Pero mucha gente los miraba, de modo que se distanció y trató de adoptar una pose recatada y decorosa.

—Le agradezco su comprensión, marqués. Puede que sea usted un mujeriego imperdonable, pero eso no debería ser enemigo de un buen corazón.

—No dé crédito a todo lo que oiga. Las habladurías son el pasatiempo nacional más destructivo de esta isla —advirtió en un murmullo sedoso.

Le ardía el estómago, el pecho, tenía acelerado el corazón. Allí simplemente sentado escuchando sus desgracias, proporcionándole quizá un poco de consuelo, deseando poder aliviarla en mayor medida de su pesada carga, Hugo sintió cosas que no sentía desde... Nunca.

Ni siquiera con Marguerite.

14

Preludio de tormenta

—Han madrugado ustedes mucho para ser la mañana que sigue a su noche de bodas —observó Hope con una mirada pícara, sentándose a la mesa del comedor.

A su tía Lucy, la broma no le hizo la menor gracia. Y el barón no levantó siquiera la vista de la gaceta de noticias.

—No seas grosera —espetó con escándalo—, ¿cómo se te ocurre?

—Pensé que se marcharían de viaje de novios —alegó, bajando la cabeza y centrándose en su taza.

—No hay viaje que valga —anunció Gilbert doblando en cuatro el enorme papel—. Los negocios con el marqués me esperan, las inversiones inteligentes no conocen de fiestas ni celebraciones.

—Puede que lo hagamos más adelante... —añadió Lucy. Su vocecilla sonó apocada y tímida.

—Lord Heallford no parece tener demasiada prisa en formalizar ningún contrato y las buenas oportunidades vuelan —se quejó Cronwell malhumorado. Apuró su taza de té, retiró la silla y besó distraído a su esposa en la sien antes de desaparecer.

—No me esperes para comer, querida. Estaré fuera todo el día.

—Es un hombre ocupado. Hará grandes cosas —afirmó la baronesa en cuanto se quedaron solas. Hope no respondió, prefirió concentrarse en sus bizcochitos—. Por cierto, ahora

que todo ha vuelto a la normalidad, sobrina, querría hacerte una recomendación.

—Usted dirá, tía. —No le pasó desapercibido que el tono de Lucy se había helado de pronto y era cortante.

—Debemos respetar los negocios y la necesidad de concentración de lord Cronwell. En breve es posible que asuma grandes responsabilidades y no podemos andar importunando.

—¿Importunando? ¿Quién lo importuna?

—Sé que mi esposo es un caballero brillante, de agudo ingenio y conversación atrayente, pero no lo distraigas. No lo interrumpas cuando esté en la biblioteca. No lo busques.

Hope parpadeó perpleja.

—¿Yo lo busco?

—Si te aburres puedes cruzar la calle y tomar el té con la señora March. La pobre anciana está tan sola, te lo agradecerá en el alma.

—No me ha respondido, tía, no tengo conciencia alguna de molestar al barón...

Lucy Picker se levantó, pasó la servilleta por sus finos labios con un gesto remilgado e hizo como si no la hubiese oído.

—Compórtate. Y busca otras distracciones.

La joven se vio sola con su desconcierto en aquel comedor que de repente era poco hospitalario. Ni siquiera tenía fuerzas para enfadarse. ¿Qué había hecho mal? ¿Cómo había podido su tía forjarse una opinión así, tan turbia y retorcida? ¿Cuál fue su torpeza?

Como el disgusto le robó el apetito, pasó el resto de la mañana en la biblioteca, entre libros, sus únicos amigos fiables. Oyó cerrarse la puerta de la calle cuando su tía salió sin despedirse y el portazo se le clavó en el estómago como un dardo afilado. Lloró un rato con el libro en las manos. Recordó a su dulce madre, a su tierno padre, las tertulias familiares ante la chimenea, las reñidas partidas de ajedrez y cartas las noches de los fines de semana, los fastuosos bailes en el palacio, su puesta de largo, el cariño desde niña de sus tres doncellas, siempre pendientes de sus necesidades. Se negaba a flaquear, no quería convertirse en un ser desvalido y débil pero no pudo evitar compadecerse de sí misma pensando en todo lo que la vida le había

arrebatado.

—¿Qué lees, sobrina?

Aquella voz aceitosa envolviéndola, cuando ni siquiera lo oyó entrar. ¿Había vuelto ya su tía? Lord Cronwell apoyó una mano escurridiza en su hombro y Hope se encogió en el asiento.

—Deberías empezar a elegir mejor tus lecturas. Algo más adecuado a tu nueva categoría, poesía inglesa, por ejemplo.

—¿Mi nueva categoría? —preguntó rígida, sin moverse. La presión que ejercía la mano desapareció y el barón rodeó el sofá y fue a sentarse justo a su lado.

—Ahora eres la sobrina de unos barones, no una señorita cualquiera.

Ella era hija legítima de un conde, se forzó a recordar. Los barones se inclinaban a su paso.

—Sí, tiene usted razón —reconoció en un susurro tímido.

—Todo lo que haga brillar tus virtudes en sociedad será bienvenido. ¿De qué va esa historia?

Con el pretexto de ojear su libro, antes de que Hope pudiera ofrecérselo, Gilbert adosó su cabeza a la de ella, hasta casi rozarla. Tal cercanía extrema la incomodaba. Y la incomodó mucho más cuando se abrió la puerta de la biblioteca y la baronesa los sorprendió compartiendo el aire que respiraban. La joven se apresuró a distanciarse.

—¿Ocurre algo que deba saber? —indagó Lucy, de dudoso buen humor.

Cronwell se movió despacio, perezoso, como si el detalle que acababa de provocar no tuviera la menor importancia. Miró a su esposa y le sonrió.

—Revisaba las lecturas de nuestra sobrina y me aseguraba de que sean adecuadas. —Se puso en pie y se estiró la levita—. ¿Un licor en la terraza, querida? Abriremos el apetito antes del almuerzo.

Una mirada desdeñosa fue lo único que Lucy Picker dirigió a su sobrina antes de abandonar la estancia con rotundos taconazos. Una punzada ansiosa en el estómago fue el claro aviso de que las cosas se ensombrecían y que su relación con la hermana de su madre, si bien

jamás había llegado a ser idílica, acababa de entrar en un estado de destrucción total. Escapó a su dormitorio, corriendo escaleras arriba, con la novela que leía como único consuelo.

Muchas horas después, con las tripas revueltas sin haber comido ni tomado el té y sin que nadie la echase de menos, llegada la hora de la cena, Hope se lavó la cara para despejar los pesares y las lágrimas y se vistió, lo más modestamente que supo, para bajar al comedor. Con la sola excepción del vestido de fiesta que quiso conservar y que usó para la boda, su guardarropa no era nada del otro mundo; muchas sirvientas en el palacio de Lirios disponían de mejores atavíos. Sin embargo, para pasar desapercibida como deseaba, incluso sus trajes modestos le parecían demasiado llamativos. La pertinaz presencia del barón y las disparatadas ideas que tía Lucy se andaba formando en la cabeza, podían complicar su vida hasta límites que no era capaz de imaginar.

Se acercó a la puerta cerrada, accionó el picaporte y esta, con un chasquido lastimero, se negó a abrirse. Volvió a intentarlo. Manoteó con fuerza sobre la palanca, pero la puerta no cedió.

¡Estaba encerrada!

Esa noche se vio obligada a dormir sin haber comido nada aparte de lo poco que consiguió tragar en el desayuno. Ni una triste taza de té. Nada. Su estómago rugía protestas y el dolor de los calambres llegó a ser insoportable. El hambre terrible no le permitió conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada cuando el agotamiento la sometió.

Desde luego que se avecinaba tormenta.

—¿Hay alguien ahí?

Hope asomó la cabeza por la puerta de su habitación, ya abierta, y vigiló el pasillo. Debían de ser alrededor de las diez de la mañana y en aquella casa el desayuno se servía a las ocho. Mientras bajaba con todas las cautelas posibles, se cruzó con un par de criadas que la miraron con lástima y la saludaron con leves inclinaciones de cabeza, sin articular palabra.

—¿Desea tomar algo, señorita? —le preguntó el lacayo en la planta baja.

La mesa del comedor estaba despejada y vacía. Nadie en los alrededores. Hope se sintió desfallecer de pura inanición.

—Sí, por favor.

Tomó asiento casi tambaleándose y en menos de cinco minutos tenía por delante un abundante desayuno que devoró como si le fuese la vida en ello. Al parecer, el castigo, fuera cual fuese, había finalizado. No se atrevió a interrogar a la criada por miedo a las represalias, pero no le cupo duda de que acababa de convertirse en la comidilla de corredores y cocinas. Con el estómago bien saciado y pertrechada de libros para no ceder al aburrimiento, se escondió en su dormitorio donde no pudiera molestar a nadie ni dar lugar a malentendidos con el barón. Solo rezaba para que le permitiesen comer con normalidad.

Pensó en el marqués, en la confianza que sus ojos dorados le regalaban. Ojalá pudiera visitarlo sin que la juzgaran, aliviarse, poder contarle a la única persona que le había mostrado

una chispa de amistad, lo que pasaba.

Un momento. Hugo Shelby no era el único.

Tomó sus guantes y su sombrero. Se colgó un chal de los hombros y bajó a toda prisa hasta la puerta de la calle, que abrió sin que nadie se interesara por lo que hacía. Cruzó al edificio de enfrente y poco rato después, tomaba el té a sorbitos con la anciana señora March.

—Así que las cosas empiezan a torcerse en esa casa. —Alzó las cejas contrariada—. Bien pronto ha sido. No puedo decir que no lo esperara, pero desde el día siguiente a la boda...

—El barón ha decidido por su propia cuenta y riesgo que no habrá viaje de novios. Sospecho que tía Lucy está muy decepcionada.

—¿Y paga su mal humor contigo? —Sacudió la cabeza y sus cortos bucles blancos bailotearon al son—. No hay derecho.

«Y eso que no le he contado que ayer me encerraron sin comer en todo el día» pensó la joven, afligida.

—Mira, Hope, no es que la situación sea algo extraordinario que no ha pasado ya mil veces. Los caballeros... Bueno, suelen controlar bastante mal sus instintos cuando conviven bajo el mismo techo con jovencitas bellas, inocentes y deseables. Y sobre todo desvalidas. Son conscientes de su tremenda superioridad y las esposas hacen la vista gorda a sus devaneos porque es lo que más les conviene. Pero mucho me temo que en el caso de la baronesa no sea así. Lucy no tiene la menor intención de mirar hacia otro lado.

—Es muy desagradable —comentó Hope, mareada de solo imaginar los enfrentamientos a que podía dar lugar aquello.

—¿Quieres que hable con ella? No hace mucho era su mejor y única confidente.

—No, señora March, se lo agradezco, pero creo que debo ser yo la que hable con mi tía y le aclare la situación. Mis intenciones no son, en absoluto las que ella se figura...

La anciana le deseó buena suerte con un suspiro de desconfianza.

—Solo espero que no empeores las cosas. ¿Te apetece quedarte a almorzar?

Cuando regresó a la casa era la hora de la cena. Pero para su sorpresa, las puertas dobles que daban acceso al comedor estaban cerradas. Una criada se acercó a ella, cargada con dos bandejas.

—Los señores han salido al teatro. Le serviremos la cena en su habitación, son órdenes de la señ... baronesa.

Hope aceptó con una sonrisa de circunstancias. Y sin embargo, en su dormitorio le aguardaba otra sorpresa desagradable: la chimenea apagada. Ni un ascua, ni una ramita. El helor aferrado a las paredes era temible. Y en el lecho faltaban mantas. Apenas habían dejado las sábanas y una colcha no demasiado gruesa. Cuando la muchacha subió la frugal cena, Hope señaló el lugar donde debía arder un fuego saludable.

—¿Por qué no está encendida...?

—Señorita... —El pavor de la chiquilla era palpable. Hasta tembló y se le humedecieron los ojos. Hope se sintió culpable por enredarla en aquello tan desagradable.

—No te preocupes. Está bien así.

Se pasó la noche en duermevela, hecha un ovillo, castañeándole los dientes, aunque se acostó vestida. Y al despertar, un lacerante dolor le partía en dos la cabeza. Recordaba vagamente haber soñado con una sombra tenebrosa que se cernía sobre ella y la observaba dormir.

Una silueta de hombre. Una figura fantasmal.

¿De veras lo había soñado? Era apenas un recuerdo difuso en su memoria y no distinguía si había sido sueño o realidad, pero le erizó el vello. La sola idea de que el barón hubiera podido deslizarse a su cuarto durante la noche para mirarla..., le provocaba náuseas. Tenía que conversar con su tía, aquella tremenda injusticia por culpa de un malentendido no podía seguir engordando. Fue hasta su dormitorio y golpeó suave la puerta con los nudillos.

—Pase.

—Buenos días, tía Lucy.

La mujer no sonrió. De hecho, pareció que hubiese preferido ver aparecer a cualquier doncella, incluso al deshollinador, antes que a ella.

—¿Podemos hablar?

—Tú dirás —espetó seca sin ofrecerle asiento. Hope lo tomó por su cuenta, con los nervios retorciéndole el vientre y las manos escondidas en el regazo.

—Tía, no sé lo que está pasando ni la confusión que usted haya podido alimentar, pero todo esto es un error, le aseguro que es un error lamentable que tenemos que aclarar cuanto antes.

Lucy Picker le clavó una mirada sin misericordia.

—¿Llamas error a algo que he visto con mis propios ojos?

—¿Qué es exactamente lo que ha visto, si se me permite preguntar?

Ni el metal de cien cañones habría estado tan frío ni habría escupido su bala con tanta precisión.

—¡Te estás ofreciendo a mi marido! De un modo evidente, chabacano, vulgar y totalmente indecente. ¡Bajo mi propio techo! ¿Olvidas lo que he hecho por ti?

—¡Tía! Yo no... Yo... ¡Yo no he hecho tal cosa!

—Los detalles que veo de continuo me lo indican y mi esposo así me lo ha confirmado.

—No es posible lo que estoy oyendo.

—Más te vale tener una explicación convincente. Lo antes posible.

—¡Es mentira! Es él, él quien aprovecha cualquier instante que estoy sola... Tía, tiene que creerme —pidió con un deje de desesperación en las palabras.

—Desde luego que debes de tomarme por tonta. Eres igualita a mi hermana, engreída y caprichosa, convencida de que una belleza sin igual es pago suficiente para apoderarte de cualquier cosa en este mundo. Yo te demostraré que te equivocas.

—Tía, se lo ruego...

—No pretenderás que crea que ha intentado propasarse contigo.

—No hasta ese punto... —Agachó la cabeza—. No lo ha hecho.

Lucy reaccionó con una cruel sonrisa de triunfo.

—¿Lo ves?

—Pero eso no significa que... No estoy tranquila si lo tengo delante.

La baronesa se inclinó y acercó la cabeza a la de su sobrina.

—Porque te hace sentir cosas. Cosas que son pecado —siseó como silban las repulsivas serpientes, alargando la última «o».

Hope se distanció, espantada, con un tirón.

—¡No! ¡Qué falsedad tan espantosa! ¿Cómo dice eso?

—Cuando viajaste pensabas que estaríamos aquí las dos solas, la pobre solterona Lucy, la hermana triste fácilmente manipulable y tú, una muchacha taimada con demasiadas ambiciones. Que te convertirías en la dueña de esta casa y harías y desharías a tu conveniencia. Y el que me haya casado dio al traste con tus maquiavélicos planes. Eso es todo lo que te tiene en vilo, mortificada.

Hope se quedó sin palabras. No sabía qué responder a una mentira tan retorcida y al mismo tiempo tan elaborada. Por un fugaz instante tuvo el convencimiento de que aquello no tenía vuelta atrás, que nada que dijera, explicara o jurase la salvaría de la sentencia de condena que ya había firmado su tía.

Quiso intentarlo una última vez. Un aullido desesperado en mitad de una noche oscura como boca de pozo.

—Dígame que no cree esas cosas horribles que está diciendo. Dígame que solo está enfadada por el motivo que sea y que la furia la lleva a desvariar. Dígame al menos que siente algún aprecio por mí, dígamelo.

La baronesa estiró el cuello y desvió la mirada para ahorrarse el tener que enfrentarla.

—Márchate a tu habitación, niña. No tengo ganas de verte. Soportar tu presencia es algo que se me hace muy cuesta arriba.

—Tía... —La palabra en labios de Hope fue una súplica llorosa.

—Márchate.

Hope se secó las lágrimas con un gesto enérgico y el revés de su manga. Se puso en pie con la respiración acelerada por el injusto trato que recibía. Miró a su tía y decidió que no se humillaría más. Era suficiente. Caminó hasta la puerta con aquella elegancia innata que Lucy Picker tanto envidiaba y antes de salir habló por encima del hombro.

—No he hecho nada. Absolutamente nada de lo que avergonzarme. Cuando su esposo esté dispuesto a decir la verdad, pregúntele si él puede afirmar lo mismo.

16

Una decisión sin marcha atrás

Aquella noche no le permitieron asistir a la cena. Nuevas órdenes de lady Cronwell la dejaron en su habitación, muerta de hambre. Pero ahora Hope tenía algo que no había tenido en días anteriores: su orgullo recuperado y resolución. Sentada junto al ventanal, mirando la calle, le vino a la mente una antigua conversación con su hermano antes de su desafortunado periplo a Inglaterra.

—El exceso de orgullo es un defecto, hermana —le había dicho Diego. El hermoso e irrepetible Diego de Montesinos.

—Pero a veces es la única defensa que tenemos —había sido su réplica.

Y ahora lo necesitaba como arma para no desfallecer. Sus recuerdos, sus vivencias, su apellido. La gloriosa estirpe de la que descendía. Porque una Montesinos continuaba luchando incluso cuando ya no quedaba esperanza.

Unos golpecitos a su puerta interrumpieron sus determinados pensamientos. Se cerró la bata para estar más presentable y fue a abrir. Estuvo a punto de caer desvanecida cuando se encontró al barón Cronwell con su sonrisa más inocente y una bandeja en las manos. Por supuesto no le franqueó la entrada.

—¿Puedo preguntar qué desea?

—Me gustaría que pudieras disculpar a la baronesa. Está algo tensa estos días, deben de

ser los nervios de la boda, que aún no se le han pasado.

—Deben de ser —repitió ella entre dientes.

—Te traigo un poco de pan y queso. Que no se diga que en esta casa se han perdido las buenas costumbres o se desoyen las normas que rigen la obligada hospitalidad.

—Se lo agradezco, barón. Puede llevárselo.

La sonrisa acuosa se borró de inmediato de su rostro.

—¿Me estás rechazando?

—Simplemente le digo que no tengo hambre.

—Pero no has cenado. —Hizo el amago de avanzar un paso adelante; sin embargo, Hope se interpuso en la puerta, cerrándola aún más.

—No puede pretender pasar, milord, sería un desatino.

—Solo estaba siendo caritativo con un alma descarriada con las tripas vacías.

—La del alma descarriada debo de ser yo —comentó ella derrochando ironía.

—¿De quién más podría tratarse?

—Un gesto bonito pero muy inapropiado dadas las circunstancias, señor. Mejor llévele el presente a mi tía Lucy. Se lo agradecerá como mujer casada y enamorada que es. De mí no tiene que ocuparse.

Todo rastro de amabilidad desapareció de aquel hombre. Las manos que sostenían la bandeja la apretaron hasta blanquear los nudillos.

—Buenas noches, milord. Estoy muy cansada.

Le cerró la puerta prácticamente en las narices. Cuando apoyó en ella la espalda, su corazón bombeaba sangre a velocidad suicida. No quería imaginar siquiera cuáles habrían sido las consecuencias si por mano del diablo su tía Lucy hubiera visto ante qué puerta se detenía su amado esposo. El barón era una incómoda presencia a su espalda, a su costado, frente a ella. Algo de lo que huir de continuo.

Todavía no había conseguido tranquilizarse cuando volvieron a llamar. Tuvo la ocurrencia de no abrir, de susurrar junto a la madera un «váyase y déjeme en paz de una vez»

pero no podía exponerse a que fuera su tía la que llamaba y se empeorasen las cosas, que bastante negras estaban ya.

Así que abrió. Y para su alivio y consuelo, no se trataba de Gilbert Bodler, sino de la criada que solía atenderla.

—Buenas noches, señorita. Le traigo una sopa y algo de carne asada.

—Pase, pase, por favor.

La mujer miró a un lado y otro del corredor para asegurarse de que nadie espiaba y se coló dentro del cuarto a toda prisa.

—No he podido traerle mucho más, la señora podría haber sospechado...

Hope paseó su angustiada nariz por los platos. Aquello olía a gloria bendita, estaba caliente y de seguro, sabroso.

—Es más que suficiente, Janet. No sabes cuánto te lo agradezco.

—Esto que están haciendo con usted... —La buena mujer se enjugó una lágrima—. No hay justicia en el mundo.

La joven la miró agradecida. El que más gente se diera cuenta de lo que pasaba, aunque no se les estuviese permitido ayudarla, era un bálsamo para sus heridas y la confirmación de su inocencia, de la que ella misma a veces dudaba.

—Esconda la bandeja bajo la cama cuando acabe, señorita. Yo la recogeré mañana.

Hope miró la chimenea y su diminuto fuego que, sin embargo, ardía alegre. Y las mantas que faltaban, de regreso a la cama.

—Esta noche dormiré como nunca gracias a esta comida, se lo aseguro. Procure que la baronesa no la vea salir.

Tras devorar todo lo que le habían traído, se puso el camisón, se agazapó entre las sábanas y en menos de diez minutos dormía como un bebé. Sin embargo, varias horas más tarde, la sensación de una presencia inquietante en el dormitorio, muy cerca, demasiado, la empujó a abrir los ojos.

Allí estaba, la negra silueta masculina inclinada sobre el cabecero de su lecho,

contemplándola mientras dormía. Aquella imagen tenebrosa que había creído ver en sueños otras veces pero que ahora distinguía con perfecta nitidez, estando despierta.

Con una exclamación de pánico, Hope se sentó en la cama de un salto y la figura huyó atravesando el cuarto, abriendo y cerrando la puerta sin provocar ni un solo ruido. La joven se llevó la mano al pecho, sofocada, la boca seca.

Algo que se había torcido y ya no iba a enderezarse. Al contrario, empeoraría a medida que pasaran los días. Como si se cerrase un cajón de un golpe, la decisión que ya conocía pero que estaba postergando arrinconada en su cerebro, tomó forma.

Y no habría vuelta atrás.

—¿Le importa si cojo otro pedacito de tarta, señora March?

—Pues claro que no, querida, los dulces se cocinan para disfrutarlos, tienes a mi cocinera de lo más contenta. Estás pasando hambre en esa casa de los infiernos ¿verdad?

—No es eso. Es que ando un poco desgana a las horas correctas y luego, cuando no corresponde, siento un agujero aquí, en el estómago.

La anciana comprendió sin problemas su intentona de no echar más leña al fuego. El que Hope se negase a criticar a su tía, la honraba sin restar gravedad a la situación.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó a bocajarro.

Los ojos verdes de Hope se abrieron y se cerraron nerviosos unas cuantas veces.

—Creo que terminaré volviendo a España.

—No es una mala decisión. ¿Lo sabe tu tía?

Hope se tragó el bizcocho con la ayuda de un sorbito de té.

—Aún no se lo he comentado, no quiero entristecerla antes de tiempo.

—¿Entristecerla? —Las cejas de la señora March se arquearon con sarcasmo—. Solo lamentaré no poder disfrutar en lo sucesivo de tu encantadora compañía.

—Yo también la echaré de menos. De hecho, desearía pedirle un favor, si esa familia de la que me habló, que buscaba institutriz para sus hijos, sigue interesada. ¿Podría darme sus señas?

La mirada indagadora de la señorita llevaba tal carga de sospecha que las mejillas de Hope se colorearon.

—No es para mí —se apresuró a aclarar—. Es para una conocida que anda muy necesitada.

—Que yo sepa, tener tienes pocas conocidas exceptuándome a mí que, desde luego, no busco trabajo.

—Verá, le seré franca.

—Y yo te lo agradeceré, querida, detesto las adivinanzas y los misterios.

—Es una joven bien preparada del servicio de mi tía. Está muy a disgusto sirviendo en la casa desde que..., ya sabe, desde que lord Cronwell entró a formar parte de la familia.

La venerable señora March se quedó cavilando un buen rato.

—Por más que me esfuerzo no logro recordar a nadie en esa casa con la suficiente instrucción y modales como para ejercer de institutriz —hizo un gesto cortante con la mano—, pero si tú lo dices... Te anotaré nombre y dirección en un papel para que puedas dárselo..., a tu amiga.

—Se lo agradezco en el alma, señora March. —Escabulló los ojos—. Ella., ella se lo agradecerá mucho.

—Añadiré buenas referencias. Le harán falta, sin eso hoy día no se va a ninguna parte. ¿Me darás un abrazo antes de marcharte? Me refiero a hoy —puntualizó cuando Hope estaba a punto de responderle.

Entonces se dio cuenta de que la anciana ya adivinaba que no volverían a verse. Que probablemente no había conseguido engañarla con su treta pero que la respetaba lo suficiente como para no interrogarla. Con los ojos húmedos por la emoción le tomó las manos y se las apretó con afecto.

—Ha sido usted una verdadera amiga, señora March. La única que esta tierra me ha obsequiado desde que llegué. Créame, ha sido todo un regalo de la providencia haberla conocido y tenerla de mi lado.

—No imaginas cómo lamento no haber podido ser de más utilidad, querida niña. Piensa dos veces cada paso que te propongas dar y recuerda que sigo aquí. Por si, de cualquier modo, me necesitas.

Desaparecer dejando una simple carta, por muy afectuosa que resulte, es siempre un signo de bochornosa cobardía. Pero los Cronwell no se merecían otra cosa, de modo que Hope expuso sus razones para volver al continente lo mejor que pudo y se escabulló de madrugada abandonando la mitad de sus pertenencias. Huyendo en mitad de la noche como una ladrona, subió a un coche de alquiler entregando al cochero la dirección de los señores Lindsey.

Volver a empezar sería duro, pero no iba a traicionarse a sí misma. Si el sueño que la trajo a Inglaterra se había desvanecido en el aire como una pompa de jabón, construiría otro. Su último pensamiento antes de abandonar el barrio fue para el marqués de Heallford, al que probablemente tampoco volvería a ver nunca.

Dos días completos tardaron los barones en percatarse de la ausencia de Esperanza de Montesinos. Y porque fueron alertados por la servidumbre.

—Parece mentira lo desagradecida, desconsiderada y grosera que llega a ser la gente. Y digo gente porque esa mujerzuela no merece siquiera que la considere parte de mi familia. A saber si no habrá robado algo de la casa aprovechando que huía...

Lady Cronwell soltó su discurso amoratada por el berrinche, tratando de beber té caliente a la par que hablaba, lo que la llevó a atragantarse de peligro un par de veces. Tuvo que ser el lacayo quien golpeará su espalda para evitar que se ahogase ya que el barón parecía una estatua rígida y malencarada, tieso como el palo de una escoba en su silla. Con los ojos enfermizamente

clavados en el mantel bordado.

—¿No dices nada, querido?

—¿Qué pretendes que diga?

—¿Es que te parece bien lo que ha hecho?

—¿Acaso he insinuado tal cosa?

—No, pero tampoco te oigo decir lo contrario.

Lord Cronwell se puso en pie con un carraspeo. Muy pálido sin motivo, en opinión de su esposa.

—No pienso malgastar energía en adivinar sus motivaciones, que no digo que no las tenga. Creo que es un modo desagradable de concluir una relación familiar que pudo ser bonita. Los jóvenes..., ya se sabe. Es posible que se haya sentido humillada tras valorar debidamente su comportamiento...

—Y no haya encontrado salida más honrosa que escapar cuando todos duermen —lo interrumpió la baronesa—, lo cual equivale a una confesión. Qué vergüenza.

—En fin, querida, espero que no haga falta rogarte que no vuelvas a mencionar este nefasto incidente. La vida sigue y tu sobrina, para nosotros, ya es agua pasada. No la volveremos a nombrar en esta casa, será como si hubiera muerto. Y no me esperes hasta la hora de la cena, estaré muy ocupado todo el día.

La mansión de los Lindsey era el doble de grande y señorial que la de los Cronwell. Y estaba rodeada de jardines perfumados que con la primavera parecían explotar con el colorido de un palmeral de fuegos artificiales. Hope había bajado del carruaje con las primeras luces del alba y permaneció en la calle, con su pequeño baúl y sus dos maletas, todo lo que había podido transportar, hasta que un par de criadas salieron camino del mercado y se la encontraron allí, de guardia como un pasmarote.

—¿Buscaba usted a alguien, señorita?

—Muy buenos días. Tengo entendido que están buscando institutriz en la casa.

Las dos muchachas se miraron con sorpresa.

—¿Quién la manda?

—La señora March. Josephine March, del número cincuenta y uno de Mayfair —expuso Hope, tratando de darle a su voz un tono profesional y serio.

—Tendrá que hablarlo con la señora Gibbs, el ama de llaves. Ella controla todo lo referente al personal de la casa antes de molestar a los señores.

—¿Y por casualidad estaría disponible la señora Gibbs?

Una de las muchachas miró el equipaje de la joven. Le pareció fina y elegante pese a sus ropas sencillas, más de lo que acostumbraba a verse en servicio.

—¿No dispone de alojamiento?

—De momento estoy buscando. —Sonrió amable—. He preferido pasarme por aquí directamente...

—Un momento, doy aviso.

Una de las criadas desapareció por las escaleras accesorias que comunicaban con las cocinas y la otra se quedó repasando a Hope de cabeza a pies con un descaro imperdonable.

—¿Hace mucho que busca trabajo?

—Oh, no, la verdad es que no. Atendí a unos niños en España, pero los han enviado internos a un colegio en Suiza —inventó sobre la marcha, tratando de no perder jovialidad.

—¡España! ¿Es tan bonita como dicen? ¿Tan calurosa? ¿Los caballeros tan apuestos y viriles como cuentan?

—Le diría que más. Mucho más.

—¡Oiga! —Le hicieron una seña con la mano— ¡Baje!

La muchacha asomó la cabeza por entre las rejas que separaban la escalera de la calle. Un par de mozos salieron de la casa y se hicieron cargo de los bultos sin mediar palabra.

—La señora Gibbs la atenderá en un momentito. Mientras la entrevista, puede guardar su

equipaje en el almacén.

—Han sido ustedes muy amables, se lo agradezco mucho. —Hope inclinó la cabeza en un pequeño saludo que más pareció una reverencia y arrancó una risilla nerviosa de las dos mozas.

—Buena suerte, señorita.

Hope descendió por aquella escalera de piedra húmeda y resbaladiza, levantándose los bajos de la falda con una mano, sujetándose a la reja con la otra. El caminito la llevó hasta una cocina amplia y bien pertrechada que le recordaba bastante a una de las múltiples estancias en las que se dividía la del palacio de Lirios. Dos mozas pinches de saludables mofletes la recibieron entre risitas y miradas de reajo, y una señora algo mayor, que probablemente sería la cocinera, la hizo tomar asiento en la mesa.

—Hace frío y me han dicho las muchachas que estaba esperando ahí en la calle. ¡Menuda ocurrencia! Se habrá quedado como un carámbano. Le prepararé un poco de té... ¿O prefiere sopa?

A la mención del guiso caliente, a Hope le pareció escuchar coros celestiales.

—Sopa, si no es molestia.

—Qué va a ser molestia... Acabo de hacerla. Peggy, sírvele un buen tazón a la señorita. Y corta un poco de pan y trae el resto de pudding de ruibarbo que quedó anoche...

No era normal en ella estar tan nerviosa, ni tan abrumada. Le extrañó que el hambre y la necesidad se antepusieran a su esmerada educación y no ser capaz de detener la frenética actividad que su llegada había provocado en aquella cocina. Comió en silencio la deliciosa sopa y solo se detuvo para alzar la vista cuando una figura alta y oscura se recortó en el umbral de la puerta.

—Veo que también aprovechamos para hacer la buena obra del día, ¿no, señora Hills?

—Discúlpeme el atrevimiento, señora Gibbs, la joven parecía a punto de desmayarse cuando ha entrado.

Hope ya estaba de pie ante ella, saludando respetuosamente con la cabeza inclinada.

—¿Y usted es? —preguntó el ama de llaves.

Cuando la española alzó los ojos y la miró, no pudo evitar un gesto de sorpresa. Aquella mujer, al igual que había pasado con su tía Lucy, no era lo que esperaba ver: cierto que vestía como un ama de llaves, un horrible vestido negro con ribete de volante blanco en el cuello, cinturón de donde colgaban las llaves de la casa y porte rígido y antipático. Pero era joven y hermosa y su cabello recogido tirante hacia atrás y las lentes, no conseguían robarle su arrebatador encanto.

No era, en definitiva, el tipo de mujer que acaba siendo ama de llaves. Demasiado joven, demasiado bonita. Aun así, no la estudiaba ni con una pizca de simpatía.

—Mary Smith, señora Gibbs. Traigo una carta de recomendación de la señora March, en el número cincuenta y uno de Mayfair.

La sacó del bolsillo y se la entregó. Con un gesto de fastidio, el ama de llaves se ajustó los anteojos y la revisó por encima.

—Aquí no dice que haya trabajado usted como institutriz antes —ladró.

Hope tomó aire. Debía mantener la historia que había inventado desde un principio. Y si iba a referirse a una familia española noble y bien conocida a la que nadie pudiese interrogar ya, la mejor idea era acudir a la suya propia: los condes de Moncada.

—Conocí a la señora March recién llegada de España. Allí cuidé durante muchos años a los hijos de los condes de Moncada hasta que los enviaron a un internado a Suiza.

—¿A un internado? —espetó con desdén— ¿Acaso sus enseñanzas resultaron insuficientes?

—No, señora Gibbs, era costumbre de la familia, llegada una edad.

—Ha dicho años, ¿cuántos años?

—Entré al servicio del palacio de Lirios cuando los gemelos contaban cinco años y se marcharon al extranjero cumplidos los catorce.

—Nueve años entonces. No es mala experiencia. ¿Idiomas?

—Inglés, español, francés, alemán, portugués y algo de italiano. Bastante italiano.

Se escucharon exclamaciones de admiración por toda la cocina. Un músculo invisible palpitó en la mandíbula tensa de la señora Gibbs que por lo demás, permaneció imperturbable.

—¿Pianoforte? ¿Canto? ¿Danza?

—Sí, señorita. Y toco el arpa, las castañuelas y la guitarra española.

—Parece bien preparada —reconoció sin aspavientos, como si le molestara—. Sepa que la última palabra la tiene el señor Lindsey.

—Por descontado.

—Mis señores son exigentes —adilada.

Hope le mantuvo la mirada sin reto ni desafío, pero sí con firmeza.

—Como debe ser. Se trata de sus hijos.

—No se contentan fácilmente.

—Están en su derecho.

La peculiar ama de llaves le dedicó una larga y suspicaz mirada de halcón.

—Termine de comer. Pasaré dentro de un rato a recogerla y conocerá a los señores y..., puede que a los niños.

La señora Lindsey estaba en cama, aquejada de una leve indisposición y no pudo recibirla, de modo que Hope fue conducida hasta la biblioteca por el ama de llaves y presentada al señor Lindsey, un caballero de apenas treinta y cinco años, buen porte, cierto atractivo innegable y semblante sereno. En sus ojos, sin embargo, detectó un latido de tristeza.

—La señorita Smith, señor. Parece tener buenas cualidades y dice estar acostumbrada a los niños. Trae recomendaciones de una señora de edad.

Él cabeceó despacio, asintiendo.

—Lo cual no deja de tener mérito y valor. Niños y ancianos son los más difíciles de tratar. ¿Le gusta a usted Londres, señorita Smith?

—Oh, sí, mucho, muchísimo —respondió con un entusiasmo excesivo.

—Pudo quedarse en España, cuidando a otros niños. Admitamos que el clima en Inglaterra es mejorable.

—No le falta razón, señor. Pero aquí tenía familia...

—¿La tenía?

—Mi señora tía, la hermana de mi madre. Pero acaba de casarse y no les quiero importunar.

¿Estaba dando muchos datos? ¿Más de lo conveniente?

—Mi deseo es ganarme la vida por mí misma, señor Lindsey. Sería todo un honor que aceptaran concederme una oportunidad.

El caballero volvió a asentir. Como si cargase un peso terrible sobre sus espaldas que lo incapacitaba para comunicarse.

—No le mentiré, señorita Smith. Mi esposa está enferma y raro es el día en que puede atender a los niños. Mis ocupaciones me mantienen fuera de la casa casi todo el tiempo y requiero que quien se ocupe de mis hijos no sea únicamente alguien intelectualmente bien preparado como parece serlo usted, ni dispuesta para el trabajo duro, como no dudo que también lo esté: busco a alguien con el suficiente amor como para arroparlos. Que el trato sea afectuoso y cercano, casi familiar. Me niego a que esos pequeños crezcan sin saber lo que es un abrazo.

—Me gustan muchísimo los niños —manifestó Hope con la voz entrecortada por la emoción.

Amparado por su exquisita educación, el señor Lindsey parecía exhausto. Desvió la mirada hacia su ama de llaves que custodiaba la puerta como un perro de presa bien adiestrado dispuesto a clavar el diente a quien osara arrimarse.

—¿Señora Gibbs?

—Opino que no deberíamos negarle la oportunidad de demostrar si es tan capaz como asegura —silabeó, quién sabe si furiosa o dichosa.

—Sea entonces. Trasladen su equipaje a la habitación que le asigne y le presentaré a mis hijos en digamos, una hora.

—Gracias, señor Lindsey, gracias por la confianza que me demuestra. Trataré de estar a la altura, se lo aseguro.

Salió de la biblioteca con las manos anudadas contra el regazo, la misma postura que había mantenido durante toda la entrevista, seguida de cerca por la agria mujer vestida de negro

que enseguida la adelantó y se dirigió a la escalera.

—Venga a ver su cuarto.

Cantaba a las claras que la señora Gibbs no era de mucha conversación. Hope se recordó a sí misma que debía mantenerse lo más posible en silencio para no incordiar y sobre todo, para no alterarla. Viviría escondida tras una identidad falsa y todo lo que tenía que hacer para no meterse en problemas era centrarse en los niños y olvidarse del resto. Como si oyera llover.

También de Hugo Shelby, al que costaba sacarse de la cabeza.

—Ignoro cómo serían sus aposentos en el palacio ese del que habla, pero los dormitorios en esta casa son cálidos y confortables. Todo lo que se puede pedir en la húmeda Inglaterra y más de lo que ofrecen otras mansiones.

El ama de llaves abrió la puerta y se hizo a un lado para que Hope pudiera entrar. Era un cuartito encantador, con una enorme librería y una chimenea para ella sola, buena cama, escritorio y silla. Y un grandioso ventanal que comunicaba con los jardines.

—Puede dejar ahí su bolsa. Y si no necesita cambiarse, aprovecharé para ordenar que le enseñen la casa antes de que conozca a los niños.

—Como guste.

—Sea respetuosa, cumpla con su cometido y no tendrá queja. —Todo lo que aquella seca mujer soltaba por la boca sonaba a advertencia o a regaño. Por su bien, Hope mantuvo la cabeza gacha y el tono de voz como un débil hilo.

—Es toda mi intención, señora Gibbs.

Conocer a los niños fue lo más maravilloso que Hope experimentó desde que puso un pie fuera del barco que la trajo desde España. Tres criaturitas encantadoras, de enormes ojos claros permanentemente sorprendidos y buenos modales, que la recibieron con entusiasmo contenido y evidente curiosidad.

—Señorita Smith —el señor Lindsey tomó la palabra—, le presento a mis hijos: la

mayor, Lilian, tiene diez años, Robert que cuenta con siete y la pequeña Magda que pronto cumplirá los cinco.

Los pequeños fueron saludando con graciosas reverencias conforme se les nombraba. Hope les devolvió la gracia con idéntico júbilo.

—Bienvenida a la familia, señorita Smith.

Como la deferencia procedía de una voz dulce y aterciopelada desde la puerta, la joven se giró para averiguar de quién se trataba, mientras los tres niños corrían hasta la pálida figura para abrazarla y besarla. Hope tomó nota de un importante detalle: nadie se había molestado en frenarlos ni en detener aquella muestra de afecto, algo tan propio del siempre atado temperamento inglés.

—Tengo el placer de presentarle a mi esposa, la señora Lindsey —agregó el dueño de la casa con ternura, acercándose a la frágil dama, besándole la sien.

—Encantada, señora. Tienen ustedes todo mi agradecimiento.

Formaban una preciosa estampa, pensó Hope, allí unidos como una piña en un abrazo infinito. Una escena que le recordaba demasiado a lo que los Montesinos fueron tiempo atrás. La madre de los pequeños parecía tan etérea y quebradiza, tan a punto de abandonar este mundo y al tiempo tan serena y resplandeciente, que se le antojó un ser mágico del bosque más que una humana corriente.

—Espero que sea usted feliz entre nosotros y nos honre con su presencia por mucho tiempo.

Una vocecita interior a la que no sabía si obedecer, le dijo a Hope que así sería.

—¿De verdad le gustan los niños? Mire que estos no son especialmente traviesos, pero como todos, dan sus buenos dolores de cabeza. Le advierto que ya no me engañan, amor desmedido por los críos es algo que todo el mundo afirma poseer cuando quiere ser contratado. Pero la práctica del día a día nos depara muchas sorpresas.

La aspereza del tono de la señora Gibbs la hizo volver a la realidad con mayor brusquedad de la que habría deseado. Hope se había perdido en sus ensoñaciones y ya se encontraban de nuevo de vuelta a las cocinas.

—No, en mi caso es rigurosamente cierto. Adoro la compañía de los niños.

Era del tenor popular en el palacio de Lirios, la buena disposición de la hija de los condes para entretener y jugar con los hijos de los criados. Se le pasaban las horas inventando historias o enseñándoles todo tipo de juegos de palabras, adivinanzas y bailes regionales. No contenta con eso, cuando visitaba los campos con su padre, su hermano o los capataces, mientras ellos despachaban asuntos de la tierra, ella empleaba la tarde con los niños de los aparceros, a los que llevaba frutas y dulces y cantaba bellas canciones.

—Tendremos ocasión de comprobarlo —garantizó el ama de llaves con frialdad—. Puede que haya conseguido encandilar a toda la familia con su rostro adorable y sus buenas maneras, pero no pienso sacarle el ojo de encima.

Hope suspiró hondo. No le convenía enfrentarse a alguien que, a todas luces, llevaba las

riendas de aquella casa. Sin embargo, su sensatez le gritaba que tampoco podía arrancar su relación con ella basándose en una antipatía y rivalidad sin fundamento. Trató de escoger un tono conciliador a la par que humilde.

—¿Puedo saber la razón de tanta inquina, señora Gibbs? Ni siquiera me conoce.

—Es mi deber velar por el bienestar de esta familia. Ya se habrá dado cuenta de lo vulnerables que son.

—Tal actitud la honra, señora Gibbs. Le aseguro que no soy el enemigo ni alguien que pretenda perjudicarlos, todo lo contrario. Mi más ferviente deseo es que ustedes se conviertan en la familia de la que carezco.

La señora Gibbs la repasó un par de veces desde detrás de sus lentes con los ojos entornados. Hope habría dado su joya más valiosa por saber qué pensaba.

—La tengo a prueba. No lo olvide.

A partir de aquel día y durante toda la semana que lo siguió, en los momentos más insospechados, cuando más concentrada estaba en sus tareas o con los niños, el ama de llaves brotaba de entre las sombras en sospechoso silencio, observando desde lejos. Evaluando. Juzgando su actuación. No obstante, y para fortuna de la joven, el estar acostumbrada a ser el centro de atención en España allá donde iba, le permitió relajarse y no perder ni una pizca de naturalidad en sus ademanes. El trato con los niños era excelente y a los padres prácticamente ni los veía. Aunque se le había ofrecido desayunar, comer y cenar en su habitación con toda tranquilidad, Hope prefirió hacerlo en la cocina con el resto del servicio y la única excepción del ama de llaves. Pese a que todos eran callados y sumamente discretos, poco a poco se fue ganando su simpatía. Le hacían preguntas con relación a España y sus gentes, las costumbres, la riquísima comida. Y a Hope se le iluminaban la cara y los ojos cuando les contaba.

Le facilitaron tres vestidos iguales, de sobrio color gris, que dejaran bien patente su función y jerarquía. Aquella tonalidad anodina, para sorpresa de todos, logró realzar aún más el

brillo de su piel, de sus cabellos y sus ojos verdes parecían más visibles. De la misma forma que su indumentaria negra y tétrica no lograba restar hermosura a la misteriosa señora Gibbs.

Con el sueldo de su primera semana, en un bazar del mercado que importaba objetos insólitos del extranjero, Hope compró unas castañuelas y se las mostró a los niños. Los tres, incluido el joven Robert, se mostraron muy interesados en el funcionamiento de aquellos chocantes artefactos y se quedaron boquiabiertos cuando su institutriz, con los brazos en alto y una gracia sin igual, se lanzó a una danza típicamente española acompañándose del musical repiqueteo.

Cuando acabó su actuación, no solo los niños aplaudieron. Hope miró con temor hacia la puerta.

—¡Señora Lindsey!

—Maravilloso, señorita Smith. Nunca había presenciado un espectáculo tan exótico. ¿Me permite verlas?

—¿Las castañuelas? Claro que sí.

La dama entró en el cuarto de juegos de los niños y se acomodó en un pequeño sofá tapizado de terciopelo rosado. Mientras observaba cuidadosa el instrumento e intentaba engancharse en los dedos, tal y como había visto hacer a la institutriz, Hope se permitió mirarla. Su belleza era clásica y serena, perfecta para ser madre. Bajo los ojos se le marcaban oscuras las ojeras y sus manos estaban delgadas en extremo. Sus finos dedos acariciaron los cabellos de sus hijos y sus ojos, al posarlos en los pequeños, rebosaban ternura.

¿Cuál sería su enfermedad? Alguien como ella, en la flor de la vida, con un esposo que evidentemente la adoraba y tres hijos que la necesitaban, debería gozar de la mejor salud. El mundo era un lugar terrible e injusto, se dijo, conteniendo la emoción de las lágrimas.

—¿Me enseñará a tocarlas, señorita Smith?

—Claro que sí, señora, como guste.

—Venga, siéntese aquí a mi lado.

Rodeadas por tres chiquillos absortos en las explicaciones de Hope, les mostró cómo

sujetar las castañuelas a los dedos y cómo obligarlas a bailar. Todos lo intentaron por turnos y la pequeña Magda se reveló como una auténtica experta con talento natural. Con la única salvedad del momento en que, movida por un impulso, alzó los ojos y se topó con la mirada aguileña de la señora Gibbs desde la puerta, de donde desapareció a toda prisa al verse descubierta, fue una tarde inolvidable en la que la española consiguió olvidarse de sus penurias y se dejó envolver por la atmósfera relajada y familiar de aquella casa en la que, por casualidad, había girado su vida.

Aún no imaginaba hasta qué punto.

Eran alrededor de las diez de la noche y Hope acababa de subir de las cocinas de pasar un rato con las criadas a las que leía en voz alta una novela de amores y aventuras. Era un público muy entregado que la hacía sentirse importante y hasta la cocinera, que al principio no había hecho otra cosa que rezongar y gruñir, se había sumado a la entretenida tertulia que ponía fin a cada jornada, en la que la señorita Smith leía un capítulo y todas lo comentaban.

Llamaron a la puerta. Hope ya se había quitado el vestido y se preguntó si abrir a quien fuera vestida con el camisón se calificaría como imperdonable. Pero abrió.

Era la señora Gibbs. Las manos a la espalda y en el rostro una mueca indescifrable que la puso muy nerviosa. Olía a despido, a reclamación, a problemas.

—¿En qué puedo ayudarla, señora Gibbs? —La joven mantuvo la cabeza gacha la mayor parte del tiempo.

Una visita a deshoras nunca augura nada bueno.

—¿Es que no va a permitirme pasar? ¿Ya se han esfumado esos modales de reina de los que tanto presume?

20

Una sorpresa caída del techo

—Sí, discúlpeme, señora Gibbs, pase. Estaba a punto de acostarme.

La mujer se adentró en el dormitorio hasta cerca de la chimenea, con aire intrigante y las manos fuera de la vista. El corazón de Hope, sin saber por qué, se aceleró un tanto.

—Sé que son horas intempestivas para molestar —fue una especie de disculpa, estaban las palabras, faltaba la intención—, pero le dije que controlaría su comportamiento y sus actos, la bondad de su carácter, el trato dispensado a los niños y la sinceridad de sus referencias. Y yo siempre cumplo aquello a lo que me comprometo.

A Hope se le secó de golpe la boca. Como le costaba hablar, asintió con una sacudida de cabeza. El ama de llaves marcó una pausa demasiado larga como para no sufrir un ataque.

—Así que Mary Smith, ¿no?

—¿Cómo dice?

—¿No pudo buscar otro nombre..., menos obvio? Todo el mundo se llama Mary Smith. Toda persona que se oculta como un fugitivo, me refiero.

La joven Montesinos sufrió un mareo. La severidad de las frases del ama de llaves le golpearon igual que un látigo.

—No soy..., yo no soy...

—Puede que no cargue crímenes a sus espaldas, pero desde luego, no se llama Mary Smith. Ese nombre ni siquiera le pega.

Por segunda vez Hope clavó la barbilla en su pecho. Los engranajes de su cerebro crujían y se movían a toda velocidad luchando por encontrar una respuesta adecuada que la librase del reproche, la sanción, el despido y las pésimas referencias que harían inviable encontrar trabajo en otra casa de Londres. Tragó saliva con esfuerzo dándose cuenta de que las manos le temblaban.

—Mi tía..., su esposo..., yo...

—¿Va a decir algo coherente o tendré que figurarme lo que me quiere explicar? ¿El esposo de su tía se propasó con usted y tuvo que huir de la casa?

Hope pestañeó atónita. Qué fácil había sido, qué aguda perspicacia la de la señora Gibbs. La enfrentó con los ojos muy abiertos.

—Es eso. Justo eso. ¿Cómo lo ha...?

—He vivido mucho, señorita... Smith. Pensé que escondería una historia menos corriente y mucho más truculenta. En cualquier caso...

—Por favor, se lo ruego —se anticipó Hope con ansiedad—, no informe a los señores de nada de esto. Me marcharé sin escándalos antes de que amanezca. Puede decirles lo que desee, que mi tía está muy enferma, que he regresado a España por un reclamo urgente, que...

—¿Por qué quiere marcharse?

—¿No es eso lo que viene a exigirme?

—Desde luego que no; simplemente me ha decepcionado que su infortunio sea tan común. En cualquier caso, creo que llegó el momento de darle la bienvenida a la mansión Lindsey tal y como mandan los cánones «Elinor Gibbs». —El ama de llaves enseñó por fin las manos tanto rato ocultas. Traía una botella de vino y dos copas que alzó en el aire, dejando a la joven española absolutamente perpleja— ¡Bienvenida!

Hope abrió la boca con desmesura sin acertar a cerrarla.

—Imagino que siendo española le gustará el vino.

El rostro de la señora Gibbs, irreconocible ahora, había perdido toda su hostil aspereza.

Su preciosa boca sonreía encantadora y los ojos también verdes soltaban destellos estrellados. Sin esperar respuesta por parte de Hope, tomó asiento frente a la chimenea y con una habilidad fuera de toda duda, descorchó la botella y colmó las copas. A continuación, se deshizo de los lentes.

—¿Me acompaña? Mire que lo he sacado de la bodega por usted.

—Sí, sí, desde luego. —Dejó de sospechar que fuera algún tipo de trampa—. ¿Elinor?

La señora Gibbs asintió entregándole su vino.

—Esperanza. Hope en inglés. Esperanza de Montesinos.

—Suenas distinguido.

—Lo fue. Supongo. En algún momento lejano —confirmó Hope con melancolía—. ¿Cómo se conduce usted de un modo tan..., tan...?

—¿Riguroso? ¿Huraño? ¿Inflexible? Porque es lo que todos esperan de un ama de llaves y por todos los santos que necesito este trabajo. Pero no puedo contarle lo terriblemente feliz que estoy de tener a alguien de mi edad con quien poder hacer amistades y salir a divertirnos en nuestros días libres.

Una oleada de inmenso alivio recorrió el cuerpo de Hope. La terrorífica ama, el perro guardián que la espiaba de lejos con ojos de ave de presa, la empleada en quien los señores Lindsey habían depositado su entera confianza y la toma de decisiones en cuanto al personal de servicio se mostraba cercana, adorable y le ofrecía su afecto. Hope levantó su copa en el aire a punto de ponerse a bailar por toda la habitación.

—¡Brindemos por ello!

Apuraron sus vinos y Elinor tomó la botella para llenarlos otra vez. Un calorcillo agradable que no provenía precisamente de la chimenea burbujeó en el estómago de la señorita Montesinos. Bien acomodada contra su butaca, la joven vestida de negro la miró con un gesto divertido.

—Dígame, Hope, ¿me enseñará a tocar las castañuelas?

A partir de esa inesperada noche todo cambió para Hope. Como si considerase que era digna de su confianza y del puesto que ocupaba, Elinor dejó de perseguirla y de evaluar su trabajo y aunque con la familia o el servicio presentes se comportaba de igual modo que siempre, lejana, parca en palabras y crítica, por las noches se visitaban mutuamente en sus dormitorios para charlar de trivialidades, jugar a las cartas sin montar escándalo o simplemente hacerse mutua compañía.

—Escribes y lees de maravilla, manejas un montón de idiomas, pudiste buscar empleo como secretaria —sugirió Elinor, pensativa aquella noche.

—Preferí algo más discreto. Un lugar donde lord Cronwell no pueda localizarme. Tanto él como mi tía están convencidos de que regresé a España.

—¿Estás segura? Tampoco tendría importancia si no lo creyeran.

—Algún día me vengaré de ese cerdo arrogante con flojo título de barón, que se casó con la hermana de mi madre solo por interés, para manejar sus cuartos —juró Hope, tumbada en la cama, mirando al techo decorado.

Junto a ella, en idéntica postura, Elinor le tomó una mano.

—Bien dicho. Esos abusadores no se merecen vivir. ¿Tuviste la mala fortuna de toparte solo con él? ¿Ningún caballero ilustre y educado en el tiempo que viviste en Mayfair?

Un puñado de bonitos recuerdos lejanos hicieron sonreír a Hope.

—Uno. Uno muy especial que no consigo sacarme del corazón, aunque me temo que más debería considerársele indecoroso y obsceno que ilustre. No quiero decir que no sea ilustre, lo es, mucho. Es marqués.

Elinor se giró en la cama y quedó de costado con la mejilla apoyada sobre la palma de la mano. Soltó un silbido de chico de mercado.

—¡Vaya! Qué interesante, ¿de quién se trata?

Hope no encontró motivos para mentir u ocultar información. El título de Hugo bailó juguetón en sus labios.

—Del marqués de Heallford. ¿Lo conoces?

Entre risas, Gibbs puso los ojos en blanco.

—Solo su reputación. Su espantosamente escandalosa reputación de libertino mujeriego.

—Ahí tienes mi respuesta. Debería olvidarme de él cuanto antes pero no hago más que darle vueltas a sus palabras. Conmigo fue siempre tan considerado...

—Es parte del proceso de seducción, no te confíes. Precisamente para evitar esas tentaciones, he puesto mis ojos en todo lo contrario.

—¿Lo contrario...?

—Lo contrario a un libertino: alguien virtuoso lleno de generosidad y entrega. El vicario de nuestra parroquia.

Hope respingó perturbada.

—¿Un vicario?

—No un vicario cualquiera. Nuestro vicario. Es apuesto, joven y está soltero. Cuando voy a misa y lo miro, me lo imagino vestido de uniforme. Un caballero tan bien parecido no debería haber entregado su vida a Dios, lo justo sería que perteneciera al ejército y pudiese demostrar su valor peleando en batalla.

—A lo mejor no es un hombre valiente. A lo mejor es simplemente un hombre.

—Créeme, debe de serlo para soportar el terrible acoso de que lo hacen objeto todas las damas casaderas de la comarca. Todas pretenden cazarlo, no sé cuánto tiempo más estará disponible.

—¿Y él conoce tus intenciones? ¿Tu verdadera..., personalidad?

Elinor soltó una risita cantarina y descarada.

—Si me mostrase a sus ojos tal y como soy, el pobre diablo huiría despavorido. Tengo más posibilidades siendo la antipática ama de llaves de los Lindsay, la mujer agria pero cumplidora que jamás daría un escándalo. Realmente, Smith... Soy un alma descarriada. Necesito un hombre santo que enderece mis pasos.

Las semanas fluyeron regalándole un ambiente cada vez más cálido y hogareño. Por primera vez desde que su hermano desapareciera y sus padres murieran, desde que su hermosa familia se desintegrara y ella se quedase desamparada en el mundo, Hope se sentía feliz. Los niños la adoraban y aprendían todo lo que les enseñaba con una habilidad sin igual: idiomas, geografía, historia, música y danza. El talento del pequeño Robert al piano era incomparable. Lilian dominaba los idiomas como si los hubiera aprendido al nacer. En cuanto a la menor, Magda, era como si su espíritu estuviera poseído por el de alguna insigne reina española, pues todo lo que tuviese que ver con danzas, instrumentos y lengua patria se le daba endiabladamente bien.

La doble personalidad de Elinor la mantenía permanentemente asombrada. Aquella prodigiosa destreza para ser dos personas distintas a un tiempo, pronto se convirtió en sincera admiración de la misma forma que el ama de llaves apreciaba los conocimientos, desenvoltura y sagaz intelecto de la española, y los lazos de amistad entre ambas se apretaron hasta ser irrompibles, si bien ante la familia y resto del servicio, se comportaban tan distantes e indiferentes como el primer día.

—El jueves es nuestra jornada de descanso —recordó Elinor aquella noche. Había visitado el dormitorio de Hope con una deliciosa caja de chocolates que una amiga viajera, al

parecer, le había traído desde Bélgica—. Hagamos algo especial.

—¿Algo como qué? —Hope sirvió un poco de infusión en las tacitas.

—¿Te gustaría conocer a un grupo de mujeres sorprendentes?

—¿Son tus amigas?

—Podría decirse que sí —fue la enigmática respuesta del ama de llaves.

—Entonces, ¿por qué lo dudas? Siendo damas de tu agrado, de seguro lo serán del mío.

—Son más que eso, Hope, mucho más. Ni en sueños te esperarías lo que vas a encontrar.

La señorita Montesinos soltó una risita nerviosa.

—Has logrado que de aquí al jueves, dormir se me haga cuesta arriba.

—Así son las sorpresas. —Los iris verdes de Elinor soltaron un deslumbrante destello—.

Y ahora, continuemos con las lecciones para comportarme como una verdadera dama. ¿Es correcto si sujeto así la taza?

—Estirar el meñique, al menos en España, se considera una vulgaridad.

Elinor corrigió el detalle de inmediato.

—Aquí no tanto. De acuerdo, lo dejaré a medio camino, entonces.

—Y allá donde fueres haz lo que vieres.

Ese jueves tomaron un coche de alquiler para desplazarse al otro extremo de la ciudad, a un coqueto salón de té donde resultaba poco menos que imposible toparse con algún conocido. Elinor había abandonado la mansión Lindsey con su acostumbrado traje negro y un pequeño maletín en las manos y para total desconcierto de Hope, se cambió en el carruaje: un bonito vestido en tonos verdes que destacaba su pálido cutis y su pelo oscuro como una noche sin estrellas. A duras penas la española contuvo la risa.

—¿Por qué lo haces? ¿Por qué no has salido de la casa ya vestida?

—¿Y romper la ilusión de mi personaje perfecto? Olvídalo, querida. —Se atusó los mechones revueltos de cabello—. Mi impertinente señora Gibbs me procuró un trabajo decente,

bien pagado, con una familia respetable y un montón de empleados a los que dar instrucciones a mi antojo. No descubriré lo que se oculta bajo ese vestido horroroso ni aunque me vaya la vida en ello.

Remató la promesa con un guiño. Hope levantó muy seria un dedo estirado.

—Ah, no, guiños no, las damas no guiñan.

—¡Válgame el purgatorio! ¡Cuántas reglas buenas para nada!

El salón de té estaba abarrotado de señoras que charlaban, reían, jugaban a las cartas o simplemente degustaban chocolate, café o té con pasteles. Elinor la condujo hasta una mesa convenientemente apartada en un rincón discreto tras unas gruesas cortinas verdes, donde las esperaban tres damas vestidas con un lujo impecable, aunque sin estridencias. Todas miraron a Hope con curiosidad contenida.

—Buenas tardes, miladies. Por fin puedo presentarles a mi amiga y compañera, la señorita Smith.

—Mary Smith —concretó ella con una ligera reverencia.

—Es un placer conocerla, señorita Smith. Siéntense, ¿qué desean tomar?

Elinor respondió presta por las dos.

—Un té estará muy bien. ¿Qué dices tú, Smith?

—Un té será perfecto.

—Haré las presentaciones oficiales. —Estaba claro que Elinor se moría de ganas porque la muchacha que atendía las mesas desapareciera y las dejase en plena libertad para intercambiar confidencias—: como ya saben, la señorita Smith trabaja conmigo en casa de los Lindsey. Es la institutriz de los niños. Debo añadir que magnífica y con unos modales tan refinados y una formación tan considerable que estaríamos aquí varias horas si me empeñara en detallárselos.

Todas le ofrecieron una amigable sonrisa y el corazón de Hope se apaciguó. ¿Qué hacía un ama de llaves codeándose de aquel modo con un ramillete de nobles damas? ¿Cuántos más secretos escondía su nueva y desconcertante amiga?

—Ellas son —prosiguió Elinor, ajena a sus cavilaciones— lady Grace Astor, de soltera

Grace Wellfly, lady Victoria Gray, de soltera Victoria Wellfly, ambas son hermanas entre sí y del duque de Gloucester a su vez. Lady Sarah Beale, Sarah Chester de soltera y finalmente... ¿Clara? ¿Dónde está Clara?

—Llego tarde, para no perder las buenas costumbres.

Un remolino de lazos perfumados de color rosa se abalanzó sobre la mesa en mitad de un nudo de risas. La recién llegada se inclinó, traviesa, para saludar con toda educación antes de tomar asiento.

—Lady Clara Barton, de soltera Clara York —refunfuñó Elinor medio en broma—. Es mi amiga, la señorita Smith.

—Encantada, señorita. Es usted toda una belleza.

—Está enseñándome buenos modales, protocolo y cortesía —anunció Elinor, con desmedido entusiasmo.

La noticia fue recibida con un cuchicheo general de aprobación.

—Le vendrán estupendamente.

Con las limitaciones que imponía el decoro, Hope las miró una a una sin disimular su desconcierto. Parecían niñas en su día de excursión, evidentemente felices y alborotadas. Habría sido un grupo festivo y normal, de desconocerse la circunstancia de que Elinor, y se suponía que tampoco ella, pertenecían a la nobleza y no obstante, aquellas regias damas las aceptaban de buenísimo grado, con suma amabilidad.

—Disculpen la pregunta, no pretendo ofender a nadie, pero..., ¿de qué se conocen ustedes?

Las damas se cruzaron pícaras miradas cuyo significado escapó a su entendimiento.

—Formamos parte de un club —aclaró por fin lady Grace—. Sí, una especie de club, solo entre nosotras.

—Nos gusta considerarlo de ese modo —confirmó su hermana Victoria, de inmejorable humor.

—¿Y puedo preguntar a qué dedican su actividad? ¿Acaso comentan novelas? ¿Quizá la

Biblia? —añadió, recordando en el acto al predicador que traía a Elinor a mal traer.

No hubo una en el grupo que no riera a carcajadas.

—Me temo que es algo mucho menos habitual —canturreó Clara con un pestañeo.

—Y mucho más excitante —fue el comentario de Sarah, que la dejó por completo perpleja.

—¿Ex..., excitante?

—Sí —intervino Elinor, tomando un dulce del modo que Hope le había enseñado, con delicadeza, movimientos pausados y la punta de los dedos formando una pinza—. Desarrollamos labores que muchos juzgarían de desacierto.

—Pero si la querida Elinor la ha traído a conocernos —apuntó la bella Victoria—, es porque considera, y no seré yo la que dude de su buen juicio, que no solo no se escandalizará, sino que deseará unírseos.

Hope se mordió con ansiedad un labio.

—Van a lograr ustedes que explote de la curiosidad.

—Verá, señorita Smith: somos ladronas —susurraron a la par Grace, Victoria y Sarah.

—Cómo... ¿Cómo han dicho?

—Has oído bien —rezongó Elinor con prudencia—, nos las obligues a repetirlo.

—¿Lad...? ¿Quiere decir de las que se apoderan de lo ajeno?

—Solo por divertimento —advirtió lady Clara, como si el detalle las excusara de toda responsabilidad.

—Y tenga la completa certeza de que nada de lo que desaparece es necesario o preciso en la vida de sus dueños —indicó Grace, moviendo los deditos de un modo muy gracioso mientras decidía qué pastel coger.

—A veces hasta lo devolvemos —aclaró Sarah, con la mirada más cándida que Hope había visto en toda su existencia.

—Creo que voy a desmayarme de un momento a otro —suspiró la española, que no sabía si reír o echarse a llorar allí mismo.

—Convenimos en que es raro. —Elinor carraspeó—. Pero enormemente divertido.

—La vida de una aristócrata que se precie es de un tedio insoportable, querida. Las conversaciones con las que nos castigan en los bailes y fiestas son el peor de los tormentos —narró lady Clara con dramatismo. Lady Victoria le tomó el relevo.

—Y un día cualquiera se nos ocurrió que el pasatiempo sería mucho más estimulante...

—Si durante nuestra asistencia a los bailes dedicásemos nuestra atención a averiguar cuál sería el objeto máspreciado de nuestro anfitrión... —prosiguió lady Grace.

Los ojos desorbitados de Hope saltaban de una a otra conforme se sucedían en la explicación.

—Para a continuación, birlárselo —finalizó Elinor triunfante.

—¿En serio hacéis... hacen ustedes eso?

—Sí, desde hace unos cuatro años —puntualizó lady Clara—. ¿No os apetece un chocolate? Creo apreciar que es muy cremoso.

—¿Y me están invitando a participar? —insistió Hope con la boca seca.

Las cinco mujeres asintieron con brío y sin perder la encantadora sonrisa.

—¡Madre del amor hermoso! —suspiró en su idioma.

—¿Cómo dice?

—Es española —se apresuró a explicar Elinor.

Grace y Victoria, que guardaban entre sí un enorme parecido físico, unieron a la par las manos en actitud de rezo.

—¡Española! ¡Pero qué maravilla! —exclamaron a coro.

—Qué magnífica incorporación a nuestro adorable club —las apoyó lady Sarah.

—Les agradezco tanto la oferta como la confianza —murmuró Hope, con voz entrecortada—. Sin embargo, hay un detalle que no deja de tener su relevancia: ¿desde cuándo un ama de llaves o una institutriz acuden a ese tipo de fiestas?

—¡Eso es lo más divertido de todo! —se agitó lady Grace, derrochando felicidad por todos sus poros.

—Tanto usted como la señora Gibbs acuden como nuestras acompañantes, con identidades falsas.

¡Cielos! ¡Otra vez! ¿Una segunda identidad falsa que sumar a la de la señorita Smith?

—¿Identidades falsas?

—No debería ser necesario elaborarlas en demasía —indicó Victoria en tono confidencial

—, ninguno de los invitados a ese tipo de reuniones imaginaría siquiera que la dama con la que departen no es noble. Es algo que con la indumentaria y las joyas adecuadas, se da por hecho. Pero lo pasamos mucho mejor engañándolos también con el nombre. Por supuesto, la versión oficial es que son amigas del continente.

Los ojos de Hope giraron buscando a Elinor.

—¿Cuál es tu... tu...?

—Elinor Gibbs se presenta en sociedad como la honorable Mary Wildmore —anunció pomposa, tal que si manejara la broma más florida.

—Se entiende que una institutriz jamás asistiría a estas reuniones y bailes, pero una ilustre dama extranjera, bien relacionada, con amigas de posibles... —gorjeó lady Victoria, con un aleteo de manos bastante teatral.

—Y usted, querida señorita Smith podría ser, podría ser... —Lady Sarah se quedó pensativa un instante.

—Nuestra estimada Sarah tiene un talento especial inventando identidades que suenan naturalmente perfectas —avisó lady Victoria, entusiasmada.

—¡Myrtle Brown! —aulló por fin, la dama con una risita afectada.

Mientras todas aplaudían la propuesta sin excesos, Hope sintió un mareo. Nacida y bautizada como Esperanza de Montesinos, había pasado a llamarse Hope, lo cual, con franqueza, le daba un poco igual. Para los Lindsey, sus criados y aquellas damas, era Mary Smith. Y ahora, finalmente, para la alta sociedad a la que desplumaría sin conciencia en caso de aceptar el reto que le proponían, Myrtle Brown.

O perdía la cabeza y la noción de quién era en realidad, o... ¡O abrazaba el desafío más delirante y apasionante que había enfrentado en su edad adulta!

Era un disparate, sí, pero un disparate tentador. Puede que así se distrajera consiguiendo arrancarse el recuerdo del marqués de Heallford de una vez por todas.

No obstante, pese a lo atrayente del ofrecimiento y su natural inclinación a aceptarlo, Hope precisó de varias tazas de té bien cargado para digerir el pasmo que le había acarreado el

relato. Todo lo habían contado y detallado las damas sin perder la compostura y sin que se les moviera un solo pelo. Podía muy bien imaginar el desparpajo con el que se conducirían en mitad de un baile, fingiendo remilgo y aburrimiento mientras planeaban su siguiente golpe.

—Sé que te has quedado sin palabras —reconoció Elinor, comprensiva, de vuelta a la casa Lindsey en el carruaje—. Algo no muy habitual en alguien tan locuaz como tú, señorita Smith.

—Imposible no desconcertarse. Esas mujeres... Son ricas, son nobles, ¡por el amor de Dios! ¡Dos de ellas son incluso hermanas de un duque! Y sin embargo...

—Y sin embargo se mueren de aburrimiento. Es cierto lo que te han dicho, nadie te mintió, no hay maldad en ese entretenimiento más allá de sentir la excitación del peligro, la mayoría de las veces devuelven todo lo que se llevan.

—¿La mayoría de las veces?

—A mí me permiten quedarme con lo que quiera. Saben que debo ahorrar para labrarme un futuro, no dispongo de sus flamantes maridos, ni de sus formidables fortunas, como tampoco pienso llegar a vieja vestida de ama de llaves.

Hope se cubrió la cara con ambas manos mientras Elinor se mostraba de lo más dicharachera y feliz.

—¡Oh, Dios santo!

—Tú también podrás conservar las piezas que desees. Tenemos un contacto poco respetable, lo admito, que nos las compra y lo convertirás fácilmente en dinero. Míralo de esa manera, es nuestro bien merecido porvenir.

Oyéndola explicarse con tanta naturalidad y sensatez, casi estuvo tentada de aplaudir o al menos darle la razón. Desde cierto punto de vista, el daño que hacían era ridículo... Pero estaba tan agobiada que no encontró una frase que no la implicase demasiado teniendo en cuenta que todavía no había tomado una decisión en firme.

—Esas damas necesitan un poco de emoción en sus insulsas vidas. Y la gente a la que robamos les sobra de todo, nadie sale perjudicado —expuso Elinor con total calma. Hope tuvo la sensación de que trataba de convencerse a sí misma de lo que apuntaba.

—Supongo que es un modo de decirlo.

—Algunos tardan meses, incluso años en percatarse de que el objeto desapareció de sus estanterías y consolas. Otras veces los devolvemos antes de que lo echen en falta. Abundan las ocasiones en que los propietarios son tan absurdamente pudientes y despistados que jamás se acuerdan de lo que se perdió.

Hope meneó la cabeza camino del convencimiento, casi persuadida.

—No imaginas cómo resulta de apasionante vestirse de negro, ¡con pantalones! Y trepar de noche, enredaderas arriba, hasta alcanzar la ventana por la que hemos decidido entrar. Deslizarnos como sombras de estancia en estancia, escuchar el silencio, anticiparse para esquivar a la servidumbre que pueda estar despierta a esas horas... Abrir el cajón, muchas veces con la víctima durmiendo a pocos metros de distancia, y escabullirse fuera de la casa con la pieza en el bolsillo. Es nuestro triunfo, Hope, nuestro triunfo frente a las clases altas que nos desdeñan como si fuésemos algo carente de valor. Es nuestro modo de demostrarnos a nosotras mismas cuán por encima estamos.

La española quedó un minuto prendida del entusiasmo que rebosaba en las pupilas de su amiga. Jamás, desde que la conocía, la había visto tan desenfrenadamente entregada a algo. La fascinación del riesgo, del peligro, podía entenderlo, una vez tuvo algo muy parecido demasiado cerca.

—Entonces, ¿te sumas?

—¿Y si resulta que no sirvo para semejantes proezas?

Elinor la miró mostrando incredulidad con un gesto simpático.

—Si ellas, con lo remilgadas que son, han sido capaces de escalar una fachada y caminar sin hacer ruido, ten por seguro que tú lo lograrás con creces. No mencionaré que nos guía un interés noble porque estaría faltando a la verdad, pero... No es tan grave.

—Tengo que pensarlo —resopló Hope, aún nerviosa, recostándose en el asiento del carruaje.

Respetando su silencio, Elinor dio comienzo al ritual de su disfraz, despojándose del encantador vestido verde para volver a aquella sobria indumentaria de ama de llaves amargada que jamás sonríe, ni empujada por un traspié.

—Pues no tardes mucho en tomar una decisión, tenemos una fiesta justo el jueves próximo y las damas me han pedido que asistas.

Los terribles meses de quebranto y pesadumbre sucedidos tras la muerte de sus padres, la dura prueba a la que la sometieron las crueles exigencias de los nuevos herederos del condado de Moncada, su penoso viaje hasta Inglaterra, la terrible decepción en casa de su tía y el acoso del marido de esta, no habían doblegado su ánimo hasta el punto de olvidar quién era: la hija del conde Alfredo de Montesinos y Moncada, uno de los más bravos y aguerridos caballeros del rey de España. Si algo ardía en sus venas era la semilla de la fortaleza, la vida intrépida y el miedo a nada.

De manera que aceptó.

Aceptó formar parte de aquel despropósito que alegremente llamaban club, y de sus actividades al margen de la ley. Y cuando por fin llegó el jueves, la agradable señorita Smith y la áspera señora Gibbs se tomaron su día libre por separado, abandonando la casa Lindsey a horas distantes una de la otra, sin la menor sospecha de reencuentro por parte de nadie.

¿Qué podían tener en común dos mujeres tan distintas y tan mal avenidas? Si ni siquiera se dirigían la palabra y cuando los ojos del ama de llaves se posaban en la institutriz pareciera

que repasaba un insecto...

Las que a juicio de todo el mundo se detestaban, se reunieron en un rincón discreto del parque y desde allí se desplazaron al taller de una modista de reconocido prestigio, donde las otras cuatro ladies ya aguardaban y de cuyo negocio salieron reconvertidas en aristócratas de alto copete. Hope, alias lady Myrtle Brown, con su primer vestido suntuoso prestado, al igual que las joyas, peinada y adornada con esmero por las doncellas de lady Grace, desplazadas al *atelier* expresamente para esos menesteres.

¡Era cierto lo que aseguraban! Aquella tarde no pensaban atracar a nadie, solo acudir a una fiesta para que Hope iniciara su adiestramiento y sin embargo, una ansiedad insoportable al tiempo que placentera le burbujeaba en el estómago. ¿Qué no sería cuando llevasen a cabo su primer plan?

—El baile se celebra en la mansión de los vizcondes Mellie —la ilustró lady Sarah, con agrado—. Son insultantemente acaudalados, pero nunca les hemos *desaparecido* nada.

—Ya va siendo hora —se carcajeó lady Victoria—. Su irritante esposa me cae bastante mal.

—¿Qué debo hacer? —tembló Hope, envuelta en inseguridad.

Lady Grace la tranquilizó con una palmadita en el dorso de la mano.

—Nada, querida, ser tan adorable y cortés como te resulta de natural. Y distante, muy distante. No le sonrías ni hables con cualquiera, especialmente a los caballeros que de seguro van a rodearte en cuanto sean presentados. Nuestra amiga lady Myrtle Brown acaba de llegar de..., de...

—¿Italia? —sugirió Hope con los ojos muy abiertos.

—Italia. Eso es —aplaudió lady Clara, más que encantada con la idea.

—Tu familia es propietaria de muchas hectáreas en la Toscana, ¡todas! Y vivís en un castillo medieval embellecido con todas las comodidades —agregó lady Grace, como si en realidad lo estuviese viviendo.

Hope no pudo contener la risa. Empezaba a entender por qué se divertían tanto con

aquello.

—No hay problema, conozco bien la Toscana.

Las cinco mujeres la miraron con curiosidad. El interés flotó en el aire, por encima de sus cabezas unidas.

—Ah, ¿sí? —preguntaron a coro.

Hope se mordió la lengua.

—Los condes de Moncada viajaban de continuo y yo los acompañaba siempre. Por los niños —se apresuró a explicar.

Elinor corroboró la historia con una sacudida de cabeza.

Todas parecieron conformes con la aclaración y de nuevo el aire festivo se apoderó del interior del carruaje.

—Limitate a crear expectativas. Apetito, anhelo. Muéstrate inalcanzable, querida, in-al-can-za-ble —silabeó lady Sarah como si cantase.

—Y misteriosa —fue la aportación de Elinor.

—Cuanto más deseables sean tu atención y tu compañía, más sencillo será sonsacarles todo lo que requieras a poco que les dediques un pestañeo. —Lady Victoria suspiró envuelta en felicidad, como si aquel instante concreto le recordase su primera vez—. Céntrate en engatusarlos a ellos.

—Sin olvidar mostrarte encantadora y amable con ellas. Para que su ofensa se apacigüe. —recordó lady Grace con gentileza.

Hope tragó saliva y parpadeó un poco perdida.

—¿Ofensa?

Lady Sarah sonrió burlona. Se inclinó hacia su invitada y descifró en tono íntimo:

—Nada ofende más a una aristócrata inglesa que otra dama más joven y bella, más rica, más interesante y para colmo, más rara y original. ¡Es cierto que eres extranjera! ¡Sácale partido!

24

El primer objetivo

—Nada de mostrarse nerviosa —advirtió la bella lady Grace al descender del carruaje—, céntrate solo en disfrutar.

—Piensa que estas personas son iguales que tú solo que inmensamente ricos y opulentos sin haber movido un dedo para lograrlo —gruñó lady Sarah, como si aquel dato le escociera mucho.

Hope habría querido explicarles que la fortuna, el lujo y el boato no le eran, en absoluto, desconocidos o ajenos, que de hecho se había criado rodeada por ellos. Que si en alguna parte había de sentirse extraña era entre doncellas y lacayos y no entre condes y marqueses, habida cuenta su marca de nacimiento. Sin embargo, nada de eso debía ser revelado, prefería, con mucho, seguir aparentando ser Mary Smith, la leal institutriz de los niños Lindsey.

También ella iba a divertirse de lo lindo.

—Querida, deja que te presente a nuestros anfitriones, el vizconde Mellie y su esposa, lady Gretha. Milord, milady, nuestra estimada amiga lady Myrtle Brown acaba de llegar de Italia.

La delicada voz de lady Victoria presentándola, la sacó de su ensimismamiento. Sin ser apenas consciente, habían cruzado el pórtico de entrada a la mansión donde se celebraba el baile y ahora tenía frente a sí una pareja de mediana edad y sorprendentemente corta estatura, que la

observaban con sonrisas de oreja a oreja.

—Encantada. Milord, milady. —Corrigió su despiste a toda prisa y los favoreció con una exquisita reverencia, de las que hacía mucho no practicaba.

Sus refinados modales conquistaron de inmediato a la vizcondesa.

—Oh, querida, sea muy bienvenida a nuestro humilde hogar. Como siempre le digo a mi esposo, las amigas de lady Grace y lady Victoria son, sin ninguna duda, nuestras amigas.

—¿Y de qué parte de Italia procede, lady Myrtle? Si no lo juzga impertinencia —se interesó el vizconde Mellie, sin perder el gesto afable.

—Del norte —respondió Hope un poco más abrupta de lo que pretendía—. La cuna de una cultura fascinante. ¿Por casualidad conocen Milán, Venecia?

—Viajar y conocer Italia de un extremo al otro del mapa es algo que tengo anotado entre mis más fervientes deseos —manifestó el vizconde con aire soñador—. Si hasta el momento no se ha materializado es porque me resulta poco menos que imposible arrastrar a mi esposa lejos de Londres.

Ella compuso un mohín infantil bien ensayado que espantó los reproches del marido.

—No les entretenemos más, milady —intervino lady Grace con simpatía—, quedan muchos invitados que esperan su cortesía y siguen llegando. Magnífica fiesta. Esperamos tener oportunidad de volver a charlar más adelante.

Intercambiaron las despedidas de rigor y las dos Wellfly, colocadas a uno y otro costado de Hope, se adentraron en el gran salón seguidas de cerca por lady Sarah, lady Clara y la inventada pero brillante lady Mary Wildmore.

—¿Han visto el increíble collar de rubíes de la vizcondesa? —hizo notar Elinor, colando la cabeza por entre sus hombros.

—Podría ser una buena presa, sí —rio lady Victoria.

—Ostentoso, pero de diseño vulgar. Prefiero el reloj de bolsillo del vizconde —aportó lady Clara entre risitas—. Solo ver el grosor de la cadena de oro que deja al descubierto, me ha provocado mareos.

—Es posible que tengamos que visitar esta casa en más de una ocasión —decidió lady Grace con absoluta desenvoltura. Frente a ciertas reacciones de las damas, Hope aún no daba crédito—. Tomemos unas copitas de champán y deslumbremos sin pudor.

Brindaron, bebieron, rieron, se lucieron y criticaron a todo el mundo, sin malevolencia ni otro objetivo que el de entretenerse y localizar piezas dignas de ser hurtadas. Cada una aportaba su propuesta respecto de esta o aquella joya que portaba este o aquel invitado, si les era conocido. En ese momento, un apuesto caballero abordó al grupo, cumplimentando a las damas con una profunda reverencia y los ojos puestos en Hope.

—Tengan la bondad de permitirme que me presente: Loras Willmouth, conde de Bealy.

—Encantadas, milord. —La enérgica lady Grace tomó de inmediato las riendas de la situación—. Lady Victoria Gray, lady Sarah Beale, lady Clara Barton, lady Mary Wildmore, lady Myrtle Brown y yo misma, lady Grace Astor.

—Es todo un placer conocerlas, miladies. —Su mirada buscó a Hope una vez más— ¿Me concedería usted el próximo baile?

—Será todo un honor, lord Bealy —aceptó ella, con absoluta naturalidad.

Las cinco damas la contemplaron alejarse con la complacencia y el orgullo de una madre que asiste a la exitosa puesta de largo de su primogénita.

—Esa chica promete —susurró lady Grace, entre dientes.

—Y eso que aún no conocen ni la quinta parte de sus talentos —añadió Elinor, jubilosa—. Si la oyesen tocar el arpa o bailar danzas españolas a la par que toca las castañuelas...

—¿Castañuelas? —se extrañaron las cuatro a coro.

Elinor sonrió ufana.

—Verán: las castañuelas son un pequeño instrumento de percusión de origen español que se engancha en los dedos de este modo...

Mientras el peculiar club intercambiaba conocimientos musicales, Hope se entregó al

goce de la danza recuperando, durante los minutos que ocupó la pieza, el lustre de tiempos pasados. El conde era atento y honorable, alto, de buen porte y mejor talante. La miraba con deferencia, sin querer pecar de irrespetuoso, pero sin poder reprimir su interés.

—He oído mencionar que acaba de llegar del extranjero, ¿estoy en lo cierto?

—Más que llegar del extranjero, soy extranjera —indicó ella, con voz sinuosa, en perfecto italiano.

—¿Italiana? Qué fascinante.

—La verdad es que amo a mi país, pero prefiero sentirme ciudadana del mundo, milord —prosiguió, retomando el idioma inglés—. Soy del parecer de que todos los países y ciudades tienen sus merecimientos y particular belleza.

—Ha debido usted de viajar mucho —observó él con cierta estupefacción.

—Tanto mi hermano como yo hemos recorrido medio mundo en compañía de nuestro padre —explicó Hope, contenta de poder decir, por una vez, la verdad.

—No suele ser común entre las damas inglesas.

—Considero un desperdicio vivir bajo yugos tan severos. Las educaciones estrechas forjan mentes estrechas.

Un súbito rubor en las mejillas de lord Bealy le indicó que se había escandalizado por su comentario, aunque quisiera disimularlo. Un hombre así, tan recatado, tan correcto y tan..., inglés, le inspiraba ternura. Pero no pasión. No arrebatos ni locura. Quizá ella necesitase, después de todo, un sinvergüenza con hechuras de canalla que la mirase con una sonrisa provocadora y torcida colgando de la comisura de los labios, asegurándole pecar por todo lo alto.

Como el marqués.

¡Oh, tentador marqués de Heallford! ¡Qué suplicio terrible no volver a verlo!

El fin de la pieza musical la salvó de corresponder a la mirada de arrobó de lord Bealy. Se distanciaron como ordenaban los cánones y ella agradeció el baile con una suave sonrisa, esfumándose antes de que él le rogara continuar.

—El sello familiar del dedo meñique del conde de Bealy —cuchicheó a las ladies, nada

más aproximarse al grupo.

Todas la miraron con los ojos muy abiertos, salvo lady Sarah, que le entregó una copa de ponche, a punto de soltar una carcajada.

—Nuestra lady Myrtle es osada como la que más —apreció con sorna.

—¡Los sellos son piezas imposibles! —la alertó lady Clara—. Jamás se los quitan, ni para dormir.

—Habría que comprobar si es el caso, entonces —replicó Hope, con una mueca estimulante—. Mediante la oportuna vigilancia.

—Acaso sugiere que... ¿que...?

—Demos un golpe con fase preparatoria, sí —comprendió al instante lady Grace.

Y le pareció tan desafiante la propuesta que solo le faltó aplaudir.

—¿No le parece una buena opción, lord Heallford? Suponiendo que logre el apoyo de la mayoría... ¿Lord Heallford?

—¿Cómo dice?

Sir Arthur tenía ya demasiados años y larga experiencia sobre el tablero de ajedrez como para que un mozalbete adinerado como el marqués de Heallford, desoyera sus propuestas. El estado de extravío mental en el que venía encontrando al joven desde hacía semanas, lo irritaba. Soltó el alfil que tenía entre los dedos apartándolo a un lateral del tablero y miró fijamente a Hugo Shelby deseando transmitirle toda su contrariedad, gracias a la dureza de sus pupilas.

—Tengo la sensación de que llevo buen rato parlamentando solo, milord, no me presta usted la menor atención.

—Lo lamento, sir Arthur —se excusó el marqués, todavía sin terminar de deshacerse de aquel aire distraído—. Me temo que serios problemas ocupan mi mente.

—¿Algún miembro de su familia aquejado de desdichas o enfermedades? ¿Sus hermanos y su madre gozan de buena salud?

—Una persona que me resulta muy querida desapareció de súbito —explicó sin poder contenerse.

Insólito. Alguien como él, reservado, introvertido y poco dado a airear sus intimidades, no había sabido morderse la lengua en presencia de otro caballero con el que no lo unían

especiales lazos de amistad, solo algún que otro negocio y ratos muertos de esparcimiento en el club de caballeros.

Debía de estar pero que muy desesperado.

Por fortuna, sir Arthur Lambert no era especialmente cotilla, solo educado. De manera que únicamente se vio empujado a mostrar algo de preocupación.

—Siento oír algo así. ¿Lo ha puesto ya en conocimiento de las autoridades?

—Poco pueden hacer. No me corresponde a mí, sino a sus familiares directos, la toma de decisiones. Máxime cuando ella...

Se interrumpió demasiado tarde. Ahora sí, los ojos del anciano soltaron un centelleo de franco interés.

—Así que hay una «ella». Conociéndolo debí habérmelo figurado, milord.

—Ella dejó una carta anunciando que se marchaba al extranjero.

—Y usted sospecha que con cierta probabilidad no haya sido así.

Aquello era mucho suponer. De verdad que le habría encantado saberlo. ¿Podían un par de meses sentirse como toda una eternidad? Porque a ese ritmo se sucedía el tiempo desde que no había vuelto a verla. El aire se había hecho más denso y le costaba respirar. Las fiestas no lucían tan salvajes ni la naturaleza en los parques destacaba verde y brillante como cuando pasearon juntos. La señorita española había sido, sin pretenderlo, el catalizador que había cambiado el enfoque de su mundo.

—La echo de menos, es todo —confesó abatido.

Notó el peso de la curiosidad de sir Arthur concentrada en la expresión de su rostro.

—Quién lo habría dicho, lord Heallford. Hasta donde me consta, no se distingue usted precisamente por su fidelidad ni su concepto unitario del amor.

—Para todo hay una primera vez, sir Arthur —admitió, esforzándose en que sonara como una broma sin importancia—. Disculpe si no lo atendí, ¿de qué me hablaba?

—De la inversión en las minas de carbón del norte, York, y de la participación del barón Cronwell que no parece hacerle a usted muy feliz.

Por toda respuesta, Hugo frunció el ceño y apretó la mandíbula.

—Si son tan amigos... Él porfía en que los une una antigua amistad.

—No tan antigua —refutó lord Heallford con sequedad—, pero no es eso lo que me preocupa, sino su escaso conocimiento acerca de la extracción y tratamiento del carbón. Ese caballero no tiene la menor idea de cómo funciona una mina.

—Tampoco es que yo sea un experto. Nos limitaremos a recoger su inversión...

—La inversión de lady Cronwell, querrá decir —interrumpió el marqués.

Sir Arthur movió la cabeza como si hiciese gala de una paciencia infinita.

—Y a darle la aplicación y destino adecuados. Sin desvelarnos en exceso su procedencia, que es lo de menos.

—Conociendo a Gilbert, temo que ponga todas las trabas e impertinencias posibles a cualquier iniciativa.

—Estoy dispuesto a soportarlas siempre que no afecten a la buena marcha del negocio.

Hugo cedió en silencio. Para sus adentros, se rindió. No era solo que sir Arthur pareciese muy decidido a aceptar, es que ninguno de sus razonamientos carecía de lógica. Y habrían coincidido con los suyos, de no haberle ardido en el estómago aquel resentimiento irrefrenable en contra de lord Cronwell, derivado de culparlo por la desaparición de Hope.

—En fin, permita que lo piense unos días más —solicitó a modo de conclusión.

Sir Arthur se encogió de hombros.

—Sea sensato y arrincone rencillas personales caso de que las haya. El negocio es menor de edad y las buenas oportunidades no esperan sentadas.

—¿Y si no hay ninguna ventana abierta? —susurró Hope temerosa, cerca de la oreja de Elinor, con el corazón al galope.

—Siempre la hay en esta época del año —aseguró lady Grace, acomodando mejor su postura acucillada tras los setos de arbusto—. ¿Por qué piensa que todas nuestras incursiones se realizan en primavera y verano?

—Porque la lluvia del otoño y las nieves del invierno dejarían un reguero de huellas empapadas por toda la casa, allí por donde nos fuésemos moviendo —dedujo Hope, sin vacilar ni un segundo.

Lady Grace y Elinor se miraron admiradas.

—Era por el asunto este de las ventanas cerradas —aclaró la aristócrata—. Pero celebro su agudeza, señorita Smith, temo que tal detalle no se nos había ocurrido a ninguna.

Aproximadamente la una de la madrugada, hora indecente donde las haya para unas ladies, estaban las tres semiocultas en el jardín, después de que Gibbs y Smith hubiesen abandonado a hurtadillas la casa Lindsay para entregarse a su extravagante pasatiempo. Nunca participaban todas en un único golpe, el tumulto habría jugado en contra de sus intereses, de la discreción, sigilo y clandestinidad con la que estaban obligadas a conducirse. Dos, tres a lo sumo, era lo máximo en cada caso. Luego, por descontado, en el salón de té ante una buena

bandeja de pasteles, ponían en común la emocionante experiencia para disfrute y cacareo general.

—¿Cuál será el dormitorio de tu conde? —fue la pregunta de Elinor, mientras sus ojos se deslizaban arriba y abajo de la opulenta fachada.

—No es mi conde —bufó Hope, tratando de controlar los nervios. La absoluta serenidad de lady Grace la tenía sin habla.

—Bueno, ya me entiendes. —Elinor volvió a guiñarle un ojo.

—Lo ignoramos, pero de lo que no cabe duda es que estará en la primera planta. Revisemos el perímetro hasta encontrar por dónde entrar —organizó lady Grace, disponiéndose a arrancar.

La mano temblorosa de Hope la sujetó del brazo.

—Un instante. Debo explicarles lo que planeo hacer.

Los ojos de la hermosa aristócrata vestida de hombre se entornaron suspicaces.

—No tiene que planear nada, señorita Smith, solo seguir mis órdenes —le recordó, repentinamente seria.

Hope siguió adelante sin sentirse en lo más mínimo intimidada.

—Imaginen que localizamos su dormitorio. Y al bueno del señor Loras Willmouth en brazos de Morfeo, durmiendo como un bendito... con su sello familiar en el dedo.

—Precisamente para eso venimos hoy, para comprobar si se lo quita o duerme con el anillo puesto, y decidir qué hacer en consecuencia —cuchicheó Elinor, repitiendo lo que ya habían explicado varias veces antes.

—Es obvio que, si lo encontramos sobre la mesita de noche, será nuestro en menos que dura una tos —dijo animosa lady Grace.

—No obstante, suponiendo que lo lleve en el dedo —prosiguió Hope con entusiasmo creciente—, también podríamos quitárselo hoy mismo.

Las otras dos mujeres abrieron los ojos con sorpresa y desmesura.

—¿¡Cómo podría ser eso!?

Hope sacó algo pequeño y opaco de entre los pliegues de sus ropajes color carbón.

—Con la ayuda del contenido de esta botellita.

—¿Es alguna sustancia para dormir? —Elinor aleteó sus pestañas, encantada con la idea.

—Una sustancia tan fuerte que la simple aspiración de sus vapores te sumerge en un plácido sueño del que no puedes despertar y que se prolonga durante muchas horas. Eso sí, deberemos mantenerlo de continuo cerca de la nariz del conde, o corremos el riesgo de que se despierte.

—¡Fascinante! —se alegró lady Grace— ¿De dónde lo ha sacado?

—Lo encargué en la botica, en la parte vieja de la ciudad para no despertar sospechas.

—¿Y cómo llegaste a saber de semejante tesoro? —apremió Elinor, en cuya voz barbotaba la excitación.

Se lo enseñó su padre. Como muchas otras cosas que no podía desvelar. Sonrió tratando de aparentar calma y una pizca de misterio.

—En España, el conocimiento popular es rico y la mar de útil —dejó caer con tono insidioso.

—Si funciona podemos usarlo en otros muchos golpes —apuntó Elinor, buscando la confirmación de lady Grace. Esta asintió con brío.

Funcionaba. Siempre funcionaba si la fórmula la preparaban adecuadamente.

—Giremos alrededor de la casa buscando ese punto débil que necesitamos, sea ventana o puerta —decidió la dama, por fin, con ojos brillantes—. Y ponga a buen recaudo esa pequeña maravilla, señorita Smith. Damos inicio a la aventura.

Aunque al oírla Hope pensó que era un despropósito, el recinto de acceso fue finalmente una puerta sin pestillos que daba al zaguán previo a las cocinas. Ya habían saltado la valla de Bealy Hall con asombrosa agilidad y serpenteado casi a gatas por el jardín hasta alcanzar la

edificación. El lugar de reunión de las tres ladronas había sido un pequeño cuartito alquilado en una zona modesta y sumamente discreta de la ciudad, en el que se presentaban vestidas de costureras. Cambiaban de aderezo y personalidad tan a menudo para cada paso que daban, que habría sido un milagro llamar la atención o que alguien pudiera seguirles la pista, salvo que las investigase a conciencia. De allí habían salido por una ventana a través de los tejados, vestidas por entero de negro, con pantalones y la cabeza embozada. A todas luces eran tres jóvenes muchachos insensatos, jugándose la vida saltando por entre los aleros y chimeneas.

Lady Grace empujó la puerta sin cerrar con su mano enguantada, mientras se llevaba el índice de la mano libre a los labios imponiendo silencio. Hope notaba el furioso golpeteo de su corazón y el sudor que le caía por la frente en forma de pequeñas gotitas. A aquellas horas no había ni un alma despierta en los alrededores y en los hogares de la bien pertrechada cocina ni siquiera humeaban ascuas viejas.

—A la primera planta. Detrás de mí —volvió a indicar lady Grace.

Era la más veterana y por lo tanto, la dirigente de la maniobra. Tras ella, Elinor, que contaba con su buen par de años de experiencia en aquellos menesteres tan poco recomendables. Cerrando la comitiva, la artífice de la idea y la que más tenía que aprender. Hope se preguntó si acabado todo le quedarían fuerzas para analizar la diversión o si sencillamente se desplomaría como un saco al suelo, vapuleada por la tensión sostenida.

Reptaron escaleras arriba, bien pegadas a la gruesa barandilla de madera labrada, atentas a cualquier ruido que alertara de presencias indeseadas. Desde el descansillo de la primera planta, se abrían dos corredores anchos a izquierda y derecha, de seguro tachonados de puertas a ambos lados. Y todas debían ser inspeccionadas.

—Los jóvenes varones de las casas tienden a desear intimidad, de modo que escogen las habitaciones más alejadas —reveló lady Grace en un murmullo apenas audible—. Empezaremos desde el fondo del pasillo.

—¿Y si nos separamos? —sugirió Elinor, para terror de Hope que no deseaba enfrentarse en solitario a nada de aquello—. Cubriremos más estancias en la mitad de tiempo.

Lady Grace asintió y a la novata no le quedó más remedio que acomodarse. Lady Grace parecía flotar sobre el suelo cuando casi corrió hasta el fondo y abrió la primera puerta. Frente a ella, Hope entendió que le tocaba inspeccionar el interior de los cuartos que correspondían a su ala. Seis puertas más adelante, Elinor haría lo propio tanto a derecha como a izquierda.

Dormitorios vacíos con camas sin deshacer, una anciana con una aparatosa toca de encaje en la cabeza y ronquidos como el rugir de un animal salvaje y por fin, lady Grace les hizo señas desesperadas con la mano indicando que había dado con lo que buscaban.

Las tres se apiñaron en la entrada, escudriñando el interior a través de la rendija. Era una habitación muy masculina, decorada en tonos pardos y crema, lujosa y confortable, con la chimenea todavía encendida. A una indicación de lady Grace, las tres se colaron dentro a toda velocidad y se pegaron a las paredes.

La aristócrata reclamó el botecito con un movimiento de sus finas manos. Hope asintió obediente y lo sacó del bolsillo. Impaciente, Grace agitó los dedos para que se lo entregara sin demora. Tras unos segundos de vacilación, Hope alargó el brazo con su precioso contenido, procurando hacerse entender para que lo manipulase con extrema cautela. Caminaron de puntillas hasta la cama.

Durmiendo, al igual que bailando, el joven conde de Bealy era extremadamente atractivo. Apenas cubierto con una fina camisa blanca que dejaba adivinar los músculos de su fornido pecho y las dos manos por fuera de las colchas, su respiración rítmica y acompasada sugería un sueño profundo libre de malas conciencias. En el dedo meñique de su agraciada mano derecha, destacaba un grueso sello de oro que debía de pesar y valer lo suyo.

Si no había malinterpretado los gestos de lady Grace, Hope entendió que le permitían hacer los honores en su primer golpe, de modo que la hermana del duque de Gloucester destapó con sumo cuidado la botellita de somnífero, la acercó a la nariz del conde, y la paseó de un orificio al otro con delicadeza. Él se agitó en un principio y Hope temió que aquello no diera los resultados esperados. ¿Fracasaría ya en su primera intentona? Además de quedar en ridículo, expondría a sus compinches a un riesgo innecesario y desde luego, sin ninguna duda, la

expulsarían del club. Era probable que hasta acabara con sus huesos en la cárcel. Debía funcionar, según las enseñanzas de su padre era un método infalible, pero ¿y si...?

¿Y si algo en la fórmula había fallado?

Se le secó la boca y el tamborileo de su pulso se hizo insoportable. Con una gruesa gota de sudor corriéndole sien abajo, empezó a contar mentalmente para calcular las perspectivas de éxito.

«Cuarenta y nueve, cincuenta, cincuenta y...»

El conde quedó extrañamente inmóvil. Como si hubiera perdido el conocimiento. Lady Grace mantuvo la botellita en el mismo sitio, y transcurrido otro minuto que a Hope se le antojó interminable, apuntó al anillo con la barbilla mirando a la española.

La joven tragó saliva. Sus dedos temblaban con violencia cuando en la penumbra buscaron los del conde, tanteando muy despacio si a su leve roce, él respondía con algún movimiento.

Nada.

Conteniendo el aliento tiró con suavidad y el sello de oro se deslizó hasta la palma de su mano. Elinor y lady Grace le dedicaron sendas sonrisas de triunfo. Hope notó que el fuerte dolor de cabeza arreciaba y una presión insoportable debida a los nervios, se instalaba en su nuca.

Lady Grace alejó la botella de la ilustre nariz, enroscó el tapón y se la guardó en el bolsillo con ademán de satisfacción. Apuntó a la puerta con el dedo y sin necesidad de más instrucciones, las tres cruzaron el dormitorio dispuestas a salir.

Cuando Elinor ya abría la puerta, un súbito ronquido las petrificó en el sitio y les detuvo el corazón. Hope tuvo ganas de arrojarse de bruces al suelo.

—¡Mamá! —gritó el conde desde su cama.

A continuación, cambió de postura y con una tierna concatenación de gruñidos casi adorables, siguió durmiendo. Las damas soltaron lentamente el aire retenido en los pulmones y abandonaron el cuarto a toda prisa. Debían extremar la prudencia, si alguien había oído el aullido del joven Loras, podría acudir con la intención de prestarle auxilio y sorprenderlas.

El descenso hasta el recibidor y la distancia hasta la cocina, atentas, casi sin respirar, con pasos ligeros y rápidos, fueron los tramos más angustiosos de todo el golpe. Cuando lady Grace tiró del pomo de la puerta por donde habían accedido a la mansión, la abrió de par en par y Elinor desapareció como una exhalación, Hope todavía dedicó una última mirada al fondo del corredor que llevaba a la zona noble de la casa.

Y entonces lo vio.

Distinguió una sombra alta y oscura que se movía felina, puede que en su misma dirección. El miedo se le atravesó en la garganta: con toda probabilidad se trataba de un mozo o lacayo, incluso del mayordomo que, desvelado, acudía a por un vaso de agua o de leche. No se entretuvo en comprobarlo. Se escurrió por la estrecha rendija de la puerta ya casi cerrada y la aseguró a su espalda.

La bienvenida del aire fresco de la noche contra el rostro la despabiló e hizo más sencilla la tarea de correr hasta los setos del jardín, arrojarse a la hierba y tomarse juntas unos instantes para recuperar el resuello. Elinor y lady Grace no podían contener su júbilo, expresado en forma de risitas nerviosas. Hope, por su parte, solo quería morir.

—Enhorabuena, señorita Smith —alabó la hermana del duque de Gloucester—, ha tenido usted un comienzo de lo más prometedor.

Después de aquello, durante dos largas semanas, como si con ello quisieran acallar los remordimientos por su mala acción, tanto la señora Gibbs como la señorita Smith se sumergieron de lleno en sus labores de cuidado para con los Lindsey, olvidándose de su identidad encubierta y apenas mencionando el robo cuando se reunían a departir por las noches. Pese a sus negativas a aceptarlo, todo el grupo estuvo de acuerdo en que las ganancias derivadas de la venta del anillo irían íntegras a manos de Hope, tanto como regalo de bienvenida como por sus méritos.

—Ese somnífero parece salido directamente de un cuento de las mil y una noches —comentó lady Victoria, con la emoción intensa de quien alaba el mejor perfume.

—Imaginad cuánto facilitará nuestras tareas si queremos actuar de un modo algo más..., estimulante —manifestó lady Sarah con las mejillas ruborizadas de placer.

Lady Grace arqueó una ceja burlona.

—Querrás decir arriesgado —puntualizó.

—Bueno sí, son maneras de hablar —se rindió la joven dama con una risita traviesa.

—Confieso mi impaciencia por poder asistir de nuevo todas juntas a alguna fiesta —intervino lady Clara, con su aire soñador de siempre—. Nos hemos tomado una pausa demasiado prolongada —añadió en un cuchicheo apresurado, como si temiese que la oyeran.

—Me temo que lady Myrtle Brown estaba abrumada tras su primera experiencia —rio Elinor, propinándole a su amiga un suave codazo—. Ha necesitado tiempo para reponerse.

—Es lógico —apoyó lady Grace, compasiva.

—Y nada fuera de lo esperable —confirmó su hermana con delicadeza—. Hagamos memoria, señoras, de nuestras primeras..., travesuras. Yo necesité sales tres días seguidos.

—Yo perdí el sueño durante un mes completo —admitió Elinor, con un estremecimiento.

—A mí me temblaban las manos siempre que lo rememoraba, incluso cuando estaba en la mesa. Recuerdo haber roto unas cinco tazas de porcelana, dos de ellas en presencia de mi suegra —gimoteó lady Clara, pasándose un pañuelito por la frente, sofocada.

—En definitiva, admitamos que esto no es fácil, no se trata de un ameno paseo por el parque, los nervios se templan con la práctica —resumió lady Grace, siempre tan en control de la situación.

—Y ni siquiera eso —aportó Elinor, aguantando una carcajada—. A Dios pongo por testigo que la última noche, cuando el conde de Bealy gritó su «¡mamá!» en sueños, creí que el corazón me saltaría por la boca y saldría corriendo escaleras abajo.

Era demasiado cómico, tanto recordarlo como imaginarlo, de modo que todas relajaron los nervios a base de risas.

—Esta noche, tranquilidad, calma y ojos bien abiertos. A las fiestas de la condesa de Obercome suele acudir lo más selecto de esta alta sociedad nuestra. Seguro que encontramos piezas dignas de un museo. —Lady Victoria remató su sermón con un floreo de la mano.

Hope tragó saliva con dificultad. Un calor insoportable le subió cuello arriba: otra vez estaba histérica.

Al marqués de Heallford le bastó una batida de ojos por encima de las cabezas invitadas para decidir que se aburriría de muerte. Como de costumbre en aquel tipo de fiestas donde la gente solo acudía a alardear, ver y ser vistos. La tediosa concurrencia de siempre. Un segundo sondeo, algo más tarde, alegró su corazón: por allí andaba la señorita Middleton, célebre por sus escarceos, su moral casquivana y su escandalosa apetencia por los pasillos desiertos y los

rincones oscuros.

Tiró de los bajos de su chaleco, cuadró los anchos hombros dentro de la levita confeccionada a medida y sacó a relucir su sonrisa más depredadora. Conforme se acercaba, Allis Middleton posó en él sus cándidos ojos azules y le dedicó un pestañeo explosivo.

Sí, todavía aquella fiesta soporífera podía salvarse.

En su azucarada versión de lady Myrtle Brown, Hope pasó de mano en mano y de reverencia en reverencia, por obra y capricho de las hermanas Wellfly, Grace y Victoria, que pretendían presentarle a todo el mundo sin detenerse a respirar. La joven puso el máximo empeño en memorizar rostros y atavíos con sus correspondientes adornos, a fin de poder luego departir con el resto de ladies en cuanto al poder adquisitivo de lord fulanito o lady menganita, y quién se convertiría en la próxima víctima. No era una actividad especialmente entretenida pero sí requería de su máxima concentración.

Quizá por eso tardó en verlo.

El marqués de Heallford.

Devastadoramente atractivo como de costumbre, a muchos metros de distancia, capitaneando una animada charla en el núcleo de un grupo donde abundaban las damas, medio derretidas, envolviéndolo con miradas de arrobó. Hope se puso nerviosa de inmediato, impresionada al verlo después de meses, el latido de su corazón se hizo violento, se secó su garganta, se entrecortó su aliento; y en verdad ignoraba si era solo el temor a que el marqués la reconociera dando al traste con su falsa fachada y su identidad inventada, o si tanta turbación obedecía a otras causas.

Se llevó lentamente una mano a la mejilla que ardía y se escabulló entre los invitados buscando desesperada a Elinor. La encontró riendo y charlando junto con lady Victoria y otras dos damas mayores, ostentosamente enjoyadas. Las pupilas del ama de llaves no se separaban una pulgada de los gloriosos brillantes y esmeraldas.

Con una seña, una excusa tonta y muchas disculpas a las damas, Hope logró atraer a sus dos amigas que enseguida, se alertaron por la palidez de su rostro.

—¡Está en la fiesta! —gimió la española, atragantada.

—¿Quién está en la fiesta, querida? Veo a mucha gente por aquí —bromeó lady Victoria, abriendo su abanico.

Hope hizo otro tanto y lo empleó, con el garbo que solo una española tiene batiéndolo, para ocultar su cara de la concurrencia.

—El marqués de Heallford. ¡Me conoce!

Elinor y lady Victoria fruncieron el ceño al unísono, como si se hubieran puesto de acuerdo.

—Vaya. Eso entorpece nuestros planes. ¿Es discreto? ¿Se puede confiar en él?

—¡Desde luego que no! —exclamó Elinor, muy contrariada.

Sin saber bien el motivo, su hostil vehemencia puso de mal humor a Hope.

—¿Acaso lo conoces?

—Conozco su reputación, ya te lo dije en su momento. Es un hombre horrible que solo piensa en fornicar y divertirse.

—Pero nunca has hablado con él personalmente —insistió la española.

Elinor la miró con curiosidad y los ojos entrecerrados.

—No, la verdad —reconoció al fin, de mala gana.

—Entonces quizá sea mejor guardarnos nuestra opinión respecto a él para cuando lo conozcamos mejor —resumió lady Victoria sin perder la sonrisa— ¿Le guardaría el secreto si le confesara que trata de esconderse del indecente esposo de su tía?

Hope imprimió velocidad a su abanico con un suspiro de angustia.

—No lo sé. Siempre ha sido exquisito en su trato, llegué a considerarlo un amigo afectuoso... Pero también es cierto que lazos de camaradería y negocios lo vinculan al indigno barón Cronwell.

—Dios los cría y ellos hacen lo posible por juntarse —insistió Elinor, elegantemente

furiosa—. Pondrás todo tu empeño en defenderlo, pero si no fueran de la misma calaña no mantendrían ninguna amistad.

—Siento decir que pienso igual, querida. —Lady Victoria sacudió varias veces la cabeza con condescendencia.

—Ese hombre no tiene moral ni principios.

Hope la miró afilada.

—¿Otra vez la sabia rumorología? —recalcó con mala baba.

Elinor se la quedó mirando con desconcierto. Y cuando Hope esperaba que le lanzase algún impropio a la cara, la joven Gibbs echó atrás la cabeza y rompió a reír.

—¡Cómo lo salvaguarda, lady Myrtle! ¡Cuánto ímpetu detecto en esa defensa!

Hope retiró la mirada, ruborizada hasta el nacimiento del pelo.

—No aplaudo las injusticias, es todo.

—Sí, sí...

—En cualquier caso —intervino lady Victoria, evidentemente muy entretenida con el enfrentamiento—, yo evitaría cruzarme con él hasta no estar segura de que puede mantenerle el secreto. Podrían verse en otras circunstancias más relajadas y contarle una almibarada mentira que lo ponga de su parte.

Hope, que en ningún momento había apartado su atención del grupo donde el marqués conversaba, giró repentinamente sobre sus talones y se puso de espaldas con una mueca crispada.

—¡Va a verme! ¡Va a verme!

Lady Victoria le enganchó afectuosa el brazo con el suyo y tiró de ella.

—Perdámonos en un paseo por la mansión Obercome. Seguro que encontramos muchas piezas curiosas que merecen la pena desaparecerse. ¿Nos acompaña, lady Mary?

Cuadros, libros antiguos, esculturas. Algún delicado jarrón chino tan costoso como lejana la dinastía a la que pertenecía... Aquella casa era un nido de reliquias que gritaban «¡poséeme!» con una intensidad tal, que Hope olvidó por unos instantes la impresión del reencuentro con el marqués. Había insistido en llevarle la contraria a Elinor pero en su fuero interno sabía que no andaba tan equivocada: Hugo Shelby no era un hombre de quien te pudieras fiar. Digamos que sus intereses no siempre coincidían con los de un auténtico caballero y tenía fortuna suficiente como para hacer lo que le viniera en gana sin rendir cuentas a nadie, lo que lo convertía en aún más peligroso.

Su estancia en la casa Picker la había debilitado, cualquiera con un puñado de palabras dulces y un poco de amabilidad habría logrado envolverla y convencerla sin problema, de la bondad de su corazón e intenciones.

Cualquiera.

Si las murmuraciones apuntaban a Shelby como un tipo indeseable, el hecho de haber sido tan decoroso y encantador con ella podía muy bien deberse a un plan maléfico para engañarla y aprovecharse de su cándida inocencia. Si no lo había hecho fue solo por falta de tiempo y oportunidad.

Si no llegó a intentarlo siquiera, se repitió con insistencia, fue porque Hope desapareció de escena sin avisar.

Esta podría ser la cruel realidad. Y ella podía seguir engañándose a su favor solo porque estaba deslumbrada, pero eso no cambiaría las cosas: su porte apuesto, su voz ronca y viril, sus ojos del color del oro, su insoportable atractivo, las pecaminosas promesas que la incendiaban cuando la miraba de aquel modo..., de aquel modo hipnótico y canalla. Nada de eso se había borrado de su mente, al contrario, continuaba tan vivo y febril como cuando lo vivió, poblaba sus sueños y sus alucinaciones en cuanto se despistaba mirando absorta por la ventana.

Tuvo que ser el eficaz brazo de Elinor lo que la detuviera en seco cuando avanzaban por el pasillo, y su mano la que a continuación la aferrase para quitarla de en medio. Un poco ida, perdida en sus especulaciones, no fue consciente de lo que ocurría hasta que se vio oculta tras unos cortinajes, con sus dos acompañantes haciéndole furiosos gestos de silencio.

Hope aplicó el oído. Gemidos. Murmullos rudos. Alguna que otra risita apagada. Más gemidos. Un jadeo...

Perpleja se llevó la mano a la boca abierta y miró a sus amigas. Asintieron con la cabeza. ¿Dónde diablos estaban? ¿Cómo se había ensimismado hasta aquel punto? Lo último que recordaba era un pasillo ancho al extremo final de la segunda planta. Unas invitadas bien educadas no debían, bajo ningún concepto, merodear por la casa de aquella forma. Y unos invitados decentes no debían dedicarse a fornicar en mansión ajena aprovechando el alboroto de una fiesta. ¿Dónde estaban? ¿Acaso lo hacían apoyados contra la pared? No había llegado a verlos, pero su fantasiosa imaginación se puso en marcha enseguida, regalándole escandalosas visiones donde el marqués la sujetaba con dos manos fuertes y masculinas por debajo de las nalgas, los brazos de ella enredados en torno a su cuello, los pechos de ambos en ardiente contacto y el empuje rítmico de sus caderas adentrándose en sus entrañas, de modo idéntico a como se narraba en las atrevidas novelas que leía a escondidas en España. Sintió un calor espantoso que le subió escote arriba y estuvo a punto de dejar escapar un jadeo que haría palidecer a los de la dama que disfrutaba.

De repente todo quedó en silencio. Se oyó un balbuceo femenino apresurado, un último gemido y luego un taconeo cercano que se fue alejando conforme avanzaban los segundos. Hope

volvió a mostrar su desconcierto con un gesto mientras Elinor se aguantaba la risa. Pero fue la española la más impaciente, la primera que sacó la cabeza fuera de los cortinajes y acertó a ver al caballero recomponiéndose el traje mientras abandonaba el pecaminoso lugar.

Él. ¡Santo cielo!

Hugo Shelby, marqués de Heallford gozando de los placeres de la carne en mitad de una fiesta, sin remordimiento ni reparo alguno.

—¿Podemos salir ya? —le cuchicheó lady Victoria, obligándola a volver a trompicones a la realidad.

—Un instante... esperen. Ya se marcha.

—¡Jesús! ¡Qué concierto! ¡Han debido pasarlo de lo lindo! —rio Elinor, transportada.

—Y qué gruñidos tan viriles los del caballero —agregó lady Victoria, imitando la voz de un hombre—, si pudiera elegir escogería ese tipo de contraseñas en mi esposo. Resultan de lo más estimulantes.

Hope estaba demasiado aturdida como para despegar los labios, cuanto menos para hacer bromas.

—¿Alguien ha visto de quién se trata? —siguió Elinor en tono de burla.

Las otras dos negaron con la cabeza. Incluida Hope.

—Lástima. Habría estado bien saberlo y colocarlo en cabeza de lista para nuestra próxima operación. Un hombre así sí que supone un auténtico reto.

Bajaron a mezclarse con el resto de invitados y a reunirse con sus otras amigas. Hope todavía un poco turbada, demasiado muda, estremecida ante la insistente mirada de Elinor que parecía adivinar mucho más de lo que ella estaba dispuesta a revelar. El ama de llaves se colocó a su lado y le propinó un cariñoso empujón con el hombro.

—¿Te ha traído el episodio de la segunda planta a la mente algún recuerdo especialmente pecaminoso?

—No digas barbaridades, Elinor, por amor del cielo.

—No sé, te veo muy callada, demasiado impresionada. Es simple fornicación, querida, el pasatiempo favorito de los libertinos. En cuanto a la dama... Francamente, no sé qué decir de ella, seguramente su situación le permita vivir sus apetitos con libertad.

—Salgo a la terraza a tomar un poco el aire.

—¿Quiere que la acompañemos? —se ofreció lady Clara, tan adorable como siempre.

—No, no es necesario. Volveré enseguida.

—Necesita refrescarse —cuchicheó Elinor, muerta de risa—. Me temo que lo que acabamos de presenciar la ha alterado demasiado. En el fondo es un alma virginal.

En cuanto sintió el beso de la brisa de primavera en el rostro, alborotándole el cabello, Hope se sintió mucho mejor, de inmediato más aliviada. Llevaba en la mano una copa de ponche que veía temblar si la miraba y calculó el tiempo que necesitaría para calmarse del todo después de aquello. Maldito sinvergüenza, indecoroso falto de virtud...

Por cierto, ¿quién sería ella?

—Así que lady Myrtle... ¿Brown?

Giró sobre sus talones tan sobresaltada que el contenido de la copa se derramó por completo sobre su precioso vestido. Sus ojos verdes se vieron forzados a encararse con otros de extraño color dorado, ya conocidos, sobrecogedores, demasiado poderosos para salir indemne del enfrentamiento.

—Me alegro de verla después de tanto tiempo, señorita Montesinos. —Sin desclavar de ella sus pupilas dilatadas, tomó su mano y la besó con una lentitud exasperante.

—*Shhh*, ¡no mencione aquí ese nombre, no lo haga, por favor, se lo ruego!

—La noto extrañamente agobiada. ¿Será porque ahora se hace llamar de otro modo? ¿A qué viene ese nombre tan novelesco?

Hope miró con angustia a uno y otro lado, nadie parecía estar más pendiente de ella que de los coperos.

—Para todos soy lady Myrtle Brown, recién llegada de Italia. Si desea ayudarme, olvide

que me conoce, hágame el favor.

—No he dicho en ningún momento que quiera ayudarla. —Pareció compadecerse del mohín de desconsuelo que se pintó en la cara de ella—. Tampoco perjudicarla, seamos sinceros.

—Le recordaba como un buen amigo —musitó Hope, bajando los ojos, embargada de desesperanza.

—Un amigo del que no tuvo inconveniente en no despedirse —increpó con dureza.

Los ojos verdes de la española volvieron a subir y fue como abrir una ventana a la clara mañana tras una noche de tormenta.

—¿Es un reproche?

—Más bien una queja. Debo de ser un hombre acostumbrado a los mimos y deferencias. No obstante, su actual situación me plantea un enigma insólito, demasiado emocionante como para dejarlo ir sin desentrañar. ¿De qué se trata?

Ella suspiró entrecortado.

—Soy todo oídos —insistió Hugo a modo de incentivo.

—Trato..., trato de rehacer mi vida sin que mi tía y el barón me encuentren.

Era totalmente cierto, de modo que sonó como quería que sonara: franco, espontáneo, natural. El marqués reuló un paso y su mueca burlona y canallesca se suavizó un tanto.

—Tenía entendido que nos abandonó para regresar a España. —Su frase sonó tensa, como si le importara.

—Es lo que les hice creer, sí.

—No la interrogaré acerca de lo que pasó. Ya me lo contará cuando lo desee..., si lo desea.

—Se lo agradezco.

Hugo la miró de pies a cabeza sin ocultar su admiración.

—Myrtle, es usted una auténtica caja de sorpresas.

—No me ha contestado, ¿qué me dice? ¿Tenemos un acuerdo? —Hope se envalentonó al notarlo más receptivo—. Usted no dice nada de lo que sabe y yo no digo nada de lo que he visto.

—Vaya, vaya, vaya. ¿Y qué es lo que ha visto, exactamente?

—Segunda planta, corredor, un escondrijo furtivo fuera de la vista de todos... Contra la pared —se arriesgó al terminar.

Hugo arqueó una ceja en un gesto campechano que lo hizo lucir aún más irresistible. Si estaba sorprendido, no cabe duda de que se rehízo enseguida. Ya su corazón había sufrido un vuelco doloroso dentro del pecho al verla. Un espasmo. Un escalofrío. Si es que un corazón era capaz de estremecerse, el suyo lo había hecho. Y le había faltado tiempo para indagar de quién se trataba. La anfitriona, la querida y siempre bien informada condesa de Obercome, la más fiable fuente de datos de toda la ciudad, admitió no conocerla en absoluto, pero siendo amiga de lady Grace y lady Victoria, las honorables hermanas del duque de Gloucester, no había más que añadir.

—A mí no me importa que se sepa, ya me conocen, saben cómo soy. Solo los más puritanos me detestan, el resto me envidia —recitó con insultante calma—. Aunque se lo calle y simulen sentir lo contrario.

—Pensé que tendría la decencia de avergonzarse. Menuda suerte ser hombre —replicó ella sin pensar.

La mirada de Hugo se hizo más intensa, más ardiente, mucho más intimidante. Inclino la

cabeza y su cercanía la llevó a temblar.

—¿Le gustaría disfrutar de los placeres prohibidos en la oscuridad de un rincón igual que hago yo?

—No sea grosero —consiguió espetar, con la pizca de indignación que necesitaba.

Él se alejó nuevamente, llevándose consigo su aroma a arboleda salvaje.

—¿Cómo se las arregla? ¿Tiene hospedaje? ¿De qué vive?

—Lo noto muy interesado, me pregunto los motivos. ¿Irás corriendo y pondrá al tanto al esposo de mi tía?

La miró directamente a los ojos. Un gesto desmedido y pasional, poco prudente, inadecuado para hacerlo en público, sin embargo, no le importó. Lo irritaba sentir aquellas cosas delante de Hope porque aparecían de repente y eran como un alud de nieve que ya no se puede contener. Los meses sin verla, sin saber de su verdadero destino, habían sido un auténtico calvario. Podía querer no reconocerlo, pero lo habían sido.

—Me importa. Usted me importa —silabeó con un nudo de hierro y sal en la garganta.

Hope corrió a esconder los nerviosos ojos allí donde él no pudiera alcanzarlos.

—No me hable de ese modo. No soy una de sus conquistas a las que violenta a hurtadillas contra la pared.

—Yo no diría que la estaba violentando. —Volvió aquel sarcasmo seductor y burlón y pese a lo ofensivo que pudiera resultar, ella se sintió más segura que cuando le hablaba con grave seriedad—. No me ha respondido, ¿dónde y con quién vive?

Hope divisó a Elinor acercándose junto con lady Sarah y retorció el abanico en las manos.

—Se lo contaré en otro momento. Lejos y a salvo de ojos curiosos. Ahora tengo que irme.

—¿Cómo puedo localizarla? —rugió él, con una nota de desesperación en la pregunta y la mano lista para frenarla sujetándole el brazo.

—Envíe nota a casa de lady Grace Astor —indicó Hope con premura.

—¿Es allí donde se aloja?

De nuevo ese deje de ansiedad en la voz del marqués. La joven, pese a ello, no quiso comprometerse con ninguna respuesta demasiado extensa.

—Envíe nota a su casa si desea verme —repitió.

Cumpliendo escrupuloso con sus obligaciones, el mayordomo de la casa Lindsay entregó la nota que acababa de llegar al ama de llaves y esta, a su vez, a la institutriz de los niños, con gesto antipático y displicente. No obstante, por la noche, después de pasar el día en ascuas, corrió al dormitorio de Hope a interrogarla por el contenido de la misiva.

—¿Por qué te escribe lady Grace? ¿Ha ocurrido algo?

La española fue hasta su escritorio y tomó la nota entre los dedos como quien sostiene algo valioso. Gibbs apreció que temblaban ligeramente.

—Me temo que abusé de la confianza de lady Grace al indicar al marqués de Heallford que me escribiera a su casa si quería verme.

—¿¡El marqués!? —Elinor se llevó las manos al rostro.

—Ahora me siento abochornada.

—Tonterías, no digas eso, lady Grace estará más que encantada de servirte de chaperone, créeme, la conozco. ¿Entonces...?

—Él ha escrito. —Le tendió la nota—. Desea que nos encontremos pasado mañana en el jardín italiano.

—Kensington —identificó Elinor sin dificultad; respetando la privacidad de la nota, se la devolvió sin leer a su dueña—. No es mala idea, Hyde Park está demasiado concurrido.

—La sola idea de encontrarme de frente con los barones en cualquier sitio, tal y como me topé con lord Heallford en el baile, me desvela por las noches.

Elinor se tumbó en la mullida cama de Hope, tras arrancarse de un tirón los zapatos y

suspiró.

—Si te sirve de consuelo, pedí a lady Sarah que hiciera algunas averiguaciones. No deberías temer, las probabilidades de cruzarte con tu tía en una fiesta son tan endebles como un gatito callejero. Nadie la conoce, esa mujer jamás sale de su casa, no hacen vida social, es como si su esposo la tuviera encarcelada para dedicarse con libertad a sus reuniones de negocios y acierto a adivinar, que a algún que otro encuentro menos respetable, que no cabe duda, no tiene lugar en los salones de los aristócratas.

El modo en que la miraron los ojos húmedos de su amiga, la puso alerta.

—¡Ah, no! ¡Ni se te ocurra! No vas a compadecerte de ella a estas alturas, después de cómo te trató. Y mucho menos vas a pensar siquiera en visitarla. Sería tu fin. Esa mujer, en lugar de protegerte, te hizo responsable de la indecente conducta de su marido, te culpó sin la menor base.

—Es la hermana de mi madre —apuntó Hope con un hilo de voz—. La única. Mi única familia...

Elinor tomó su barbilla con dos dedos y la obligó a mirarla.

—Se la come la envidia, puedo verlo sin necesidad de conocerla. Olvídate de la baronesa y huye del barón. Es todo lo que debes meter en esa cabecita loca. Y disfruta entretanto de la lujuriosa compañía del marqués —añadió finalmente con una risotada.

—No pretendo nada de eso con lord Heallford. Lo único que persigo es su silencio, su total y absoluta discreción en cuanto a mi identidad, o nuestro juego habrá acabado. No podré seguir asistiendo con vosotras a esos bailes, ni fingir por más tiempo ser lady Myrtle Brown.

—Te pedirá algo a cambio.

Hope la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Pedirme algo? ¿Algo como qué?

—Algo retorcido y placentero, seguro. Él es..., de ese tipo de hombres.

La española apretó fuerte los dientes. No estaba dispuesta a que lord Heallford la convirtiese en su marioneta ni que la chantajeara de ningún modo. Pero tampoco quería perder lo

único que ponía un poco de aliciente y emoción en su vida: sin el club, sin las ladies y sin aquellas incursiones nocturnas en las mansiones nobles para llevarse lo máspreciado de su propietario o una simple fruslería, su existencia volvería a ser gris y monótona.

Prefería la muerte.

—Tienes que acompañarme a misa —estaba pidiéndole Elinor cuando ella dejó de cavilar—. El pobre vicario ha estado muy enfermo, pero por fin ha recuperado la salud y dará el sermón este domingo. Me muero porque lo conozcas.

Sin palabras, sin poder librarse de la sensación de que el seductor marqués de Heallford le traería algo más que problemas, la española accedió.

—No suelo admitir cuando me equivoco, señorita Montesinos, de hecho, detesto equivocarme. Pero le confieso que aposté la mitad de mi fortuna a que rechazaría acudir a esta cita.

—¿Contra quién?

—Contra mí mismo.

—¿Por qué motivo?

—En primer lugar, no estaba obligada a ello. Además, de nuestra última conversación deduje que usted pretende rehacer su vida al margen de la familia que le queda aquí en Londres, que no se despidieron en buenos términos, precisamente, y da la casualidad de que el hombre que usted aborrece es uno de mis más cercanos conocidos. Algo que sé que la disgusta.

Hope disimuló la mueca de asco que se le formó en la cara al oír aquello.

—Pierde usted todos los beneficios de mi estima cuando se define de ese modo.

—¿Como amigo de mis amigos? —sonrió él, girando graciosamente su bastón en el aire —. Hay que tener camaradas hasta en el infierno, querida. Yo, por el contrario, prefiero quedarme con el sutil detalle de que usted me estima.

—Ignoro el modo en que se las arregló para ganarse mi confianza mientras vivía en Picker House, milord, pero lo hizo. Se convirtió usted en algo parecido a mi único aliado y eso es un hecho que me cuesta olvidar y me empuja a ser indulgente.

El marqués detuvo el paseo de forma repentina y la miró con gravedad en sus ojos. Toda una tormenta parecía arremolinarse amenazadora en aquellos dos pozos dorados.

—Quizá no sea yo alguien que le recomendaría como compañía, señorita Montesinos. Quizá merezca usted amigos más honestos.

—Estoy segura de ello, dado lo que presencié en la fiesta de la condesa de Obercome. Una experiencia difícil de pasar por alto, se lo aseguro.

El marqués reanudó el paseo con aires mucho más relajados.

—Oh, vamos, querida señorita, usted no vio absolutamente nada.

—Lo oí todo —replicó ella con brío.

—Pues eso que creyó oír...

—No me tome por tonta, señor. Los sentidos me funcionan a las mil maravillas.

La sonrisa imperturbable y frívola, torcida a punto de caerse de su deseable comisura, brotó para deleite de Hope. La seña de identidad de Hugo Shelby a la que nadie podía resistirse.

—Me fascinan sus enfados, la manera en que el fuego le sube imparable desde el estómago y explota ahí, en sus mejillas arboladas a punto de arder de pura furia. He de admitir que me atraen las mujeres con carácter.

—Pues de eso a mí me sobra.

—¿Destaca sus virtudes porque le gustaría seducirme?

Sus palabras fueron una caricia letal.

—Deje de jugar, lord Heallford. Sabe a qué he venido y está soslayando el tema a propósito.

—Lo que trato es de que el escaso tiempo que se digna a concederme, se prolongue.

—¿Guardará silencio acerca de mi verdadera identidad? ¿Negará que me conoce de otro tiempo ni modo que no sea el de lady Myrtle Brown?

—Me pide usted un gran sacrificio, sea consciente.

A Hope no le pasó desapercibida la burla que flotaba en sus palabras. Aquella historia en la que a ella le iba la misma vida, para Hugo Shelby no era más que un entretenimiento divertido.

—Supongo que no me quedará más remedio que exigirle un pago a cambio.

La funesta conjetura de Elinor retumbó potente en su cabeza. Hope apretó los dedos alrededor de la varilla de su parasol hasta que se pusieron blancos.

—Un pago —repitió incrédula—. Pretende que le pague por hacerme un favor.

—Un favor que compromete mi integridad, téngalo en cuenta.

—Como si a usted su integridad le preocupara lo más mínimo.

—Para comenzar, me gustaría que confirmase su asistencia al baile que pienso dar la próxima semana en Grovenor House. Creo que no conoce usted mi casa, lady Myrtle —recalcó con intención.

—Solo aceptaré ir si mis amigas están incluidas en la invitación.

—Por descontado. Puede venir con quien desee, pero le agradecería que no se tratara de ningún caballero.

—¿Sentiría celos, acaso, si así fuera?

—La quiero solo para mí, lady Myrtle —le susurró cerca de la oreja.

Su aliento sobre la piel sensible del cuello fue un tormento inesperado que despegó sus pies del suelo. Las continuas provocaciones del marqués la hacían sospechar que se tomaba su desgracia como una broma entretenida de la que sacar partido en una tarde de hastío. Que su desvergüenza, sobradamente demostrada en la fiesta de la condesa con quien fuera que fuese aquella dama que gemía y jadeaba en sus brazos, no le impedía conducirla al límite del decoro con insinuaciones veladas y dulces amenazas que una dama estaba lejos de poder aceptar.

Ni debería escucharlas, siquiera.

Hope se retiró con un movimiento elegante. Lo suficiente como para quedar a salvo de sus tentadoras galanterías.

—Usted no se dedicará a una sola mujer en la vida —acusó, peleando por controlar el temblor en la voz y que él no lo notase.

—Es posible. Como también es posible que esa circunstancia varíe si alguna vez me enamoro.

—Pobre de la dama que caiga en sus manos.

—Le aseguro que mis manos la harán inmensamente feliz. Por no mencionar otras partes de mí.

La respiración de Hope se agitó en silencio.

—Sabe de sobra que si en lugar de ser una española curtida de asombro yo fuese una ingenua y candorosa debutante inglesa ya hace rato que me habría desmayado sobre los rosales de este parque, ¿verdad?

—Precisamente por eso adoro conversar con usted y con su mente abierta.

—El modo en que usted se expresa supone una total falta de respeto, aquí, en España y en la lejana India, mi señor.

—¿Por jurar que haría feliz a mi esposa? Qué manera más severa de enjuiciar mis bienintencionadas promesas.

—Sostengo que sería usted un pésimo marido. El peor y el más infiel que puedo imaginar.

—Sepa, mi estimada lady Myrtle, que antes me tiraría al mar que faltarle a la mujer con la que me despose.

—No le creo.

—Es una verdad absoluta. Por eso mismo no me caso.

Y al decirlo le dedicó un guiño de triunfo que Hope recibió como todo un rechazo amable.

—¿Recuerda que fui el único al que se atrevió a confiar el abominable trato que le ofrecieron sus parientes en España?

—Quizá influyera el hecho de que no tenía a nadie más.

—¿Y ahora lo tiene?

—Es posible. Si una pizca de suerte juega a su favor, una señorita solitaria puede encontrar muy buenas amigas en una ciudad extranjera.

—Dígame, Hope, ¿dónde vive?

—Eso no voy a desvelárselo —mantuvo con firmeza.

—Pero vendrá a mi baile, ¿verdad que sí?

—Si insiste... —suspiró ella, simulando aburrimiento.

—Será una fiesta muy peculiar. Deben venir disfrazadas.

—¿Cómo disfrazadas? ¿Es un baile de máscaras?

—Algo parecido. —Su peligrosa sonrisa se amplió mientras fantaseaba explorando las alturas y verlo morderse el labio inferior, provocó una sacudida en el vientre de la joven—. Asistiremos a rostro descubierto, si bien es de obligado cumplimiento ir disfrazado de prostituta o de mendigo. Usted elige.

Los pies de Hope se detuvieron en seco. Alzó hacia él los ojos todo lo lento que le permitieron sus nervios desquiciados.

—¿Habla en serio?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

—¿Piensa insultar a sus invitados con tal requisito?

Ella se sentía ofendida. En lo más profundo de su ser. Se lo contaba su voz airada, sus ojos llameantes, ascuas sobre verde. Hugo se perdió en aquella luminosidad arrogante. Había algo. Algo en ella que le haría perder la cabeza si no la había perdido ya. Con aquella muchachita española, independiente y aventurera delante, no era dueño de sus reacciones, no controlaba la situación como era su costumbre. Y sentirse vulnerable, lejos de molestarlo, lo empujaba a querer arrojarse a sus pies, besarlos y prometerle la luna antes de hacerla suya múltiples veces.

—Es mero esparcimiento, no se muestre tan rigurosa. Será divertido, debe asistir, lo considero parte de nuestro trato. Y traerá a sus amigas. Muero por ver qué tal le sienta la ropa menos decente.

—Da por hecho que escogeré el disfraz de meretriz.

—Se vería hermosa...

Ella hizo un gesto coqueto arqueando las cejas con rapidez. Hugo levantó un dedo estirado.

—No. No me diga que piensa ocultar toda esa sublime belleza bajo mugre y harapos.

—Tendrá que cultivar su paciencia, milord, y esperar para saberlo.

—Qué curioso protocolo de vestimenta ha impuesto el marqués para su fiesta —comentó lady Clara, moviendo con elegancia su abanico.

El resto de las damas paseaban incrédulas sus ojos por todos los rincones de la fastuosa mansión.

—Lo verdaderamente increíble es no haber visitado esta casa nunca antes —susurró lady Grace, con velada intención.

—Puede que nos dejásemos llevar en exceso por los comentarios acerca de la terrible reputación del marqués —apuntó lady Sarah, fijando la atención en los magníficos cuadros que colgaban de las paredes.

—Ciertamente, señoras, eso es algo que no acabo de entender. No vamos a casarnos con él, solo a aprovecharnos de su hospitalidad y sus fiestas. —El sensato comentario de Elinor las hizo asentir—. En esa clase de circunstancias el merecimiento de un caballero no debería ser tenido en cuenta.

—Solo ustedes dos, lady Mary y lady Myrtle, como jóvenes solteras que son, podrían ver manchado su nombre teniendo trato con él —hizo notar lady Clara con un puchero.

Elinor se encogió de hombros para demostrar que aquella posibilidad, caso de darse, le importaba un bledo.

—¿Venir bien protegida con amigas de honor intachable a comer, bailar y beber se

considera trato?

Lady Clara y lady Victoria soltaron una carcajada al unísono.

—Es usted imposible, lady Mary.

—¿Por qué anda lady Myrtle tan pensativa y callada? ¿Acaso le preocupa su respetabilidad? —Lady Grace giró hacia Hope y la contempló con interés.

Las imágenes de Grovenor House que su memoria guardaba no hacían justicia a las estancias engalanadas para divertimento de los convidados aquella noche. Hasta las paredes relucían bajo la luz de infinitas velas y la brisa suave que se colaba por los ventanales abiertos, hacía volar las cortinas de seda esparciendo el perfume de las rosas.

—¿Cómo podría? —musitó tragando saliva—. Si todas ustedes están aquí esta noche comprometiéndose, es por mí y por mi petición. Debo darles las gracias por ello.

—¿Comprometiéndonos? ¡No digas tonterías! Será un baile inolvidable. Veamos de qué objeto valioso podríamos liberar al buen marqués para compensarte.

Entre velos y oropeles, entre lacayos luciendo lujosas libreas y reverencias, las damas avanzaron hacia el salón principal donde tocaba la orquesta y numerosos invitados danzaban. Otros comían a dos carrillos con dudosos modales y demasiado apetito. Las mesas de las bebidas eran otro espectáculo digno de mención: el vino corría a velocidad de vértigo y las copas se vaciaban con el triple de rapidez que se llenaban. La fiesta prometía excesos ya desde sus comienzos.

En cuanto al atuendo de los invitados... Algunos habían puesto tanto empeño en recrear la realidad de un mendigo o una mujer de la calle que hasta los olores propios del oficio los perseguían al moverse.

Lady Clara arrugó la nariz antes de tapársela con un pañuelo de seda.

—¿Realmente era necesario?

—Suerte que las estancias están abiertas y bien ventiladas —apreció lady Victoria, complacida—. La mayoría de los bailes resultan sofocantes.

—Por aquí llega nuestro irresistible anfitrión —avisó lady Grace, con un carraspeo.

A Hope se le heló la sangre en las venas. Su corazón inició un galope desenfrenado y el latido del pulso se concentró en sus sienes. Por un instante muy breve solo tuvo ganas de escapar corriendo. El paso firme y seguro de lord Heallford, vestido como un auténtico pirata, llegó hasta ellas envuelto en aquel aroma varonil y penetrante que la mareaba. Tomó una a una las manos de las ladies para rozar apenas los nudillos con el mentón. Pero cuando le tocó el turno a Hope, sus labios se posaron en el guante de seda y se mantuvieron hasta que el calor de su aliento lo traspasó besando la piel.

—Bienvenidas sean a mi humilde morada, adorables damas. ¿Tendré el placer de que me conceda el próximo baile, lady Myrtle?

Ella apenas reunió fuerzas para asentir, las palabras de aceptación atascadas sobre la lengua.

—Nosotras estaremos por los alrededores, no se preocupe —la informó Elinor, muy metida en su papel de noble lady Mary—, diviértase y regrese cuando guste.

—Seguramente podrá encontrarnos en la mesa de las bebidas, la noche promete —rio lady Victoria, desplegando de un único golpe su abanico de plumas encarnadas.

Hope se vio arrastrada al centro del salón de baile, sorda bajo el influjo de la pieza musical, con el fuerte brazo de Hugo rodeando su cintura y su mano libre tomándole el codo. Todo daba vueltas a su alrededor, los asistentes, las grandes lámparas, los muebles, eran simples manchas coloridas, un arcoíris difuso que la cegaba. Porque estando tan cerca de él, apenas si conseguía respirar.

—Gracias por venir. —La voz del marqués sonó como un viento emocionado que se marcha demasiado aprisa.

—Fue requisito suyo para llegar a un acuerdo —le recordó Hope con los labios apretados.

—Uno de ellos.

—¿Habrás más?

—Es posible. —La hizo girar a su alrededor, con una graciosa pirueta.

—¿Callará ahora lo que sabe?

—No sea impaciente, mi querida lady Myrtle. Por cierto, la veo muy..., vestida. Estoy convencido de que su delicioso hombro sería mucho más feliz luciendo desnudo.

Las luces centelleaban a su alrededor mientras el olor de Hugo embriagaba sus sentidos y le hacía sentir un reprochable deseo quemando en las entrañas.

—Las mujeres de vida alegre en España no se pasean medio desnudas por la calle.

—¿Y dentro de los burdeles? ¿Cómo se visten?

—Como podrá imaginar, milord, no son lugares a los que suela ir.

—La tenía por una joven inquieta, ávida de experiencia y conocimientos.

Hope se tragó el enfado que su ironía provocaba.

—Pese a lo extravagante de sus imposiciones ha conseguido convocar a mucha gente —observó, refiriéndose con un gesto al salón repleto de invitados.

—Cierto. No hubo nadie que rechazase la convocatoria y nuestro amigo el barón, caso de que le pique la curiosidad, tampoco lamentó no haber sido invitado cuando le expliqué los pormenores de... la reunión. Debo insistir en que se comporta como un férreo defensor de la virtud de su esposa. —La mueca de Hope le hizo tanta gracia que tuvo que contener la carcajada empeñada en salir—. Lástima que, de los asistentes, solo quince o veinte pertenezcan realmente a la nobleza.

La joven española se envaró entre sus brazos y a Hugo lo devoraron las ganas de apretarla contra su cuerpo para impedir que escapase.

—¿Qué quiere decir?

—¿Promete no salir corriendo si se lo explico?

—Veo que desquiciarme los nervios es su mayor diversión.

—Si estos estirados aristócratas supieran que están compartiendo baile y vino con un auténtico mendigo... O mírelas a ellas, las damas más distinguidas, las más exigentes y refinadas, codeándose con putas profesionales. Qué divertido. Me muero por contárselo a todos. Ah, no, prometió no huir despavorida —advirtió burlón, tirando de ella, sujetándola fuerte.

Oyéndolo, Hope se había puesto rígida como un bastón de plata.

—¿Quiere decir...? ¿De verdad quiere decir que ha mandado venir...?

—Mendigos reales y prostitutas de las calles para que sin saberlo, se mezclen.

A juzgar por sus movimientos, su tono, sus ánimos, aquello parecía satisfacerlo en extremo. Para Hope era solo una aberración más.

—Pero..., pero usted es uno de ellos, es uno de esos aristócratas a los que tanto desprecia y llama estirados. ¿Cuál es su razón para tanto odio?

—No se deje deslumbrar por el brillo de una levita, querida mía. —La pieza de baile llegó a su término y no hizo falta discutir si continuaban: la charla era tan apasionante que permanecieron estáticos en el mismo sitio hasta iniciar una nueva—. Yo llegué a la alta sociedad por pura casualidad, al heredero del título se le ocurrió ahogarse. ¿Cómo puedes ser legitimario de un marquesado y no saber nadar?

—A veces uno espera demasiado de alguien solo en virtud de su apellido —consideró Hope con cautela.

—Estoy de acuerdo. Antes de eso yo disponía de una buena fortuna, abundante, saneada, pero carecía de títulos y de dignidad. Ahora todos esos babosos se inclinan a saludarme y piensan que me respetan.

—Lo oigo hablar y no percibo más que resentimiento.

—Es posible que no tenga mucho bueno que agradecerle a la nobleza de nuestro bendito país.

—Este baile, forzarlos a tratar con gente de tan baja estofa... Es una venganza en sí misma.

—Me congratula que lo vea de ese modo, es exactamente lo que persigo.

—De repente tiene mucho más sentido su amistad con el crápula de lord Cronwell.

—Nuestros lazos vienen de lejos, muchas correrías juntos y desde luego, a él le complace presumir de que tiene un marqués por amigo. Pero en confidencia, el barón no es un hombre de quien me quiera fiar.

—No debería. Tiene el alma podrida y negra.

—No espere grandes colores de la mía.

—De usted no espero absolutamente nada, milord —espetó Hope, resentida.

—No obstante, quiere seguir viniendo a estas fiestas, haciéndose pasar por..., ¿cómo era? ¿Myrtle Brown? ¿Cazar un buen marido lo suficientemente estúpido como para no preguntar?

Ella se limitó a asentir con mucha elegancia.

—Entonces convendrá que acordemos el precio de mi silencio.

—¿Sigue considerando pendiente el pago?

—Obvio. Y no será barato, se lo advierto.

—Miserable —refunfuñó Hope, entre dientes.

—Impostora —replicó él con total desfachatez. La apretó con más fuerza y se inclinó hacia ella—. La vida es así, mi querida señorita, no se puede tener todo.

—¿Qué quiere a cambio de cerrar su sucia boca?

Las palabras eran hirientes, como dagas afiladas, cosa que a él pareció alentarle.

—No tan deprisa, lo tengo que pensar.

Ella trató de zafarse de su ajustado cepo sin conseguirlo.

—Piénselo y cuando lo haya decidido, me avisa.

—Creo que no se ha dado cuenta, el baile aún no ha terminado. ¿Es que quiere marcharse?

«No. Quiero que tú desees retenerme» barbotó como un eco en su cerebro.

Hope sacudió la cabeza como si de ese modo pudiera librarse de tan dañinos pensamientos. Acababa de colocar al marqués de Heallford a la cabecera de su lista de anhelos y también de víctimas. Él sería su próximo golpe, le robaría su bien máspreciado. Y el deseo podía

esperar.

—¿Castigar al marqués? Conformes. ¿Pero qué? —preguntó lady Sarah, llevándose un pastelillo a la boca.

Después de compartir varios bailes, demasiados, con los que lord Heallford demostró no preocuparse lo más mínimo por su honorabilidad y que Hope, aferrándose a su testarudez y al pretexto de comportarse como una extranjera aceptó, la joven había vuelto junto a sus amigas, evidentemente agitada, conminándolas a abandonar la fiesta cuanto antes.

No obtuvo la entusiasta respuesta que esperaba. Las damas se divertían de lo lindo.

—Lo que sea, cualquier cosa —rugió con los puños apretados—. Lo único que quiero es que sienta la humillación de haber sido burlado.

—Eso no pasará si nos llevamos cualquier jarrón o escultura. Podría tardar meses en echarlo en falta —manifestó Elinor haciendo gala de una brillante sensatez.

—Y aún peor, podría traerle sin cuidado el objeto en cuestión —añadió lady Clara, degustando un sorbito de ponche.

Hope echó un vistazo alrededor. Todas aquellas personas innobles, criminales la mayoría, los retorcidos caprichos de Hugo Shelby, su ofensiva arrogancia. Allí lo tenía, al fondo de la estancia, encantado de haberse conocido, rodeado de mujeres que babeaban a su contacto.

—Es cuestión de conversar y sonsacar información. Él mismo me indicará cuál es el objetivo perfecto. El más doloroso.

Un par de horas más tarde, ya en el carruaje, todas comentaban con excitación los pormenores de la extraña fiesta.

—Ha sido chocante y original a un tiempo —la describió lady Sarah moviendo las finas manos, emocionada—. Debo decir que no conocía a la mayor parte de los invitados.

Lady Clara soltó una risita.

—Dicen que lord Heallford frecuenta amistades un tanto raras y que tiene conocidos

hasta debajo de las piedras.

—Muchos de ellos valdrían para actores —apuntó lady Grace sin dejar de reír—. Se han metido tanto en sus papeles... Los he visto comer y comportarse como auténticos salvajes. No cabe duda de que se han divertido.

«Si yo les contara...» pensó Hope.

Mientras giraban al compás de la música, el marqués le había preguntado si revelaría a sus amigas la verdadera naturaleza de los asistentes al baile.

—¡No! ¿Se imagina? Les daría un ataque —había sido su réplica.

—De eso se trata, mi querida señorita, de atacarlos.

—A ellas no, ellas son mis amigas.

—Aristócratas, en cualquier caso. Un grupo al que usted, por mucho que finja ser una lady, no pertenece.

Ella lo había mirado con resentimiento y los pomposos títulos de su padre en la punta de la lengua, pero de algún modo milagroso había conseguido refrenarse.

—No vais a creer lo que me ha pasado —musitó Elinor, sacando algo pequeño y centelleante de entre sus ropajes. Todas se agolparon para verlo, un exquisito broche de brillantes en forma de mariposa—. Me lo ha regalado un caballero, sin conocerme de nada, ni siquiera me dijo su nombre...

«Se lo habrá robado a otro invitado, luego el alcohol le ha hecho perder la cabeza y te lo ha regalado a ti», entendió Hope atónita, mientras las demás ladies soltaban exclamaciones de admiración.

—En fin, peculiar o no, debemos reconocer que no ha sido un evento como los demás, y solo por eso, me inclino ante el guapísimo marqués —palmoteó lady Victoria. Todas parecieron estar de acuerdo, salvo Hope que no despegó los labios.

—Ahora toca pasar unas semanas tranquilas, ocupándonos de nuestras aburridas tareas y de nuestros predecibles maridos —suspiró lady Sarah mirando por la ventanilla—. Participaré en el golpe a Grovenor House, esta vez no pienso quedarme en tierra.

—Nosotras cuidaremos de la casa Lindsay e iremos a misa —anunció Elinor, como si fuesen los mejores planes del mundo.

Hope arqueó una ceja.

—A misa.

—Suponemos que nuestra querida Elinor ya le ha hablado de su vicario —se burló lady Grace, con una especie de guiño distinguido.

—Oh, sí. Lleva semanas arrastrándome a la iglesia cada domingo. Ya estoy casi resignada.

—¡No es «mi» vicario! —se opuso Elinor con vehemencia.

—Como tampoco lord Heallford es «mi» marqués y sin embargo, tú te refieres a él de ese modo.

—La diferencia, estimada y penosamente ciega señorita Smith, es que mientras el vicario no sabe ni que yo existo, el marqués se te come con los ojos.

—No digas bobadas...

—Discrepo, señorita Smith —intervino lady Victoria—. He visto lobos mirar a la luna con menos pasión.

—Haría bien seduciéndolo y casándose con él cuanto antes. Dejaría de ser institutriz y seguiría perteneciendo a nuestro extravagante club como miembro de pleno derecho.

—No hablan ustedes en serio... —Hope las miró una a una dentro del lujoso carruaje. Pero las expresiones de las damas eran tan plácidas como convencidas.

—Es una verdad mundialmente reconocida —recitó lady Clara tras un carraspeo— que un hombre soltero poseedor de una gran fortuna necesita una esposa.

A juzgar por el murmullo de general aceptación que convirtió en cuestión de segundos el carruaje en un colorido gallinero, nadie desaprobaba ni puso en tela de juicio la cuestión.

Las tres semanas que transcurrieron entre aquella accidentada velada y la siguiente invitación que no podía ser rechazada, fueron lentas, pero en absoluto una agonía. Las enseñanzas a los niños Lindsay suponían una continua fuente de satisfacción y alegrías para su institutriz, si bien la salud de la dueña de la casa, la señora Lindsay, empeoró inesperadamente y la recluyó en sus habitaciones sin ninguna clase de diagnóstico esperanzador por parte de los médicos.

«Ella lleva enferma toda su vida, desde la niñez. Nació con ese desperfecto en el corazón» le había explicado Elinor, pesarosa.

La señora era delicada y discreta, sumamente amable, considerada con el servicio, madre amorosa y esposa devota. Su débil estado de ánimo, su enfermiza naturaleza, eran una auténtica sinrazón y un cruel castigo del cielo.

Elinor y Hope visitaron la iglesia en varias ocasiones, con el recogimiento que se esperaba de dos damitas solteras y fervorosas, si bien el arrebatado espíritu del ama de llaves la impulsaba a olvidar las plegarias y los salmos, embobada como se quedaba mirando al joven vicario, con la boca abierta y la fantasía inundada de locuras escandalosas. Cada cinco minutos, Hope la sacaba de aquel embeleso enterrándole un codo en las costillas, con una muda reprimenda a la que Elinor respondía encogiéndose de hombros.

Era difícil, cuando no imposible, enfadarse con ella.

—Los vizcondes Mellie insisten en dar otra fiesta —informó aquella tarde el ama de llaves con la nota de aviso en la mano—. Será una buena oportunidad para echarle un segundo vistazo a las ostentosas joyas de esa dama, que piden a gritos cambiar de dueño.

—¿Sabes si asistirá el marqués de Heallford? —se interesó Hope, fingiendo doblar ropa muy concentrada.

—¿Ese hombre espantoso y tullido que no te interesa lo más mínimo? —se mofó su amiga, con voz chillona.

—No inventes. Solo quiero disponer de la oportunidad de averiguar cuál es su objeto máspreciado y quitárselo, ya lo sabes.

Elinor rodeó la cama donde Hope se afanaba con las telas y tomó un pequeño racimo de uvas del frutero de la mesita. Se dejó caer perezosa sobre un coqueto sofá con una uva entre los dientes.

—¿Qué es exactamente lo que te hizo? ¿De qué te quieres vengar?

«¿De alborotarle los sueños? ¿De haberse convertido en su deseo más inconfesable? ¿De haberla transformado contra su voluntad en penosa adicta a sus juegos de seducción?»

—Estima al hombre más despreciable que conozco y peor aún, lo considera amigo.

—Podría ser una razón que apuntara a que comparte una personalidad y carácter también deshonestos —hizo notar Elinor, pensativa—. Pero no es nada concluyente.

—¿No es concluyente?

—Los hombres no son como nosotras, ellos trazan relaciones y apegos por los más diversos motivos, que no necesariamente deben incluir afecto. Pueden ser negocios, casi siempre suelen ser negocios —apuntilló con aires de mujer sesuda.

Hope meditó más consideraciones que pudieran explicar una razonable antipatía hacia el marqués.

—También es un libertino insensible y egoísta que pretende cobrarme por callar y proteger mi auténtica identidad.

—Eso a menudo resulta muy divertido. —Elinor se sentó de un salto en la cama—. ¡Oh,

vamos, Hope! ¡Tú no eres ninguna santa! Ni asomo de muchachita desvalida y medio estúpida, ¿ya has olvidado a lo que te dedicas cuando te agotas de enseñar música, geografía e idiomas?

—¿Te refieres a que toco las castañuelas? —preguntó la joven con una chispa de malicia.

—Sí, justo a eso.

Hope ahogó sus penas y los restos de su buen humor en un profundo suspiro.

—En realidad, señora Gibbs, no hay mucho que contar. De algún modo ese caballero se las ingenió para ganarse mi confianza durante el tiempo que pasé en casa de mi tía. Logró que le abriese de par en par el corazón y le hice confidencias familiares que no he repetido jamás a nadie.

—¿Sabes acaso si traicionó tu confianza?

—No que yo sepa. Sin embargo, dados sus vínculos con el barón Cronwell..., no acabo de fiarme.

Elinor la miró con las cejas fuertemente arqueadas.

—Más le valdría a él no fiarse de ti puesto que andas pensando en despojarlo de su bien máspreciado.

Las mejillas de la española se colorearon con violencia. Agachó la cabeza para no reír.

—Mi consejo, señorita Smith, es que dejes de darle tantas vueltas a las cosas. Él es rico y demasiado bien parecido como para ignorar que tiene a su disposición al más selecto plantel de jovencitas de Londres; al completo. No elegirá enamorarse de una chica pobre y desconocida que se gana la vida como institutriz en una casa, por respetable que esta sea. Si trata de engatusarte con malas artes, tienes armas más que suficientes con las que defenderte, Hope, tú eres lista. Sabrás librarte de sus trampas e incluso, tenderle otras mejores. Tómalo como un juego.

—Un juego... —repitió Hope con melancolía.

—Mientras no haya sentimientos implicados, no deja de ser una travesura con la que entretenerte.

La indescifrable expresión del rostro de Hope la alarmó. Saltó de la cama, dejó lo que quedaba del racimo de uvas en el frutero y fue a sentarse al lado de su amiga a cogerle la mano.

—Porque no hay sentimientos implicados, ¿verdad que no?

Los ojos de Hope se elevaron hasta ella, llorosos.

—No lo sé. Pienso mucho en él. Pienso en él casi todo el tiempo.

Con la punta de los dedos, Elinor le secó la lágrima que acababa de brotar.

—Eso no es que me haga tremendamente feliz. Podrías darte de bruces contra un muro, querida. El marqués no está, ni mucho menos, a tu alcance.

Hope asintió en silencio. Ignoraba si Hugo Shelby sabía ya de su condición noble y su aristocrático origen; si por alardear y pavonearse, su tía Lucy había terminado confesando el matrimonio de su difunta hermana con el conde de Moncada, ilustre caballero del rey, sus palacios y su inmensa fortuna en tierras españolas. Pero conocer ese detalle no cambiaba el hecho de no tener ahora dónde caerse muerta, ni una renta ni una dote; Hope era terrible e insultantemente pobre. No le quedaba otra cosa de valor que unas pocas joyas y sus exquisitas maneras de damita bien criada.

—Tienes que distraerte y pensar en otra cosa. ¿Te gustaría acompañarme a visitar al vicario?

—¿Ha dicho que quiere verte? —se sorprendió Hope, algo más repuesta.

—No, en absoluto. Pero sabes que ha estado muy enfermo y no es que lo vea recuperado del todo. El domingo pasado estaba pálido como la harina y le costaba hablar. Voy a llevarle una sopera que me ha preparado la señora Hills con el beneplácito de la señora Lindsay. Todo es poco si se trata de los hombres de Dios.

—¿No les parecerá extraño que salga contigo? Es de suponer que no nos llevamos precisamente bien.

El bonito rostro de Elinor se iluminó con una sonrisa y el asomo de otra de sus geniales ideas.

—Baja conmigo a la cocina. Yo entraré antes, tú espera un par de minutos y a continuación, apareces. Sígueme la corriente, improvisaremos una de nuestras farsas que tanto me divierten.

Dicho y hecho.

El ama de llaves y sus gafas llegaron a la cocina más irritadas que nunca y se toparon con la señora Hills y sus regaños a las pinches por lo mal que cortaban la verdura y desplumaban las perdices. Al verla entrar, todas dejaron lo que estaban haciendo y la saludaron con una pequeña reverencia.

—¿Está lista la sopa para el vicario, señora Hills?

—Sí, señora Gibbs. Lista y aún caliente. Se la he acomodado en una cesta.

—Dispongo de un rato libre y aprovecharé para llevársela. Pobre hombre, el pasado sermón apenas se mantenía en pie. Debe de estar muy débil tras esas fiebres... Oh, señorita Smith, ¿qué viene a hacer a estas horas a la cocina? ¿Holgazanear? ¿Acaso han desaparecido los tres niños a los que enseña?

—Están pasando un rato con su madre, señora Gibbs —repuso Hope, como si le molestara la impertinente ristra de preguntas.

—Entonces tome su capa y acompáñeme a la iglesia. A Dios pongo por testigo que necesita usted de buenas dosis de fervor cristiano y alguna que otra obra samaritana. ¿A qué espera? No pretenderá que sea yo la que cargue con la sopera.

A Hugo Shelby no lo hacían en absoluto dichoso las fiestas. De hecho, las odiaba y si su distinguido organismo hubiera podido rebelarse en libertad, habría sufrido un desagradable sarpullido de cabeza a pies con cada invitación que recibía. Sin embargo, ahora estaba plantado con sus mejores galas delante del espejo, dejándose acicalar por su ayuda de cámara, secretamente ilusionado con la perspectiva de volver a ver a la señorita Montesinos en la fiesta de los insípidos vizcondes Mellie.

De algún modo que aún no se acertaba a explicar, aquella muchachita había arrasado con muchos de sus principios y prejuicios y sin mover un dedo, su mera presencia lo cambiaba todo. La tensión entre ellos, la manera en que lo desafiaba, provocativa pero no retadora, su dulce oposición... La promesa muda de que una vida junto a ella jamás sería tediosa. Impensable cansarse de alguien así. Una joven valiente y decidida, con ideas propias, capaz de defenderlas con brío y pasión. Una mujer que no se ruborizaba ni corría a esconderse si se entablaba una conversación de igual a igual.

Hope no tenía fortuna, ni rango, ni apellido. Pero no estaba hecha para los oscuros rincones de una sala de costura. El Señor la había puesto sobre la tierra para deslumbrar en las fiestas y empequeñecer el brillo fastuoso de las lámparas de araña. Para dejar en ridículo a las damas más engreídas y encopetadas por mucho que resonaran sus pomposos títulos. Tenía clase,

elegancia innata, mente despierta, una aguda inteligencia y evidente ambición que la empujaba no solo a adoptar una identidad falsa, eso era lo de menos, sino a mezclarse con la alta sociedad de una ciudad como Londres, que no perdonaba a los incautos. Se preguntó si las insignes acompañantes de Hope, lady Sarah Beale, lady Clara Barton, las hermanas del duque de Gloucester, estarían al tanto de su mentira o eran otras dóciles víctimas más de su adorable perfidia. Hope no pertenecía a aquel mundo, pero quedaba claro que deseaba pertenecer y que estaba dispuesta a correr cualquier riesgo con tal de lograrlo.

¿Incluso el riesgo de sentir algo por un indeseable como él?

Dos perfectos ojos verdes sombreados por larguísimas pestañas se pasearon por su mente. Ya estaba acostumbrado a su presencia, hacía mucho que dejó de contar las noches en las que se dormía tarde mirando al techo, no viendo otra cosa que no fueran aquellos ojos. Se estiró, tirando de los bajos de su chaleco y echó un último vistazo evaluador a su imagen.

—Perfecto, James. Nos vamos.

Todo el mundo se divertía mucho en el baile de los Mellie teniendo en cuenta lo aburrida que estaba siendo la temporada. Sin escándalos, sin bodas clandestinas ni fugas, sin ningún padre que renegara de una hija indigna o algún caballero que olvidara la precaución durante una noche loca y trastocase el futuro de una doncella con la que luego renunciara a casarse. Y las seis damas que conformaban el club de las intrépidas ladies, como Hope lo había bautizado, disfrutaban de su particular cuota de entretenimiento decidiendo entre las joyas presentes cuál sería la próxima en desaparecer.

—El collar de la vizcondesa esta noche. Es soberbio —ronroneó lady Grace, jugueteando con la copa de cristal entre sus finos dedos.

—Mucho más valioso que los rubíes que lució el mes pasado —coincidió su hermana sin perder de vista a la anfitriona.

En el instante en que se cruzaron sus miradas, ella correspondió con una amplia y

encantadora sonrisa. Lady Sarah inclinó la cabeza hacia el grupo, como dispuesta a compartirles un importante secreto.

—Son diamantes negros, me lo ha dicho hace un rato. Una rareza traída de África donde al parecer, su esposo tiene prósperos negocios.

—Qué lástima que vaya a perderlos... —suspiró lady Clara con su mohín más inocente.

—¿Quién se apunta al próximo golpe? —quiso saber Elinor. Hope levantó el abanico—. Yo también —coincidió.

—Pese a que afirmé que no me lo perdería, me va a resultar imposible participar —protestó lady Sarah, frunciendo los labios contrariada—. Tengo unos insoportables parientes de visita en casa y me temo que mientras no decidan marcharse, no me los quitaré de encima, me siguen a sol y sombra. Dios se apiade de mí, tengo una cuñada insoportable a la que me encantaría desplumar.

—¿Y qué me dice de usted, lady Grace?

Por toda respuesta, la dama levantó el bajo de sus faldas y dejó al descubierto un tobillo aparatosamente vendado. Se sucedieron las exclamaciones de sorpresa al verlo.

—Tropecé tontamente con un lacayo en mi propia casa el otro día. Me avergüenza confesar tanta torpeza.

—Quede claro que se refiere a la del lacayo —explicó lady Victoria con una sonrisa implacable—. Mi perfectísima hermana jamás de los jamases comete torpezas. Me temo que van a tener que acometer este golpe ustedes solas, lady Mary, lady Myrtle, y demostrar hasta dónde son capaces de llegar. Lady Clara y yo misma hemos sido reclutadas por la espantosa lady Brickwall para ayudar en uno de sus detestables bazares de caridad. Sin poder remediarlo, nos robarán cada minuto de la próxima semana.

Elinor giró la cabeza hacia su derecha y dedicó un gesto sutil a su amiga.

—¿Qué me dice, lady Myrtle? ¿Se atreve?

—Ese collar de diamantes azabache ya lleva mi nombre —susurró la española.

Todas rompieron a reír sin poder detenerse hasta que una figura alta y poderosa se acercó

al grupo a saludar con una elegante reverencia.

—Señoras, me alegro de volver a verlas.

—¡Lord Heallford! —Como era habitual, lady Grace, en su papel de hermana mayor, tomó la iniciativa en cuanto al protocolo—. Qué placer encontrarlo por aquí. Así podemos provechar y agradecerle de nuevo el insólito entretenimiento que supuso su fiesta de disfraces.

El corazón de Hope se desbocó nada más verlo. Seguro que él podía escuchar sus latidos como truenos. Los ojos del caballero soltaron un destello diabólico cuando dijo:

—Creo que podemos considerarla todo un éxito, sí.

—Tiene usted amistades muy escurridizas, milord —observó la perspicaz lady Sarah—. La mayoría de esas personas me resultaban por completo desconocidas. ¿Acaso no frecuentan los salones y actos de sociedad?

—Algunos de mis conocidos son más bien..., artistas. Y literatos, milady. Les encanta reunirse y poner en común aspectos insospechados de la naturaleza humana. Pero ciertamente, no parecen demasiado interesados en los eventos sociales comunes.

Mintió con tanta calma y franqueza que a Hope le temblaron las piernas. Soltó un carraspeo que, para su infortunio, llamó la atención del marqués.

—¿Bailará conmigo, lady Myrtle?

—No veo cómo podría negarme —aceptó como si le supusiera un gran sacrificio.

—Baile, baile y diviértase —la animó Elinor, exquisita en su rol de lady Mary—. Nosotras daremos una vueltecita para conocer mejor la casa.

Tocaban un minué, una danza estúpida que los obligaba a acercarse y alejarse continuamente y hacía casi imposible la conversación. Hope recordaba con nitidez cómo se había sentido envuelta en los brazos de lord Heallford al bailar un apretado e indecoroso vals y deseó que la siguiente pieza de baile colmase sus deseos. En cuanto a Hugo, habría querido pegarla a él ante tantos olfatos reprobadores y críticos, para perderse en sus ojos verdes y en su embriagador aroma de jazmín.

Pese a las dificultades que el baile imponía, lord Heallford se las arregló bastante bien

para entablar una charla que fue toda una sucesión de reproches.

—Se ha pasado un largo rato escabulléndose, lady Myrtle, no se crea que no me he percatado.

—¿Escabulléndome? ¿Yo? —repitió ella, aparentando ingenuidad.

—Sí. Y lo cierto es que me apremiaba hablarle porque por fin sé lo que quiero en pago de mi silencio y debo comunicárselo cuanto antes.

Todo rastro de sonrisa y serenidad se borró del rostro de Hope. Lo miró inquieta, con los labios entreabiertos.

—Tengo un pálpito terrible al respecto.

—No le digo que no: quizá debería tenerlo —convino él.

—¿Tan espeluznante es lo que piensa pedirme?

—Depende de cuánto la mortifique su sentido de la moralidad. —Hope lo miró interrogante—. Pase una noche conmigo.

La joven se echó a reír y luego lo miró, súbitamente helada, al comprender que lo había dicho en serio. La sacudida del reclamo fue tal que Hope perdió pie, equilibrio y parte de la consciencia al escucharlo. El marqués se ocupó de sujetarla tras su tropezón con una mueca pícara que la puso aún más nerviosa.

—¿Disculpe? Debe de estar bromeando, no concibo tal nivel de atrevimiento por su parte.

—Dedíqueme una noche y olvidaré que la conozco, que sé su secreto, tendrá en mí a su más fiel aliado —insistió él, como si no la hubiera oído.

—¿Podríamos..., podríamos salir a la terraza..., por favor? —rogó Hope con voz ahogada, cuando el baile ni siquiera había terminado.

—Si no acabamos se preguntarán qué ocurre, todo el mundo va a mirarnos... —intentó advertirle él.

—¡Me importa un bledo si nos miran! —explotó la joven de repente— ¡Maldita Inglaterra! ¡A ver si ya no va a poder una ni marearse a gusto! ¡Sáqueme de aquí le he dicho! No

puedo con el sofoco...

Mientras Hugo la escoltaba fuera de la pista de baile y las damas más ancianas los perseguían con ojos asesinos deseándoles la excomulgación, Hope desplegó su abanico y lo batió con furia germana.

—Necesito algo de beber —pidió al pasar junto a la mesa del ponche—. Algo fresco que me despeje la garganta que usted se ha encargado de secar.

Lord Heallford se apresuró a contentarla sin imaginar, que nada más salir a la terraza y verse en una posición mínimamente segura, a salvo de miradas indiscretas, la joven le arrojaría a la cara el contenido de la copa que tan cortésmente le había servido.

—¿Cómo se atreve? —siseó Hope fuera de sí—. Desvergonzado, cretino miserable...

Él no se molestó siquiera en secarse el rostro. Se perdió en la rabia de sus ojos verdes que parecían llamarlo a la perdición y el pecado.

—Cada vez me gusta usted más. ¿Y un beso?

—Necesito con urgencia que alguien haga uso de la justicia divina y le corte la lengua.

—¿Un beso? —insistió el marqués sin inmutarse.

Hope tomó aire y bajo el escote, sus voluptuosos pechos ascendieron para deleite de Heallford que se los quedó mirando con absoluto descaro.

—¿Está diciéndome que se conformaría con un beso? —recalcó ella con los dientes apretados.

Hugo Shelby fingió dolorosa resignación.

—Si no hay más remedio... Desde luego sería un pobre pago por una valiosa ayuda, pero tratándose de usted estoy dispuesto a mostrarme generoso.

Hope alzó la barbilla con un gesto de dignidad propio de una emperatriz china.

—De acuerdo entonces. Pero será cuando y como yo diga.

Heallford continuaba encandilado, tanto que hasta le costó trabajo reaccionar.

—Me enloquece su impertinencia.

—Pues siga enloqueciendo, milord. Le sienta muy bien al brillo canalla de sus ojos.

Dio media vuelta para huir de allí cuanto antes, pero con la brusquedad del gesto, su abanico cayó al suelo. Los dos se agacharon al mismo tiempo a recogerlo y no solo sus manos se rozaron con sorpresa: sus caras quedaron indecorosamente cerca. Hugo aspiró de nuevo aquel perfume cautivador que emanaba de su piel aguantando el hormigueo en sus dedos, mientras ella contenía el aliento.

—Hope... —susurró él, tan bajito y tan despacio que solo ella pudo escucharlo.

La española quiso incorporarse y correr, pero el cuerpo no le obedeció. Ni su espalda ni sus pies se movieron. Permaneció allí, inmóvil, hechizada, esperando que él dijera algo. Algo que cambiase su vida. Que sin importarle si lo expulsaban de los clubes de la alta sociedad, sujetase su nuca y le regalara el beso que evidentemente querían y no podían darse. Pero el marqués de Heallford, que pareció arrepentirse de su instante de debilidad, no despegó los deseables labios. Se limitó a entregarle el abanico con cierta ceremonia sin siquiera sonreír.

Uno de esos cambios de humor repentinos que Hope no alcanzaba a entender.

Aquella noche el colchón de plumas del marqués sufrió muchísimo. Su dueño dio tantas vueltas en el lecho sin conseguir calmarse que fue como darle una paliza con un atizador de alfombras.

Ese instante sublime cuando a Hope se le cayó el abanico y habían compartido el aire al respirar... Ese momento casi místico, mágico, en el que todo alrededor se esfumó en el viento y se quedaron solos. Solos por completo. Ese segundo irrepetible en el que debería haberle dicho algo y que, sin embargo, desperdició.

¡Maldición!

¿Qué iba a contarle?

¿Que él, que era un hombre amargado y resentido, capaz de engañar y mentir sin alterarse, de mezclar orgullosos aristócratas con mendigos y prostitutas del modo más vil y retorcido solo para reírse de ellos imaginando qué cara pondrían si se revelaba, sentía algo por

ella? ¿Algo intenso y sumamente perturbador que se apropiaba de su cerebro y sus ideas, invadiéndolo todo sin permitirle pensar en nada más? ¿Que llevarla dentro todo el tiempo empezaba a volverlo loco?

¿Qué pretendía? ¿Verla salir corriendo?

Porque si esa era su intención, abrir la boca podía resultar una buena estrategia. Él no sabía confesar esas cosas de modo que sonaran dulces y musicales, no entendía de romanticismos. Seguramente ella querría gustarle a un caballero digno, no a un desalmado descreído e indecente.

Esperanza de Montesinos era una dulce flor y él, haciendo por primera vez algo honorable en su vida, se negaba a corromperla. Se había sentido tan bien, tan importante y pagado de sí mismo cuando ella eligió confiar en él y distinguirlo como amigo... Pero esos eran otros tiempos, tiempos de desamparo y solitaria necesidad. Ahora la joven por la que su corazón ardía cada vez más impetuoso estaba protegida: resultaba obvio que se alojaba en casa de alguien, probablemente una de aquellas damas de alcurnia con las que asistía a los bailes. Se había negado a proporcionarle datos, direcciones, algo entendible si no quería ser molestada. Y quién sabe si ya algún caballero del entorno de tan prestigiosas familias había mostrado interés... Se encendía con solo pensarlo. Cómo le habría gustado gritarle al mundo que ella era suya, que le pertenecía, que no la tocasen porque lord Heallford era merecido dueño de su ingenuidad y su amor.

El caso es que no lo era.

Miró nuevamente su reflejo en el espejo. Vestido para la ocasión. Tenía cosas que hacer. Cosas tan innobles como el resto de su realidad.

Escortada por lady Clara, cuya cándida apariencia siempre resultaba convincente si las pescaban, Elinor había hecho sus deberes recorriendo la mansión Mellie de palmo a palmo, incluso las zonas vedadas a cualquier invitado, y ahora era capaz de moverse en las sombras con cierta seguridad. Al menos sabía encontrar a tientas el gabinete de la vizcondesa, que comunicaba con su vestidor y donde con toda seguridad, guardaría las joyas. Lo suficientemente lejos de la puerta que comunicaba con el dormitorio de lady Mellie como para sentirse a salvo, pero lo bastante cerca como para quedarse sordas con sus ronquidos, registraron hasta el más minúsculo rincón de aquel vestidor imponente, abriendo cajones y pequeños cofres, pasando las manos por encima y por debajo de las baldas, sin hallar nada.

—No lo entiendo —la voz de Elinor se perdió en un murmullo—, debería estar aquí.

—¿Dónde más pueden guardarse unas joyas tan valiosas?

—Las damas inglesas siempre las tienen a buen recaudo en sus cuartos. Cerca del tocador, en joyeros...

—Tendremos que acercarnos al tocador entonces —propuso Hope envalentonada, dirigiendo sus pasos a la dirección de donde provenían los ensordecedores ronquidos.

Elinor la agarró por un brazo. Las dos iban vestidas de negro de pies a cabeza, con el cabello y el rostro ocultos por una especie de velo muy opaco perfectamente enrollado, ajustados pantalones y chapines de suave gamuza que facilitaban la escalada cuando esta era necesaria.

—¿Y si se despierta? No hemos traído el somnífero.

—Tendremos que ser más cautelosas que nunca. No me iré de aquí sin ese collar.

Con la voluminosa vizcondesa tumbada como un cadáver sobre su cama y su boca abierta a pocos metros, los ágiles dedos de las dos ladronas recorrieron las esquinas y cajoncitos de cada mueble sin encontrar lo que buscaban. Tras cruzar una mirada significativa optaron por regresar al gabinete cuanto antes.

—No está —se desesperó Gibbs dando un par de vueltas frenéticas por la estancia—. ¡No está!

—Bajemos a la planta inferior —propuso Hope, pensativa.

—¿Qué podría haber ahí?

—Salones y una enorme biblioteca. Si la joya es tan valiosa quizá no la guarden donde todo ladrón mínimamente cuerdo esperaría encontrarla, ¿verdad?

—Pero en un salón...

—O entre los libros. Dentro de un saquito de terciopelo en el interior de algún jarrón igualmente costoso, donde pase por completo desapercibido... Hagamos algo: yo iré al salón y tú a la biblioteca. Treinta minutos, Elinor, y ni uno más. Pasado ese tiempo, saldremos al jardín y allí nos reuniremos de nuevo.

Elinor abrió con desgana su masculino reloj de bolsillo para consultar la hora.

—¿Desde cuándo te has convertido en la jefa de la expedición?

—Desde el instante en que tú pareces no encontrar más que razones para desesperarte. Se supone que esto es para divertirnos.

—Será que estoy preocupada por la salud del vicario —refunfuñó Elinor, sorbiendo por la nariz.

—Olvídate del vicario hasta estar a salvo a dos calles de distancia con el collar en nuestro bolsillo, a poder ser.

Después de eso, bajaron la escalinata de mármol portugués y con la distraída Elinor maldiciendo entre dientes, se separaron.

—No debí venir, no tenía que haber venido —fue lo último que Hope pudo escuchar de ella antes de desaparecer en el salón en penumbras.

Se trataba de un salón de diario, el tipo de estancias donde solo está permitido acceder a la familia, lo que lo convertía en el lugar ideal para esconder algún objeto valioso. Amueblado con todo lujo y poderío en tonos que Hope no lograba distinguir por la falta de luz. Los enseres y muebles apenas si eran manchas difusas hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. No hubo jarrón o florero donde las manos de Hope no se hundiesen buscando algún bulto sospechoso. Bajo y entre los cojines de los sillones, las zonas de alfombra bajo las sillas. La española echó mano de todo el repertorio de lugares imposibles donde las damas acaudaladas de su país escondían sus joyas de los ladrones. Solían decir «bien a la vista, donde menos te lo esperas». Pero allí no parecía ocultarse nada de nada.

Tragado por el temible silencio le pareció sentir un roce. Como de tela, algo apenas audible pero real, que la dejó sin respiración con la espalda pegada a la pared más cercana. Justo en ese momento el reloj de carrillón decidió marcar los cuartos que precederían a las tres de la madrugada. Mareada por la tensión, Hope entrecerró los ojos como si aquel fuera un método infalible para fundirse con la oscuridad. Le pareció distinguir una sombra alargada en movimiento, al fondo de la estancia.

—¿Elinor? —susurró en voz muy baja, sin obtener respuesta.

Y solo cuando la melodía de los cuartos cesó permaneciendo solo el rítmico vaivén del péndulo, a Hope la asaltó una idea peregrina.

De puntillas para no hacer el menor ruido, se deslizó hasta el reloj de pie, muy despacio abrió la puerta, se acuclilló y fiándose únicamente del tacto de sus manos enguantadas, palpó el espacio abierto en la caja bajo el péndulo.

¡Albricias!

Sus dedos se cerraron en torno a un saco de terciopelo con algo duro y pesado en el interior. Con la boca seca y el corazón acelerado por la excitación del momento, desató el cordón de seda y lo sacudió para que el espectacular collar de diamantes negros asomara por entre la tela

y poder verlo. Cada piedra tenía el tamaño mínimo de una yema de pulgar masculino, rodeado de brillantes blancos de un fulgor desafiante. Sin poder ocultar su gozo devolvió la joya a la bolsa y cuando se disponía a apretar el lazo de cierre y abandonar la mansión, una mano enorme que no le pertenecía cayó sobre el saquito tratando de arrebatárselo.

Tratando. Solo tratando. Hope no era una ladrona a la que resultara fácil robar.

No se trataba de Elinor gastándole una broma. Era la sombra que había seguido sus pasos hasta el salón. Durante unos segundos, Hope no pudo hacer otra cosa que respirar y apretar las dos manos en forma de cepo, para asegurar el collar contra aquel hostil intento de saqueo e impedir que volara, sin poder pensar. Para cuando se despabiló, ambos ladrones zarandeaban su presa y forcejeaban luchando por llevarse el gato al agua.

No obstante, la suerte no parecía favorecer a ninguno de los dos en especial. Y eso que la sombra era alta y fornida. Hope alzó los ojos, pero no vio nada, su oponente también vestía de negro y llevaba cubierto el rostro. No se engañaba, dada su superioridad física, no tardaría en despojarla del preciado botín.

De modo que la española actuó por inercia y sin meditarlo dos veces. Intuyendo que se trataba de un caballero, se colocó bien centrada frente a él y levantando la pierna derecha, atizó un potente rodillazo directo a su entrepierna.

La mano que se cernía sobre el saco de terciopelo desapareció como por encanto, mientras la sombra se plegaba sobre sí misma con un gemido y lanzaba una terrible maldición en nombre del Señor y de todos los infiernos.

Hope no se quedó esperando a que se le pasara el dolor. Tampoco a que algún criado con mal sueño se viese atraído por los cuchicheos y movimientos sospechosos en el salón de los vizcondes. Ocultó el collar en su bolsillo interior y corrió como un pájaro con la jaula rota hacia la puerta principal, que abrió y no se molestó en cerrar.

En el jardín delantero, agazapada junto a unos setos, la esperaba Elinor. Hope le hizo una seña con el brazo en alto cuando pasaba por su lado con la velocidad de una bala de cañón. El ama de llaves comprendió el mensaje mudo y la siguió sin hacer preguntas.

Al cabo de veinte minutos, las dos regresaban a la mansión Lindsey en el confortable interior de un coche de alquiler, entre risas y carcajadas, calculando que después de vender aquel collar y repartir el beneficio entre ambas, no tendrían necesidad alguna de seguir robando.

El caso era... ¿deseaban parar?

—¿Estás diciéndome que te cruzaste con otro ladrón mientras cogías el collar? —Los ojos de Elinor se abrieron a punto de salirse de sus cuencas.

Hope tomó de nuevo la valiosa joya con la que el ama de llaves había estado jugueteando hasta que le contó el incidente y se petrificó.

—No creo que sea tan insólito —opinó la española, con mucha calma—. Ladrones hay todos los días por todas partes.

—Pero tanta casualidad... Misma noche, misma casa, mismo collar...

Hope acarició las enormes piedras con la punta de los dedos, como si se tratara de algo sagrado.

—Presumo que la culpa es de la vizcondesa, demasiado dada a exhibir sus riquezas, demasiado petulante. ¿Acaso crees que fuimos las únicas que nos fijamos en esta joya?

—Hope, querida, en el collar es evidente que se fijaría mucha gente, ni queriendo pasa desapercibido. Pero olvidas que esa gente que lo vio, no se dedica a robar en mansiones ajenas.

La joven levantó los ojos. En ellos latía una sombra de recelo.

—¿Eso quién lo afirma? Dime si alguien en su sano juicio sospecharía de las actividades de nuestras ladies. O que tú y yo, acudiendo a esas fiestas tan bien vestidas y adornadas, no somos más que dos criadas en la casa Lindsay.

—No somos criadas —la corrigió Elinor, molesta—, somos empleadas de alto rango.

—No somos hermanas de un duque —resumió la española con premura—. A eso me refería. En cualquier caso... —volvió a centrar su atención en el collar—, el riesgo mereció la pena.

—Yo no estoy tan segura. Verás cuando les cuente lo del intruso a las ladies. Si ven que corremos el más mínimo riesgo, cancelarán todos los golpes de aquí en adelante.

—¿Por qué motivo?

—¡Porque solo lo hacen por distracción! Bajo ningún concepto arruinarían su buen nombre o dejarían que se presumiera de ellas algo tan terrible. No son como tú y como yo, que lo hacemos por dinero, para labrarnos un provenir. Menos mal que si eso ocurre, no creo que tengamos que preocuparnos demasiado, ¿tienes idea de lo que van a darnos por esa joya?

—¿Es seguro el marchante?

—De toda confianza. Sacará el collar de Inglaterra y lo venderá fuera. Es un profesional con muchos años de experiencia. Obedece cada orden de lady Grace como un perrito manso y jamás nos ha fallado.

Hope suspiró profundo, sintiéndose realmente mal por lo que hacía, y devolvió los diamantes al paño de terciopelo granate en el que estaban envueltos. Se lo entregó a Elinor.

—A veces tengo remordimientos —confesó con debilidad.

—Necesitamos el dinero y a ellos les sobra.

—Ya sé que necesitamos el dinero.

—Desesperadamente —remachó el ama de llaves, clavándole con intensidad los ojos.

—Sí, desesperadamente. Lo que no nos exime de responsabilidad. Esto es ilegal —cuchicheó por lo bajo.

—Entonces te alegrarás mucho cuando las ladies decidan no continuar —replicó su amiga, no demasiado contenta.

—Sí, me tranquilizará enormemente que dejemos de meternos en líos. Aunque considero que el haberme cruzado con otro criminal con idéntico objetivo que nosotras no es razón de peso para dejarlo.

La sonrisa que apareció en el rostro de Elinor se ensanchó al instante.

—Confiesa que te agrada. Esa sensación de peligro inminente, de que en cualquier momento pueden pescarte, todo el cuerpo en tensión, apenas si consigues respirar luchando contra el silencio. Los movimientos de gato, colarse por una ventana abierta... —Se mordió el labio inferior—. No sé si querrán parar y es posible que ya tengamos suficiente como para no tener que preocuparnos por nuestro futuro, pero...

—Vas a echarlo de menos —se adelantó Hope con las cejas arqueadas.

—Y tú también. —La apuntó con un dedo estirado, conteniendo la risa—. ¡No lo niegues!

—De momento, lo que tengo que hacer es ocuparme del marqués. —Hope cambió de conversación tan pronto como le fue posible—. Si acepta la cita que le he propuesto, nos veremos en Kensington mañana por la tarde.

—¿Quieres decir que le has escrito? ¿Has tomado la iniciativa para verte a solas con un caballero? —se escandalizó Elinor, aunque su tono mostraba más bien divertimento.

—No lo veré a solas. Estaré cubierta con una doncella.

—¿Qué doncella? Que yo sepa tú no tienes de eso...

—Lady Victoria.

Elinor pestañeó tres o cuatro veces, muy seguido y muy rápido.

—Perdona, ¿qué acabas de decir?

—Que lady Victoria se ha empeñado en acudir a mi cita disfrazada de doncella. ¿No te parece una auténtica barbaridad?

—Desde luego que sí. Pero ya sabes el ridículo afán con el que estas damas buscan distraerse. Y lo extravagante de sus caprichos. Permítele hacerse pasar por tu doncella si eso la complace.

—Es lo que tenía pensado hacer. Nada más lejos de mi intención que llevarle la contraria. —Miró a su amiga con los ojos muy brillantes—. No entiendo por qué lo hacen, pero me caen bien. Las cuatro.

—Si no supiera que son buenas personas ni se me habría ocurrido presentártelas.

Hope llenó por segunda vez las tazas de té. A las dos les encantaban aquellos ratitos robados al sueño antes de irse a dormir que compartían, por lo general, en el dormitorio de la institutriz, que estaba más apartado.

—¿Sabes algo de tu vicario? —quiso saber Hope, pasado un rato.

—Te he dicho mil veces que no es mi... —Hizo un gesto en el aire con la mano, como si no mereciera la pena seguir discutiendo aquello—. Sigue igual. Ese hombre no consigue recuperar la salud. Y así va a ser imposible que me pida matrimonio.

La española se maravilló de la velocidad a la que la fantasía de Elinor bordaba planes que no se cumplirían en la vida.

—Siempre he sospechado que es de naturaleza frágil y delicada. Una florecilla silvestre que tú devorarías para desayunar, escupiendo al aire sus huesitos una vez saciada.

—No hace ninguna falta ser tan sanguinaria con la pobre alma de Dios —la reprendió Elinor con los labios apretados.

—Solo pretendía resaltar una realidad. No hacéis buena pareja, señora Gibbs; en el hipotético y perdona que te diga, muy improbable caso de que te pidiera la mano no es un hombre para ti, se queda muy, pero que muy corto.

Para su sorpresa, en lugar de ponerse a despotricar como una demente, Elinor se encogió de hombros y se llevó la taza de té a los labios con cierto dramatismo.

—Lo sé. Por eso y por alguna que otra cosa más he decidido olvidarme de él. Renunciaré a la felicidad que podría suponerme un enlace con un hombre santo.

Hope supuso que puesto que no había llegado a nacer entre ellos nada más allá de un mero saludo y el agradecimiento por la sopa, Elinor no precisaría de mucho consuelo.

—¿Se puede saber cuál es el otro detalle tomado en consideración?

El ama de llaves la miró de frente.

—Soy una ladrona. No me importaría mentirle a un hombre rico, pero a un hombre del Señor... ¡Nunca!

—Admito que me sorprendió gratamente recibir su convocatoria, lady Myrtle. Después de lo belicosa que se mostró en nuestra última conversación dudaba de si nos volveríamos a ver.

Caminaban a paso lento y perezoso por una de las avenidas anchas de Kensington Gardens, con una permanente y falsa sonrisa cosida a los labios que no debía alterarse hablaban de lo que hablasen. Regla imprescindible cuando se está en el punto de mira de otros paseantes chismosos, y ellos lo estaban, si bien la delicada figurita vestida de doncella que los seguía a escasa distancia más la redecilla del sombrero que dejaba el rostro de Hope en las sombras incluía la escena en los cánones del saber estar y lo decorosamente permitido.

—Nunca crea saber qué haré a continuación, milord. Adoro la cualidad de «inesperada» en las cosas.

—Por esa manía suya de desconcertarme es por lo que no consigo dejar de pensarla —confesó el marqués con arrebató—. Supongo.

Hope creyó que bromeaba. Como de costumbre. Ya le habría gustado que hablase en serio aquel traidor de la fe, juguetero cruel, hermoso hasta lo irresistible. Ya...

—No le robaré mucho tiempo, será un paseo breve, lo justo para fijar de una vez por todas los términos de nuestro acuerdo. Me dijo que podíamos zanjar la cuestión que nos vincula con un beso.

La española no podía creer que estuviera tratando temas de conversación como «besos» y sus alrededores, con tanto descaro y relajación. La influencia de Healford debía de ser mayor de lo que se suponía.

—¿Dije eso? —repitió él lacónico.

—Lo dijo.

—Me suena escaso. Alarmanamente escaso.

—Pues ahora procure recordar que de cuando en cuando es un caballero y mantenga su

palabra.

Hugo la miró como si de verdad lo hubiera ofendido.

—Siempre se adelanta usted a mi actuar pronosticando alguna catástrofe.

—Me gustaría pedirle que celebre un baile. —Hope no le permitió variar el rumbo de la charla.

—¿Otro?

—No como..., ese que usted y yo sabemos.

—No me negará que fue divertido, hasta sus amigas lo admitieron.

—Eso es solo porque son intrépidas hasta rayar la estupidez —indicó bajando la voz al máximo para asegurarse de que lady Victoria no la escuchaba—. Y porque no conocían su..., repugnante «secretito». Un baile normal, marqués. Comida, bebida, música agradable y gente normal de la buena sociedad, divirtiéndose a su cuenta.

—¿Y qué pretende que haga con Cronwell? ¿Desairarlo de nuevo?

—Sé que su ingenio será capaz de inventar alguna mentirijilla plausible que lo deje fuera de la obligada invitación.

—Su tío...

—Por favor, se lo ruego, no vuelva a llamarlo así, ese caballero no pertenece a mi familia. Siento que sus devotos lazos de amistad lo fuercen a contar con él en cada evento que programa. Y siento que lo aprecie tanto, porque eso unido a la repugnancia que el barón me inspira es algo que nos distanciará de por vida.

—No, en realidad mi amistad con él...

—Guárdela con precaución —lo interrumpió Hope impaciente—. No tengo ningún derecho a criticar sus amistades. Máxime cuando están seleccionadas de entre la flor y nata de la buena sociedad —apuntilló con claro retintín.

—Detesto la buena sociedad, ya lo sabe.

—Es posible. Lo que no sé es el motivo. ¿Qué le han hecho, si puede saberse? ¿Acaso no nació rico y está resentido?

Con el rabillo del ojo, la joven controló a lady Victoria que caminaba unos cinco metros por detrás, con actitud sumisa y placentera. Como si haberse vestido con aquel uniforme soso y andar con la cabeza gacha y las manos replegadas sobre la falda, fuera mil veces mejor que acudir a la ópera.

—Nací rico. Sin título hasta años más tarde, pero con todas las comodidades. No es eso, mi deuda pendiente con la aristocracia no es tan trivial.

Nada en un hombre como Hugo Shelby podía ser trivial, común o corriente, se dijo Hope ahogando un dulce suspiro.

—Puede que le cueste creerlo, pero hubo un tiempo en que me enamoré —comenzó él.

—En efecto, cuesta creerlo —convino ella para disimular su desconcierto y quitar hierro al asunto: los ojos de lord Heallford destilaban de repente una insondable tristeza que la inquietó en extremo.

—Era una joven sencilla y buena. Educada y con principios, pero sin fortuna ni títulos. He de decir que por aquellos entonces yo tampoco los tenía ni habría creído tenerlos jamás. Le pedí matrimonio y ella aceptó. Nos amábamos.

¿Por qué al oír aquella confidencia Hope notó una aguda punzada de dolor en el pecho?
¿Por qué?

—El caso es que nadie dijo nada hasta que fue demasiado tarde. Hasta que los dos soñábamos con el día en que nos convirtiésemos en marido y mujer para ser felices siempre sin poder pensar en otra cosa. Una semana antes de la boda, nos separaron del modo más inhumano: a ella la enviaron lejos, a las colonias de América. No he vuelto a verla. A mí me descubrieron tras muchos rodeos que nuestra relación era imposible porque... Porque éramos hermanos.

Hope hizo lo posible por contener una exclamación de sorpresa sin conseguirlo. Su mano tapó su boca para mitigarla, pero el marqués ya la había escuchado.

—Por todos los santos...

—La buena sociedad, sus malditas reglas rígidas como el hierro, el qué dirán, guardar las apariencias... Todo se había combinado para que mi madre guardara el secreto de la infidelidad de mi difunto padre ahí donde nadie pudiera descubrirlo. Y en lugar de actuar cuando Marguerite y yo nos conocimos, antes de que los sentimientos aflorasen para partirnos en dos el alma y arruinar el resto de nuestras vidas, callaron y siguieron callando en su afán porque las vergüenzas no se destapasen.

Sin dejar de caminar por el paseo junto al lago del parque porque lord Heallford no se había detenido, Hope suspiró conmovida y enterró las pupilas en el suelo.

—Realmente... No sé qué decir.

—No hace falta que diga nada, conque me haya escuchado y no me juzgue me basta.

—¿Cómo podría juzgarlo? Ha debido de sufrir lo indecible.

—Algunos pensarían que me paso de severo, que la culpa de mi desgracia no la tienen las normas de la nobleza sino los devaneos de mi santo padre. Pero lo cierto es que a veces siento que me ahogo en una jaula con tantos barrotes. Todo es fingimiento e hipocresía. Oculta lo que

sientes, no digas lo que piensas, disfrazas tus sueños si te han permitido tenerlos... Comportate como ese que no eres.

—Yo sería..., incapaz de vivir de ese modo.

Entonces Lord Heallford sí frenó sus pasos. Las manos anudadas a la espalda, el mentón hundido contra el pecho, la voz atormentada y grave. Los ojos húmedos como dos cuencos de oro fundido. La miró de una forma intensa y enigmática que la hizo estremecer.

—Por eso valoro tanto su compañía. Es usted rebelde, fresca y espontánea como un vendaval en pleno invierno al que nada detiene. No está dispuesta a dejarse pisotear. Si tiene que quedarse sola o volver a empezar de cero, no la asusta. —Como por un toque de varita, recuperó el buen humor y el aire arrogante y frívolo de siempre. Incluso el tono de su voz se hizo más hueco y banal, menos profundo—. Y una vez despachados los asuntos melodramáticos capaces de arruinar un día tan magnífico como este... ¿Por casualidad hablábamos de un baile?

Cohibida, Hope se humedeció los labios con la lengua. No le parecía demasiado sensible ni considerado discutir de fiestas, bailes y favores sucios después de haberse convertido en testigo del episodio más íntimo y doloroso de la vida del marqués. Otra vez volvía a sentir por él cosas más cercanas a la admiración y el respeto que a la inquina y el rencor.

—Gracias —musitó en un susurro entrecortado.

—¿Por qué habría de dármelas? —preguntó Hugo, extrañado.

—Por este acto de confianza suyo, por hacerme partícipe de una parte importante de su pasado.

—No le quepa duda de que mi espíritu se ha beneficiado con esta liberación. De algún modo se lo debía.

—¿Me lo debía? Creo que no le comprendo.

—¿Sigo siendo el único ser humano vivo que conoce los inconcebibles propósitos de sus parientes españoles y el motivo de su huida desde su patria?

—Así es.

—Pues ahora usted es la única, al margen de mi madre, mi tío y la propia Marguerite, que

sabe que la mujer con la que quise casarme era mi hermana.

Las comisuras de los labios de Hope se estiraron en un intento de sonrisa, aunque estaba tan conmovida que apenas fue un esbozo. Caminaron otro trecho sin hablar, con la evidente tensión de querer hacerlo revoloteando por encima de sus cabezas.

—Insisto en que me aclare para qué diantres necesita usted que yo celebre otra fiesta y en qué podría eso afectar a nuestros créditos pendientes.

—Si celebra ese baile... Le prometo el mejor beso de su vida.

Por un instante, el marqués se quedó sin habla. Realmente no era algo que ocurriera muy a menudo. Arqueó las cejas con perplejo placer.

—¡Vaya!

—Creo que es un buen pago con el que quedará más que satisfecho.

—No es una noche de... De acuerdo —alzó las palmas abiertas a modo de disculpa—, no es lo que en un principio pedí, pero suena tan bien... Ojalá no fuera un gesto forzado.

—Lord Heallford... —comenzó Hope, con la garganta seca.

Él levantó de nuevo una mano grande y varonil, de largos dedos, en cuyo meñique relucía un sello familiar mucho más grande y costoso que el del conde de Bealy.

—No diga nada. No sería algo que quiero escuchar, no sé si soportaría oír como me rechaza aunque lo haga con esa picardía elegante que la caracteriza.

—Créame, prefiero mil veces tenerlo de amigo que de enemigo. Fue usted el que inició esta guerra amenazándome con descubrirle al mundo que no soy lady Myrtle Brown y como comprenderá, tengo mis razones tanto para haberla creado como para impedir que se descubra que no es más que una fachada de papel.

Él volvió a sonreír torcido, a medias, con aquel aire de insufrible suficiencia y altivez que convertían un rostro hermoso en arrogante pero tentador.

—No crea que no la comprendo, milady, con algo hay que distraerse. Esta vida nuestra de la alta sociedad es espantosamente aburrida.

Diez minutos más tarde, Hope y lady Victoria, feliz y encantada en su absurdo papel de doncella muda, subían al carruaje de esta última, en muy diferentes estados de ánimo. Lady Victoria burbujeaba de febril entusiasmo mientras que la española se había sumido en un apesadumbrado mutismo que le robó el brillo a sus ojos verdes.

—Ese caballero la adora —sentenció lady Victoria nada más arrancar el carruaje.

—No diga bobadas, milady. Ese caballero es un libertino irrespetuoso que no se cuida más que a sí mismo y toma a las personas como simple entretenimiento.

—Pero siente cosas por usted —insistió la dama, quitándose la horrible cofia de la cabeza—. Lo he visto con mis propios ojos, debería fiarse de mi intuición, ya he visto a muchos caballeros enamorados.

—¿No le parece esa una palabra demasiado temeraria?

—¿Enamorado? ¡No! Lo está. El modo en que la mira, su lenguaje corporal, algún que otro suspiro que ha llegado a mis oídos...

—Quizá sea porque estaba contándome cosas tristes de su juventud —rebatía Hope, desesperada por encontrar explicaciones aceptables que la convencieran incluso a ella.

—También eso es muestra de que la considera especial. Uno no le abre las entrañas a cualquiera. Señorita Smith, ¿no le gustaría que lord Heallford la amase?

Hope se quedó un instante prendida de sus reflexiones. Sonaba demasiado bonito para ser cierto, al imaginarlo, algo le explotó en mitad del pecho.

—No lo sé. Supongo que sí, como también supongo que me daría miedo. Un hombre como él...

—No tiene nada que hacer contra una mujer audaz como usted. Me niego a aceptar que ese sea todo el problema.

Hope sacudió la cabeza espantando ilusiones y expectativas que bien podrían herir su tierno corazón. La sensatez le gritaba que no concibiese falsas esperanzas porque Hugo Shelby, al igual que su amigo el detestable barón Cronwell, no era alguien de quien te pudieras fiar ya

que su especialidad era servirse de la gente como si fuesen objetos.

Objetos como el que ella estaba dispuesta a arrebatarse en sus propias narices. Él no sabría jamás quién habría sido, pero ella sí. Y cada vez que lo mirase a los ojos tendría su pequeña venganza servida bien fría.

—Mi intención al reunirme hoy con él no era otra que solicitarle que celebre un baile. Nos dará oportunidad, no solo de descubrir cuál es su objeto máspreciado, sino de conocer mejor la mansión por la que deberé moverme. Y ha aceptado.

Poner el pie en Grovenor House aquella noche no fue tarea sencilla como lo había sido en anteriores ocasiones. El ánimo de Hope estaba alterado, lord Heallford la había enredado con sus palabras llanas y sus confidencias. Ahora, el ansia por desquitarse, no sabía muy bien de qué, de perjudicarlo y dejarlo en ridículo, latía con mucha menos potencia. Elinor, que de cuando en cuando era un derroche de sensatez y cordura, le había preguntado si no trataba de hacerle pagar al marqués por los pecados del barón, solo porque eran amigos.

Posiblemente.

No podía decirlo. Eran cosas que le palpitaban bajo la piel pero no alcanzaba a identificar, peor aún, ignoraba qué razones las hacían arder. Lo que sí sabía es que mientras no lo tuviese claro, no modificaría su plan, todo seguiría adelante sin cambios y lograría su pequeña y condenadamente absurda venganza.

—El anfitrión viene directo a nosotras —murmuró lady Grace, desplegando el abanico para ocultar su rostro—. Y por más que intenta evitarlo solo la mira a usted, lady Myrtle.

—Saludaremos y la dejamos a solas con su misión —añadió lady Clara—. Le deseo toda la suerte del mundo en sus indagaciones.

—Lo que no comprendo es por qué desea venir a esta casa sola, su empeño en acometer el encargo del marqués sin el apoyo de ninguna de nosotras.

—Es una cuestión personal —aclaró Hope, con los dientes apretados, sin achicar su sonrisa. Y a continuación, se inclinó en una graciosa reverencia ante el aristócrata que ya besaba los nudillos de sus amigas.

—Espero que disfruten mucho del ambiente de esta noche —les deseó con amabilidad—. Y no les sorprenderá si les robo a su querida lady Myrtle para el baile que comenzará en breve.

¿Tenía Hope la más mínima posibilidad de negarse? Hugo ya tenía atrapada su mano enguantada y con un ligero tirón la animó a seguirlo. La pista de baile los engulló en un segundo y para su desgracia, la pieza que comenzaba era un pérfido vals. Esa danza considerada pecaminosa por las damas más ancianas, dada la estrecha cercanía que vinculaba a los bailarines y lo mucho que se tocaban.

—Espero que no haya instruído a la orquesta para que toquen valeses toda la noche —comentó jocosa, antes de poder pensar siquiera que sus palabras traicionaban sus pensamientos.

Sin embargo, lejos de ponerse a la defensiva, lord Heallford le siguió la broma.

—Si quiero disponer de una oportunidad para seducirla, desde luego que lo habré hecho.

—No me diga que pretende que me desmaye a sus pies como harán todas las jovencitas al conocerlo.

—Si no ocurrió el primer día, dudo que vaya a ocurrir ahora. No obstante, perderse en esos ojos de bosque suyos, es toda una delicia.

—Adulador... —Hope notó el calor concentrado en las mejillas.

—Y buen bailarín, no lo niegue.

—Maneja bien los halagos, milord, en una y otra dirección.

—No puedo aguardar a que usted me diga nada muy agradable. Moriría en la espera.

—Quizá su problema sea estar acostumbrado a triunfar y a salirse siempre con la suya. La vida lo ha malcriado bendiciéndolo con tantos dones.

—¿Eso piensa? —Sonrió más que encantado—. Lo tomaré como una galantería propia del cortejo.

—Dios me libre si estoy pensando en cortejarlo.

—Desde luego que no, y me molestaría mucho que así fuera, eso me corresponde a mí, milady.

—¿No le preocupa que con todo el tiempo que compartimos y los muchos bailes que disfrutamos en cada velada la gente empiece a chismorrear? —preguntó ella, mirándolo a través de sus pestañas con una chispa de coquetería.

El marqués echó atrás la cabeza y soltó una fresca carcajada que la tomó por sorpresa.

—Le aseguro que estoy muy por encima de murmuraciones y cotilleos.

Ah, claro. Él, él y en tercer lugar también él. ¿Quién pensaba en ella? La joven apretó las mandíbulas.

—Entonces tiene suerte de que lady Myrtle Brown no exista y nadie deba velar por su reputación. Usted se está encargando de destruirla; así, ¿cómo conseguiré casarme?

—Pienso continuar portándome mal hasta que solo le quede yo como alternativa posible para el casamiento.

—¿Está proponiéndome matrimonio? —rio Hope, de nuevo más relajada, girando sobre las puntas de sus pies, envuelta en sus brazos.

—Lo haré en su momento y de un modo mucho más romántico.

—Por ejemplo... ¿regalándome su objeto más preciado?

—¿Eso existe? —Su desconcierto sonó muy sincero.

—Claro, todos tenemos algo que guardamos con especial cariño. O cuyo significado nos empuja a defenderlo con la vida.

—No sé si tengo de eso. Al fin y al cabo, son únicamente objetos...

—Pero si tuviera que señalar uno, una sola cosa que estima por encima de las demás, ¿cuál sería?

Hugo quedó pensativo unos instantes sin perder ni el paso ni el compás. Hope tuvo que admitir que junto con muchas otras virtudes bien a la vista, el marqués era un bailarín sublime.

—Es posible que el bastón que heredé de mi padre.

—Descríbamelo.

—Vara de ébano y puño en forma de cabeza de águila de oro. Me recuerda cada día que no debo perdonarlo jamás.

—El centro mismo de todos sus resentimientos, según veo.

—De algún modo, es el significado que le di y el que mantendré hasta el día que deje de respirar. Pero por favor, apartemos los temas escabrosos, ese bastón es para mí tan importante como siniestro. ¿Puedo confesarle que esta noche no he dormido?

—¿Demasiado café en la cena?

—La espera por su beso me tiene inquieto. No todos los días recibe uno la promesa de que le regalarán el mejor beso de su vida. ¿Cuándo piensa dármelo?

Hope enrojeció con violencia y tropezó. Pero Hugo se ocupó de sujetarla limpiamente. Él era el ancla que la sostenía y la mantenía a flote mientras todo alrededor se desvanecía en el eco de sus palabras.

Bueno... todo exactamente, no. Allí estaban, apiñadas y perfectamente visibles, las cinco ladies tan pendientes de ellos como emocionadas. Todo un muestrario de felices sonrisas de oreja a oreja. Hope se preguntó qué andarían maquinando y si era cierto que por asomo, alguna de ellas considerase factible su unión con el marqués.

Un momento... ¿Qué demonios acababa de plantearse?

—¿Seguimos bailando o me permitirá cobrarme por fin mi sacrificio de discreción y prudencia?

La española dio un respingo. En efecto, el vals había acabado (solo Dios sabía cuándo) sin que ella se percatase siquiera, luchando como estaba, contra aquel torbellino incontrolable de emociones cruzadas. Correspondió con una leve inclinación de cabeza la reverencia que lord Healford le hacía y le tendió una mano. Cuanto antes acabase con aquello, antes podría descansar.

—Salgamos a la terraza, al jardín o lléveme a la buhardilla. A cualquier sitio donde nadie pueda vernos y lo suficientemente oscuro como para que yo no pueda verlo a usted.

40

El beso

—Sus deseos son órdenes para mí, lady Myrtle —repuso el anfitrión, conduciéndola con delicadeza por entre la gente.

Hope lanzó una última mirada de angustia a sus amigas, justo a tiempo de ver cómo Elinor, lady Mary Wildmore, con su precioso traje color verde esmeralda bordado, levantaba una mano y agitaba los deditos a modo de saludo y buenos deseos. Un pellizco le apretó el estómago. ¿En qué momento de lamentable pérdida de cordura se le había ocurrido comprometer un beso? En ese entonces no lo sabía, pero dado como estaban las cosas, si lo besaba, si permitía que la boca de Hugo Shelby tocara sus labios, estaría consagrando bastante más que su reputación y su buen nombre.

Salieron en volandas del atiborrado salón de baile, cruzaron varios pasillos cada vez más silenciosos y después de unos minutos, al girar una esquina, se encontraron solos. La oscuridad de los corredores y estancias más alejadas de la fiesta se incrementaba y parecía recibirlos con los brazos abiertos. La intimidad, el silencio, sin voces molestas, a salvo de ojos escrutadores.

—Suba —indicó Heallford, apuntando a una escalera que se abría a unos pasos.

—No se habrá tomado en serio la broma de la buhardilla, ¿verdad? —quiso saber ella, con un hilo de voz.

—Le mostraré la habitación con mejores vistas de esta casa. No sé si es una buhardilla, es

probable.

—¿No lo echarán de menos en su baile, milord? —apuntó ella, humilde, mientras se recogía las faldas para salvar los escalones.

—Mientras los músicos no se detengan y no falte vino y buena comida, juraría que no. En cualquier caso, ¿cómo podría cobrarme su beso si no la rapto y me la llevo a mi escondrijo?

Hope se detuvo en el primer descansillo de la escalera. A partir de allí se hacía bastante más estrecha.

—Milord...

Hugo no pudo contenerse. Estaban solos, medio a oscuras, la notó estremecer, algo en el tono de su voz le hablaba de entrega y destino, perdió el control. La sujetó por los hombros y la acorraló entre la pared y su propio cuerpo que hervía de deseo. Al pegarse, la fina tela del vestido reveló cada curva de su adorable silueta, la redondez de sus caderas, sus pechos exigentes. Quiso devorarla entera, hacerla suya sin esperar ni un solo segundo, allí mismo, sobre la madera de los escalones que conducían a la zona alta. Escucharla gemir de placer, gritar su nombre...

Solo que no podía. Ni podía, ni era propio de un caballero, no lo haría jamás.

Lo cual no implicaba que no lo anhelase con cada fibra de su ser.

Su nariz rozó la de Hope. Heallford respiró agitado.

—¿Cuándo empecé a necesitarte tanto? —le dijo, su voz apenas más alta que un murmullo, apoyando la frente contra la de ella, aspirando su delicioso aroma a jazmines hasta llenarse el pecho.

Una pasión oscura y salvaje le latía en los ojos y en cada caricia cuando Hope se atrevió a mirarlo. Su aliento caliente cerca del cuello le bañó la piel y la hizo temblar de deseo. Heallford estaba excitado, duro como nunca y casi mareado. Sus manos se movían inquietas tratando de aferrarse y acariciar todo lo que le estaba prohibido.

Un beso. Tan solo un beso, era todo lo que ella había accedido a concederle.

Y sin embargo, los cielos con todos sus santos y arcángeles sabían que un beso no sería suficiente. Nunca lo sería.

Necesitarla de aquella manera desesperada era casi una humillación.

El mejor beso de su vida.

No sabía si lo sería, pero sí el que daría con la mayor intención, el primero tras su juvenil e inexperto amor por Marguerite, en el que pondría alma y cinco sentidos. Acercó su boca a ella sin poder apartar la mirada de sus labios, rosados y húmedos como dos pétalos de flor mojados por el rocío.

Le sorprendió notar que temblaba. Él, uno de los hombres más curtidos y desinteresados en cuestiones amorosas, ¡temblaba! No era inseguridad, ni apocamiento, no era temor a no gustarle. Era... Era aliento contenido, hálito frenado por la emoción.

Algo que jamás antes había experimentado con nadie.

—¿Preparada, lady Myrtle? —dejó caer ya sobre sus suaves labios.

Ambos se dejaron llevar por el extraordinario éxtasis del momento. Era posible que a lo lejos, muy lejos, se escuchara la música, no estaban del todo seguros. Hope podía ser una mujer excepcional, criada a la sola e inimitable manera del conde de Moncada, bajo unos principios realmente insólitos. Intrépida, valerosa y atrevida. Pero no la habían besado nunca. Y aquel súbito ardor sobre la boca la transportó en una nube al Paraíso.

Los labios del marqués se deslizaron, suaves, delicados al principio, exigentes después, sobre los de ella. La punta de su lengua hambrienta recorrió el perfil de su boca deteniéndose en las comisuras donde la atormentó con una diabólica succión. Hope dejó escapar un jadeo que viajó directamente al fondo de su garganta. Entonces cerró y apretó con fuerza el cepo para que su tentadora fruta jugosa no escapara. Mientras la lengua de Hugo recorría y conquistaba sus rincones, la piel de ambos se erizó, los pezones de ella y la entrepierna de él se endurecieron reclamando una dosis de atención que no recibirían y el deseo se les arremolinó en el vientre en forma de violento mordisco.

Las manos de Heallford ciñeron su cintura con mayor vehemencia; atrayéndola, permitiéndole profundizar en un largo beso que ya era, desde sus inicios, el mejor de su vida.

Cuando muchos minutos después de devorarse con febril osadía lo interrumpieron, no se

separaron. De alguna forma el beso continuó. En el aire que compartían al respirar, en el impetuoso jadeo que hacía subir y bajar sus pechos acalorados, en la piel que ardía, en las yemas de los dedos enloquecidas por rozar la intimidad que les estaba vedada.

—¿Dónde se ha dejado las vistas, milord? —preguntó ella en un susurro inaudible, mejilla contra mejilla, dibujando amplios círculos con tiernos movimientos.

—En alguna parte dentro de esta inmensa y destartalada casa —replicó él, la voz ronca por el insoportable deseo contenido—. Una casa que no será un hogar hasta que tú...

Ella se distanció de repente. Y todo lo que Hugo había creído construir estalló en mil pedazos. La miró desconcertado. Su rostro encantadoramente poseído por el rubor. Los labios hinchados por el interminable y pasional beso. Los ojos verdes brillantes y empañados por el deseo.

—Volvamos, se lo ruego.

—No me pida eso, Hope, pídamelo que quiera, la luna, un rayo de sol, un manojo de estrellas fugaces. Pero no me pida lo único que no puedo darle.

Intentó cogerle la mano, pero ella retrocedió un paso más.

—Por favor...

Si se lo pedía así, con aquel tono de terciopelo sedoso, con aquella mirada de entrega y miedo, no podía negarse. Él mismo era muy consciente de que si permanecían un solo minuto más en aquel escondrijo tan conveniente, a solas, en la deseable intimidad que les proporcionaban el silencio y la oscuridad, sucedería lo inevitable.

Podía leerlo en sus ojos y habría apostado todo cuanto tenía a que Hope podía leerlo también en los suyos.

Hundió la cabeza contra el pecho, rendido a la evidencia del deber.

—Volvamos —accedió entregándole su mano.

—Lord Heallford —llamó ella cuando ya habían descendido un tramo de escalinata. Hugo giró sobre sus talones con la secreta esperanza de que ella hubiese cambiado de opinión.

—¿Me veo muy desarreglada?

Se le escapó una risita divertida. Su mano viajó hasta sus rizos rubios sin pedir permiso y los colocó debidamente.

—Está más deliciosa que nunca.

Ella se alisó la falda con un cauto carraspeo. Se llevó la mano al pecho para comprobar que el bombeo desaforado de su corazón aún no había decidido detenerse. No quería mostrarse tan perturbada, quería enfurecerse, golpearle el pecho por haberle robado un beso mediante chantaje. Quería gritarle a la cara que se olvidase de reclamar nada más.

Pero en lugar de eso, temblaba. Temblaba y rogaba a los cielos que aquel mágico instante volviera a repetirse cuanto antes. Con el sabor especiado de su boca todavía entre los labios, supo que deseaba otro beso con idéntica pasión que la hiciera arder en sus brazos.

—Sígueme —indicó él, ajeno a sus tormentosos pensamientos, recorriéndola con las pupilas dilatadas—, tomaremos un atajo y entraremos por la terraza para despistar a todo el mundo. Nadie será capaz de afirmar que hemos desaparecido.

—Aunque lo piensen —completó ella, con un mohín travieso.

—Aunque lo piensen.

—¡Milord! ¿Se puede saber dónde se ha metido?

Allí estaban, como buitres famélicos al acecho. El numeroso coro de viudas enojadas mirándolo con embeleso nada más entrar. Hope había sido lo bastante juiciosa como para distanciarse de él ya en la terraza y acceder al salón por otra puerta con el ardor de su beso todavía en los labios, mientras lo veía desaparecer entre todas aquellas damas.

—¿Ya sabes qué te llevarás?

La voz de lady Sarah la hizo sobresaltar. Asintió sin responder en medio de toda aquella conmoción, aún aturdida, aún temblorosas sus piernas, palpitante su vientre, aún entrecortada su respiración.

—De acuerdo —celebró lady Grace—. Porque sin el marqués por los alrededores, la velada empezaba a ser de lo más aburrida.

—Miren, va a tocar el piano —las avisó lady Clara, avanzando unos pasos.

Todas lo hicieron. Estaba claro que la unánime petición de las insignes invitadas había ido encaminada a dar un momento de respiro a los pobres músicos de la orquesta, para que el anfitrión los deleitara con su bien conocido talento a las teclas.

—Lady Myrtle también toca de maravilla —se le escapó a Elinor con un entusiasmo tan

desmesurado que su voz saltó por encima del resto de los comentarios.

La mayoría de la gente se giró a mirarla. Hope deseó que se la tragarán las alfombras.

—¿Es cierto eso? —se entrometió una condesa, tocada con un extravagante sombrero de plumas azules y muchas perlas.

—Toque, milady, toque, no se haga de rogar.

De repente, todo el mundo parecía la mar de interesado en comprobar las habilidades de la exótica invitada extranjera.

—Acompañe al marqués —la incitaron desde otro punto de la sala.

—Una pieza a cuatro manos.

Hablando de manos... Las de Hope habían empezado a sudar copiosamente. No era bueno llamar tanto la atención, empezaba a ser consciente entonces; ni para su identidad de Myrtle Brown ni para ella misma. Debía mantenerse invisible, lo más posible, en lugar de ponerse en evidencia de aquel modo tan imprudente. Sonrió con modestia y estaba pensando en negarse, cuando el propio Hugo Shelby, alto altísimo como era, se le plantó delante con una invitación en la sonrisa.

—Será todo un placer compartir piano con usted, milady. ¿Le parece bien «*Invitación a la danza*»?

Era una pieza de Weber de enorme dificultad que, sin embargo, ella conocía bien. Asintió con apenas un parpadeo y de su mano, atravesó el amplio pasillo abierto entre los presentes que la condujo al piano. Con un suspiro tomó asiento y no tardó en sentir el calor del cuerpo del marqués a su lado, quemándole por debajo de la ropa.

El corazón se le volvió loco de nuevo.

—¿Preparada?

Tan preparada como lo había estado la última vez que le preguntó lo mismo, antes de besarse como dos salvajes consumidos por la fiebre.

Con solo recordarlo, regresó el sofoco. Le sobraba el vestido. Le sobraba cada pieza de tela que llevara puesta sobre la piel.

—Adelante —musitó, posando los temblorosos dedos sobre las teclas que brillaban.

Muchas semanas después, se seguiría hablando de la espectacular maestría con la que el codiciado marqués de Heallford y aquella hermosa dama extranjera a la que nadie parecía conocer demasiado a fondo, interpretaron la pieza al piano. Se desataron las habladurías: no solo acerca de quién era ella y lo increíble de su belleza, sino si no se estaría cociendo una nueva y aristocrática pareja y el hecho se les hubiera pasado imperdonablemente por alto.

—Creo que podemos darlo por cierto —zanjó lady Victoria en el trayecto de regreso—. Nuestra querida lady Myrtle y lord Heallford, se desean.

—No diga... —trató de frenarla Hope.

No obstante, la joven dama la calló con un gesto de la mano.

—No he dicho que se amen..., todavía. Eso llegará con el tiempo. He afirmado que se desean. Y es tan cierto como que me llamo Victoria, ahora mismo respiro y estos zapatos llevan matándome toda la noche.

—Yo también lo he advertido —confirmaron lady Clara y lady Sarah al unísono.

—Yo llevo semanas avisándola de que ocurriría —informó Elinor, ufana ante su agudo sentido de la adivinación

—¡Elinor! —protestó Hope, que hasta ese momento no había conseguido otra cosa más que mirarlas de hito en hito.

Su amiga se encogió de hombros.

—No es tan extraño. Es insoportablemente guapo y seductor, le sobra fortuna y propiedades. Lo tiene todo.

—Lo importante es que la trata con deferencia —apuntó lady Grace, con gravedad—, la mira y gravita a su alrededor como si ella fuese lo más preciado que posee. Eso es lo verdaderamente significativo.

Hope no estaba dispuesta a dejarse convencer tan fácilmente.

—Lo más valioso para milord es un bastón con empuñadura de oro que heredó de su señor padre y que pronto perderá sin que pueda explicar cómo.

Lady Clara soltó una exclamación de asombro.

—Después de todo lo que hemos visto, ¿sigue pensando en robarle?

La española se revolvió algo molesta entre los cojines del asiento.

—Por descontado que sí. ¿Y puede aclararme qué es exactamente lo que han visto?

Las damas cruzaron miradas exasperadas. Lady Sarah tomó la palabra y su dulce comentario sonó a reprimenda.

—A ver si al final va a ser usted la más testaruda de las seis. Y eso que en este carruaje se baraja una buena cantidad de intransigencia.

—¿Algún interés específico por emparejarme con su señoría el marqués? —indagó Hope, de creciente mal humor.

—¿Aparte de asegurarle una vida resuelta, inmejorablemente bien situada y dichosa? —Lady Grace sonrió irónica—. Seguramente porque hemos podido leer en sus ojos que él la atrae. Y mucho.

—Y que es correspondida —agregó lady Clara con exquisita dulzura—, lo cual no deja de ser un elemento clave a tener en cuenta.

—Entendemos que era algo palpable. Puede que invisible, pero del todo vivo —remachó lady Sarah con finura.

La atención de Hope saltó de una a otra. ¿Por qué todas la miraban con los ojos muy abiertos y como si de un momento a otro fueran a romper a reír?

—Están ustedes sufriendo alucinaciones —gruñó.

Lady Grace se encogió de hombros mientras se acomodaba en el asiento. Miró distraída por la ventanilla y dejó escapar un sentido suspiro de paciencia.

—Es su decisión, al fin y al cabo, señorita Smith. Si él no le agrada o ha decidido ser ciega en su propio perjuicio, no seremos nosotras las que la libremos de tan prometedor destino.

El marqués de Heallford adoraba aquel viejo sillón de cuero que había pertenecido a su abuelo. Cuando se mudó a aquella lujosa mansión ordenó que lo colocaran en la biblioteca privada, junto a la ventana, con una mesita de licores cerca, su lugar favorito del mundo donde le gustaba encerrarse a leer y a degustar los mejores coñacs y whiskies en completo sosiego y soledad. Llevaba allí todo el día y manejaba tanta confusión, tenía tanto en que pensar, que apenas había comido.

Hope. La señorita Montesinos. La condenadamente encantadora señorita Montesinos llegada de la lejana y fascinante España.

Los ojos verdes más increíbles que lo habían mirado nunca.

El más embriagador aroma a jazmines y flores blancas.

La mujer a la que quería proteger hasta de la brisa del verano, prisionero de aquella forma de mirar suya, del modo en que fruncía la nariz cuando se concentraba. La cárcel más dulce.

La mujer a la que seguramente no podría tener nunca.

Hope no entendería, mucho menos compartiría, su retorcida forma de ver la vida, su resentimiento contra la alta sociedad a la que ella parecía admirar y en la que de modo natural, se movía con soltura. Seguramente ella aspiraba a un matrimonio convencional con todo un caballero de modales impecables, a poder ser, dueño de un título al que hiciera honor, no como él, que deshonoraba todo cuanto tocaba. El hombre que jugaba a ser caballero sin sentirlo en las

entrañas como debiera, el hombre que culpaba a las ridículas reglas de la aristocracia de su soledad, su penuria y sus desgracias, de alimentar secretos y misterios bien guardados, esperando estar al borde del precipicio para desvelarlos, ahí donde te despedazarían sin remedio el corazón y te dejarían el alma hecha jirones en nombre de las reputaciones intachables.

Necesitaba una sinvergüenza sin escrúpulos a su lado, no a una señorita; y la única mujer que había despertado un palpito en sus sentimientos después de tantos años, no se correspondía en absoluto con aquella descripción.

Una de dos, o el mayordomo de Grovenor House o el propio lord Heallford eran en extremo puntillosos con la seguridad de la casa, o aquella gente afortunada no pasaba calor, ya que Hope no pudo encontrar, por más que buscó, ninguna ventana o puerta abierta por la que poder colarse y tuvo que hacer uso de las ganzúas, tal y como le había enseñado lady Clara, para forzar una puerta secundaria que daba a los almacenes anejos a la cocina.

Todo estaba tan en calma y silencio como cabía esperar de cualquier hogar decente pasadas las tres de la madrugada.

Se deslizó sin hacer ningún ruido hasta el vestíbulo de donde arrancaban las majestuosas escaleras que ya conocía bien. Albergaba la esperanza de encontrar el bastón en el gabinete privado del marqués. ¿En qué otro sitio podía estar? Así y todo, revisaría cualquier paragüero donde pudiera ver bastones acumulados, pero no se figuraba que un recuerdo tan «especial» pudiese convivir mezclado con objetos ordinarios.

Pegada a las paredes en cuanto dejó la escalera para poder ocultarse mejor si alguien salía al pasillo, alcanzó la zona de dormitorios. Todos ellos vacíos. Menudo desperdicio de mansión, sí que era cierto que aquello no era ni por asomo un hogar, le faltaba calidez y vida, era como un mausoleo y por lo que sabía, la madre y el tío del marqués, ya muy ancianos, pasaban la mayor parte del año entre España e Italia, donde el clima era más benigno.

Sin poderlo remediar, la memoria de su bendito país le arrancó un suspiro.

Por fin, uno de los dormitorios tenía ocupante y a juzgar por el perfume que impregnaba el ambiente, se trataba de Hugo Shelby que descansaba con la gloriosa placidez de un niño. Renunció a acercarse demasiado, podía ser peligroso, un hombre joven siempre duerme manteniendo las alertas y si la descubría, sería su perdición.

Se arrastró cauta y muy lentamente hasta alcanzar la puerta que comunicaba con el gabinete, al menos con otra estancia y otras más, allí donde se extendían los aposentos privados del marqués. Se trataba de un amplio salón con gruesas alfombras y hermosos cuadros en las paredes. Separó unos centímetros los cortinajes de los altos ventanales para poder orientarse mejor, si bien había escogido una noche de luna llena para su temeraria incursión y la luz de plata que se colaba por las rendijas hacía jirones la abrumadora oscuridad. Sus ojos ya estaban entrenados para acostumbrarse rápido a la penumbra.

Mesitas de palisandro llenas de libros, sofás, mesas de licores, un amplio escritorio con multitud de documentos en sorprendente desorden... Aunque no quería ni podía permitirse el lujo de distraerse, el cerebro de Hope bullía. Se preguntaba qué pretendía allí realmente. ¿Hacerle pagar a Shelby su atrevimiento con la historia del beso? Seguramente le gustaría que fuese así ya que ella era una dama de alcurnia ligeramente violentada con su exigencia, pero lo cierto es que había disfrutado aquel beso como nunca en su vida. ¿Castigarlo por su amistad con el aborrecible lord Cronwell? ¿Por la posibilidad de que compartieran naturaleza y detestables vicios? Puede. No lo tenía nada claro, Hugo Shelby siempre se había portado bien con ella. Más que bien. Había sido amable, cortés, la había escuchado cuando necesitó un hombro sobre el que llorar y había pagado su confianza con otra muestra de confianza por su parte.

No obstante, si Elinor y las damas tenían razón, él se sentía atraído por ella de un modo puramente físico y puede que sus encantadoras maneras no fuesen más que sucias artes de seducción de las que debía huir antes de que la enredara.

Caminó hasta el escritorio y lo recorrió con las sensibles yemas de los dedos. No se detuvo en la madera noble de la mesa, también rozó los objetos que él tocaba a diario. Sus

plumas, su abrecartas, la pasta de lacre. Podía muy bien imaginárselo allí sentado, despachando asuntos importantes propios de su abolengo. Acarició el respaldo de su sillón de cuero y bajando la cabeza, aspiró el aroma mezclado con el olor de Hugo.

Súbitamente consciente de lo que hacía, se mordió fuerte el labio inferior.

¿Evitar caer en sus redes?

¡Si ya había caído!

¡Ya pensaba en él mucho más de lo que le convenía!

Cuando abandonó la casa de su tía Lucy, sobre todo los primeros días de desazón e inseguridad, su memoria había vuelto una y otra vez a la imagen de lord Heallford. A su voz profunda, sensual hasta la locura, a su porte regio y a su atenta amabilidad. Al afecto con que se dirigía a ella y el modo casi tierno como la recorrían sus ojos. Sin embargo, luego no le costó apartarlo de su mente y centrarse en otras cosas, en su nueva vida donde ella era una simple institutriz primero, una osada ladrona después, y él...

Bueno, él era ni más ni menos que un inalcanzable marqués.

No obstante, todo había vuelto a empezar cuando regresó para atormentarla. ¿Por qué? ¿Por qué había consentido que la besara? ¿Por qué autorizar aquel error espantoso que la había condenado?

La chimenea era enorme y estaba limpia, preparada para encenderse temprano por la mañana. Sobre ella, bajo un retrato de una dama, probablemente la madre del dueño de la casa, encajado en una placa de madera del Norte, se exponía un precioso bastón con caña de madera oscura y empuñadura de oro en forma de águila. A Hope se le escapó una sonrisa de triunfo al verlo.

Conforme sus dedos se cerraban codiciosos en torno al deseado objeto, su mente martilleaba con la orden de que desistiera. Pero no lo hizo. No se rindió ni dio su brazo a torcer, Hope era muy obstinada y una vez que se le metía algo en la cabeza...

Lo contempló unos segundos; una emoción contenida le apretaba los pulmones haciéndole difícil respirar. Tenía que salir de allí cuanto antes, abandonar Grovenor House tan

sigilosamente como había entrado. Ya tendría tiempo de admirar la pieza de su botín cuando estuviese a salvo en casa.

Se movió como solía, como una sombra veloz apenas visible. Cruzó el dormitorio y su última mirada antes de desaparecer, se la dedicó al marqués de Heallford.

Un marqués que estaba perfectamente despierto y atento a lo que pasaba desde que la oyó entrar. Que había seguido sus pasos y cada uno de sus movimientos por sus estancias, tan silenciosa y discretamente como ella. Y que por supuesto, dada su grácil silueta, su forma de conducirse y el rastro inconfundible de su aroma a jazmín, detalles que Hugo tenía grabados a fuego en la memoria, la había reconocido.

—¡Ah, no, no! Bajo ningún concepto queremos vernos metidas en problemas. Se supone que esto no era más que un entretenimiento inocente —aulló lady Grace, congestionada, abarcando en su relato a su hermana Victoria que asintió con brío.

—Solo fue un encontronazo casual... —trató de sosegarlas Hope, incapaz de aceptar que las ladies renunciaran a su singular pasatiempo con tanta facilidad.

—¿Casual? —graznó lady Sarah, muy nerviosa.

—Bueno, se trataba de otro ladronzuelo y... ¡Entra dentro de lo normal!

—¡Podría reconocernos! —apuntó de nuevo lady Grace, evidentemente afectada—. En cualquier momento, un movimiento en falso, un rostro al descubierto y estaríamos perdidas para siempre.

—¿Cree que un vulgar pillastre las reconocería a cualquiera de ustedes? —insistió la española, casi convencida de lo que defendía.

—No tenemos la menor garantía de que se trate de un delincuente de la calle —señaló lady Victoria en tono apaciguador—. ¿Olía mal?

Hope frunció el ceño e hizo memoria.

—No. Creo que no..., más bien todo lo contrario.

Las hermanas Wellfly hicieron a la par un gesto triunfal.

—Me encanta tener razón —canturreó lady Grace, eufórica por un breve segundo.

—¿Iba vestido con harapos? —indagó lady Clara.

—No, pero...

—Pero nada, señorita Smith —zanjó lady Grace, atendiendo un segundo a su taza de té de porcelana—. Debemos ser sensatas, quizá este divertimento nuestro haya durado demasiado y empecemos a jugar demasiado cerca del fuego.

Hope las miró de hito en hito. Parecían tan decididas como contrariadas. Acomodadas en su discreto rincón del salón de té donde solían reunirse, la española podía entender las emociones que les pasaban por delante. Aunque se negara a creerlo.

—¿En serio quieren ponerle fin solo porque hemos coincidido...? —se desesperó.

—Si zanjamos el asunto es únicamente por el riesgo que podríamos correr aun sin saberlo.

—Ese hombre podría ser cualquiera y no quiero ver cómo mi reputación se hunde —explicó lady Clara con un hipido tristón—. A causa de una fechoría inocente.

—¿Piensan que pueda tratarse de un aristócrata..., como ustedes? —se asombró Hope. Elinor, extrañamente ausente, no despegaba los labios para apoyarla como ella habría esperado.

Lady Grace se entretuvo unos instantes en seleccionar el pastel que deseaba probar.

—Entienda, señorita Smith, que esto lo hacíamos por puro aburrimiento. No hay necesidad de quedar en entredicho o dar pie a un escándalo que podría destruirnos.

—Por amor de Dios, es usted hermana de un duque, si dice que el mes próximo vendrá a visitarnos el Marajá de la India, todos lo creerán —refunfuñó entre dientes.

—Dejemos al Marajá tranquilamente con sus elefantes y a este período de nuestras vidas, que ha durado ni más ni menos que cuatro años, en categoría de anécdota —aconsejó lady Sarah ceñuda.

—Quien sabe si más adelante... —sugirió lady Clara con su inocente y delicada voccecita infantil.

Lady Grace y lady Victoria asintieron con un cabeceo.

—Es posible. Más adelante las cosas pueden volver a cambiar. Pongamos tiempo de por medio, hagamos vida normal, dejémonos ver en sociedad con nuestras familias, consolemos a la baronesa por haber perdido su collar, aconsejémosle que cambie de servicio de habitaciones...

—Alejemos cualquier viso de sospecha —resumió la perspicaz lady Sarah.

Hope se quedó huérfana de argumentos dado que todas parecían estar en perfecta sintonía.

—Vaya —gruñó lastimera.

—Ustedes dos tienen acumulada una pequeña fortuna, no necesitan seguir arriesgando el cuello —la consoló lady Victoria con una sonrisa afectuosa.

¿Cómo explicarle que no lo hacía tanto por el dinero como por la necesidad de sentir emociones? ¿Que desde el primer día que las había acompañado pudo comprender a lo que se referían cuando hablaban de excitación, vibración y efervescencia? ¿Que no podía imaginar su vida como mustia institutriz de tres niños demasiado listos como para necesitarla, vistiendo ropa gris y deslucida, yéndose temprano a la cama?

Puede que prefiriera la muerte. En un sentido figurado, al menos.

—¿Podríamos...? —empezó.

Todos los ojos expectantes se centraron en ella. Bastaba mirarlos para deducir que a las ladies tampoco les entusiasmaba la perspectiva de verse privadas de aquel desahogo, el soplo de aire nuevo que refrescaba sus monótonas vidas.

—¿Podríamos...? —repitió lady Grace, instándola a continuar.

—Dar un último golpe como despedida.

Aquellas pupilas momentáneamente apagadas, recuperaron la vida y el destello de la ilusión. Aunque todas, sin faltar una, disimularon.

—Podría ser... —consideró lady Sarah con precaución.

Lady Victoria se removió inquieta en su silla.

—Algo sencillito, poco aparatoso.

—Y sobre todo sin excesivos riesgos —acotó su hermana pestañeando a toda velocidad.

—¿La mansión Obercome? —dejó caer lady Clara, como quien no quiere la cosa.

Todas contuvieron un gemido de perplejidad. ¿Sencillito? ¿Poco aparatoso? ¿Escaso de riesgo? Desde luego, la mansión de la condesa más popular de todas las anfitrionas de Londres era justo lo contrario a eso. El reto insuperable, el máximo estímulo que todas esperaban como despedida.

Un «puede que hasta pronto» por todo lo alto.

El elevadísimo peligro que implicaba allanar la mansión Obercome yendo además todas juntas, lo compensaron las damas en la elección del objeto a sustraer. Se trataba de un jarroncito japonés no demasiado grande, procedente de una dinastía milenaria, exquisitamente decorado con grabados en oro sobre un montón de grietas que Elinor jamás de los jamases había entendido, que la condesa exhibía en una vitrina cerrada al fondo del salón de bailes y del que siempre se vanagloriaba. Para el ama de llaves era una porcelana seguramente rota y vuelta a pegar, hasta que la inteligente lady Sarah le habló de la antiquísima técnica japonesa de reparar con oro las piezas defectuosas o quebradas para hacerlas, en lugar de inservibles, aún más hermosas que antes: se llamaba Kintsugi.

Mientras escuchaba la interesante explicación que ya había oído alguna vez hacía siglos de boca de su padre, Hope pensó dos cosas: primero que lady Sarah y el conde de Moncada habrían hecho muy buenas migas, siempre interesados en el conocimiento, siempre husmeando entre las páginas de los libros. Segundo, que después de perder la vida que le era propia en España se sintió como una de aquellas cerámicas valiosas pero despedazadas, y que solo Hugo Shelby, Elinor y las ladies habían conseguido cubrir las grietas si no con oro, con plata, con algo metálico y resistente. Porque la Esperanza de Montesinos de aquel momento, Hope, señorita Smith o lady Myrtle Brown, como quiera que la llamaran, se había endurecido sacando valor de sus heridas y lo que una vez fue rotura ahora se convertía en hermosa fortaleza. Especialmente

cuando el marqués de Heallford la miraba de aquella forma que la hacía sentir bella. Importante. Deseable. Digna de ser amada.

En la noche elegida, la condesa Obercome y su extensa plaga de sobrinos no se encontraban en casa. Tenían previsto asistir a una velada en la ópera y después, al finalizar el espectáculo, tomarían un tentempié de medianoche en la mansión de los condes de Bristol situada a poca distancia del teatro. Llegarían somnolientos y agotados, quizá un poco (o un mucho) ebrios, de todos era conocida la afición de la familia Obercome por la cata de licores, y los criados que se vieran obligados a mantenerse despiertos para recibir a la noble dama y su prole a su regreso, andarían como locos por irse a la cama, ya que las salidas nocturnas de los patrones no impedían que ellos se levantaran al amanecer con un sinnúmero de tareas pendientes. Eso haría mucho más sencillo moverse por la mansión. Ser un grupo numeroso entrañaba un grave riesgo, de modo que la entrada y la salida debían ser lo más rápidas posible.

—Creo que voy a echar mucho de menos estas aventuras nuestras —susurró Hope a Elinor cuando dentro de un carruaje de alquiler, se dirigían al cuartito rentado de las ladies donde solían cambiarse de ropa, esconder los botines, en definitiva, reunirse antes y después de los golpes.

—Suenas muy abatida —observó Elinor, que desde que había tomado la sublime decisión de olvidarse del vicario había perdido parte de su chispeante alegría—. ¿Tanto te afecta? Te aseguro que hemos reunido dinero suficiente para obtener una buena renta que nos permitirá vivir decentemente.

—Me dijiste que no pensabas morirte siendo ama de llaves.

—Y lo sostengo. Podríamos alquilar una casita en el campo, en algún pueblo cercano, o en las afueras de la ciudad. Y disfrutar de una vida apacible y tranquila el resto de nuestros días como dos adorables solteras —describió, hablando a borbotones, como si figurarse aquel futuro incierto le causara mucha emoción o mucha inquietud—. Juntas, salvo que acabes convirtiéndote en marquesa.

Remarcó su intencionada frase atizándole un buen codazo en las costillas.

—Elinor... —la reprendió Hope, con una risita.

—Solo hablo de lo que veo —replicó el ama de llaves con aire inocente.

—Con relación a lord Heallford... —empezó tímida, atragantándose con las palabras—, pienso volver por mi cuenta a su casa y devolverle el bastón.

—¿Por qué harías eso? ¡Tiene un puño de oro macizo que vale una fortuna!

—Porque es el único recuerdo que tiene de su padre y aunque no es un recuerdo grato, le pertenece. No debí llevármelo nunca, no tiene sentido. Puede que sea un libertino de reputación espantosa con amigos despreciables, pero conmigo ha sido bueno.

Elinor soltó una carcajada muy pícara. Hope la miró ceñuda.

—Muy bueno. Has oído bien. Ha sido amable y considerado y cuando no tenía a nadie, lo tuve a él.

Elinor la miró con gravedad, todo signo de mofa borrado de su precioso rostro.

—Me temo que..., más que suficiente para enamorarse.

Aquella no era una incursión más, tras ella no habría otra de momento y solo el cielo sabía si así sería para siempre. Eso la hizo mucho más excitante y llena de emoción. Esperaron, ni más ni menos que a las cuatro de la mañana para asegurarse de que todo el mundo roncaba. Solo disponían de un par de horas largas hasta que despuntase el alba, pero era más que suficiente: tenían perfectamente localizado el jarrón y no haría falta subir escaleras, se encontraba allí, en la planta principal, al alcance de la mano.

—Señoras —anunció pomposa lady Grace en un cuchicheo, todavía en los jardines junto a la entrada lateral a la mansión—, hagámoslo una última vez. Debo decir que ha sido un placer trabajar con ustedes todos estos años —desvió su mirada conmovida hacia Hope— y meses. Adelante.

Los pequeños y ágiles dedos de lady Clara trastearon con destreza la cerradura y en un abrir y cerrar de ojos se encontraron las seis rodeadas por las penumbras de la cocina.

—No se separen —aleccionó lady Grace en un murmullo apenas audible—. Parecerá una tontería, sin embargo, es importante que nos movamos juntas, como un solo cuerpo. Si algo ocurriera, recuerden que esta puerta continúa abierta y es nuestra principal vía de escape.

Todas asintieron con los corazones latiendo acelerados. Hope aseguró la tela que enrollada a manera de máscara le cubría el rostro y las siguió, ocupando el último lugar de la fila.

Cruzaron de puntillas el vestíbulo. Por las maravillosas claraboyas del techo se filtraba la

luna, su mejor linterna. Lady Grace se detuvo un instante en el centro mismo del despejado hall, observando concienzuda todas las puertas cerradas alrededor, tratando de discernir cuál correspondía a la gran sala de baile. Un puñado de segundos de demora que desquició los nervios de todo el grupo, allí, tan expuestas en una estancia tan amplia y tan sin escondites.

—¡Vamos! —la azuzó su hermana, tironeando de su manga— ¿A qué esperas?

—No estoy segura de cuál es la puerta...

Por toda respuesta, Elinor avanzó unos pasos, empujó la primera y fisgoneó dentro. Era un típico saloncito de té acogedor y con muchos tapizados de flores, no lo que andaban buscando.

Hope se adelantó e hizo otro tanto. Lady Clara las imitó. Y mientras la primera se adentraba en una especie de biblioteca de diario, la segunda volvía a toparse con una salita donde se recibían visitas a pequeña escala, esta vez, decorada en tonos amarillos y azul.

—Debe de ser esta —musitó lady Victoria, empujando sin hacer ruido las puertas dobles que le quedaban a más distancia.

Y en efecto, ante sus ojos se abrió un interminable salón ancho de profusa decoración en techo y paredes, cuyos detalles exquisitos nadie se había permitido apreciar nunca por estar habitualmente atiborrado de invitados. El suelo, en tarima de maderas nobles de distintos colores, era una primorosa sucesión de motivos en forma de mosaicos, estrellas y rosas de los vientos.

—Al fondo. Hay una pequeña vitrina... —susurró lady Grace, apuntando con el dedo.

Lady Sarah echó prácticamente a correr en aquella dirección y las demás la siguieron. Incluso la mandamás del grupo, después de una brevísima vacilación mirando al cielo con los ojos en blanco.

—Lady Clara... —pidió lady Victoria, señalando la cerradura.

La joven cabeceó y sacó del bolsillo su manojó de llaves maestras y ganzúas. Exactamente seis segundos y medio más tarde, uno por cada ladrona, la puertecilla estaba de par en par abierta y la fabulosa pieza de porcelana milenaria a su alcance, gritando «¡llévame pronto!».

Fue un momento reverencial en el que nadie se atrevió a moverse y se limitaron a contemplar la vasija. Solo lady Sarah terminó haciendo un brusco gesto hacia lady Grace, que se sacudió el pasmo y sujetándola con ambas manos, la liberó de su encierro.

—Nuestro último botín —entonó antes de propinarle un beso.

Dio un paso atrás para retirarse y justo cuando intentaba guardar el jarrón en la bolsa que llevaba colgada en bandolera, algo terrible ocurrió.

Le pisó la cola a un gato.

¡Un gato! ¿De dónde demonios había salido?

El animalito lanzó un maullido estentóreo y dramático, tal que si lo hubiera atropellado un carruaje, cuando lo cierto es que el zapato de la dama apenas si le había rozado la punta del rabo. Y salió huyendo del gran salón entre gritos y quejidos. Tratando de no caer de espaldas al perder el equilibrio, lady Grace trastabilló y el tesoro japonés voló por los aires por encima de sus cabezas.

Los ojos de todas persiguieron aterrados su perfecta trayectoria de parábola, temiendo verlo en el suelo hecho añicos (muchos más todavía) de un momento a otro.

Pero Hope saltó con envidiable agilidad y los brazos estirados por encima de su cabeza, y lo cazó al vuelo. Se escuchó un suspiro general de intenso alivio.

Las ladronas se miraron unas a otras con la sangre congelada en las venas, sin saber bien qué hacer. Lady Victoria fue la primera que puso rumbo a la puerta a toda velocidad.

Magnífica idea.

Quedarse allí acogotadas al fondo de una enorme sala diáfana sin apenas muebles y sin más salida que la entrada, era una idea estúpida y muy poco práctica. Mientras escapaban, el gato seguía montando su particular escándalo. Los metros cuadrados del vestíbulo parecieron multiplicarse, especialmente a ojos de Hope que seguía corriendo en último lugar, no por falta de habilidades sino por respeto a las ladies en la que era su triunfal (y por lo visto accidentada) despedida.

Oyeron abrirse una puerta, posiblemente al fondo de algún pasillo no muy lejano. El

ruido les puso el vello de punta.

—¡Orus! ¿Orus?

—Seguramente llaman al gato —siseó lady Clara al oído de Elinor, la única que tenía más a mano.

Pues sí. Porque el minino respondió con un largo maullido de protesta y resentimiento que sonó como un verdadero lamento humano.

—Pequeño, ¿qué ha pasado? —volvió a oírse la voz. Y unos pasitos inseguros que se acercaban corredor adelante les parecieron la más horrenda de las amenazas.

—¡Rápido, escóndanse! —las urgió lady Grace, desapareciendo, para suerte suya y de lady Victoria y lady Sarah, que trotaban a su lado, por la puerta de las cocinas.

De ahí a nada, en un salto, estarían en la relativa seguridad del jardín. Hope, por el contrario, se encontraba justo en mitad del recibidor sin ningún cobijo salvo el hueco debajo de la colosal escalera de subida a la primera planta. No se lo pensó dos veces.

Se refugió en la total oscuridad que reinaba bajo los escalones y se plegó sobre sí misma como un ovillo que apenas respiraba, comprobando desde su posición cómo una anciana en camisón y gorro de dormir aparecía iluminada por la luz de las claraboyas, a ofrecerle consuelo al caprichoso felino.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué protestas, Orus? ¿Tienes hambre?

¡No! ¡Hambre no! ¡La cocina! ¡La cocina debía quedar despejada o ella no tendría por dónde salir hasta que la criada volviera a acostarse!

—Estas no son horas para que un gatito refinado como tú coma. Luego te dolerá el estómago y se te soltará la tripa, ya nos ha pasado otras veces. Ven conmigo a mi cuarto, te dejaré que duermas sobre la colcha si prometes no afilarte las uñas en los bordados.

Y con el desagradable minino entre los brazos, la mujer desapareció a pasito lento por el mismo pasillo por el que había aparecido. Hope dejó salir el aire que tenía retenido en los pulmones y se enderezó para salir del escondrijo sin perder un segundo.

Solo que no pudo.

Un brazo fuerte como un tronco de árbol se enroscó en torno a su cintura y tiró de ella para devolverla al mismo lugar de donde pretendía huir, mientras una mano grande que debía corresponder al otro brazo, le tapaba la boca y le impedía gritar.

—¿Dónde crees que vas?

Con el corazón convertido en piedra, incapaz de latir y mantenerla con vida, a Hope se le pasaron por la mente todas las escenas de su corta existencia. Desde sus paseos a caballo acompañada de su madre, a las carreras de saltos con su padre y su hermano Diego. Las fiestas de cumpleaños, el día que su padre les regaló un precioso cachorro de mastín que murió de viejito tras una plácida y larga vida... El espantoso viaje en barco que la trajo a Inglaterra, la lascivia que destilaban los ojos del barón Cronwell y el desdén en los de su tía Lucy. La soledad, el miedo, la risa contagiosa de Elinor Gibbs, los niños Lindsey tocando las castañuelas...

—¿Quién diablos eres? —rugió la voz, ronca y fiera junto a su oído—. Todavía me duele la entrepierna tras nuestro encuentro.

Hope se revolvió, pataleó y forcejeó tratando de liberarse, pero su rival había tomado buena cuenta de su anterior experiencia y la había inmovilizado por completo. Por un instante sintió pánico; no obstante, cuando se calmó lo suficiente como para poder pensar, que no respirar, entendió que no iba a entregarla, eso estaba claro, implicaría delatarse él también. Quizá solo quería retorcerle el cuello o degollarla en agradecimiento por la patada en sus partes nobles y por haberlo despojado del collar de diamantes de la vizcondesa.

Todo un consuelo.

El desconocido, alto y fornido, la hizo girar sin aflojar el cepo de sus brazos con el que la retenía. También llevaba tapado el rostro, si bien cuando sus inconfundibles ojos la traspasaron, a Hope se le paró (esta vez sí) realmente el corazón.

Lo hicieron al mismo tiempo, como si hubieran orquestado un encantador dúo frente a un público inexistente: se arrancaron las máscaras el uno a la otra y quedaron frente a frente, tan sorprendidos como... ¿excitados?

—Vaya, vaya, vaya, lady Myrtle Brown —canturreó él, socarrón—. Creo que se ha equivocado de día, hoy no se celebra ninguna fiesta.

—Es posible que venga a verlo bailar a usted, milord, que ya veo que no necesita ni música —replicó ella con los dientes apretados.

—¿Usted fue...? —El estupor no le permitió acabar— ¿En la mansión Mellie?

Ella no se molestó en ocultar su absoluta perplejidad. La voz le temblaba cuando volvió a hablar.

—De todas las actividades indecentes en las que pensé que podría verlo implicado, lord Heallford, le juro que esta es la última que se me habría pasado por la cabeza.

—¿Le dijo la sartén al cazo? —reprochó él, con deje solemne y sin soltarla.

Los dos cuerpos cara a cara, tan pegados como una página a otra en un libro nuevo. Hugo tragó saliva notando cómo su desobediente corazón se lanzaba a un galope desesperado, al percibir que ella temblaba.

—En definitiva —susurró muy despacio, buscando su oreja—, somos dos maleantes. Tal para cual.

Un gemido que era más bien un jadeo fue toda la respuesta que Hope pudo ofrecer, incapaz de apartar las pupilas de sus labios jugosos.

—Ni yo soy un caballero ni usted está tan lejos de ser una lady como suponíamos —agregó, rozando con la punta de la nariz la sensible piel de su cuello. Arriba y abajo. Abajo y arriba. Loco por hundir los dientes en la suave carne y lamerla con ardor—. La he visto moverse por esos salones deslumbrando a todos con sus encantos como una verdadera dama.

Su osada caricia iba a matarla. Su aliento reptándole de la clavícula a la base de la oreja, colándose por la orilla de su escote. No podía soportarlo, ni siquiera podía pensar. Se distanció un poco, lo que pudo, y le brindó una dura mirada.

—Seguramente sea mucho más lady de lo que usted piensa, milord.

—Puede —concedió Hugo Shelby de mala gana—, pero no es cándida o inocente.

¿Acaso se lo estaba recriminando? ¿Qué esperaba? Era una mujer desamparada y sola tratando de ganarse la vida.

—Nunca he sido inocente, milord. Pura sí, eso no le permito que lo dude, pero no inocente. Mi padre fue espía al servicio de Su Majestad de España: me adiestró bien.

Healford parpadeó atónito despidiéndose, muy a su pesar y para siempre, del perfumado cuello femenino.

—¿Lo fue...?

—Alfredo de Montesinos y Moncada, conde de Moncada —pronunció con evidente orgullo—, mi señor padre, que en gloria esté.

—Hope... —El nombre bailó en la garganta de Hugo de un modo casi mágico.

La joven supo que debía desviar su atención del modo que fuera. Seguir por aquel camino, con su deseable boca a solo un palmo de distancia, era una vía estúpida directa al suicidio.

—Le devolveré el bastón que me llevé de su casa, porque sí, también entré a robarle a usted. Supongo que ni lo ha notado. ¿O me equivoco?

Él sacudió la cabeza despacio, dejándola sin saber.

—No tenía ningún derecho a tomarlo, le pido mil disculpas. Y ahora, déjeme ir, mis compañeras estarán inquietas pensando que algo malo me ha pasado.

Pero el marqués no la soltó.

Al contrario, su cuerpo duro y fibroso se apretó aún más contra ella, deseando hacerla suya allí mismo, en la clandestinidad de un hueco de escalera ajena. Cualquier promesa de olvidarla que se hubiera hecho a sí mismo, se volatilizó al instante.

—¿Piensa volver de noche a Grovenor House, a merodear de puntillas vestida de negro?

—¡Milord! ¡Suélteme de una vez! ¿No entiende que hay que irse? ¡Pueden descubrirnos, a cualquiera de los dos! ¿En qué está pensando?

—En que te deseo más allá de lo que debería estar permitido. En que me importas, en que no puedo imaginarme una vida donde tú no estés —le susurró cerca de la comisura de la boca, mareándola con la calidez de su aliento.

Se estremeció al oírlo. Debía ser sincera consigo misma. Con el tiempo le habían nacido unos sentimientos por él que ni entendía ni esperaba, pero que allí estaban, apoderándose de todo, y ahora tenía que ver cómo lidiaba con ellos. Negarlos le parecía una necedad.

Pero podía negárselos a él. Al menos en aquel momento tan inoportuno.

—¡Déjeme ir! Pronto despertarán los criados y...

De repente la liberó. Con una mirada de pies a cabeza que la quemó entera. Hugo había sentido su vulnerabilidad, fue sensible a sus necesidades, desde un principio Hope le había inspirado ternura y ansias de protección. Quiso ampararla, apartarla de todo lo malo que parecía acechar. Ahora se daba cuenta de lo imbécil que había sido, ella no lo necesitaba, era más que capaz de defenderse y valerse por sí misma; tenaz, valiente y poderosa como nadie que hubiera conocido antes.

Inclinó la cabeza a modo de reverencia, un gesto que no fue otra cosa que sincera y rendida admiración, antes de desaparecer en las sombras, dejándola con el pecho agitado y los ojos húmedos.

—¡Cielos, señorita Smith! —Elinor se arrojó en sus brazos en cuanto la vio aparecer en la calle— Pensamos que te habían pescado.

Mansamente, Hope se dejó abrazar, incapaz de despegar los labios.

—Alejémonos de la casa —sugirió lady Grace, retomando su batuta—. Detendremos un coche de alquiler e iremos al apartamento. A tomar un té. Y a sosegarnos.

Hope sacó el pequeño jarrón de su macuto y lo entregó reverente a lady Grace.

—Prefiero ir a casa a descansar. He pasado mucho... miedo.

—¿Pero la han descubierto? —insistió lady Clara con un gritito histérico.

La española sacudió abatida la cabeza. No podía seguir negándoles una explicación.

—Han estado cerca —musitó con desmayo, dominada por la ardiente sacudida de la cercanía del marqués que todavía hormigueaba recorriendo su piel.

—Yo la acompañaré, señoras —se ofreció Elinor, sujetándola por un codo antes de que cayera—. Buscaremos otro coche.

Las ladies las miraron con unos ojos afables rebosantes de cariño.

—Hagan hueco en sus jornadas para reunirnos cuanto antes en el salón de té. Por favor, no dejemos de vernos.

—¿Cómo sigue la señora?

Hope cerró con cuidado la puerta del cuarto de juegos donde acababa de dejar entretenidos a los niños Lindsay, a tiempo de cruzarse con Elinor en el ancho pasillo. El ama de llaves negó con la cabeza muy consternada.

—Sigue igual. Los médicos están otra vez con ella. No son muy optimistas que digamos.

Hope suspiró y recogió sus manos delante de la falda de su espantoso uniforme gris. Miró a su amiga, irreconocible con la espesa melena oscura recogida en un apretado moño bastante anticuado y las gafas falsas tras las que escondía su brillante personalidad.

—Es una auténtica tragedia. Estos niños..., la necesitan tanto.

—El señor Lindsay está inconsolable —cuchicheó Elinor, pendiente de que nadie las pillara conversando—. Se me parte el corazón, si hubiera algo que pudiera hacer...

—Rezaré por ella, porque se reponga cuanto antes.

—Y todo regrese a la normalidad. Esta es, de habitual, una casa dichosa.

—Nos veremos esta noche, bajaré a tu habitación.

—Me muero de aburrimiento, señorita Smith, no sé qué hacer con mi escaso tiempo libre ahora que las ladies... Bueno, ya sabes. Podríamos empezar a llevarnos mejor delante del servicio y terminar siendo buenas amigas. Si no hacemos algo así te juro que acabaré tirándome por una ventana.

Hope sonrió ante su vehemencia. El arrollador carácter de la señora Gibbs, que no dejaba

de fascinarla.

—O me emborracharé —añadió al ver que la institutriz no respondía—. Eso haré. Esta noche, cuando vengas a visitarme me encontrarás tirada en el suelo completamente ebria de vino barato. Deberías empezar a sentir remordimientos ya.

Dicho lo cual, dio media vuelta muy digna y desapareció escaleras arriba. A pesar de la tristeza que le provocaba la situación familiar, Hope no pudo contener una risita. Era imposible no adorarla, Elinor era tan, tan especial... Habían acordado centrarse una buena temporada en sus respectivos papeles de ama de llaves e institutriz, sin llamar la atención, rodeadas de una rutina discreta y muy corriente. El súbito empeoramiento de salud de la señora Lindsay y la alteración que trajo consigo para todos los habitantes de la casa, requirió durante días de toda su atención e hizo más sencillo olvidarse de la euforia, la excitación y la emoción que llevaban aparejadas sus insólitas actividades nocturnas.

Pero no facilitó el dejar de pensar en Hugo Shelby. Eso no le fue posible.

Su sonrisa canalla que se hacía tierna cuando se la dedicaba a ella era lo último en lo que pensaba cuando se iba a dormir y lo primero que recordaba al abrir los ojos. Y el que el marqués le enviase continuas cartas, notas y convocatorias a la mansión Astor, no la motivaba precisamente a olvidarlo. La última nota donde rogaba por enésima vez un encuentro venía acompañada de una breve carta de súplica por parte de lady Grace en la que le decía que, o le prestaba algo de atención a aquel pobre hombre perdidamente enamorado o la denunciaría a las autoridades por torturadora.

Hope soltó una carcajada suave al leerla. Luego plegó el papel, lo acomodó en su bolsillo y extendiendo de nuevo la nota principal volvió a recrearse en la cuidada letra de lord Healford, el armónico esmero con el que las palabras se enlazaban unas con otras y parecían danzar.

El corazón le propinó un pequeño pellizco de gozo y melancolía.

Era hora de enfrentar todo lo que sentía. Todo lo que parecía sentir él. Aclarar las cosas, poner las cartas sobre el tapete, como solía decir su padre. Depositó un pequeño beso en el papel después de doblarlo y lo guardó. El beso que querría haberle dado a él.

Los alejados y discretos jardines de Kensington seguían siendo un aceptable lugar donde reunirse sin llamar demasiado la atención. Los miembros de la alta sociedad londinense preferían echar el rato en Hyde Park, que era ya toda una institución en aquellos menesteres del dejarse ver y el chismorreó. El marqués la esperaba sentado en un banco junto a un pequeño templete construido para que una reducida orquesta amenizase las mañanas de los domingos.

Solo que aquel día era jueves por la tarde y apenas si paseaba un alma por los alrededores.

En cuanto la divisó de lejos se puso en pie con impaciencia. Hope había escogido un vestido sencillo de muselina color crema con discretos bordados, de los que había comprado con sus nuevos «salarios», ciertamente demasiado lujoso para una sirvienta, por eso los mantenía a buen recaudo para que nadie en la casa Lindsey los descubriera. No obstante, no podía salir a pasear con un caballero vestida de institutriz, eso sí que habría atraído las miradas de todo ser viviente sobre ellos. Ya estaba bastante mal que fuera sola, sin la compañía de una doncella o chaperone.

Iba dándole vueltas a todos esos probables escándalos en la cabeza, hasta que se topó con los ojos dorados más maravillosos de la tierra. Entonces todo se esfumó como una voluta de niebla bajo el sol.

—¡Has venido! —Si no era ansiedad extrema aquello que latía en la voz del marqués, que viniese Dios y lo viera.

Hope se emocionó tanto que olvidó regañarle por haberla tuteado. Asintió sin poder apartar la mirada de su deseable boca. Exactamente la misma tentación que lo dominaba a él.

—Pensé que teníamos algunos asuntos abiertos que tratar y..., cerrar.

—Estoy de acuerdo —concedió Heallford, dándole un par de giros frenéticos a su sombrero—. Empezaré yo.

—Eso no es demasiado cortés, milord —protestó Hope, esforzándose por mirar la punta de sus zapatos, asomando y desapareciendo del bajo del vestido al caminar.

—Pero es bastante más justo dado que me toca confesar que me dedico al..., en ciertas noches de tremendo aburrimiento..., —por extraño que pareciese tratándose de Hugo Shelby, no parecía encontrar las palabras correctas— al..., ladrocinio. Es su turno —añadió con precipitación.

Hope decidió calmar la tensión haciéndolo sufrir un poquito.

—¿Ya no me tuteas?

La pregunta, como era de esperar, lo desconcertó. Y le arrancó una sonrisa nerviosa.

—Tu turno —rectificó—. Confiesa.

—Pues también he saqueado alguna que otra mansión en hermosas noches de luna —admitió bastante más tranquila de lo que habría supuesto que estaría.

Quizá verlo a él tan histérico la hacía sentirse segura, en casi total dominio de la situación. Porque al bendito marqués, ese hombre por el que medio Londres suspiraba y el otro medio gemía de amor, le temblaba la voz y apenas si se atrevía a mirarla a los ojos.

—Es decir —resumió él con una nota de alivio en el tono—, que somos, como ya le dije, dos indeseables criminales.

—Yo no nos juzgaría de un modo tan severo, milord. No sé tú, lo mío han sido pequeños picoteos sin importancia.

—¿Llamas pequeños picoteos sin importancia al collar de diamantes negros de la vizcondesa Mellie? —se escandalizó el marqués, tropezando elegantemente con una piedra.

—Vale. Con alguna que otra excepción —se rindió ella—. Normalmente llevo una vida muy honrada, si no estoy robando o asistiendo a fiestas como lady Myrtle Brown, una dama a la que ya conoces bien, trabajo de institutriz para la familia Lindsey.

Hugo frenó en seco y se volvió a mirarla con los ojos ámbar desorbitados. Ella correspondió a su espanto con una graciosa mueca que en otras circunstancias lo habría hecho reír.

—Siento decepcionarte. Seguramente pensabas que al huir de casa de mi tía me refugié en la mansión de alguna noble amiga y llevaba una vida serena de lujos impecables. Pero los finales felices no llegan solos, tenía que ganarme la vida.

—Realmente, no sé qué pensar —resopló Hugo, confuso como una madeja de lana enredada—, eres una mujer desconcertante. Solo me quedan unas terribles ganas de abrazarte.

—Estamos en el parque, señor mío —apuntó ella, conteniendo el entusiasmo por lo que acababa de oír.

—¿Tú también lo deseas? Me refiero a..., abrazarme. Que te abrace.

Hope inclinó la cabeza en un gesto muy distinguido que era toda una invitación.

Hugo Shelby suspiró mirando a las alturas.

—¿Qué dirías...? Sé que va a sonar a locura, sé que te enfadarás conmigo o me tomarás por loco, hasta puede que...

—¿Sería mucho pedir que fueras al grano?

—Si yo te pidiera..., esto..., si yo te pidiera —carraspeó en mitad de la frase—, que te casaras conmigo... ¿aceptarías?

La española tragó saliva al tiempo que ordenaba a sus piernas que dejaran de temblar. Pero no le obedecieron. Señaló un banco cercano con el dedo extendido.

—¿Podríamos...?

Hugo la tomó cariñosamente por el codo y la cintura y sin pensar ni por un instante en qué podrían pensar de ellos los que miraran, si es que alguien miraba, la condujo hasta el banquito de madera a la sombra de un enorme roble.

—Me da igual que te opongas, que digas que no puede ser porque apenas nos conocemos..., aunque yo particularmente considero que nos conocemos mucho mejor de lo que pensamos. Llevas toda la vida protagonizando los sueños que creí que jamás se cumplirían, y por san Jorge que en esos sueños ya te he besado y has sido mía cientos de veces.

—Milord... —musitó ella, con voz estrangulada.

—Hugo, por favor.

—Hugo...

—He traído un anillo.

Por un segundo, en la mente de Hope, un enojo muy inesperado sustituyó al arrobó y los nervios.

—¿Tan seguro estabas de que aceptaría? —le rugió.

Él le regaló una de aquellas irresistibles sonrisas anchas con las que conquistaba a las mujeres y desarmaba al resto de humanos.

—Tenía que intentarlo.

—Hugo Shelby, eres terrible.

—Lo sé, me lo han dicho muchas veces. Pero aún no me has contestado. ¿Me aceptas o tiro el anillo al río?

—Tienes una reputación espantosa —comenzó ella.

—No del todo merecida, he de decir. La envidia es muy mala.

—No irás a negar que eres un libertino.

—No negaré que he disfrutado de los placeres de la vida. —Se encogió de hombros—. De algún modo era lo que se esperaba de alguien de mi condición. Creo que empecé a colarme por las noches en casas ajenas para sustituir por adrenalina la pasión de la lujuria y el alcohol. Como ves, soy fácilmente redimible.

—Aunque mi yo racional me aconseja que salga huyendo y no pare hasta llegar a Islandia, algo aquí dentro —se señaló el pecho a la altura del corazón— me grita que en el fondo eres noble y bueno.

—Lo soy —afirmó él con febril entrega.

—Y quiero creerlo. Es la versión que tengo de ti, Hugo, no lo puedo negar, es lo que me confunde. Porque el hecho de que seas amigo de lord Cronwell...

—Sobre eso hay algo que debo aclarar.

Un poco más tranquila y con el pulso menos acelerado, consciente de que aún no había respondido a su declaración de amor, Hope se reacomodó en el duro banco y lo miró de frente.

—Soy toda oídos.

—Verás... No te miento si te digo que el barón me parece tan despreciable como a ti.

Ella arqueó incrédula las cejas.

—Perdona que te diga, pero lo disimulas de maravilla.

—Tenía mis motivos para acercarme a él y trabar amistad —repuso Heallford con encomiable aguante.

—Ya deben ser de peso...

—Lord Cronwell tiene, entre las posesiones que trasladó a casa de tu tía tras la boda, un libro antiguo que contiene el mapa de un tesoro pirata escondido.

—Me tomas el pelo...

—Dios me libre. Ya te dije que antes me tiraba al mar que faltarle a mi esposa.

Ella reaccionó como si la hubiesen pinchado con un alfiler de sombrero.

—Todavía no soy tu esposa, ni siquiera he aceptado tu proposición.

—Confío en que lo hagas. El caso es que parece un grabado más, un adorno parte de la ilustración de una leyenda, pero es un mapa. Un mapa auténtico.

—¿En un libro? —Hugo asintió— ¿Lo reconocerías?

—Llevo media vida tratando de comprarlo. Pero una vez lo localicé, ese hombrecillo infame se me adelantó. Cuando ya había frecuentado su casa lo suficiente como para conocer a fondo la biblioteca, se le ocurre casarse y mudarse a otro sitio.

—A casa de mi tía Lucy —identificó ella, con los ojos entrecerrados.

—No he podido conseguirlo aún. No estoy familiarizado con esa mansión.

Hope lo miró con un destello de emocionante ilusión en las pupilas.

—Pero yo sí. Conozco cada pulgada de esa biblioteca como la palma de mi mano, me pasaba los días refugiada entre sus paredes. ¿El barón sabe que...?

—No tiene ni la menor idea. Le pasan las monedas de oro por delante de las narices, pero

es demasiado necio como para darse cuenta. Lo ignora todo acerca del tesoro. El que el libro cayera en sus manos solo se debe a una inconveniente jugarreta del destino. Lo que algunos llaman pura casualidad.

—Pero tú... —razonó Hope—. Tú no necesitas el dinero.

—Tienes razón. Pero necesito la aventura.

La española asintió. Podía entenderlo perfectamente. De hecho, ella sentía tres cuartos de lo mismo.

—Podríamos ser socios en esto. Buscar ese tesoro y disfrutarlo juntos. Hasta podríamos casarnos. Ah, espera, que eso ya te lo he propuesto hace un rato, aunque te niegas a responderme. Debe de ser que intentas aderezar esta declaración de compromiso eterno con su poquito de intriga y su purgatorio.

—Si aceptara... —comenzó ella mirándolo picarona por entre las pestañas—, eso supondría tener que volver a verte. Todo el tiempo.

—Es un pequeñísimo sacrificio si tienes en cuenta el beneficio que podemos obtener.

—Permite que me lo piense.

—¿Qué te tienes que pensar?

—Tú mismo me advertiste que no eras precisamente la compañía más sensata que podía frecuentar. Ni la que tú mismo me recomendarías.

El marqués bufó encendido de coraje. Por lo visto se había pasado meses arrojando piedras contra su propio tejado.

—Sí, me he esforzado mucho para aparentar ser un alegre irresponsable al que nada importa, aunque lo cierto es, mi querida señorita, que aun en contra de lo que dicta el sentido común, la quiero.

El latido de Hope volvió a enloquecer.

—¿Podrías sacarme de una vez de la duda acerca de si soy o no correspondido? Con esta tensión horrible vas a asesinarme —continuó Hugo con un lamento suplicante.

¿Dónde había aparcado su arrogancia? El canalla marqués que se burlaba de la gente,

especialmente de los aristócratas, raza a la que ella pertenecía y a él ya le constaba. El que los engañaba y los mezclaba con prostitutas y vagabundos, ese hombre, la miraba con los ojos encendidos de amor y la entrega grabada en cada sílaba que pronunciaba.

—Mi sentido común también me chilla al oído hasta dejarme sorda. Juntos somos demasiado peligrosos.

—Suenas excitante, ¿no te parece? —La miró con una intensidad más allá de lo soportable—. Que Dios me perdone, me muero por besarte, tengo tantas ganas de arrastrarte detrás de los arbustos y recorrerte completa, robarte la respiración con mis caricias que... ¿querrías ver los setos florecidos?

—Marqués, reprímase. —Hope se dio cuenta de lo mucho que estaba disfrutando con aquella situación—. Te recuerdo que, aunque no comparta la rigidez de la educación inglesa ni me comporte la mayoría de las veces como una damita recatada...

—¿La mayoría de las veces..., dices? —El marqués puso los ojos en blanco.

Ella prosiguió como si no lo hubiera oído.

—.... Soy una aristócrata de familia más que respetable, convenientemente educada bajo las normas de la decencia y el comedimiento. Olvida los setos.

Hugo la devoró con los ojos de oro. Le gustaba escucharla, su visión del mundo, de la vida, su capacidad de superación, su enorme dignidad como mujer.

—Por tercera, por cuarta vez, señorita Montesinos, ¿te casas conmigo?

Hope le mostró sus preciosos dientes en una sonrisa que llenó de oxígeno sus pulmones.

—Sí, milord, me casaré contigo. Y te robaré algo valioso todos los días.

Él se acercó más a ella, tomando sus manos y trenzando los dedos de ambos con agitación. El único contacto que podía permitirse estando, como estaban, en mitad de un parque. Cuando la miró, sus ojos increíbles estaban empañados por la emoción. Le besó apasionadamente los nudillos, una y otra vez, primero una mano, luego la otra, vuelta a empezar.

—Puede que lo más valioso que tengo, no me atrevo a asegurarlo, sea mi capacidad de amar. Y esa ya hace tiempo que me la robaste. Por favor, no la devuelvas nunca.

—¿Y le has dicho que sí?

Hope sacudió la cabeza con una sonrisa bobalicona clavada en la cara. Elinor se echó las manos a la cabeza.

—¡Santo cielo! No sé si beberme entera una botella de vino porque vas a ser marquesa o arrancarte los pelos por mentecata. Creo que me quedaré con lo primero, es menos desagradable.

—¿Por qué habría de parecerte mal? Tanto tú como las ladies os habéis pasado semanas empujándome en su dirección.

—Sí, claro que lo hicimos. Era evidente para todos, al menos para todos lo que no éramos tú, que ese caballero andaba perdida, locamente enamorado de ti. Y que a ti se te derretían las enaguas cuando se le mencionaba. Pero ahora, esta historia del mapa...

—¿Qué ha cambiado?

—¿Estás segura de que no se acercó a ti desde el principio con la intención de seducirte y que te convirtieras en la llave de la casa Cronwell?

La sonrisa de Hope se borró de un plumazo y su expresión se cubrió de sombras.

—Me gustaría pensar que no es así.

—Nunca peques de ingenua, querida.

—Debería meditar la posibilidad de que tengas razón —consideró muy desanimada.

—¿Por qué no lo robamos nosotras?

—¿El libro? ¿Y buscar luego el tesoro?

—Claro que sí.

—Sería una traición enorme.

—¿Y qué? ¡Lord Heallford pensaba utilizarte!

—¡Eso no lo sabemos! —se indignó Hope, expulsando de golpe todos sus recelos—.

Solo es algo que se te ha metido de repente en la cabeza...

—Algo muy plausible, no lo niegues.

—Lo que no lo convierte, desde ningún punto de vista, en cierto.

Elinor se dejó caer sobre el colchón haciendo un puchero.

—¡Estoy aburrida! ¡Necesito acción!

—No te la daré creando discordia y desconfianzas entre mi prometido y yo.

—Tienes razón. —Se cubrió la cara con las manos—. Perdóname, soy una loca desconsiderada. Por un instante he perdido la sensatez y el buen juicio. Me avergüenzo.

Hope se sentó a su lado y la abrazó con cariño.

—No haré nada a sus espaldas. Creo que no hay mejor modo de averiguar hasta qué punto me respeta y son honestos sus sentimientos, que ayudarlo. Poner ese mapa en sus manos y ver cómo actúa a continuación.

—Tú verás. Si te escucharan las ladies...

—No protestarían. Soy la única a la que le haría realmente falta ese tesoro.

—No es tan complicado, cariño. Si es un libro estará en la biblioteca.

Heallford cruzó los brazos sobre el pecho, refunfuñando como un crío.

—Sitio en el que buscar no es nada fácil. Ni divertido. Nos volveremos dementes antes de encontrarlo.

—Conozco todas las estanterías, el orden en el que están colocados. Yo los ordené muchas veces, de hecho.

Hugo suspiró y se ajustó los guantes. Desde el cielo, la luna iluminaba el recodo del jardín de la casa Picker, ahora Cronwell, donde se encontraban. Los dos vestidos de negro. Vestidos de hombre. Cubiertos los rostros.

Muy emocionados.

—Adelante pues. Los barones se han ausentado un par de días para visitar un balneario. La ocasión es inmejorable.

—La ventana de la segunda planta solía cerrar mal. La verdad es que no encajaba en absoluto —apuntó ella, elevando la mirada.

—¿La segunda planta? Dudo que la segunda planta quede cerca de la biblioteca. Además, ¿para qué arriesgarnos a escalar? Forcemos una de las ventanas bajas o las puertas laterales.

—Empieza a desencantarme tu falta de espíritu aventurero —se mofó Hope, frunciendo el morrito.

Hugo Shelby puso los ojos en blanco mirando al cielo con algo cercano a la desesperación.

—Contigo cerca envejeceré prematuramente, lo sé.

Ella lo castigó con un tierno y rapidísimo beso en los labios después de tirarle de la máscara para apartarla.

—Pero será un placer insoportable.

—A tu lado cualquier cosa, siempre. —Sacó del bolsillo el juego de ganzúas y ella se lo quedó mirando.

—¿Nada de segunda planta, entonces?

Heallford no respondió porque girar y sacudir los pequeños ganchos dentro de la cerradura requería de toda su concentración. Por más que lo intentó de todas las maneras posibles, no consiguió abrir. Hope aguardaba con las manos apoyadas en las caderas y las cejas arqueadas con impaciencia.

—¿La ventana de la segunda planta? —sugirió con triunfal malicia.

—La maldita segunda planta —gruñó él.

Pese a lo que ella hubiese podido temer al verlo tan reacio, Hugo resultó ser todo un atleta muy hábil en la escalada. En menos de tres minutos estaban los dos dentro de la habitación con la ventana defectuosa. El silencio era mortal. Y excitante.

Hope volvía a sentir aquella especie de diabólica euforia corriéndole por las venas. Podía entenderlo. Podía entender a su prometido (¡qué bien sonaba, por Dios!) y a las ladies. Aquello era un perfecto antídoto contra el tedio y la rutina. Podrían haberse decantado por una actividad que no infringiera la ley, cierto, pero no habría sido, ni de lejos, tan apasionante. Hugo Shelby echó un vistazo interesado a su alrededor.

—No me dijiste que la ventana rota daba al gabinete del barón.

Ella se encogió graciosamente de hombros.

—Tenía que reservarte alguna que otra sorpresa.

Él adelantó un paso ancho, la tomó sin avisar por la cintura y la empujó hasta dejarla acorralada entre su cuerpo y una gruesa estantería que se alargaba hasta el techo.

—Pienso cobrarme entre las sábanas tanto tormento, marquesa. En cuanto se celebre la boda no permitiré que salgas de nuestra alcoba en quince días —susurró pegado a su oreja.

Su lengua osada recorrió el esbelto cuello hasta el nacimiento de su pelo rubio tras la oreja. Con la mano libre retorció su melena y recogió en un puño, la apartó para atacar con toda la boca.

Los pezones de Hope respondieron al estímulo con tanta violencia como la entrepierna de milord. Tras sucumbir unos minutos a su deliciosa ofensiva, ella colocó las manos en el pecho de él y recreándose en la fortaleza de sus anchos pectorales bajo la ropa, lo apartó con un gesto perezoso.

—Tenemos una misión por cumplir —siseó, conteniendo la risa.

—Y una boda que celebrar. No veo el momento... —jadeó Hugo persiguiendo el perfume de su piel.

Hope se zafó con gracia de su abrazo y él quedó mordiendo el aire, muy frustrado. Chasqueó la lengua y suspiró embargado por la resignación.

—En fin, vayamos a lo que vinimos.

—Te recuerdo que eres tú, no yo, el que desea encontrar ese mapa...

—Minucias en comparación con mi deseo por ti, es un auténtico calvario. —Recalcó sus palabras cerrando sus largos dedos en torno a las nalgas de ella. Hope saltó a un lado ahogando un grito divertido.

—Terminarán cazándonos. Céntrate y guarda silencio.

—Hablas como una institutriz. De hecho, me recuerdas a la mía.

—Pues empieza a hacerme caso. —Se llevó un dedo a los labios indicando silencio—. Atravesaremos el cuarto del barón y bajaremos.

—Las ganas de cruzar toda la casa... —protestó Heallford.

—Bueno, no soy yo la que no ha conseguido abrir la puerta.

Él dio un paso adelante, bastante más libre de la calentura que lo dominaba hacía tan solo un instante.

—Por muy tentadora que resultes, no conseguirás que caiga en la provocación, señorita Montesinos, te lo advierto.

Abrió la puerta con relativa cautela, sabiendo como sabía, que el barón y su esposa se encontraban de viaje y la habitación estaría vacía. Desde luego, no esperaba ver lo que vio, que le hizo dar un respingo y extender un brazo para frenar el avance de Hope que venía caminando tras él, muy dispuesta.

La joven ahogó una exclamación de asombro. ¿Quién lo iba a pensar? ¡La cama de lord Cronwell estaba ocupada! Los dos ladrones se miraron con asombro.

—Ese no es el barón —aseguró lord Heallford.

—¡Es su ayuda de cámara! —identificó Hope al instante— ¡Será sinvergüenza...!

En efecto, el criado aprovechando la ausencia de su señor para disfrutar despatarrado de su colchón de plumas y sus sábanas de seda. Bocarriba y más feliz que en brazos, el hombre roncaba dichoso, a todo pulmón.

Se deslizaron con sigilo, pegados a la pared del fondo del dormitorio hasta alcanzar la puerta que daba al pasillo. Una vez estuvieron fuera, dejaron escapar el aire que la tensión retenía encerrado en los pulmones y a una señal de Hugo bajaron a toda velocidad la escalera. El vestíbulo no era muy amplio, de hecho, la mansión no era muy ostentosa ni muy grande, pero sí lo suficiente como para que los descubrieran y condenasen sin ninguna dificultad, caso de que alguien abriera una puerta. Hope indicó con un dedo la dirección en que se encontraba la biblioteca. Una vez dentro, los ojos del marqués recorrieron descorazonados los altos estantes plagados de libros.

—¡Maldita sea! Apostaría que este mequetrefe no ha leído un libro en toda su vida.

—Pero le obsesiona aparentar una gran cultura que es evidente que no tiene. No te entretengas en esos —advirtió cuando Hugo se plantó delante de una estantería, preparado para

iniciar la búsqueda—: son todas novelas románticas.

El marqués asintió y cambió de estante.

—Esos tampoco. Son tratados políticos.

Hugo Shelby bufó exasperado. Su dedo apuntó a otro más, situado a su izquierda, interrogándola con una ceja. Desde su posición, a cierta distancia, Hope meneó la cabeza.

—Biografías de hombres ilustres y esos de ahí —apuntó a la última estantería de la fila—, son tratados científicos.

—¿Entonces?

—Estos. Ven aquí.

El marqués obedeció sin rechistar, lo que a ella le produjo un inenarrable placer.

—Geografía, Historia y algún que otro tratado de cartografía.

—Hay muy pocos...

—Suficientes para llevarnos un buen rato. ¿Cómo es el libro que buscamos?

—Muy viejo y está encuadernado en cuero color borgoña con el dibujo de una brújula grabado en oro en la portada. El autor es un turco de nombre Malib Sheik.

—Manos a la obra.

Habían transcurrido unas dos horas, no sabrían decir con exactitud, y entre los dos habían registrado hasta el último rincón de aquella estancia. Al final no se limitaron al estante de Geografía y Mapas, la revisión afectó hasta el de las novelas románticas en su desesperado empeño por localizar el libro. Pero lo único que acumularon fue frustración y fracaso.

—Debimos empezar con la pequeña biblioteca del gabinete del barón —gruñó el marqués entre dientes.

Hope dejó de admirar su atlética silueta marcada con aquella ropa oscura tan atrayente, sus largas piernas y su cadera estrecha para recordar que, en efecto, en el despacho y sala de estar privados contiguos al dormitorio del indeseable aristócrata, había un mueble no demasiado

grande, con un buen puñado de libros colocados en estricto y maniático orden. Se palmeó la frente con la mano mientras asentía.

Sin necesidad de intercambiar instrucciones, los dos volvieron sobre sus pasos de vuelta al dormitorio donde el ayuda de cámara aún dormía como un santo que no conoce el remordimiento. No había cambiado de postura. Ni una pulgada. Hasta el camisón había tomado prestado, dedujo Hugo, al apreciar desde lejos lo suntuosa que era la prenda.

¡Atrevido malandrín irrespetuoso!

Guardando absoluto silencio y siendo más cautos que nunca por la proximidad del intruso durmiente, revisaron uno a uno todos los libros con creciente impaciencia. Los descartados los iba amontonando Hugo en una pila que pronto fue demasiado alta e inestable.

Todo ocurrió de repente. Varias cosas distintas coincidieron en idéntico segundo, sumadas para crear un terrible conflicto: Hugo Shelby dio por fin con el libro y lo alzó triunfante por encima de su cabeza con una sonrisa luminosa. La montaña de libros en precario equilibrio unos sobre otros se derrumbó con estrépito y el caradura del ayuda de cámara despertó de su sueño de querubín con un grito de pánico.

—¡Señor, yo no he sido, señor! —se le oyó gritar desde la cama.

Hope y Hugo se irguieron de un salto, rígidos como varas de hierro. La barbilla de la española apuntó en dirección a la ventana abierta, varios metros más allá, y la angustiada expresión de su cara indicaba máxima urgencia. Hugo asintió y juntos salieron corriendo del gabinete al mismo tiempo que el ayuda de cámara infiel, con los ojos pegados por el sueño, aparecía por la puerta.

No había tiempo que perder.

Ni siquiera cuando Hugo chocó contra un butacón en su precipitación por huir y el libro cayó al suelo, resbaló por la tarima de madera encerada y se alejó hasta perderse.

Healford quiso retroceder, pero la mano de Hope, bien atada a la suya, no se lo permitió. No podía exponerse a toparse cara a cara con el criado, daría la voz de alarma y en menos de un santiamén, toda la casa Picker estaría despierta.

—¿Quién anda por ahí? —balbuceó el ayuda de cámara entre bostezos.

—¡Maldita sea! —rugió Hugo entre dientes.

Hope ya se encontraba en el alfeizar de la ventana, haciéndole señas desesperadas para que saltase. Para terminar de redondear una noche de pesadilla, se había puesto a llover torrencialmente y el segmento de cornisa que debían recorrer a toda velocidad para alcanzar la hiedra que les permitiría bajar, estaba empapado.

Y resbaladizo.

Hope perdió pie cuando ya tenían el grueso tronco de la trepadora al alcance de la mano. Su esbelto cuerpo salió despedido y pareció volar por el aire ante los aterrorizados ojos de Hugo que se contorsionó para evitar que cayera. Con un movimiento inesperado y en exceso brusco, quiso sujetarla, impedir que la vieran si el criado se asomaba a la ventana... Quiso demasiadas cosas, pero solo consiguió sujetarla por las muñecas mientras la veía colgar desde el tejado a una espeluznante altura del suelo.

—Por amor del cielo, Hope, no te sueltes, ¡no te sueltes, por lo que más quieras!

Ella incrementó la presión entre sus dedos enredados y se balanceó un poco antes de apoyar las suelas de sus zapatos contra la pared. Sus pupilas ansiosas viajaban del rostro desencajado de Hugo hasta la ventana abierta por la que temía ver aparecer al ayuda de cámara de un momento a otro. El fuerte viento de la tormenta recién desencadenada batía la portezuela de la ventana ocasionando un fuerte estruendo.

Por suerte, solo vio un par de manos pálidas poco dispuestas, al parecer, a mojarse, que tiraron fuerte de la ventana y la cerraron con un portazo. El suspiro de alivio que escapó del pecho de Hope, la ayudó a ascender como si de repente le hubieran brotado alas en la espalda. Entonces Heallford trató de abrazarla y simplemente... ¡Resbaló!

Sin poder hacer nada que lo frenase, Hope lo vio caer al suelo del jardín desde el segundo piso, horrorizada, y salió corriendo con toda la precaución que le permitía su corazón enloquecido hasta la hiedra por la que descendió como un gato. Hugo estaba tumbado bocarriba, empapado y con los ojos cerrados. Por el camino, Hope rezó con un fervor que ni sabía que

tuviera. Se arrodilló junto a su amado y le retiró el pelo de la cara.

—¿Hugo? ¡Hugo! ¡Mi amor, abre los ojos, contéstame!

Él hizo lo que ella le pedía con mucho esfuerzo.

—Demonios, creo que me he partido un brazo —resolló con la mandíbula apretada.

Durante cinco días completos, los médicos no permitieron que el marqués se moviera de la cama, con el brazo en cabestrillo y luchando contra las fiebres del enfriamiento. En todo ese tiempo, Hope no se separó de su lado. La casa Lindsay ya estaba al tanto de que su institutriz se casaría en breve y le permitieron ausentarse a cuidar la salud de su prometido sin poner ningún obstáculo. Bastante tenían ellos bregando con el temible sufrimiento que les acarreaba la enfermedad de la señora Lindsey, cuya vida se apagaba lentamente.

—No puedo creer que perdiera el libro cuando estaba tan cerca... —masculló Hugo rabioso entre dientes—, no puedo creerlo.

—Volveremos a intentarlo —prometió Hope, cargada de paciencia—. Llevas tres días maldiciendo sin parar. Abre la boca... ¡Que la abras, te digo!

Hugo obedeció de mala gana y Hope le introdujo la cuchara cargada de caldo.

—¡Qué mandona! No quiero más, amor, no tengo hambre.

—Solo una. Es muy nutritivo y te ayudará a recuperarte, lo ha preparado la señora Hills, que cocina como los ángeles.

—¿Qué tiene de malo mi cocinera? —Heallford fingió ofenderse.

—Absolutamente nada, ¿quién ha dicho que lo tenga? Tan solo pretendía que cambiases de paladar.

—Ah, si es por eso... Pero que conste que no te conviene enemistarse con la jefa de las cocinas antes de convertirte en marquesa y dueña de la casa. Mi señora Boyle es en sumo grado sensible a los desprecios.

Hope apartó el cuenco de sopa y le limpió amorosamente los labios con una servilleta limpia. Hugo tenía la boca más deseable, besable, cautivadora, que había visto en su vida. ¿Sería de muy mala educación y estaría muy mal visto arrojarse sobre un pobre tullido y besarlo hasta hacerle perder el conocimiento?

—¿Quién la desprecia? —quiso saber tras un carraspeo con el que alejó pensamientos indecentes.

—Ya sabes. Su sopa, cuidarme...

Ella se inclinó sobre el marqués y le regaló un pícaro mordisquito en la boca que encendió el deseo masculino bajo las mantas.

—Nadie se acercará a mi futuro esposo más que yo.

—Así me gusta, defendiendo con brío tu castillo.

—¿Tú eres mi castillo, cariño?

—Soy lo que tú quieras que sea. Espera a que se me cure el brazo y verás lo que es bueno.

Con la mano libre le apresó un pecho que se tensó de inmediato por encima del escote. Hugo repasó con devoción la cremosa piel antes de relamerse.

—¡Las manos quietas, milord! —rio ella, apartando sus dedos con un jugueteo.

—¿Podemos adelantar la boda? Ya que mi vida corre serio peligro... Sería una desgracia dejarte viuda antes de formular mis votos como Dios manda.

—Podríamos —consideró ella con burbujeante ilusión. De repente se puso seria—. Hugo, debo hablar con mi tía. Debe saber que sigo en Londres, que me caso.

Heallford arrugó el ceño. En opinión de la dama, estaba guapísimo cuando hacía eso.

—No es que me agrade, pero no dejo de entender que quieras hacerlo. ¿Cuándo irás?

—Si no tienes inconveniente, esta misma tarde.

Él le tomó una mano y su pulgar distraído marcó circulitos tiernos en su palma.

—Pensé que esperarías a que los doctores me permitan acompañarte.

—Eres..., se supone que eres incondicional del barón. Y el barón es mi enemigo declarado. Se sentirán traicionados, no hay necesidad de montar una escena tan desagradable.

—Pero ¿y si lord Cronwell está presente? ¿Y si aprovechan para humillarte o...?

—A estas alturas estoy curada de espantos, te lo aseguro. Les informaré acerca de la boda, aunque no pienso extenderles ninguna invitación. Sé que suena grosero, pero...

—¡Es genial! —se alborotó él, recuperando el brillo acostumbrado en las pupilas—. No acierto a imaginar una bofetada más elegante, sutil y dolorosa. Te adoro, mi amor, eres una criaturita diabólicamente encantadora.

Hay veces en la vida en que te entretienes en forjar mil planes: el A como principal, el B y el C por si el A falla, amén de otras cuatro o cinco salidas airoas con comentarios ingeniosos o frases lapidarias que te permitirán salir con dignidad de cualquier apuro.

Para luego no tener necesidad de usar ninguno de ellos.

Eso fue lo que ocurrió cuando Esperanza de Montesinos, Hope en Londres y para los británicos, visitó a su tía Lucy después de tanto tiempo, después de haber huido de la protección de su hogar al amparo de la madrugada, como una delincuente. No solo su tía la recibió sola (y abandonada) en casa, sino que además se arrojó a sus brazos, inconsolable, en mitad de un ataque de llanto.

—¡Hope, Hope! ¡Sobrina querida!

La joven hizo un débil intento por corresponder a su efusividad al tiempo que se distanciaba para poder verle la cara. La baronesa estaba pálida y mucho más delgada que la última vez que se vieron. Círculos violáceos bajo sus ojos daban prueba de muchas noches de vigilia, de una amargura y desconsuelo sin parangón. Prácticamente la arrastró hasta el sofá de

rayas donde había estado sentada hasta que la vio aparecer por la puerta. Ordenó té al servicio y en cuanto se quedaron solas tomó las manos de su sobrina entre las suyas, presa de una insoportable agitación.

—Menos mal que has vuelto, que estás aquí, que... ¿Cuándo llegaste?

—Jamás me marché, tía.

Lucy se secó la lágrima que rodaba por su mejilla hundida.

—¿Acaso no volviste... a España?

—No lo hice. En España ya no me queda nada.

—Pero... Pero..., entonces, ¿por qué? ¿Por qué abandonar a tu única familia?

—El barón ni es, ni ha sido, ni será familia mía —sentenció con firmeza—. Usted prefirió creerlo a él poniéndome en duda a mí. En esas condiciones, continuar bajo este techo era impensable.

—Oh, el barón... Si yo te contara... —Parecía a punto de romperse en pedazos.

—Cuénteme, tía. A diferencia de usted yo sí estoy dispuesta a escucharla.

Lucy levantó unos ojos apagados, sumamente tristes. Se puso en pie tambaleante y retorciéndose las manos, fue hasta la ventana atisbando ansiosa el exterior.

—Tenías razón, Hope, no me casé con un hombre honorable. He descubierto que acosa a una jovencita de un pueblo cercano, casi una niña. La persigue y la hostiga desde hace tiempo, los rumores ya corrían por toda la ciudad a mis espaldas... He sido la última en enterarme, qué bochorno.

Hope se preguntó si debería consolarla. Pero por más empeño que puso, de sus labios no brotó ni una letra de consuelo. Cuando volvió a fijar la atención, tenía a Lucy sentada nuevamente a su costado. Aún más nerviosa y desquiciada que antes, llorando desesperada.

—Lo peor de todo es que piensa traerla a esta casa como pupila. ¡A mi casa! Para continuar su degradante actividad con total e imperdonable descaro ante mis ojos. —La voz pasó de estar entrecortada a convertirse en un montón de piedras atascadas en mitad de su garganta.

Hope sintió compasión por aquella pobre mujer seducida y estafada de tan mala manera.

—Tú tenías razón, toda la razón en cuanto a..., en cuanto a él. Te juzgué mal, fui odiosa contigo. Ahora recibiré mi justo castigo por haber estado tan ciega.

La española se humedeció los labios repentinamente secos y tomó con afecto una mano de su tía. Estaba helada como un copo de nieve y tan lánguida como si ya estuviese muerta. Al transcurrir los minutos, su corazón se había ido ablandando pese a que al principio pensó que el merecido sufrimiento de Lucy Picker la traería sin cuidado.

—Tía, a veces el amor nos empuja a hacer cosas indignas. Y tú estabas enamorada. No te culpes.

La mujer sacudió la cabeza con energía y rechazo.

—Me avergüenza tanto haber entregado mis sentimientos a alguien como Gilbert... Y haberle permitido, de paso, arrebatarme la única pariente viva que me quedaba. Tú, querida sobrina, la hija favorita de mi preciosa hermana...

—Vine para invitarla a mi boda, tía. ¿Vendrá?

Lady Cronwell la miró boquiabierta. Empezó a temblar.

—¿Boda?

Hope asintió con una dulce sonrisa.

—¿Es que... te casas? ¿Con quién?

—El barón no está invitado —fue la dura aclaración de su sobrina.

La dama se secó con premura las abundantes lágrimas que mojaban su cara. Las enjugó durante un buen rato con un pañuelito bordado y Hope no quiso interrumpirla comentando algo que solo la heriría más profundamente. Lucy asentía en silencio como si conversara con un ser invisible.

—Lo comprendo. Y lo acepto —balbuceó cuando fue capaz de articular—. No dispongo de mucho dinero para mi manejo particular, pero si hay algo en esta casa que desees, lo que sea, dímelo y te lo entregaré como regalo de bodas. Pídeme lo que quieras.

Los ojos verdes de Hope soltaron un destello que habría rivalizado con la más furiosa estrella.

—¿Lo que quiera? Pues ahora que lo dice, tía, hay un viejo libro...

Dos años más tarde...

Un enorme barco con las velas hinchadas y el casco brillante de pez los trajo de regreso a Inglaterra desde el lejano mar Caribe. A ellos, los marqueses de Heallford, a su hermoso bebé George de ocho meses y al fabuloso tesoro del galeón español enterrado siglos atrás por los piratas. Hugo negoció un acuerdo con el museo británico para que las piezas más relevantes del tesoro, alegando que era todo lo que habían hallado, se expusieran al público. El contenido en oro de los cofres pasó clandestinamente a formar parte de la fortuna particular de sus Señorías y todo objeto que tuviera origen español constituyó el regalo personal que el enamorado marqués hizo a su esposa Hope.

—¿Se ha dormido?

La marquesa de Heallford se apartó un bucle rubio de la frente y sonrió tan dulcemente que, a Hugo Shelby, el corazón se le licuó como niebla de verano. Qué distinto aquel camarote y los recuerdos que en él había atesorado tras su expedición y las increíbles aventuras que la rodearon, del que la llevó de España a las islas británicas hacía ya tanto.

—Completamente. Lo he dejado con Mammi, nuestro principito no volverá a abrir los ojos hasta la hora del desayuno.

—¿Quién no se dormiría escuchando tus nanas? —Hizo una seña impaciente para que su esposa se aproximara—. Ven aquí, siéntate sobre mis rodillas.

Hope obedeció y rodeó el fuerte cuello con sus brazos. Los labios de ambos se encontraron en una caricia mimosa, se recorrieron con suavidad en un roce, un camino de piel con piel tan delicioso como perverso. Un primer contacto que elevó la temperatura de sus cuerpos y puso su sangre a arder.

—Con esa voz de miel tuya... —retomó el marqués, pasando la boca húmeda por el cuello femenino, notando cómo reaccionaba su carne— con la que me enloqueces —un pequeño mordisco que la hizo jadear—, me haces hervir —un pequeño reguero de besos—, y perder por completo el control.

Sin dejar de provocarlo con la mirada, Hope le desabrochó la camisa. Lentamente, botón a botón, anticipando el placer infinito que les aguardaba. Se inclinó sobre él y lamió el triángulo de piel dorada que daba entrada a sus hombros.

—Voy... a... devorarte.

—No antes de que yo te devore a ti, mi indomable aventurera.

De un tirón ansioso, la despojó de la camisa ligera que la cubría, para recrearse con su divina desnudez. Desde la pared, el retrato de la española pintado por un prestigioso artista de Trinidad observaba. Los ojos verdes entrecerrados, como los de un gato que acecha en la oscuridad. Los finos dedos de Hope peinaron el denso cabello oscuro de su marido, arañando con pasión la piel del cuero cabelludo. Agarró fuerte los mechones y tiró de ellos mientras lo abrasaba con la mirada.

—Mi mujer lleva fuego en las venas —susurró Hugo junto a su oído, ciego de deseo.

La envolvió entre sus brazos y modificó su posición, colocándola a horcajadas contra su cadera. Heallford siempre sabía qué hacer, qué herramientas regalarle para que Hope se sintiera poderosa. Una postura, la iniciativa en los besos, un mordisco salvaje, las uñas de ella clavadas en su piel. Su risa grave que cada vez, le recorría, tentadora, la espalda, los huesos, el vientre, hasta el centro de su deseo.

El placer más intenso le estalló en el vértice del triángulo entre los muslos, en los pezones endurecidos, cuando de un solo movimiento, Hugo levantó sus caderas y la penetró, llenándola. Ella arqueó la espalda, se onduló como el agua de un estanque, conduciéndolos a ambos, con aquella demencial danza, hasta la cima.

—Hugo... —su voz no era más que un jadeo.

—Te amo, mi guerrera osada, mi aventurera, cómo te amo.

La voz de su marido, masculina, penetrante, sensual. Cuatro brazos como cuatro cintas de seda, perfectas para atar a la vida dos cuerpos enamorados, se enredaron junto a un beso profundo, para unirlos como se unían cada noche desde que se casaron. La respiración agitada, los dedos de manos que se buscaron con desesperación para trenzarse.

Hope buscó su cuello con la nariz y aspiró profundo.

—Sigues oliendo igual, amor mío.

—Y tú, hueles a jazmines incluso donde no crecen.

Ella frotó su mejilla contra la de su esposo en un movimiento lento y perezoso.

—¿Salimos un rato a cubierta? Quiero saludar la costa de Inglaterra desde lejos, parece que hace una eternidad que nos fuimos.

Se vistieron entre jugueteos y risas, y abandonaron el camarote cuyas paredes, caso de hablar, escandalizarían al más atrevido. Aquel barco se había convertido en su hogar durante muchos meses y jamás, por mucho que vivieran, podrían olvidarlo.

Una vez en cubierta, acunados por la brisa y la caricia del sol, la marquesa oteó la línea de tierra del horizonte que se marcaba limpia y definida en la distancia.

—Volvemos, vieja Inglaterra. A enfrentar preguntas y conjeturas. ¿Qué pasará ahora con mi nombre? Con el de Myrtle Brown... Así me conocen en los salones de baile.

Heallford no pareció concederle al hecho demasiada importancia. Con ese aire suyo tan imperturbable y tan frívolo de siempre, como si nada en esta vida fuera lo suficientemente importante como para perturbarlo. Con que el bienestar y la salud de su esposa y su hijo estuviesen garantizados, ya se sentía pagado, ya tenía todo lo que podía desear y más.

—Desde el día de nuestra boda pasaste a ser lady Heallford, marquesa de Heallford. Olvídate para siempre de ese anodino Brown. En cuanto al nombre, diremos que Hope es tu segundo nombre y que a todos nos gusta más. Querida, tranquilízate, no te preocupes lo más mínimo, no es nada que un encantador tramposo como yo no pueda solventar.

Hope sonrió con dulzura y apoyó la cabeza en el pecho de su esposo que la rodeó desde atrás con sus brazos, apoyando el mentón sobre su coronilla.

—Echaremos de menos el ajetreo de estos tiempos que dejamos atrás —adivinó ella con una chispa de melancolía en la voz.

—A cambio, disfrutaremos de nuestra casa, de ver crecer a nuestro hijo, seremos condenadamente felices y cuando Georgy crezca...

—No demasiado...

—No demasiado, no hará falta. Quedan muchos tesoros por descubrir en el Caribe, amor. ¿Imaginas la cantidad de gente necesitada que verá cambiar drásticamente su vida con todos esos doblones?

Hope notó cómo su rostro se relajaba por culpa de una sonrisa. Giró entre los brazos de su esposo quedando frente a frente, a menos de un palmo de distancia, alborotado el cabello de ambos por el suave viento, centelleando de amor y deseo las pupilas como cada vez que se miraban.

—Doy gracias a Dios cada día y cada noche por haberte encontrado —le susurró él, entre dientes—. Tan perfecta, tan maravillosa, tan diferente a todo el mundo, tan igual a mí.

—Cuan orgulloso estaría mi padre de haberte conocido, Hugo, encarnas el ideal de aventurero intrépido que él siempre fue.

Lord Heallford apretó más el abrazo que lo vinculaba a su esposa, la mujer que le había robado el corazón para la eternidad.

—¿Crees que me habrían aceptado como espía de la corona?

—Desde luego que sí, no te quepa la menor duda. Espera... ¿qué andas maquinando?

Hugo dejó escapar una fresca carcajada.

—En breve haremos un bonito y prolongado viaje a España, para que puedas mostrarme de primera mano las maravillas de tu tierra, ¿te parece?

GRACIAS por leerla. ¿Te ha gustado? Por favor, deja una VALORACIÓN / OPINIÓN en Amazon a través de este enlace. Me ayudarás a difundir la novela y apoyarás mi trabajo.

Te dejo el link que debes pinchar. ¡¡GRACIAS!!

<https://goo.su/lb6ptJD>



Código QR para valoraciones y reseñas. Si lo usas te lo agradeceré en el alma ù

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA:

SERIE «GUANTE DE SEDA»

Amor, humor, pasión, aventuras, misterio y secretos
familiares en la Inglaterra de 1815

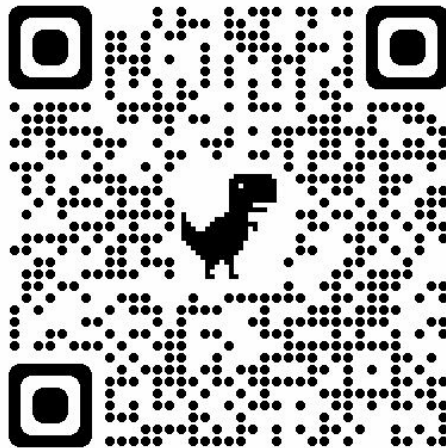
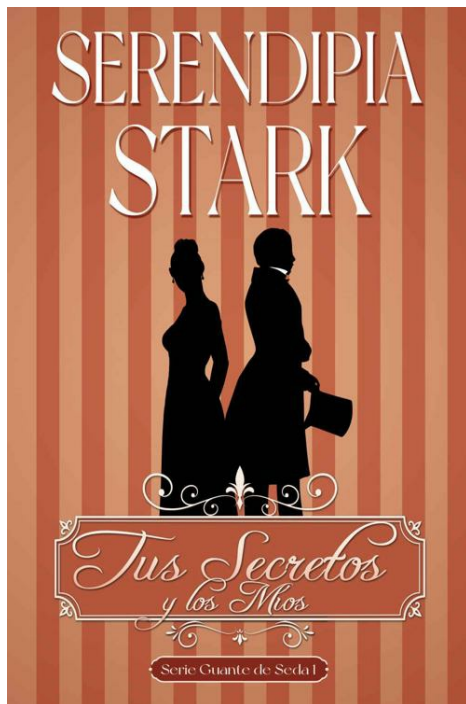
Cuando las mujeres se necesitaban más que nunca y sin
embargo, eran rivales

Sororidad, capítulos cortos, mucho diálogo, lectura ágil,
diversión asegurada

TUS SECRETOS Y LOS MÍOS:

Enlace Universal:

<https://mybook.to/tussecretosylosmios>



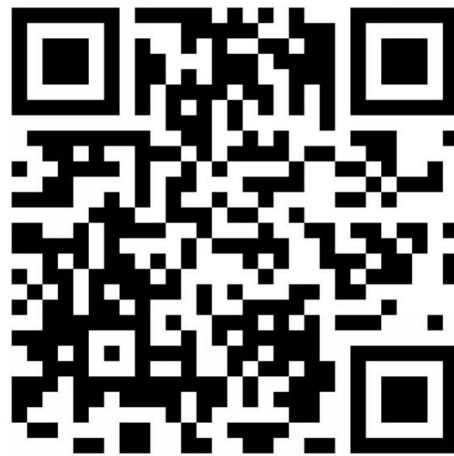
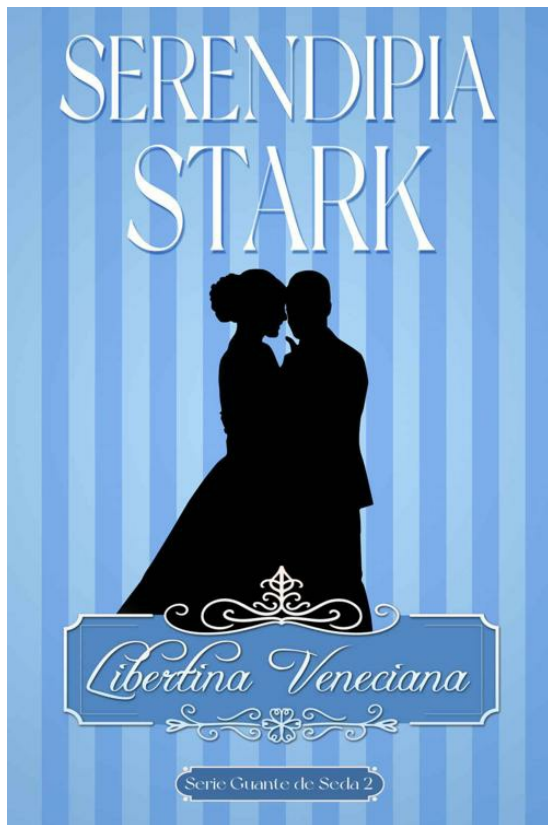
[Empieza a leer GRATIS:](https://acortar.link/Yp80Sv)

<https://acortar.link/Yp80Sv>

LIBERTINA VENECIANA:

Enlace Universal:

<https://mybook.to/libertinaveneciana>



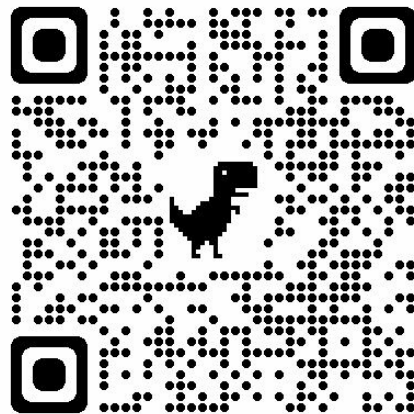
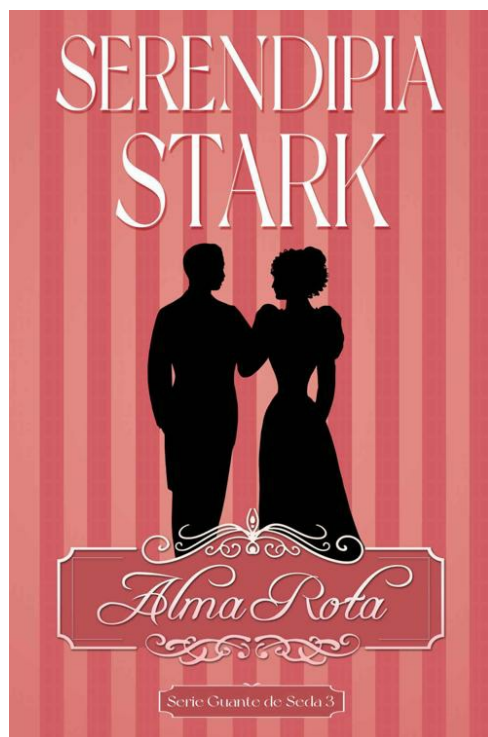
Empieza a leer GRATIS:

<https://acortar.link/FioXD8>

ALMA ROTA:

Enlace Universal:

<https://mybook.to/almarota>



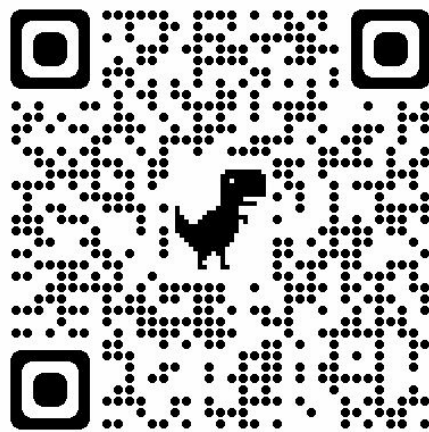
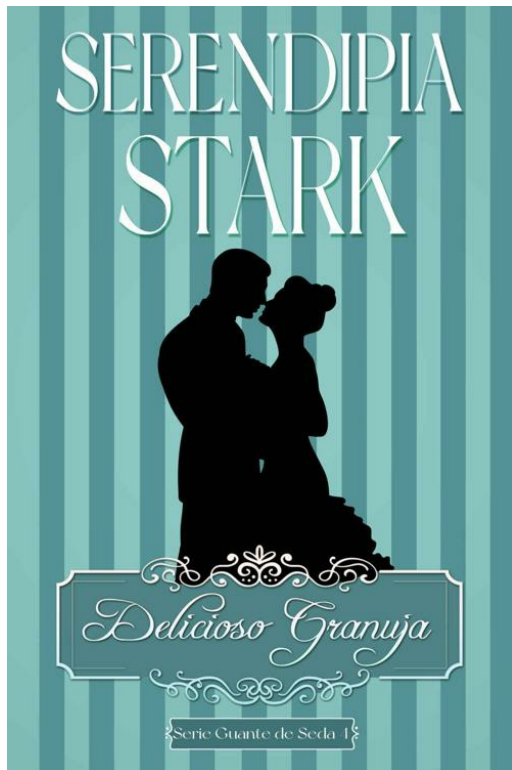
Empieza a LEER GRATIS:

<https://acortar.link/WjfpE>

DELICIOSO GRANUJA:

Enlace Universal:

[Comprar aquí](#)



Empieza a LEER GRATIS:

<https://acortar.link/m87EcW>

Próximamente...

Segunda entrega de la serie «Las ladies»

Prólogo

LONDRES,
1822

11 meses antes.

—Sabíamos que un día u otro esto tenía que pasar, pero... —La dama suspiró afligida y se secó la lagrimita que rodaba desde la esquina de su ojo, mejilla abajo.

—El que se esperase no le resta gravedad —convino el estirado caballero que se sentaba a su derecha—. Qué sinsentido, qué contradiós, qué injusticia tan grande.

—Una madre de familia tan entregada a su esposo y a sus hijos —dijo otra, con un hipido.

—Y tan joven..., tan joven.

—¿Y qué me dicen del viudo? Solo, con tres niños a su cargo y en la flor de la vida. Tarde o temprano tendrá que pensar en volver a casarse, aunque solo sea por sus hijos...

La señora que lloraba arrugó los labios como si fuese una col.

—De todos es sabido que la presencia de una madrastra en casa no es nunca conveniente.

—Hay buenas madrastras, señorita Shell —la contradijo con suavidad la otra dama más anciana—. Mujeres de corazón grande y bondadoso a las que no les incomoda hacerse cargo de los hijos de otra.

—Confiemos en el buen juicio de nuestro Robert para elegir sustituta —suspiró el caballero, como si en lugar de en un velatorio estuvieran en una fiesta de compromiso matrimonial ya formalizado.

El apretado grupo de visitantes se repartía por los sillones libres en el salón de recibir de

la casa Lindsay, atendidos por los desolados sirvientes, degustando copitas de Oporto, fingiendo que no les gustaba. No era de buena educación disfrutar en una situación penosa como aquella, había que mantener la compostura y la cara de acelga hasta irse. Estaba terminantemente prohibido sonreír o sostener cualquier tipo de conversación mínimamente agradable. Lo mejor visto era llorar hasta desfallecer.

Elinor Gibbs, en su papel de estricta ama de llaves, cruzaba la estancia a toda velocidad, en todas direcciones, procurando que todo el mundo estuviese atendido; dando instrucciones a las doncellas para que sirvieran los refrigerios a buen ritmo, que los que ya se marchaban fuesen escoltados hasta la puerta y en definitiva, que nada faltase, mientras sus ojos escapaban una y otra vez en dirección al estrecho sofá de rayas donde Robert Lindsay, señor de la casa, con la cabeza hundida contra el pecho se sacudía bajo inconsolables sollozos como la viva imagen de la desolación que era.

En perfecta sincronía con ella, el mayordomo acudía de continuo al recibidor a cumplir con su cometido dando la bienvenida a los visitantes que seguían fluyendo, llegando a ofrecer sus condolencias a la familia. Elinor lo vio tambalearse un par de veces, apoyarse contra una pared para no caer una tercera, y se acercó, alarmada.

—Señor Wilson, ¿se encuentra bien? —siseó, asegurándose de que nadie salvo él la oía.

El buen hombre hizo lo posible por sonreír. Lo delataban los ojos enrojecidos e hinchados.

—Sí, señora Gibbs, no se preocupe, me encuentro perfectamente.

Elinor lo miró con ternura. Era un anciano ya, cumplidor y comprometido, con demasiadas responsabilidades sobre las espaldas a su avanzada edad. Peor aún, había sido mayordomo en la casa familiar de la difunta señora Lindsay y prácticamente la había criado. Siempre lo unió un especial vínculo casi afectuoso a la chiquilla cuyo corazón ya nació enfermo, que pasó la vida entera peleando por seguir viva, y si bien él jamás se sirvió de ello para obtener prebendas, su enfermedad final y muerte lo habían afectado al máximo.

—Debería retirarse un rato a descansar. Aquí todo está bajo control, yo me ocupo —se

ofreció Elinor, dándole unas suaves palmaditas en la arrugada mano.

—¿Y los niños? ¿Dónde están los niños?

—En sus habitaciones, con la nanny. También necesitan algo de reposo, estos tres últimos días han sido un calvario para ellos.

El mayordomo cerró los ojos y una lágrima rodó mejilla abajo.

—Cuánto la van a echar en falta.

—Ojalá la marquesa no estuviera de viaje, su presencia entre nosotros ahora sería de gran ayuda, tiene una capacidad innata para consolar a los niños y hacer que todo el mundo se sienta mejor.

Al oír mencionar a Hope, al anciano se le escapó una sonrisa abatida.

—Ah, la magnífica señorita Smith, qué terrible pérdida eso de que se haya convertido en marquesa.

Elinor apoyó su mano en el antebrazo del señor Wilson.

—Vendrá a vernos apenas regrese. Ya le he escrito contándole la triste noticia. Pero está navegando cerca de las Américas, no sé cuándo recibirá mi carta.

—Esto no debería haber pasado.

—Desde luego que no, Dios nos asista. Ande, señor Wilson, échese un rato, mandaré que le sirvan un té.

El mayordomo sacudió con brío la cabeza como si la sola idea de ausentarse y descuidar sus deberes le resultara espeluznante. En aquel instante, el lacayo que momentáneamente lo sustituía frente a la puerta principal, dio paso a un nuevo grupo de condolientes que entraban en la casa Lindsay a toda prisa.

—Señora Gibbs...

—Dígame.

—Gracias por todo. Estando usted aquí..., estamos en buenas manos.

Elinor no se sentía en absoluto importante, mucho menos imprescindible, pero agradeció el cumplido con una hermosa sonrisa. La persona que más consuelo precisaba en aquellos

momentos era el viudo y no sabía cómo acercarse a él, cómo entregarle las fuerzas que le faltaban, las ganas de vivir que había perdido. Le partía el alma verlo tan destrozado, se sentía impotente, frustrada por no servir de ayuda. Se aproximó a él, rodeado de parientes ancianos y conocidos que apenas si sabían ofrecerle un puñado de frases formales, de las que enfrían aún más el corazón.

—Señor, ¿necesita algo? ¿Quiere que le preparen una tisana caliente con miel? —le ofreció en un murmullo silencioso.

Robert Lindsay elevó hacia ella sus ojos grises inundados de lágrimas, empañados de intenso dolor. Negó tristemente con la cabeza.

—Cualquier cosa que precise... —insistió Elinor Gibbs antes de retirarse.

No tuvo tiempo. Ni de moverse ni de acabar la frase.

El señor Wilson, que por supuesto no se había retirado a descansar, acababa de dar paso a una nueva visita. Dos mujeres se adentraron en el salón como si la casa les perteneciera: una era joven, un revoltijo de lazos y perfume que cruzó la sala con resuelta energía y se arrojó a los brazos de Robert Lindsay, erguido en pie para recibirlas. La otra, una anciana apoyada en un bastón, con la cabeza cubierta con una toca de encajes, que miraba alrededor con desconfianza, tal que si deseara encontrarse en cualquier lugar de la tierra menos allí.

—¡Gretta! —exclamó Robert abrazando angustiado a la más joven, que apretó sus hombros con rostro compungido.

—Hermano, querido hermano, qué gran desgracia...

—¿Cómo no has asistido al funeral?

—Siento no haber llegado a tiempo. Ha sido..., ha sido culpa de la tía Violet. —Su aristocrática barbilla apuntó hacia la anciana—. Quise apresurar el viaje, pero se negó rotunda con la excusa de que asistir a honras fúnebres predicen la propia muerte. Y ella ya tiene una edad...

—Tía Violet...

Gretta liberó a su hermano y le permitió dedicarse por entero a la dama, a la que recibió

con una venia y un parco abrazo a continuación.

—Haga el favor de tomar asiento. Imagino que el viaje ha sido espantoso.

—Mucho, sobrino, mucho. Lamento tanto lo de tu esposa... ¿Cómo están los niños?

—Puede imaginarse. Además, su institutriz, con la que les unían fuertes lazos, se ha casado hace poco y está de viaje. Su nanny es nueva, aún andaban acostumbrándose.

La hermosa Gretta sonrió con frialdad, tomó la mano de su hermano y le propinó una tanda de golpecitos de consuelo.

—Nada de eso tendrá importancia ahora que por fin estoy aquí. Esta casa necesita con urgencia de una señora que la organice.

—Tenemos a la señora Gibbs —Robert Lindsay la señaló a modo de presentación—, cuyos talentos resultan de inestimable ayuda...

Elinor inclinó la cabeza para saludar, no obstante, Gretta Lindsay no se dignó a mirarla siquiera.

—Me refería a una auténtica señora de la casa, hermano, no a una simple ama de llaves.

—Pero... ¿qué estás pensando?

—¿No es obvio? En lo necesario, querido, la tía Violet y yo nos mudamos a vivir aquí, contigo y con los niños.

Robert se mostró perplejo. La anciana señora Violet carraspeó incómoda.

—¿Aquí?

—Claro que sí. La familia nos necesita, ya es hora de que los Lindsay vuelvan a estar unidos. Y de ese modo, te ahorras el pago del alquiler de nuestra casita. —Sonrió de un modo tan satisfecho y tan poco apropiado para el momento que atravesaban, que Elinor sintió un estremecimiento a lo largo de la espalda—. Todo son ventajas.

—Sí —musitó Robert con debilidad—, supongo que tienes razón.

—La tengo, querido, la tengo. Puedes estar seguro de ello.

El avasallador tono de la voz de Gretta. El destello de triunfo que brilló en sus pupilas. Sus ademanes autoritarios. Los finos labios apretados de la señora Violet, sus ojos de halcón

escrutándolo todo, su mueca contrariada. Un puñado de detalles que pusieron a Elinor la piel de gallina y le gritaron a voces que lo peor estaba por venir.

Continuará...

GRACIAS por leerla. ¿Te ha gustado? Por favor, deja una VALORACIÓN / OPINIÓN en Amazon a través de este enlace. Me ayudarás a difundir la novela y apoyarás mi trabajo.

Te dejo el link que debes pinchar. ¡¡GRACIAS!!

<https://goo.su/lb6ptJD>



Agradecimientos

Llegué hasta aquí, triste y decepcionada. Por muchas cosas. Perdida la ilusión por escribir, algo que antes, siempre, me había llenado el alma. En serio, os digo que pensé que jamás saldría de mi teclado una nueva historia. Pero uno de esos ángeles sin alas que andan rulando por la tierra, me agarró las mechas y me puso marcando el paso. Me enseñó que hay que ser fiel a la esencia con la que naciste, que todos los esfuerzos merecen la pena, que si había que derrumbar lo que construí por muchos años y empezar desde cero, ahí estaba su mano. Y la tomé, vaya si la tomé. Y no viviré lo suficiente como para agradecértelo, mi querida L. Marie.

De ese paso en falso nació Serendipia.

Gracias, gracias y tres veces gracias, a ti, querid@ lector/a, por haber escogido leer «El marqués y la ladrona» de entre toda la oferta actual. Que haya sido mi libro el elegido, que haya caído en tus manos y le hayas dedicado parte de tu tiempo, que te hayas sumergido en mi mundo, le da todo el sentido y más, a mi trabajo. Espero, de corazón, que te animes con las siguientes entregas de la serie.

Si te ha hecho disfrutar, te agradecería en el alma que dejases un comentario o reseña en la plataforma de venta. Es imprescindible para hacer visible la novela, y para incentivar a otros lectores. De nuevo gracias.

Deja aquí tu valoración o comentario:

<https://goo.su/lb6ptJD>



Acerca de la autora:

Serendipia es y ha sido siempre, mi palabra favorita. Creo que la vibración de su sonido tiene la capacidad de alegrar a quien la pronuncia y a quien la escucha. Por eso no dudé en que sería mi nombre cuando decidiera regalaros lo mejor de mí, mi esencia más íntima en forma de historias, emociones, reacciones, personajes y diálogos. Porque la serendipia es la magia de encontrar algo

inesperado cuando estás buscando otra cosa, mi deseo es que te encuentres con mis novelas, sea lo que sea lo que andes buscando.

Y que te hagan feliz. Gracias por leer.

¿Te apetece seguirme en mis redes sociales?

INSTAGRAM: @serendipiaestarkescritora

<https://www.instagram.com/serendipiaestarkescritora/?hl=es>

FACEBOOK: Serendipia Escritora

<https://www.facebook.com/people/Serendipia-Escritora/100077002804078/>